EL

HOMBRE

Y

SU PALABRA

AUTOR: JUAN MANUEL PÉREZ ÁLVAREZ

RELIGIÓN

LA CONCIENCIA

Como un Cristo de Mantegna, el cuerpo de un muerto envuelto en sábanas yacía en su lecho oscuro. Alfredo Gracia veía al ángel de la Imaginación en traje de fuego, con dos alas que volaban y un par de ellas cubriéndole los pies y el rostro. El ángel estaba hablando. Alfredo lo escuchaba sentado en una silla con respaldo Chippendale. Le comunicaba en la lengua del Más Allá la canción de la Creación, cuando el primer hombre había sido separado del barro para dar sus propios pasos sobre el Jardín de la Tierra mientras los dinosaurios, los terribles reptiles del temor, volvían la cabeza a la Inteligencia que amanecía. En la habitación reinaba el sopor profundo de la Muerte, el sueño oceánico que solo termina en el Despertar de lo no conocido.
Y Alfredo dejó correr sus lágrimas como un río impetuoso que desembocara en el mar del Corazón, el motor del universo.
- Sabes que estás solo- decía una voz lúgubre.
- Nadie te acompaña- decía otra voz semejante, en respuesta a un diálogo que se proyectaba en el espacio infinito de la materia.

La soledad es la perfecta libertad del hombre.

*

Schopenhauer asegura que la única manera de sentirse libre es estando solo. Esta es la afirmación de un filósofo alemán en la segunda mitad del siglo XIX, cuando el escepticismo provocado por la Revolución Industrial empieza a hacer mella en una población atormentada por los fantasmas de la Edad de los Metales. He aquí el Temor. Cuando desaparece la inocencia de la vida en la Naturaleza, el ser humano pierde sus raíces metafísicas y especula sobre el porvenir. ¿Qué pasará?. Empieza luego la Era de la Curiosidad, la

separación de las partículas del átomo, la modificación de las materias primas, la genética. El Hombre tiene miedo, pues ha perdido el Paraíso de la Tierra, del suelo, el único que otorga, verbigracia, solidez. Se siente inseguro y piensa, y aquí comienza la odisea del náufrago que busca su isla de tranquilidad, el espacio privativo frente al conjunto que lo aliena, el mar devorador de las masas: la Conciencia.

*

Alfredo Gracia contemplaba el cuerpo de su padre, que hacía un día vivía. La cara se le había contraído en una mueca de oración. Su boca tenía forma de o y sus ojos estaban cerrados. Recordó que hacía una hora la asistenta había estado allí, había vestido al fallecido con un traje azul marino y le había cerrado los ojos. El reloj despertador de la mesa de noche de caoba marcaba las diez de la mañana. ¿Era posible que el Pasado hubiese existido? Recordó el camino que lo condujera al instante en el que se había sentado en la silla y no encontró ninguna Causa suficientemente convincente que justificase aquella consecuencia. Por una parte no podía creer en la máxima de experiencia de la Muerte, que borra lentamente la suma de las secuencias temporales que somos los seres humanos. La Muerte, ¿cuál es su sentido?. Regresar a la Rueda de la Tierra, que aprovecha y recicla los recuerdos de un ser para devolverlos al conjunto de la Especie. Ese es el fin del individuo, justificar a la Especie. ¿Y qué es la Especie?. La Comunidad, cada uno de los radios de la Gran Rueda que no tiene fin ni principio, que es un mero resultado. ¿Cómo buscar entonces la Causa?. Envuelta en un halo de oscuridad, la luz permanece inaccesible al ojo que la mira. Sepultura. Pero él estaba solo.

Y siempre es una la Conclusión,
vengas de donde vengas.
El mar absorbe al río
y la verdad es esta.
La Calavera es la corona
que reina en toda la Tierra.
De lágrimas está hecho el mar;
el espacio, de suspiros.
El Hombre es una Conclusión,
el resto es opinable.

De repente, a Alfredo se le ocurrió que aquel hombre que yacía en un sueño indeclinable era su Padre, su pasado. Se sintió como un niño que caminaba de su mano por la Ciudad de los Hombres, mientras él le explicaba el origen de la vida. Su madre lo había alimentado de niño, y su padre era su Precursor en la Naturaleza. La figura paterna se elevaba como una montaña en su interior, como su Creador, el que lo había engendrado. ¿Cómo podía morir un ser semejante, el

Héroe de su infancia?. Mas, frente a toda predicción, estaba muerto. Esa era la Realidad, la virtud de los hechos. No podía contradecir la información de sus sentidos, el espejo en el que se miraba. Las lágrimas volvieron a asomarse a sus ojos, y el llanto comenzó de nuevo a manifestarse durante el transcurso de un minuto.

*

En el Principio era la Palabra. El Hombre la había creado. La Palabra era el eje perfecto que hacía posible el movimiento y las combinaciones de los cuerpos. ¿Pero dónde estaba el Origen?. El origen era el Hombre, y el final también estaba en el Hombre. El círculo del devenir, la Vida. La Vida es el Ser en todas sus formas. El Ser es el Supremo Asunto: Dios. Y las tinieblas del No-Ser no lo conocieron.

*

El aire fresco del Otoño se dejaba sentir en la Ciudad. A lo largo de una avenida circulaba el ruido metálico de los automóviles. La gente, como una voz plural de la boca de la Sociedad, avanzaba en direcciones contrarias: unos hacia la derecha, otros, hacia la izquierda. La misantropía se dejaba sentir por doquier. El conflicto de intereses de los peatones convergía en un anciano al que le costaba sobremanera atravesar la calzada mientras duraba el plazo concedido por un semáforo. Nadie mira a nadie. Todos tratan de ignorar que forman parte de un conjunto. Cada cual se busca a sí mismo dentro de sí mismo. Es necesario proseguir el relato en tiempo presente, pues el Pasado no existe mientras dura el movimiento. Un individuo entre tantos, al que se le debe la materialización de este escenario, camina por la avenida. Viste una levita negra y una bufanda oscura, y sus zapatos de suela percuten en el adoquinado. Acercándonos más a él, percibimos que está pensando. Su rostro está un poco rubicundo por el frío, como la piel de una apetitosa manzana. Camina atraído por un centro gravitatorio al que llega: un local de negocio situado en la base de un edificio y cubierto con una armadura granítica. Su rótulo: Funeraria Santa Fe.

- Quisiera que me llevaran un ataúd de castaño al número 24 de esta calle- dice ya en el interior del local.

Un empleado de ojos grises asiente.

- Para otra ocasión, puede llamarnos por teléfono- le comunica tratando de parecer amable.

Tres horas después, el cuerpo de un hombre muerto descansa bajo una cubierta de madera, la nave que viaja hacia lo Desconocido.

- Padre, algún día te volveré a ver- confiesa el hombre que lo vela, su único hijo, a quien ya conocemos.

De momento, una escritura testamentaria en el despacho de un notario es todo lo que espera a la persona que acaba de perder a un ser querido.

*

Dios existía antes de todas las cosas. Su Ser flotaba por encima de las aguas del Tiempo. Dios es el Pasado. De su luz infinita fue derivando el Hombre a su imagen, como un reflejo en el líquido musical que se desplaza eternamente. Y su imagen es voluble como el agua, pero mientras su Causa no desaparece se mantiene firme como un edificio, como una isla solitaria. Con este término definió Marco Aurelio, lúcido emperador de Roma, al Hombre, como una isla azotada por el mar, su progenitor. Desde los tiempos en los que el Hombre contempló a su Padre muerto, adquirió conciencia de su condición de Hijo. Hasta entonces, no había despertado a la Inteligencia. En la muerte del Padre comienza la conciencia del Hijo. Este es el Principio de la Historia, de la sucesión de actos escritos en el Libro de la Existencia, cuyo inicio ahora se inaugura.

LA HERENCIA DEL HOMBRE

La mano de Lucía era blanca, nívea como una paloma de luz, con cinco dedos desiguales y bellos, unidos por un eje de simetría imaginario – un paralelo- que la atravesaba entre los dedos corazón y anular en línea recta como el itinerario de una saeta disparada por un etéreo arco. La mano completa era un pentágono perfecto que describía una tierra irregular rodeada por un vallado protector de energía ardiente –el espacio- que no tenía nombre conocido. La tierra estaba regada por cuatro ríos posibles que partían de los cuatro puntos cardinales: Norte, Sur, Este y Oeste. Los cuatro ríos dividían la tierra en el mismo número de porciones separadas que habitaban cuatro pueblos diferentes de hombres que no se conocían entre sí, y un quinto pueblo no separado por ningún río era solo una isla en medio de otro pueblo. Los cinco pueblos eran los cinco continentes. Europa –isla de mármol en mitad del pueblo de Asia, a la derecha del mapa-; África debajo de Asia; América a la izquierda del mapa; y Oceanía debajo de América. Pasaremos ahora a describir cada uno de los cinco continentes, cinco fincas separadas por una corriente de agua, límite natural de un mundo sobrenatural.
Europa, a pesar de no estar formalmente separada del continente de Asia, representaba el dedo corazón de la mano de la Tierra. Su extensión era de 10521928 Km. En ella habitaba el pueblo de los Griegos, que habían conseguido crear un continente donde solo había una isla estéril, morada de aves rapaces. Los Griegos dominaban el metal frío que se extraía de la piedra, con el que habían forjado una espada con la que dominaban al resto del género humano. La espada se llamaba “Ciencia” y se componía de combinadas astucias mitológicas que consolidaban un sistema integrado de fórmulas y de símbolos conocido con el nombre de Matemáticas. Las Matemáticas, también llamadas las Nueve Hermanas, eran, a saber: Clío, patrona de la historia del mundo; Euterpe, de la frecuencia y armonía de las aguas, conocida como

Música o Canto de las Esferas; Talía, de la Risa o Empatía, que distingue a simple vista al hombre del animal; Melpómene, de las lágrimas y de la tristeza o Condición Humana; Terpsícore, de la danza y del ritmo sexual; Erato, del amor entre el hombre y la mujer; Polimnia, de la sensibilidad o de la percepción; Urania, del Entretenimiento o del Cómputo de las Luces del Espacio; y Calíope, de la elocuencia. Los Griegos consideraban enemigos a todos aquellos hombres que ignoraban la existencia de las Matemáticas, conocidas entre ellos como “La Gran Enéada”. De este modo, con la justificación del conocimiento de la Ciencia, el pueblo de los Griegos había invadido el continente de Asia, cuya extensión era de 44 millones de km para extraer el metal de la piedra y seguir dominando al resto de las naciones. Alejandro Magno, representante del pueblo griego, había llegado desde Macedonia hasta la India en una larga expedición militar que había concluido a orillas del Bías, río que había supuesto el término de su ambición. De Occidente a Oriente se extendió su imperio de sangre y matanzas. Alejandro murió ebrio, a la edad de 33 años en Babilonia, ciudad de barro que no guardó sus restos. El continente asiático conquistado por Alejandro representa el dedo anular de la mano de la Tierra, más pequeño que el índice y bajo la influencia de aquel. El año 1492 de la Segunda Era de la Conquista, tres naos capitaneadas por el intrépido almirante Cristóbal Colón, atravesando el brazo de agua que separaba ambos continentes, llegaron desde Europa hasta América, el dedo índice de la mano de la Tierra. América era grande. Unos 42037000 Km de superficie constituían el continente, habitado por hombres y mujeres que convivían desnudos en la plenitud de la Naturaleza, y que adoraban al oro como representación del sol dador de vida. El modo de existencia de aquellos inocentes fue vendido al por mayor en subasta pública celebrada por los habitantes de Europa. Sus templos fueron destruidos y sus recursos saqueados. Pero el pueblo americano continuó viviendo en la desnudez de la inocencia, admirado por las armaduras de hierro de sus conquistadores, quienes conocían y valoraban el metal por su precio, y de esta forma el Nuevo Mundo se comunicó con el Viejo, pero no de forma dialogada, sino impuesta, y las palabras de los habitantes de América comenzaron a perder su significado, hasta que no fueron más que residuos de un pasado de oro. La Espada de nuevo había triunfado.

Después de la conquista de América, el pueblo del metal se arrojó a la anexión de Oceanía, el dedo pulgar de la mano de la Tierra. Su extensión era de 9 millones de Km. Otro navegante, el capitán James Cook, llegó y a Australia (el territorio más alejado de Europa) en 1770 y llevó noticias a su pueblo sobre las condiciones de habitabilidad del nuevo continente, sobre los animales que constituían caza fácil para los codiciosos, pues por su natural conducta ni tan siquiera huían de la presencia de los hombres, tan poco habituados como estaban a su compañía. Los hombres y las mujeres endémicos tampoco conocían el metal, y de este modo fueron sometidos a quienes sí lo conocían.

Finalmente, y para coronar la última fase de conquista en este relato, es preciso referirse al último de los continentes: África, de una extensión aproximada de 30174458 Km. El periodo de conquista de África se llevó a cabo en diferentes etapas. Por una parte, su costa noroccidental, próxima a Europa, fue conquistada por este pueblo, quien capturó multitud de hombres y mujeres de piel oscura y los condujo a América, donde trabajaron durante siglos en la extracción de los metales. Más tarde, en el año 1885 de la conquista, el pueblo de Europa dividió el continente africano en parcelas según sus necesidades de explotación, con el fin de seguir obteniendo el metal necesario para mantener intacta la Espada de la Dominación. Aquí termina el relato de la Historia, el proceso de unión de los cinco continentes que constituyen la Tierra a través del lenguaje, el don y la profecía de los hombres.
En la mano de Lucía, no todos los dedos tenían la misma extensión y movilidad, pero de algún modo pertenecían los cinco a un mismo cuerpo vivo, que se estrechaba o se agrandaba, se dilataba o se contraía, de acuerdo con un único impulso. La mano de Lucía era estrechada por otras manos. La Comunicación no terminaba nunca, sino que se prolongaba en una secuencia infinita con el Ser que la tocaba, con el Ser que estaba más allá de ella.

EL ALMA

Es el Alma el tema más recurrente de la filosofía occidental, nacida en Europa. Yo, como escritor, no voy a ser el primero que lo enuncie, ni pretendo ser el último. Solo citaré mi parecer a este respecto, y después de hacerlo proseguiré con la secuencia de la fábula que constituye el fundamento de esta novela.
La palabra Alma, del latín *animam,* significa aire. El aire es el elemento más sutil del universo en opinión erudita. El aire, o el estado gaseoso de un cuerpo, pero principalmente el oxígeno (símbolo O en la tabla periódica de los elementos de Mendeleiev), imprescindible para la vida, constituye la Sustancia con mayúscula, el primer motor del universo versionando la concepción aristotélica. ¿Por qué el aire precisamente?. Pues por su ligereza, diafanidad e ingravidez que lo hacen admirablemente maleable, como un músculo corporal el cual, dilatándose y contrayéndose, desplaza el resto de los elementos más pesados. Por esa causa el aire es necesario para la vida, en clave metafísica. El aire, así pues, resulta imprescindible para la vida humana, y como la vida humana constituye la “medida de todas las cosas” según la propia visión humana de la vida, entonces el Alma resulta, de algún modo, imprescindible para la existencia del universo. De esta manera, el Lector deducirá con facilidad que el Sujeto constituye el fundamento del Objeto, el cual se percibe a partir de él, de forma que el Alma Subjetiva impera sobre la Materia Objetiva, y el Alma reina sobre la Materia. Ya

hemos encontrado el Principio de Contradicción que se encuentra en la condición humana: ¿cómo conciliar Alma con Materia?. Difícil enigma. Lo ligero y lo pesado se contradicen, pues mientras lo uno tiende a ascender, lo otro tiende a descender según la gravedad intrínseca de los cuerpos. Se acostumbra a representar el Alma Humana con alas, como ángel que asciende a las moradas de la Luz, mientras que el cuerpo no constituye más que un residuo óseo (la figura del esqueleto es la más recurrente en el Arte para representar el cuerpo abandonado por el Alma) que habita en las profundidades de la Tierra, en oscuros infiernos y en la tristeza de encontrarse lejos de la vida. Así pues, el Alma constituye la mayor de las invenciones humanas, en el doble sentido de la palabra *invenio,* encontrar o crear, que acaban teniendo idéntico significado. Alma es, pues, origen, creación, fundamento. La más genuina idea o forma nunca inventada. El soporte de la Imaginación, el Arte.

*

Don Gregorio fumaba rítmicamente, aspirando en cada calada una voluta de humo que le llenaba los pulmones de fuego. Don Gregorio estaba cómodamente arrellanado en su sofá después de la comida del mediodía, viendo en la televisión la retransmisión de un partido de tenis. Dos jugadores de dos nacionalidades distintas mantenían una pelota en vuelo, que iba de un lado para otro, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, hasta que terminaba por caer al suelo en alguno de los dos campos rivales. Y en eso consistía el juego, en mantener la pelota en el aire el mayor lapso de tiempo posible, hasta que terminaba cediendo uno de los dos puntos de apoyo y la pelota perdía el equilibrio cayendo al suelo. A Don Gregorio le entusiasmaba este deporte, que conseguía concentrar los sentidos en el movimiento de la pelota, la cual basculaba entre dos polos opuestos e inmóviles dentro de cada uno de los campos. Cada vez que la pelota caía al suelo (solo había tres posibilidades: a la izquierda del juez de línea, a su derecha o al exterior) el público ovacionaba al jugador victorioso. Si ganaba uno, perdía el otro, esa era la norma. Y la pelota, imparcial, solo era un vehículo de acción, un *modus operandi,* no un resultado. En el rectángulo que describía la pantalla de la televisión se libraba un combate entre dos contrarios sobre la posesión de un ataque. Un jugador agredía al otro, pero ninguno de ellos conseguía eliminar al contrario. Su victoria era esporádica, ocasional. La pelota esférica no era ni de uno ni del otro, semejaba la cruz de una balanza en su recorrido, que ora se inclinaba a un lado, ora al otro. Los jugadores eran meros ejecutores (¿existían realmente?) de la decisión de la pelota. No obstante, ellos creían que dominaban a la pelota, y por esa razón se mantenía el juego. El juego, a pesar de todo, resultaba ser una invención, un constructo del ingenio humano en base a las constantes físicas del universo.

- ¿Quién gana?- preguntó alguien que entró de improviso en la estancia, y que podemos definir como un joven de veinte años, que acababa de llegar de fuera.
- Están igualados- contestó Don Gregorio sin sacar la vista de la pantalla del televisor- Puaf, qué fastidio.

El joven se sentó en el sofá junto a Don Gregorio después de poner la gabardina en el perchero.

- ¿Qué, te has divertido?- le preguntó Don Gregorio al joven cuando lo tuvo a su lado.
- Sí- respondió este- Hace un poco de frío en la calle, pero se está bien.

En este momento, uno de los dos jugadores, vestido con una camiseta blanca, había logrado marcar un punto. El público levantaba la voz imitando el oleaje marino. Un jugador vestido con camiseta roja, enfocado de repente por las cámaras, lamentaba el incidente tanto como su contrincante lo celebraba.

- ¿Cuál es el nuestro?- preguntó con ignorancia manifiesta el joven.
- ¡El de blanco, cuál va a ser!- exclamó Don Gregorio con enfado.
- Ah- se disculpó el joven.
- Al final los buenos tienen que ganar a los malos- siguió hablando Don Gregorio- Los nuestros están mejor entrenados, no hay duda. Llevan alas en los pies.

*

Durante el instante que siguió al encuentro, como dos principios contradictorios que se funden en un mismo cuerpo completo, dos amantes se besaban con un deseo irrefrenable que rozaba los límites de lo imposible. El varón exploraba el cuerpo de la hembra con violencia contenida. Su compañera lo rechazaba con suavidad , sin atreverse a retirarse del abrazo que los mantenía unidos levitando sobre la materia. En aquel momento, el dormitorio en el que se encontraban no existía, ni tampoco los recuerdos anteriores al encuentro de los amantes. La mujer, mientras besaba y aceptaba los besos del varón, mantenía su atención alerta ante una probable acometida furtiva contra la intimidad de su sexo, en el que se gestaba ya la vida nueva. El varón, en tanto anhelaba la compañía de la mujer y el contacto de las extremidades de sus cuerpos, rememoraba tenuemente el camino que lo había conducido hasta el Paraíso de la Consumación del Deseo: una llamada de teléfono, más tarde unos pasos en la calle, finalmente la llegada a la puerta infranqueable de la Amada, que había sido abierta por su voluntad. En resumen, un proceso temporal de tres instantes había sido el causante de la unión. El Dos de la separación se había convertido en el Uno de la unidad. Del mismo modo que ocurría en la filosofía de Plotino, el Uno se manifestaba más allá de los sujetos, en el Alma Universal, cuya naturaleza se elevaba por encima de la materia. El Alma era el Uno, esfera perfecta sin accidente, donde todas las partes equidistaban del centro. Las partes se habían completado en

el Todo. Pero después de la Consumación y del manjar compartido del fruto de la vida, la perfección volvía a desbaratarse y el Pasado eliminado del concurso volvía a hacerse Presente. Los cuerpos se separaron. La mujer miró al hombre.

- ¿Qué hora es?- preguntó.
- Son las siete de la mañana- contestó el hombre dando la vuelta en la cama.

Los miembros se enfriaron. La atracción cesó y el hilo de la mística se quebró de repente. De nuevo el Tiempo, la hipóstasis del Uno, consultó su curso de hechos y resultados. La Historia había sido restaurada y duraría hasta la próxima unión. El Templo del Alma no era ya más que un amasijo de escombros dispersos, las piedras de las horas, que se distribuían por el espacio. Después del Amor la esfera del Paraíso no existía. Regresaba de los cuerpos al éxodo del movimiento, de la estabilidad, de la inercia, la ley por la cual, como había dicho Ibn Hazm "por fuerza lo que está unido ha de separarse y lo que está contiguo ha de distanciarse". La Muerte reinaba sobre la Vida en el espacio de tiempo que duraba la separación de los cuerpos. La noche había apagado la luz del día.

Mientras la mujer se tapaba con la manta que habían compartido los amantes durante la conjunción de los cuerpos, el hombre se levantó de la cama y se vistió con la ropa que había colocado sobre una silla de la habitación.

- ¿Te vas?- le preguntó la mujer con acento de falsete, pues ya conocía la respuesta.

El hombre tardó unos segundos en contestar.

- ¿Esperas que me encuentre a tu marido aquí?- preguntó con ironía, mientras se ataba los cordones de los zapatos, poniendo el pie sobre la silla.

Una vez vestido, el hombre le dio a la mujer un rápido beso en la mejilla y salió del dormitorio perdiéndose en la mañana.

*

La operación estaba prolongándose más de lo previsto. El médico, vestido con bata blanca, uniforme de inocencia, trataba de controlar la situación manteniendo la calma del que no admite su derrota. Pero el tiempo se echaba encima con la esfera de sus doce números, como doce animales que aguardasen devorar a su víctima despistada, la cual por fuerza tendría que salir huyendo. El corazón latía con fuerza en el tórax abierto del paciente, y las enfermeras, silenciosas como golondrinas, contemplaban la faz atónita del médico, al igual que un oráculo que tratasen de interpretar.

- Pásenme otra vez el bisturí y las pinzas- dijo el médico con voz oscura de Polifemo, de cíclope de las cavernas.

Las enfermeras obedecieron automáticamente. El corazón del paciente, motor imposible de detener, continuaba marcando el compás de la sinfonía de la vida. Mozart, príncipe de la música, hubiera podido convertir en un pentagrama el bombeo de la sangre, el líquido purpúreo que circulaba por el cuerpo del paciente.

Resultaba imposible volver atrás, porque ya el cuerpo del paciente estaba allí, como víctima inmolada ante el altar del Tiempo, derramado como el queso fundido de un lienzo de Dalí (de hecho, se parecía demasiado al icono informe que languidecía en el cuadro “La persistencia de la memoria”), a punto de ser intervenido por el sacerdote-curandero que le daría una forma nueva. El Demiurgo modificaba los factores de la materia imponiendo el modelo de su ciencia, el Arquetipo de su ilusión (porque la ciencia no es otra cosa que una ilusión cuyos resultados son universalmente aceptados) y el nopal del corazón, el único órgano del cuerpo del paciente no modificable por los instrumentos del frío metal médico se mantenía incólume en virtud de su movilidad, el Fuego que nunca se apagaba. Así, por el momento, estaban las cosas. Podía acontecer algún imprevisto, alguna trompeta del juicio de una emoción liberada de la armadura racional, por su misma naturaleza irrefrenable, que interrumpiese la intervención. Pero no sucedería. La Ciencia así lo pronosticaba.
En la sala del quirófano, iluminada por dos focos de luz eléctrica que incidían sobre la mesa de operaciones, había dos personas: el médico, en pie como Redentor que sostuviese la antorcha de la luz de Prometeo bajada de los cielos de la Esperanza, y el paciente en posición horizontal, pasivo y objeto del problema. Ambos sujetos constituían la cruz de la balanza, el agente vertical y el paciente horizontal, el sacerdote y la víctima, la Causa y el Efecto. El mundo se explica desde su interior. El hombre operaba dentro del hombre. Y mientras tanto, el reloj del corazón, residuo de la Historia, marcaba su marcha bélica, el Himno de la Conquista que encerraba a todas las naciones en su entraña muscular, la Espada de la Dominación. Ecce Homo.

*

Pedrito jugaba a la pelota en el jardín de su casa, mientras el perro corría detrás de él, ladrando y moviendo la cola. La pelota era grande, de colores vistosos, y al perro le atraía su movilidad indecente y repentina, que rebasaba el cálculo de las probabilidades. Cada vez que la pelota salía disparada por el pie que la propulsaba a algún extremo de la finca, el perro la seguía y trataba de de abarcarla con su mandíbula, pero siempre se le escapaba de entre los dientes con una sutileza que lo dejaba desconcertado.

- ¿No ves que no puedes agarrarla?- le decía Pedrito riendo.

Pero el perro no entendía el lenguaje humano, y de algún modo (porque de algún modo sí lo entendía) no quería renunciar a la victoria, y terminaba repitiendo el mismo acto con idéntico resultado. A Pedrito le hacía gracia la actuación del perro, y repetía el juego. El error del perro estaba en el método, no en la intención. A este tenor aconseja Descartes: “No aceptar nunca cosa alguna como verdadera que no sea conocida evidentemente como tal”. ¿Pero cómo conocer con evidencia lo verdadero? ¿La demostración experimental era suficiente para determinar la verdad? ¿O era una simple apreciación

efímera que por azar se repetía?. El perro no podía agarrar la pelota. Debía renunciar al conocimiento de la esfera de plástico, a su posesión material, a su aprehensión. Pero la pelota existía, y el niño lo demostraba precipitándola a todos los puntos del jardín.

*

Boecio define persona como “sustancia individual de naturaleza racional”. El Alma está en la persona, pero su naturaleza es abstracta, inaprensible, eje entre dos contrarios: la Vida y la Muerte. El Alma es la sustancia del desconocido.

LOS DOS CAMINOS

Alfredo Gracia contemplaba la quietud exacta de la pantalla de su ordenador. Estaba escribiendo un mensaje electrónico a su tía paterna, que vivía lejos de la Ciudad:

Querida tía. Papá ha muerto. El entierro se celebró ayer, jueves día 15 del mes presente.
Espero que os encontréis bien tú y tu familia. Hasta pronto. Un abrazo.

El mensaje era escueto, podía transmitirse fácilmente a través del vehículo espectral de la corriente eléctrica. Era como introducir un papel en una botella y lanzarla al mar, como abandonar la maleta de un deseo en un tren, dejando que el entorno condujese el objeto a su destino. ¿Por qué esa coincidencia permanente entre el medio y el mensaje?. Resultaba sencillo recordar a Mac Luhan: “El medio es el mensaje”. ¿Pero no era también el mensaje el medio? ¿No eran como alma y cuerpo del mismo ser?. El ordenador podía ser algo más que la prolongación de un sentido. Podía ser el sentido mismo. Siempre el dualismo y la confusión. El padre de Alfredo había muerto. “Lejos de la tragedia”- pensaba él- “desde su muerte y la aparición de la Conciencia de la Separación, la puerta del Amor y de la Fe, mi interior se ha dividido en dos potencias contrapuestas: el alma y el cuerpo. Yo soy lo que aparento para los demás, pero también está ese otro yo que no aparento y que soy, ese yo más etéreo que me conecta con el Yo del mundo, como un enchufe conecta dos campos magnéticos en un principio distanciados... Yo soy esa conjunción entre el Antes y el Después, que determina el Ahora, porque el Ahora no es más que una coincidencia, una conjunción”. En definitiva, la Duda se manifestaba entre los dos caminos contrapuestos que debía escoger el hombre. Allí estaban el Bien y el Mal. El Bien era todo aquello que beneficiaba al Alma perjudicando al cuerpo; el Mal, por el contrario, beneficiaba al cuerpo y perjudicaba al Alma. Pero había que escoger alguno de los dos caminos que ofrecía la libertad

condicionada, y en ese dilema estaba la tragedia del ser humano, como afirmaba Baudelaire.
Escoger significa perder. Siempre que uno escoge, pierde de algún modo, fracasa. De ahí que el hombre se desplace como un peregrino por la materia mientras mira ensimismado a las alturas.
“El hombre, en el fondo, es una contradicción” pensó Alfredo Gracia, y se levantó para beber un vaso de agua.

*

El personaje de Hamlet es tal vez el más enigmático de la Literatura, pero también el más real. La frase ontológica de su principal monólogo es abundantemente recurrida en el teatro y en el cine (un revulsivo electrónico del teatro): “Ser o no ser. He aquí la cuestión”. Y el monólogo continúa: “Si es más noble para el alma soportar / las piedras y pedradas de la áspera Fortuna / o armarse contra un mar de adversidades / y darles fin en el encuentro”. Nada más que retórica, lo que sigue, para enmarcar la estentoreidad de la primera frase. Entre el Ser y el No Ser, categorías aristotélicas, está el hombre. Es el hombre la vida y, sin embargo, está sometido a la muerte a cada instante. No es la Muerte un acontecimiento que termina con la Vida, sino una suma de acontecimientos banales que configuran el devenir cotidiano de los días. “La mayor parte de la muerte siento / que se pasa en contentos y locura / y a la menor se guarda el sentimiento” asegura al fin de su jornada juvenil el desengañado Quevedo. En el fondo, la Muerte y la Vida están hechas de una misma sustancia, el Tiempo. También el Bien y el Mal son categorías temporales. Por Bien se entiende “lo que es conveniente al Alma”. Por Mal, en cambio “lo que conviene al cuerpo”. El Alma es la parte superviviente del ser humano que no pasa con la Muerte. El cuerpo, al contrario (¡siempre al contrario!) es despojo del olvido, que termina donde comienza. El Alma constituye lo relevante para el hombre a largo plazo, mientras el cuerpo representa el corto plazo transitorio que se desvanece como la hoja seca del árbol. Helos aquí los dos caminos desenmascarados de la Conciencia, el Principio de Realidad. Podemos afirmar que el Tiempo puede entenderse de dos maneras distintas: como sujeto próximo, superviviente en potencia, el yo que rebasa al individuo; o bien como objeto lejano, siempre sometido al juicio de la distancia. Por “sujeto” o Alma se entenderá el Presente, próximo y potencial, mientras por “objeto” o cuerpo se entenderá el Pasado (cuya proyección alegórica es el Futuro), suspendido en el acto, en el paisaje indefinido y proverbial de la distancia.

*

- Y entonces, explícame, ¿qué tal te ha ido en tu cita anoche?- preguntó Miguel con la copa en la mano.

Pablo lo escuchaba mientras el ruido de la taberna se hacía cada vez más audible, hasta ser capaz de percibir las pausas y las

interpretaciones de una ópera cantada por la multitud informe de personas allí congregadas, cual cónclave que se propusiese la edificación masónica del Templo de la Música, la Armonía vigente que justificaba el silencio que reinaba en las pensativas mentes. Pablo respondió con desinterés:

- Como siempre.

En aquel "como siempre" estaba cifrada su ambición y sus ilusiones. "Como siempre" quería decir: "Absolutamente bien en todos los aspectos. He transgredido y he triunfado. Porque, estimado amigo, he de decirte que triunfar significa transgredir. Si Napoleón hubiese decidido quedarse en Córcega en lugar de atravesar los Alpes y abanderar Europa, no sería más que una gallina en un corral escondido. El poder y la gloria exigen ignorar los baldones de la condena social, etc". Pero en lugar de proferir lo que sentía, había optado por reproducir una escueta frase de desconcertante ambigüedad. En la taberna las expresiones se mezclan como las bebidas de un cóctel, sin ser posible distinguir lo trágico de lo cómico, si ambas cosas no son la misma.

En la mente de Pablo se agolpaban de modo semejante las ideas. Unas combatían contra las otras en una Psicomaquia que podía ser una Ilíada, donde el fuego y el agua enfrentaban sus cabezas encendidas. No era necesario decir nada. La mordedura de un jirón de conciencia operaba como veneno que se extendía por el cerebro de Pablo, hasta que finalmente, tras beber un vaso de oporto, su lengua se desembarazó de toda argolla argumental y dijo:

- La concepción del adulterio en la cultura de Occidente es una falacia. La infidelidad del matrimonio… Para empezar, ¿qué es el matrimonio?. La unión voluntaria entre dos personas. Un sacramento. Una trivialidad que se convierte en sagrada, en estable, una bella fotografía enmarcada en oro, el Gran Icono de la Ética. La confusión de los cuerpos en una superrealidad. Unidad social. Fábula política.
- ¿Qué estás diciendo?- preguntó Miguel con risa.
- Nada- respondió Pablo- Lo estoy diciendo todo.
- ¿Te refieres a tu cita de ayer?
- Sí, a eso me refiero.
- Por lo visto no estás demasiado contento. ¿Algún percance te impidió consumar tu deseo?
- Tú lo entiendes todo así- dijo Pablo con la mano en la mejilla- Eres materialista y superficial. Para ti solo se trata de consumar deseos. Las relaciones humanas son mucho más complejas que eso.

Miguel sonrió y giró el rostro hacia la barra. En aquel momento una mujer rubia, renacentista, con el cuerpo proporcionado y los ojos vivos, se colocó detrás de la barra y a continuación se introdujo en la cocina del local. Pablo la siguió con los ojos hasta perderse a su mirada.

- Somos esclavos de una Idea desde hace siglos- musitó- La Idea de la Vida. Adoramos un canon establecido en el siglo V antes

de Cristo. La Calocagacía de Platón. Bien, Verdad, Belleza. El cuerpo de una mujer. La civilización occidental es ginocéntrica. La Vida aparece representada por una bella mujer que da a luz a un bello niño. La Madonna italiana. Es la mujer el Sentido de la Vida, la Ética, la Moral y todos los demás prejuicios de esta época. Adoramos a la Mujer, en todas sus facetas. Idolatramos un símbolo, no un contenido. La Mujer como símbolo del Placer y de la Salud. En base a ese erróneo axioma se levanta el edificio de la Ética.

- Por lo visto no has tenido fortuna en las esporádicas relaciones con tu amante- apuntó Miguel dando un leve golpe con la mano abierta a la espalda de Pablo- Estás resentido por eso. A mí no puedes engañarme. En el fondo tu disertación es fruto de una frustración personal. Pensamos lo que vivimos. He aquí mi resumen de la psicología.

"Y de la filosofía también" se dijo Miguel para sus adentros terminada su intervención. Pablo asintió con la cabeza.

- En eso que has dicho tienes toda la razón- arguyó- Por eso estoy fatigado de pensar lo que soy. Porque no soy otra cosa que un producto frustrado de una sociedad frustrada. Un Adán que ha robado el fruto prohibido de la rama más alta del árbol. ¿No es el mismo Destino el pecado y el castigo? Nos prepara el camino de lo que hemos de arrepentirnos, condenándonos a las tinieblas exteriores del Dolor, al Infierno. El fuego y el puñal, he aquí la herencia de Caín, y un desierto solitario para perderse.
- Yo no lo veo tan dramático- apuntó Miguel con una sonrisa árabe de media luna- Experimentas el sentimiento del derrotado. Hablas desde tu herida aunque no quieras reconocerlo.
- Todos hablamos desde nuestras heridas- concluyó Pablo con la esperanza de dar en lo cierto, como una flecha que se hubiese clavado imaginariamente en el centro de la diana- Jesucristo, herido en sus extremidades y en su costado, representa al hombre castigado por el mundo absurdamente. Él es y será por siempre la voz del hombre, que habla desde el sentimiento de su dolor.
- No creo que...
- Espera, no me interrumpas- subrayó Pablo con el énfasis de un profeta hebreo- Respóndeme con el corazón en la mano. ¿No es cierto que todo lo que sentimos tiene que ser por fuerza verdadero?

"Ahora presumo que no me he equivocado" se dijo Pablo " La Verdad es un constructo mental en base a la información recibida a través de los sentidos. Toda la Ciencia está en el sentido, pero el corazón es también un sentido. ¿Y la Verdad del corazón, no es acaso la radiografía del ser humano?".

- Ahora lo comprendo- confesó Miguel- Ahora lo comprendo todo. Eres un idealista. Platón y Aristóteles. Los eternos polos

de la discusión. El corazón y la cabeza. Tú eres el corazón, está claro.

- ¿Qué quieres decir?- preguntó Pablo.
- Quiero decir que tus percepciones son subjetivas- contestó Miguel- Tú ves el mundo del color que tú quieres. Eres occidental, en suma. Te inventas una categoría, y luego la abstraes a todo lo que haces, como un Decálogo. Más tarde me tratarás de convencer de que ha sido inspirada por una divinidad, por un Ser Supremo que la sanciona y la promulga, por lo que te verás obligado (así lo creerás tú) a defenderla a capa y espada. En definitiva, llevarás a cabo una Cruzada.
- Todos los caminos conducen a Roma- reconoció Pablo- El mío es manifiestamente verdadero. Si no lo reconoces, mientes.
- El corazón es la máxima invención de Occidente. Contra él combatieron Nietzsche y Schopenhauer.
- Y de ahí nacieron los fascismos, una prolongación del cesarismo racional de procedencia griega- apuntó Pablo bebiendo el vino que quedaba al final de la copa.
- No estoy hablando de política ahora- protestó Miguel rascándose la nariz- Solo te aconsejo que aprendas a huir de la cárcel de tus sentimientos. Piensa siempre con los pies en el suelo.

“El problema” pensó para sí mismo Pablo “ es que desde que el hombre adquirió conciencia existen dos caminos. Uno conduce a la luz y el otro a la sombra. Uno a lo conveniente y el otro a lo contrario. Dualismo. ¿Pero cuál de los dos es el correcto? Cada individuo tiene su escala de valores, para cada conciencia hay dos caminos diferentes. Esta es la tragedia del ser humano, la cuestión de Hamlet”.

- Presiento que no llegaremos a una conclusión- insinuó Miguel depositando unas monedas en la bandeja de la cuenta.
- Eh, espera- exclamó Pablo echando la mano al bolsillo, pero ya era tarde.
- Esta ronda la pago yo- afirmó Miguel con terquedad- Me he adelantado. Deja tu liberalidad para otra ocasión.
- Una forma genuina de poner fin a una disputa- determinó Pablo- Comprar al enemigo. El óbolo de Caronte.
- Vámonos, enamorado- dijo Miguel vistiéndose la americana mientras se levantaba de la silla.

EL CUERPO

El cuerpo se divide en miembros. Los miembros se dividen en órganos. Los órganos se dividen en células.
La finitud se descompone en la infinitud. Este es el misterio de la Materia, una superficie impermeable al conocimiento. El cuerpo representa la plenitud intacta del universo. Los poetas cantan la magnitud desbordante del cuerpo, su realidad tan contundente que

es en ocasiones hiperreal, la experiencia inabarcable de la Vida. “Es tocar el cielo, poner el dedo sobre un cuerpo humano”, canta Novalis. La mística de los paraísos y de los nirvanas es una experiencia corporal, la percepción sincrónica de cada átomo del universo, de cada célula del cuerpo.
Pero el cuerpo es también límite. En la piel del cuerpo habita la metafísica. ¿Qué hay más allá del cuerpo?. La respuesta es sencilla: nada. Más allá del límite del cuerpo no hay otra cosa que la perpetuación infinita de lo mismo. Es decir, un espejo. La simetría.

*

Con lentitud y decisión, Lucía daba de comer al niño. Aquel niño era su hijo. El pequeño miraba a la madre con los ojos muy abiertos, despiertos como antorchas. El niño era una prolongación de la madre, una parte de su cuerpo emancipada. Un miembro externo o una isla que, lejana y disonante, recibía las aguas del mar del lenguaje.

- Abre la boquita así- decía la madre entusiasmada mientras el niño contemplaba el vuelo de una mosca, un hecho trascendente (quien sabe) en su incipiente existencia.

El niño no abrió la boca lo suficiente y parte del alimento cayó en su babero.

- ¿Ves?- protestó Lucía- Si no me haces caso, vas a echarlo todo al suelo.
- Bu- dijo el niño como una enigmática respuesta oracular a una incierta pregunta planteada por su madre. Así nace el conocimiento.
- Espera un poco, impaciente- dijo Lucía amonestando al niño que desde la demostración de la caída de los cuerpos en proporción a su peso no había dejado de revolverse en su sillita.

Entonces unos pasos resonaron en el pasillo y el ruido fue aproximándose hasta el lugar onfálico donde se encontraban la madre y el niño. El hombre que acababa de entrar en la cocina (el padre de la criatura) saludó con cotidiana cortesía a la madre e hizo una ostensible mueca al niño.

- ¿Qué tal te ha ido el día?- preguntó la madre.
- Bien- respondió el interpelado- ¿Y a ti?
- Bien- respondió la madre.

El niño pareció notar la falta de atención de sus progenitores, un desplazamiento del centro de la familia que él representaba, y se puso a sollozar y a palmotear con ritmo no aprendido, totalmente improvisado, tal vez al compás de la música invisible que había formado el visible mundo.
¡Vaya!- exclamó la madre- Ahora resulta que quiere más.
El padre sonrió. La madre volvió a sentarse con un bote de papilla en la mano después de haberlo extraído de la nevera y delicadamente con una cucharita introdujo el alimento en la minúscula boca abierta del niño.

El padre permaneció en pie observando la imagen de la maternidad y de algún modo su organismo se sintió satisfecho. La reunión de los tres vivientes en un mismo espacio de tiempo se había completado. Allí estaba la familia reunida: la madre, el padre y el hijo. La Trinidad del Ser. El padre era el Antes, el hijo el Después y la madre el Ahora. El padre contemplaba feliz la escena representada por la madre que alimentaba al niño eternamente, como una fotografía que hubiese retenido el instante en el cual el Principio comenzaba a hacerse Movimiento. Podría suspenderse el espectáculo del espacio sin que el milagro del primer cuerpo conocido, formado por tres elementos, dejara de brillar como el solar astro del primer Descubrimiento. Dionisio de Halicarnaso refiere, siguiendo el racionalismo de la ciencia griega inventada por Tales de Mileto, que el número tres es el más perfecto de los números, pues contiene a la vez principio, medio y final. Este argumento lo copian todas las religiones. Para todas, el cuerpo de Dios se divide en tres personas que actúan en tres intervalos temporales distintos. Y el cuerpo de Dios es el tiempo. Asimismo, en la familia simple se da esta distinción, como las tres partes en que se divide un cuerpo: cabeza, tronco y extremidades. La familia constituye la más genuina representación del cuerpo.
El niño terminó de comer. En el segundo posterior a la conjunción de las Tres Personas el tiempo volvió a ser lo que era antes, una vanidad diferenciadora. La madre bajó al niño de la silla y lo puso en el suelo, donde comenzó a gatear como un cuadrúpedo, el animal primigenio que antecedía al hombre.

- Hay que dejarlo un rato hacer lo que quiera- dijo la madre riendo- Es como un motor. No descansa.

El niño, ausente de toda invectiva, continuó caminando, explorando, conquistando. Su mente iba más rápido que sus extremidades, porque de algún modo la realidad- esa entelequia que está en pugna con el individuo- limitaba la firme decisión de su desplazamiento. “El niño es voluntad” pensó el padre, quien se había sentado para observarlo con más calma. Una vez que el niño alzó la mirada y vio a su padre, avanzó hacia él y se dejó coger en sus manos grandes y suaves que lo alzaron del suelo. El Redentor había triunfado. Como un Cristo, un Prometeo o un Visnú, había salvado a la Creación del olvido, recorriéndola con su inocencia inquieta, haciendo que el padre, distanciado por la tiniebla del conocimiento, se fijase en ella y la admirase por amor a su hijo.

- Eres un travieso- dijo el padre al hijo, que se reía con las encías despobladas, vírgenes- ¿Vas a portarte bien? ¿Vas a portarte bien?

El niño no dijo nada. No habría podido decirlo.

*

Eran las cuatro de la mañana. Alfredo Gracia, envuelto entre las sábanas de su cama, era incapaz de conciliar el sueño. Pensaba en el universo, fabricado con musical materia, del que él era un

acorde más (¿Tal vez fuera el leitmotiv?), un pensamiento libre que no encontraba un nido en el que reclinar la cabeza. Sentía la magnitud de su cuerpo en posición horizontal, en la postura del descanso; sentía sus músculos relajados por la oscuridad y la calma de la noche, la muerte necesaria que se producía cada día, para incubar el sol de la mañana siguiente. ¿Por qué la necesidad de dormir, de tenderse en el vacío, era consustancial a la naturaleza del hombre? “Piensa en los animales” se dijo, “ellos son nuestros precursores. Todo viviente dotado de movilidad tiene que detenerse en algún momento para reponer la energía perdida. Es la vida misma”. Pero esa explicación no le satisfacía plenamente. En realidad, la naturaleza de lo visible no parecía más que un telón geométrico que ocultaba la incalificable diversidad del universo. Sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Pensó en el sueño, en la imagen fabulada del Sueño, un joven con alas de paloma ligera, un ángel, el Mensajero del Palacio de los Elementos que se acercaba cada noche. Era el mismo ángel de la Muerte, pero su cuerpo desprendía resplandor plateado, como el de la luna. Sostenía en su mano una vara de incienso recién cortado, y caminaba lento, agrandándose en el espacio. De repente oyó su voz, como el sonido del mar. Era el Lenguaje. Como una serpiente que, ora se doblaba, ora levantaba la cabeza, ora reptaba por el suelo liso, el tumulto de la dicción flexiva se proyectaba en una representación cinética de las cosas visibles, principalmente de los vivientes que respiraban. En una rígida pantalla relumbraban los símbolos de las cosas, su conceptualización como principios o categorías. Las aguas copiaban las formas y las dilataban y contraían con ritmo continuo, inacabable. Percibía entonces los efluvios de la mitología que discurrían por rapsodias milenarias, la humanización escuálida de los seres inertes. Donde había una roca, una mujer bella con la cabellera desordenada alzaba su pecho y cantaba como una sirena, o una montaña se convertía en un gigante que golpeaba con su cerrado puño el yunque de la tierra, o una cofradía de enanos emergía del subsuelo. El hombre estaba en todas partes. Cada cosa tenía un tentáculo que la aproximaba al hombre, cada símbolo físico era una onda en la acústica del sentido. Pero en todo aquel *forêt de symboles* había algo de falso, de prosaico, de ceremonioso. Todos eran sonidos que remitían a un primigenio Silencio, a una Nada de la que surgía como un surtidor de agua el Todo. Y ese silencio era el Significado, velado al conocimiento, cubierto con una capa de invisibilidad. Ese Significado era el corazón de aquel cuerpo infinito, el motor de la noche. Alfredo se sintió orientado hacia un centro gravitatorio desconocido, al corazón de la Naturaleza. Recorrió el manto nocturno y solo encontró desolación. Creyó ver un ascua encendida en la sombra y se abalanzó hacia ella, pero el ascua huía de él a medida que se acercaba, en una progresión tantálica que amenazaba con prolongar el mismo infinito. Alfredo buscaba la lámpara del Significado en la materia. Sintió que los

brazos le fallaban y se quedó tendido boca arriba abandonándose al sueño, pensando en la eternidad de su silencio.

*

Despuntaba la mañana. Las golondrinas volaban rectas, perpendiculares. El cielo estaba de un color rosado que estallaba en el zafiro todavía no disipado de la noche. Se oyó el penetrante canto del gallo. De las numerosas figuraciones de la tiniebla, emergía el busto intrépido del día. Su triunfo se hacía necesario. Describir la imaginería de las joyas sería insuficiente como acotar con palabras carro, bronce o riendas por ejemplo, la presencia abusiva del sol. Un gato cruzó la carretera. Dos automóviles pasaron casi tocándolo, y uno de sus conductores, asustado, dio un pitido que resonó en el hueco de los montes. Había que asomarse a la ventana y ver a la flor de la naturaleza que de la luz nacía. La luz, manifiesta promesa. El sueño irreal de la noche pasada había engendrado esta realidad insegura todavía. El Tiempo, cuerpo de la materia, elevaba su frente victoriosa y saludaba (o castigaba, que todo son opiniones) al hombre con su armonía restablecida. Había que aceptar de nuevo las edades de la vida: niñez, adolescencia, madurez y vejez. Cinco corpulentas vacas atravesaron el camino haciendo sonar sus esquilas de azófar, vacas perfectas, patriarcales, sagradas, que excrementaban estrellas oscuras. Detrás iba el ganadero, con la boina sobre la cabeza, una pipa en la boca y un cayado en la mano derecha, acompañado de un perro cabizbajo que le seguía. El ganadero hablaba con sus vacas, las llamaba por sus nombres, las apuraba con el cayado, las jaleaba con la voz. El frío calaba hasta los huesos y un vapor creativo manaba de la boca de los vivientes.

Admiranda tibi levium spectacula rerum

El día se consumía en bucolismo, en una Égloga resplandeciente cantada por los omnipresentes pajarillos del amanecer. Así, la flexión de la noche había dado lugar a la rigidez del día. Siglo de Oro: el Día. Así emerge Venus, fresco superficial que cubre la noche. El Elogio de la Locura, se podía percibir con la imaginación, a lo lejos, en un caballero que espoleaba su rocín y lo encaminaba hacia la metáfora del horizonte, hacia la Primavera, hacia la Resurrección del cuerpo desde la boca del sepulcro, hacia la definición del ojo de la luz, hacia el molino de la distancia.

*

- ¿Falta mucho para llegar?- preguntó Marta.
- No- respondió Gonzalo- Son las 12:15. Alcanzaremos la cumbre a las 12:30.

Cuatro alpinistas se esforzaban en ascender una montaña cuya cumbre estaba cubierta de nieve. Los expedicionarios avanzaban

con cautela, clavando sus bastones de hierro en la tierra, permaneciendo unidos, tratando de mantener la calma ante la adversidad del clima, imaginándose que ya pisaban la cumbre.
La montaña es un camino ascendente, la imagen más nítida de la Vida. A través del Placer y del Dolor – las dos columnas que sostienen el cuerpo del hombre- el individuo avanza hacia la gloria intacta de la luz, reflejo de su propia alma. Los pasos se confunden con las horas en el soplo de los días, la adversidad del Tiempo juega con la voluntad, el Destino aparece como un espejismo en el cielo. El afán por conquistar el cielo, la morada de las divinidades- de los arquetipos- seduce al hombre, ilumina sus ojos, llena sus pulmones de deseo. Por eso emprende la subida a las montañas, a los Sinaís, a los Carmelos, donde recibe con su esfuerzo la emoción del Deber o de la Eternidad, la reproducción constante de un hecho, el tiempo.
Los pies cansados alcanzaron la nieve. Por fin aparecía la cumbre en su nevada hipótesis, no hollada, no profanada, Sión de humo. Los expedicionarios se detuvieron a contemplar el suelo desde allí, desde el vértice de su esfuerzo.

- La realidad anterior parece un sueño- comentó Ismael- Es como si el Pasado fuese una sombra, un fragmento de ceniza.
- Además está el oxígeno que se respira- dijo Raquel- Me da la impresión de que me habita el paisaje.

En aquella ascesis los expedicionarios habían perdido sus naturales diferencias uniéndose en un vínculo. Los cuatro formaban un cuerpo de miembros diferentes, los cuatro pensaban como un solo hombre, los cuatro eran la montaña. El Objeto y el Sujeto se habían identificado.

DIOS

Dios es el misterio
que envuelve la vida del hombre.
Es Padre de sí mismo
e Hijo de su Gracia.
Él nace en la mente del hombre
como el Niño en la Naturaleza,
al que toda inteligencia tiende.
Él es una forma, un dibujo,
en el que cabe toda la materia.
Él separa la luz de la tiniebla
y coloca su cuerpo en el Centro,
en el eje del abismo,
en la cruz del Tiempo,
el mar en el que todo vuelve a todo,
la sangre que da vida a los vivientes,
el hálito del aire, el candor del fuego.
Como una pluma es liviano,
como un trueno es poderoso.

Él reside en la quietud de las letras,
donde el hombre escribe su Destino.
El verbo “ser” es su lengua,
el filo con el que hiere.
El Poder es su trono,
de Rey perpetuo en la memoria,
de soberano de la vida,
de adjudicador de la Muerte.
Dios es la Idea
que dirige los pasos del hombre
en el indescifrable camino de la lengua,
de la palabra,
de la dicción.
Él sostiene la plena realidad
en la fantasía de su rostro.

*

Pensar en Dios es pensar en la Realidad. Pero, ¿qué es la Realidad?. El Museo de los Motivos Clasificados, el Imperio de las Máximas. En el Pasado, Dios aparece como un creador que ha soñado el mundo a través de un verbo, de un “hágase”, y el mundo he aquí que aparece como una esfera de desordenada materia. En siete días Dios ordena todo. Separa la luz de las tinieblas, primer día. Separa el cielo del suelo, segundo día. Separa la tierra de las aguas, tercer día. Alumbra la tierra, cuarto día. Forma los animales, quinto día. Forma al hombre, sexto día. Al séptimo descansa. La Nada ha sido archivada en estratos, en anaqueles y en símbolos. Así se configura el Tiempo, el hexámeron, la semana, el trono de luz donde se sienta el Desconocido. Al fin, la Realidad se apoya en una frágil columna, en la sombra del misterio. Este es el secreto del Ser, que nunca a nadie será revelado. Dios es el Antes, el Principio anterior al Tiempo, el dedo que ha pulsado el botón de la Vida, que ha puesto en funcionamiento la máquina de lo sensible. Así se ha formado el Orden, la rueda del Cosmos a partir del Caos de lo oscuro... La luz emana de las tinieblas. La vida del hombre es una cerrada noche, donde solo brilla una luz, la suya. el Hombre aspira a encontrar a un semejante con el que comunicarse. Por ello explora la bóveda del cielo en busca de una puerta que lo traslade a otra dimensión, a otra Realidad presumiblemente superior, al Desorden inicial del que fue separado lo existente. En el Cielo de las Luces, el hombre cree percibir el murmullo de otra respiración. Escucha el susurro de las estrellas, la música de las esferas que lo conduce como un camino musical hacia El Palacio de la Imagen, donde cada cosa se percibe como única en el espacio, como presumiblemente cierta desde cualquier punto de vista. El Hombre desea ver a Dios, conocer el relieve de su rostro indefinible e indescifrable y luego regresar con la memoria rebosante a su propia vida, a su infinitesimal pequeñez, a su vacío cotidiano. La Vida del Hombre es un éxodo desde la luz a la luz pasando por la oscuridad. Pero el Hombre apetece la Idea que dio

origen a su ser como un bálsamo de salud, un vino que lo hace feliz y pleno en su naturaleza, una Palabra. El Hombre busca a Dios en la Palabra, en su voluntad, en su dicción. En sí mismo.

*

Sentado en la terraza de un bar, Alfredo Gracia rememoraba el tren de su pasado. Al fin y al cabo, la Muerte no había hecho otra cosa que irrumpir en el devenir de su vida como una revelación, como una inteligencia. “Como una iluminación” se decía. Removió lentamente con la cuchara el café de las cinco de derecha a izquierda, en el sentido de las agujas del reloj. Por la calle pasó un anciano que había salido de un automóvil (presumiblemente de un taxi) y que caminaba con dificultad, apoyado en su bastón y con un sombrero de fieltro sobre la blanca cabeza. Su rostro estaba cubierto por una espesa barba gris que contrastaba con su levita negra de lana. “La imagen del Tiempo” pensó Alfredo, “el anciano que camina sin saber a dónde, desde la seguridad de su bastón, proporcionada por la repetición exhaustiva de los fenómenos. Va solo. Nadie lo precede ni lo sigue. Como una lámpara encendida”. Bebió un sorbo de café. Lo notó demasiado amargo. Rasgó un sobre de azúcar y lo vertió sobre el tazón de cerámica. Ahora estaba mejor. La Realidad dulcificada por la Esperanza. “¿Dónde está la Esperanza?” pensó. “La Esperanza es ese rostro bondadoso que presenta el ser, que nos hace ver lo visible como una bella representación teatral, como el final de una ópera o de un poema. Es el Amor, la satisfacción del sentimiento, lo que hace que la Realidad, el noúmeno, valga la pena”. Siguió mirando la calle, la sucesión de movimientos de los transeúntes, y la encontró más amable. El anciano había pasado con la velocidad de una tortuga. Detrás se dejaba sentir su tránsito, el cambio en la sustancia. Un gorrión picoteó en el suelo un pedacito de pan, lo capturó con su piquito y huyó volando. “El Espíritu” pensó Alfredo “es como ese pájaro. Llega, nos anuncia la Noticia y regresa a sus aposentos aéreos. Es el mensajero de los Finales. ¿Sonará así la trompeta del juicio?”.De su aparente estupefacción lo vino a interrumpir una mujer mal vestida, con olor a suciedad en su cuerpo, que le pidió tiernamente una limosna. Alfredo rebuscó en el bolsillo del pantalón y extrajo una moneda brillante de cincuenta céntimos que depositó en la mano de la mujer. “Todo es una mera acción de gracias”, pensó Alfredo, “el Amor nos termina comprando”.

*

La Ciudad, esa Roma adorada de la geometría, se extiende progresivamente por la tierra asesinando el espacio. Ella anuncia de algún modo el Apocalipsis. Así lo piensa aquel joven, que sin saber nada, camina, camina y camina. La Ciudad acaba de rechazarlo (lo acaban de despedir de su trabajo) y no sabe a dónde ir. En su cara hay rastros de lágrimas, de transitorios surcos de sufrimiento. La juventud no cabe en el Pasado. El Pasado la expulsa de su seno, la

obliga a desplazarse siguiendo la traslúcida línea del azar, la impele a sacrificarse en el altar del Presente, a convertirla en una perpetua ofrenda de reconciliación con el porvenir. El joven debe ofrecerse en sacrificio en la Cruz del Mundo, debe derramar su sangre para fecundar la Tierra, debe partirse como el pan en la mesa de los hombres. El joven no tiene ayuda. Cuando llegue a su casa, al pobre piso sucio que constituye su morada, tendrá que pagar el alquiler a su propietario, pues nada en la Ciudad es suyo, todo es de otro o de otros. El Poder se metamorfosea en Tiranía. ¿Dónde está el Poder, esa eterna ilusión del conocimiento?. El Poder es un trono vacío. Una nebulosa de sombra. Misterio de un misterio. La Ciudad lo condena a un viaje en busca de sí mismo. La sentencia ha sido pronunciada por un tribunal inapelable, y la amargura de los hechos se opone a la dulzura de las palabras. El joven cree que la vida es una cárcel, un laberinto de sueño, donde ninguna puerta conduce a la felicidad. El joven quisiera ser un pájaro, un pájaro de fuego dotado de alas para huir, el Espíritu de la Libertad, el río de la evasión y el cambio y el camino. Pensativo todavía llega al portal de su edificio, gira la llave en la puerta y penetra en el recinto de la desolación. Sube las escaleras interiores del edificio (toda ascensión es un engaño) y llega a su apartamento. Allí se deja caer en la laxitud de un sofá azul, metáfora del abismo. Pone las manos sobre la frente y llora un espacio de tiempo indeterminado, discontinuo. Las lágrimas son como gotas de lluvia ardientes que queman por donde pasan, agostan la vegetación de la Esperanza y descienden como díctamo al corazón, donde se sumergen en su océano infranqueable y desaparecen dejando un rastro de cálida estela. La Duda llega siempre a la vida del hombre en el momento en el que se siente más débil, y su pregunta sorprende con la fuerza de una posibilidad, de una certeza. La Duda abre sus alas negras, nocturnas, en la mente dormida. ¿Dónde está la esencia de todo, la Palabra que ha dado origen al universo?. De repente, el joven piensa en la Muerte, en el derramamiento líquido del río que borra automáticamente el Pasado. Qué hermosa resulta para un desesperado la explosión de una carga de dinamita, qué bello el nihilismo de las tinieblas, donde el Ser, oculto de pronto detrás del telón, desaparece.

El joven ve la Muerte como un descanso.

Qué sencillo sería apretar de repente un gatillo, tranquila, voluntariamente, y percibir cómo se borra el humo del sueño, el juego de los instantes y de las cosas, la Realidad de los Símbolos, la Ciudad del Pasado. Los edificios de la Costumbre se derrumbarían, los templos serían expugnados, el vacío se adueñaría de la música, y por último todo sería silencio. Pero un silencio personal, único, intransferible. El silencio de la libertad. Él estaría solo consigo en la habitación de la infinitud.

Borrar la Ciudad exige borrar la memoria.

Pero borrar la memoria es algo más que borrar el Deseo, como aseguran los orientales. Borrar la memoria es también anularse a uno mismo, confundirse en la noche, cubrir el rostro con una pantalla para no verse reflejado en el espejo de Dios.

Es, en definitiva, una cobardía emplear la voluntad contra la voluntad, la inteligencia contra la inteligencia, el suicidio contra la Vida. El onanismo no conduce más que al círculo vicioso del eterno retorno, donde la Palabra pierde el significado, Dios es empleado como un pretexto para la evasión, el Hombre se vuelve la espalda, se niega, es a la vez víctima y verdugo.
El joven no quiere que su vida sea una negación, un testimonio contra su voluntad. El joven acepta ver de nuevo, a pesar de las lágrimas, su rostro reflejado en el espejo.

*

El Ser Supremo está ahí, encima de nosotros, sentado en el Trono de la Creación (o de la Nada) que lo hace invisible, un misterio para la Vista. Antes del Tiempo estaba sentado, su actitud se perpetúa por los siglos de los siglos, él es Señor del mar del movimiento, cuyas ondas levantan la Ciudad del Hombre y luego la hacen desaparecer en un reflujo continuo que termina en el mismo lugar en donde empieza. Dios está aislado, exento, guarecido en la mandorla del Silencio, esculpido en una actitud hierática y distante, fría, indefinida. Pero he aquí que Dios abre la boca para hablar, pronuncia su discurso y se encarna en la naturaleza del Hombre. Adquiere huesos, músculos, venas, nervios y piel; participa de los sentidos del Hombre, resumidos en la Vista, y se hace figura de barro que imita los gestos del animal. Entonces se acerca al humano y le dice: “Yo soy como tú. Como tú me he hecho para hablarte, para comunicarme contigo”. Repentinamente, el que antes era una Idea en el reino de las nubes se convierte en una Palabra que desciende como la lluvia a la tierra, en una Palabra tangible, fabricada con la materia del sueño. El Hombre, entonces, percibe que posee un hermano en las alturas, alguien de su misma identidad y condición, un reflejo dibujado en la morada de la luz. Cada paso que da el Hombre tiene un resultado en la Naturaleza. La sombra y la luz se besan. La Diferencia desaparece y la Unidad conquista el Tiempo. Entonces el movimiento se detiene. El mar se convierte en un altar de piedra (en la alianza del Ser con el Ser, del Hombre con Dios) donde está escrita la Ley de la Palabra, el poema de la creación. El Tiempo se vuelve sólido y ya no es Tiempo, sino Palabra. Dios y el Hombre son el mismo Ser.

LA VIDA

El agua carece de nacimiento, su materia es la sucesión. Su cuerpo es transparente, diáfano a la propiedad de la luz, que se refracta en su tejido cambiante. Cuando representa una voluta de vapor en el cielo, la Gravedad (la matrona de la Tierra o la virtud de lo estable, la Alianza de Dios con el Hombre) la precipita en alimento líquido que se extiende por la piel del mundo, sumergiéndose y colmando el espacio vacío, formando las venas corrientes que, cual culebras que

tejen y destejen su cuerpo en la Danza de los Elementos, discurren con ritmo continuo hasta el lugar en el que se depositan Todas las Cosas. En el mar se detienen los ríos como columnas que sostuviesen la bóveda de un templo, y allí se proyectan en la extensión sin límites de la Verdad, en el Reloj del Tiempo cuya aguja es la luz y cuyos números son las Doce Constelaciones del Cielo. En el mar se forman los primeros organismos, los primeros acordes de la música de las aguas, las primeras máquinas del Ser, la posibilidad de la vida independiente. Estas islas son en su inicio rocas en medio del mar, pero más tarde se agregan unas a otras percibiendo la similitud de sus notas y componen los primeros continentes, las primeras sinfonías autónomas, los primeros entes dotados de sensibilidad acústica, las primeras formas de vida. El agua, entonces, se convierte en una Madre que alberga a todas las criaturas que se desplazan por su seno, inscritas como frescos en el útero del Tiempo. Estas criaturas son tan variables como la Imaginación (la metáfora del agua) puede concebir. Todas poseen una estructura geométrica, su perfil ha sido trazado por las matemáticas de la combinación y su virtud les ha dotado de solidez. Cada uno de ellas es como un mundo independiente de elementos independientes, donde todos sus átomos se cierran en un polígono perfecto, ajeno al resto del movimiento y divino en sí mismo. Es entonces cuando uno de estos polígonos o poliedros animales se combina con otros polígonos o poliedros del Reino del Agua, y de esta facultad de combinación surge la posibilidad de formar cuerpos suprageométricos, etéreos, cuya virtud es la Inteligencia (la facultad de crear formas por encima de las reglas de la música de las aguas). Nace entonces el Rey de la Vida, el Hombre, cuya voluntad domina y limita el movimiento del mar, somete el Tiempo a su mano y funda el Reino de la Palabra.

*

Con un caballete y un paraguas, el viejo pintor derramaba pinceladas en un lienzo. En la calle llovía a raudales, el agua bajaba despedida de los canalones y de las gárgolas de la iglesia. Los transeúntes copiaban gestos convencionales tratando de huir de la lluvia. Se respiraba el aroma de la humedad y del frío, el propio perfume de la Ciudad. El pintor trataba de ver la calle desde afuera de sí, donde la tenía absorbida como integrante de su propio organismo, quería incluirse en el cuadro desde su posición exterior al cuadro, convirtiéndose él mismo en objeto de representación. Nada más difícil que ser ese Argos que mira desde dentro, pero en eso consiste la captación de la Belleza. ¿Qué es la Belleza?, podría pensar el Lector. La Belleza es una sensación, es en definitiva, la sensación propia de la Inteligencia. La Inteligencia, a través de los sentidos, percibe el movimiento, la música de las cosas, y la captación de esa música (que solo se percibe desde afuera de las cosas) produce el sentimiento de lo bello. Solo es capaz de percibir lo bello aquel que se abstrae de su individualidad para proyectarse en el espacio que lo rodea. Es la Belleza una inmersión en el universo, un baño lustral en

el estanque del Tiempo. Para lograr la sensación de lo bello, el Hombre debe librarse de las vestiduras del lenguaje aprendido (de todos los juicios anteriores de la Creación del Pasado) y sumergirse desnudo en las aguas maternales de la música de las cosas, dejarse empapar por ellas hasta percibir su ritmo latente, sus pulsaciones o los latidos representativos de su figura cosmogónica, hasta captar el significado de todo y emerger de las aguas radiante y fresco como la luz, con la conciencia de una Nueva Creación en la frente, de una *Vita Nuova* aque será el faro que ilumine las cosas como al principio.
El viejo pintor, cuya experiencia era un mero atributo de su niñez, no pretendía fotografiar el paisaje, sino hacerlo suyo como un testamento, como un documento que sustituyera su persona, la suma de sus pensamientos y de sus deseos. La lluvia era una metáfora de la resistencia que opone el paisaje (como esa frialdad característica del agua cuando el cuerpo se sumerge en ella) a la representación escrita, a la fijación por siempre y para siempre de un lenguaje propio (¿cómo hacer propia la información del noúmeno?) en el cual se manifiesten las tres dimensiones del Antes, el Después y el Ahora en una sola dimensión, la del Tiempo en todos sus atributos y desdoblamientos.
El viejo pintor detenía el pincel, como Velázquez, ante la imagen de una mujer que pasaba. ¿Cómo captar su movimiento, su huida perpetua para perderse en la Nada de lo impersonal?. Quería, como Duchamp, pintar la sucesión de los momentos, pero también el Momento en el que la parte convergía en el Todo, en el que el Sujeto besaba al Objeto fundiéndose con él, cuando la Palabra se hacía carne.
Una pareja bajo un mismo paraguas se acercó al pintor. Un hombre se quedó mirando al cuadro y preguntó:

- ¿Qué pinta usted?
- La Vida- respondió el aludido sin levantar la vista hacia su interlocutor.
- Ahí solo se ve la calle- reconoció el viandante señalando un punto del cuadro.
- Usted ve la calle- observó el pintor- Otro verá el campo. Cada cuál verá el paisaje que represente. No se puede ver más allá de uno mismo. Ese es el límite del Arte.

La mujer hizo una seña al hombre para marcharse, pero el individuo quiso entablar conversación con el pintor que así le respondía.

- Para usted el Arte debe ser algo así como un entretenimiento, ¿no?- preguntó el curioso con ironía – Un día de lluvia como este y usted aquí pintando... Mucho amor debe tener al arte, creo yo...
- Solo se puede tener amor al Arte- respondió el pintor.

El viandante reprimió un gesto de contrariedad.

- Yo no opino lo mismo- dijo- El Amor procede de las personas. Sin personas no hay amor, por mucho que usted justifique...
- Las personas pertenecen al Arte- observó el pintor- La representación mental de las cosas es su naturaleza misma. El

rostro de un individuo no vale nada si no se ve reflejado en un espejo.
- Convengo- dijo el viandante- pero ese espejo son los demás.
- Se equivoca- replicó el pintor- Ese espejo es uno mismo. Sin uno mismo, no se puede ver a los demás.
- Vámonos Joaquín- le dijo la mujer al hombre- Se hace tarde.

El reclamado no quiso marcharse sin aportar algo más.
- Para usted el Arte es todo, lo bueno y lo malo. Es usted un enamorado de los pinceles. ¿Cree que podrá fijar el mundo en su lienzo?
- No- respondió el pintor- Yo no pretendo fijar el mundo de las informaciones, sino el de su percepción. En definitiva, estoy pintando mis ojos.

La lluvia cesó por un instante. Los viandantes se alejaron.

*

La conversación iba de un lado para otro, como un pájaro de fuego, un fénix que renaciera de sus cenizas y comenzara otra vez desde el principio. Hablaban los tres sobre el precio de los artículos, sobre el tráfico de la calzada, sobre Tucídides y su visión pesimista de la historia. Joaquín conducía, Sara iba sentada delante del automóvil, junto a él, y Alfredo Gracia se expresaba desde los asientos traseros del vehículo, separado del tabernáculo del volante por un velo invisible que lo aislaba de la pareja.
- Puedes creer que el universo es redondo- decía Alfredo Gracia- Todo parte del mismo Principio y está a la misma distancia de él. Me abruma la conciencia de la redondez. Nada se escapa a la providencia de la materia, igual en todas sus partes.
- Eso tiene mucho que ver con que no podamos desplazarnos más deprisa- argüía Joaquín- Todo está a la misma distancia del Centro. Es una aporía heredada de Grecia. Nosotros no avanzamos cuando cambiamos de lugar.
- El avance, el Progreso- decía Alfredo Gracia- ¿Qué es el Progreso de los Pueblos más que una ilusión heredada? Pero ya hablaremos de ello en otro momento.
- Mierda- exclamó Joaquín- Hemos entrado en una caravana.

Cinco vehículos tocaron el claxon simultáneamente.
- No tienen educación- manifestó Sara- De que vale pitar cuando hay retenciones.
- El tañido de la trompeta- dijo Alfredo- Jericó. La civilización judeocristiana. El Final de los Finales Últimos.

Volvieron a escucharse pitidos.
- No saben lo que es el respeto- siguió protestando Sara- Ellos solo piensan en ellos.

Mientras tanto, la radio encendida proseguía derramando titulares al viento, comentando efemérides, contando hojas secas.
- Somos demasiados- dijo Joaquín- Somos demasiados para darnos cuenta de que nos hacemos falta… No es la primera vez que nos pasa esto. Salimos de un centro comercial y nos

encontramos con la carretera así... Todos hacen lo mismo, pero nadie se da cuenta de su error.

- Lo que decíamos de Tucídides- comentó Alfredo- es que narra una guerra en la que todas las partes creen que respetan a las demás. Todas se justifican igual.
- La guerra es esto- intervino Joaquín- un grupo de personas empeñadas en no dar paso al resto.
- Ipso iure- intervino Alfredo- es la Discordia la manzana de la Ciencia. Desde que el hombre tiene conocimiento, viene practicando la discriminación entre sus semejantes. Para los griegos todo se soluciona mediante un sistema de alianzas, pero la teoría de Tucídides acaba demostrando que las alianzas no modifican la conducta natural del hombre. La maldad o la incomprensión terminan malbaratando las cosas, ordenándolas de otro modo.
- Puedes creer que hace una hora estaba lloviendo- dijo Joaquín- y nosotros nos encontrábamos paseando por la calle. En esto que vemos a un pintor que debajo de un paraguas se distraía en pintar *a plein air.* No me puedo explicar cuál sería la pasión por la pintura que justificase semejante insensatez.
- Trataría de detener el tiempo- explicó Alfredo con la mano sobre la frente- Pienso ahora que la Vida no consiste en otra cosa que en detenerse a contemplar el paisaje. Naturaleza tantálica. Mirar el agua correr, que tú jamás beberás. Objeto. Noúmeno. Pararse a pensar. Éxtasis.
- Detenerse solo aburre- protestó Sara- Compruébalo ahora. La Vida es movimiento.
- No lo creo- manifestó Joaquín.
- Yo tampoco- dijo Alfredo- La Vida es la quietud que solo cabe en el movimiento. El movimiento es una ilusión. En realidad todo es absurdamente redondo. La tierra es redonda, el universo es redondo, la Vida es redonda. No hay origen ni causa, solo resultado. La rueda de los budistas.

La obstrucción del tráfico de la carretera se disolvió de pronto.

- Parece que ya nos movemos- anunció Joaquín- ¿Qué decías de la rueda?
- La rueda no nos desplaza- dijo Alfredo- Nos reemplaza.
- ¿Qué quieres decir?- preguntó Sara.
- Quiero decir- respondió Alfredo- que la Vida no tiene otro sentido que aquel que nosotros le damos. Ese es el sentido del desplazamiento.
- Ya nos explicarás esa teoría- dijo Joaquín.

*

El campesino conducía el tractor despacio, tratando de sortear las irregularidades del terreno que podían dar con su vehículo en tierra. El arado romano, cantado por Virgilio en las Geórgicas, avanzaba peinando el campo como diría Don Luis de Góngora, dejando detrás de él regueros profundos de tierra removida. El campesino miraba de

vez en cuando para atrás y comprobaba la obra terminada. La Tierra es maleable a la mano humana. Desde siempre el hombre ha venido cultivando y fabricando todo con su materia, desde vasijas hasta murallas.
La agricultura, la actividad merced a la cual los hombres pudieron ser sedentarios, es el símbolo de la existencia por excelencia. La semilla es el Ser, la Tierra, el Tiempo. La semilla, atravesando su propia muerte, da origen a la Vida en la planta que nace de ella. La parábola del sembrador de Cristo es el ejemplo más claro de mensaje religioso. Es necesario que la semilla atraviese el Tiempo para convertirse en un Ser consistente, autónomo, can raíces, tallo y ramas. Sembrar es vivir. Todo organismo se abandona al devenir del movimiento, como un barco botado al mar, que lo conducirá al puerto de la inmovilidad salvadora. Toda forma de vida es un vehículo movido por la energía del Tiempo, cuyo destino es proporcional a su naturaleza viajera, incierta. Mediante el trabajo, el hombre entierra su semilla y aguarda a que se produzca el milagro de la Vida, la generación desbordante del Mas Allá. La mano del hombre tiembla ante lo invisible, pero en lo invisible del Ser también obra el Tiempo. Por ello la Vida jamás empieza ni termina, sino tan solo prosigue, en un eterno sucederse de fenómenos paritarios, progresivos, que se reproducen unos a otros en cadena hasta alcanzar el último eslabón donde empiezan de nuevo desde el principio. Como la semilla, la Vida es una esfera suspendida en el espacio. Como la Tierra gira alrededor del sol, la Vida gira alrededor del Ser. Y el Ser inmóvil constituye su columna, el luminoso pilar que precede al cielo de elementos naturales que, como un pueblo, avanzan hacia la región del infinito Presente.

LA MUERTE

Escribe Petrarca en los Triomphi:

> La notte che seguí l’orribil caso
> che spense il sole, anzi l’ripose in cielo
> di ch’io son qui come uom cieco rimaso.

Hay muchas referencias en la Literatura a la Muerte (la noche del tránsito). Yo, que soy occidental, aludo en particular a Petrarca, poeta que resume en esta estrofa el pensamiento medieval de las Chansons de la Mort, del siglo XIV, que recogen la situación de Europa después del contagio de la Peste Negra a las naciones grecogónicas.
Pero el tema es universal, como todos los temas de los que trata este libro a través de comentarios, situaciones y personajes diversos. Podemos pensar en la cultura egipcia, nacida en las riberas de un río que discurre por un desierto. La forma de las pirámides, geométricas tumbas de piedra, revelan una sorprendente teoría, en la cual se

cifra la esperanza del hombre, la teoría de la vida eterna. Si hemos tratado de la Vida en el capítulo anterior, este comentario precisa referirse a ella como origen del discurso, pues la Muerte no se entiende sin la Vida y viceversa. Mientras la Vida pertenece al mundo de lo visible, la Muerte pertenece al abismo de lo invisible, dos reinos separados por un muro sensorial. El mundo visible podría identificarse con el día, el invisible con la noche. De ahí el referente de la estrofa que encabeza el texto: “La notte...que spense il sole”. La noche que oscurece el sol es la Muerte, el momento en el que el Alma y el Cuerpo, es decir, lo relativo y lo absoluto, se separan por ese muro infranqueable del desconocimiento. Como una fuente que nace de la tierra, la Vida nace de la Muerte porque la Muerte la incuba, la alberga, antes de que pueda hacerse visible.
Imaginémonos un árbol, el símbolo más perfecto del viviente: mientras sus raíces se sumergen en la tierra, su tronco eleva las ramas a la luz del sol. Pero sin la raíz, el árbol no podría permanecer firme ni sería capaz de obtener los nutrientes necesarios para su desarrollo como ser vivo. Si talamos el árbol y dejamos la raíz enterrada, la planta se regenerará, de lo que inferimos que la parte indispensable del árbol es aquella que está enterrada. Al igual que en este ejemplo ocurre con la Vida en todas sus formas. Sin la Muerte no puede entenderse la Vida. Pero aún a pesar de la imparcialidad del argumento, para el ser humano, la Muerte es el reino del miedo, el hades o el seol de la desolación, el lugar ficticio donde la fantasía recrea sus más bellas imágenes. Un ejemplo nítido es la Divina Comedia de Dante Alighieri, donde el Más Allá, siguiendo la teología cristiana, se divide en tres ubicaciones consecutivas y vinculantes, reflejo de la conciencia y sus dos posibles caminos de elección: el bien y el mal. El Infierno y el Paraíso recrean los dos caminos. El Purgatorio es el vínculo entre los dos, una artificiosa continuación del “camino de la vida”, como un referente visible de una realidad invisible. La Muerte, esa bandera oscura que nos viene de arriba (es decir, impuesta por la necesidad) se presenta a nosotros como un velo de absoluta sombra, indescifrable velo que nos deja completamente ignorantes, nos infantiliza (probablemente eso quiere expresar la máxima evangélica: “Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino”) y no podemos hacer otra cosa que imaginarnos lo que no vemos. De ahí emerge y deriva el Teatro de la Existencia, el escenario en el que cada cual se ve obligado a improvisar el papel que le viene asignado por naturaleza, desconociendo la Causa o Engranaje del Espectáculo, oculto entre bambalinas o tras el telón opaco de lo Desconocido.
La Muerte hace posible la Imaginación, la justifica, destruye la Ciencia de la Verdad (siempre aparente) derrumbando las babeles tecnológicas que en vano procuran descubrir el misterio. Es la Muerte, podría decirse figuradamente, el manto con el que se arropa el Ser, su mandorla y su trono. El Ser se hace manifiesto merced a la Muerte que lo modela. La Sombra es el reino de los antepasados, de los santos que han pasado a la memoria.

El peso de un muerto supera al peso de un vivo. La Muerte convierte al Hombre en divinidad. ¿Qué podría ser Dios más que la suma de todos aquellos que han muerto y que nos miran desde el pasado que es la materia del futuro?. La Vida, como hemos indicado en el capítulo anterior, es cíclica, no tiene principio ni fin. Por ello la Muerte, esa línea que divide la Vida en dos extremos, la madre de la diversidad, es un puente que, en definitiva, une lo visible desde lo invisible. La Muerte, para el sabio, es un vínculo, no una separación.

*

Con los ojos muy abiertos, Pedrito veía cómo unos desconocidos enterraban a su tío. Para un niño de cinco años, una baja humana es un hecho sorprendente. Pedrito recordaba cuándo su tío le relataba –tan lejos ya en su memoria- el cuento de un niño como él, que actuaba del mismo modo que él pero en otra vida distinta, acompañado de otras personas. Después de una misa que le había parecido un largo discurso que solo podía distraer a las personas mayores (cuando más fácil hubiera sido en su inocente opinión jugar a un juego más divertido, recordar los cuentos y las palabras y la sonrisa del tío, sus bromas y sus manías), unos hombres oscuros habían abierto un agujero en el suelo después de levantar una piedra plana con unas letras escritas en un idioma que parecía no ser de este mundo, y su primo Alfredo le había dicho, a pesar de que el muerto era su padre: “Anda, pequeño, dile adiós al tío José”, con una voz muy firme, como cuando su padre o su madre le regañaban por algo que había hecho mal. Cuatro señores condujeron una caja negra hasta la lápida, removieron la piedra y la oscuridad infinita del agujero apareció de repente y atrajo los ojos de Pedrito que, aún a consecuencia de saber que estaba haciendo algo prohibido, corrió hacia el agujero cuando los desconocidos lo abrieron y vio un abismo profundo que le asustó. Sintió que una mano lo retenía y lo azotaba diciéndole: “Te dije que vinieras. Te estoy llamando. Obedéceme”. Era su madre que desde el otro lado de su imaginación lo llamaba y le reñía por no haberle escuchado, por haberse acercado demasiado al agujero. Cuando los cuatro hombres metieron la caja negra en él, Pedrito comprendió (o no lo hizo, le pareció solamente) que no vería otra vez a su tío, que ya no le contaría más aquel cuento del niño que vivía en otro mundo paralelo al suyo que no era el de la realidad que él conocía, sino el de una ficción que desconocía. “Mamá” preguntó Pedrito a su madre con la gracia que solo poseen los niños sobre la Tierra, “¿el tío José está en esa caja?”. Su madre le dijo “Sí, hijo, así es” como si hablase con una persona mayor. Todos estaban tristes porque el tío no volvería a hablar con ellos, a partir de ahora el tío se iba a vivir al agujero negro dentro de una caja y los dejaba a todos allí, con una duda por recuerdo. Otro hombre vestido con sotana –el cura- bendijo la lápida e hizo el signo de la cruz, que a Pedrito le habían enseñado cuando era más pequeño, y luego se marcharon, todos se marcharon y a él también lo obligaron a marcharse a su casa en la que nunca volvería a oír hablar a su tío.

*

Después de haber echado una partida de dominó, dos ancianos se pusieron a conversar sobre la naturaleza del Recuerdo. El tiempo recobrado de la Memoria se opone a la Nada del Olvido, su negación. Como la música se opone al silencio. Ellos tenían una vida archivada en su memoria, una vida de éxitos, de fracasos, de amores y de pérdidas. El Tiempo estaba en sus venas, pero se había soldado con su propio ser, formando la simbiosis de la nostalgia. Sus experiencias, cual piezas de un molde consciente, integraban el material o el contenido de su pensamiento, que levantaba la cabeza a las estrellas de lo Inconsciente, a la Creación entera del vacío materno y absoluto.

- Tenemos una ciudad en la mente- decía uno de ellos- Podría nombrar ahora mismo todas sus calles. Hemos colocado durante nuestra vida una a una todas sus piedras y ahora la ciudad se eleva, perdiendo su peso, asciende al cielo donde desaparecerá por siempre fundida en el Principio.
- Piensa en un pájaro- le aconsejaba el otro- El ave fénix. Después de sucesivos intervalos de tiempo, años o siglos, su cuerpo se agota y arde en la hoguera de la Purificación, para renacer más tarde con vida nueva del propio fuego que le dio muerte.
- ¿Cómo puede nacer algo de la Muerte?- le decía el otro- Si la Muerte es la Destrucción, es la planicie desértica de la Nada, donde ningún edificio puede ser erigido. La Muerte es una habitación con la puerta cerrada desde fuera, o mejor, es una habitación sin paredes ni puertas ni ventanas que dejen entrar el aire de la Creación. Allí se consume todo en la desaparición completa.

El otro anciano, con una sonrisa, tomó una pieza de dominó en la mano y paseándola por sus dedos delgados y nudosos dijo:

- Mira esta pieza. Todo es juego. La Nada y el Todo son lo mismo. La Ciudad del Recuerdo la hemos construido nosotros y nosotros estamos obligados a destruirla, pero de su destrucción nacerá una nueva Ciudad, pues antes y después de que exista algo, permanece envolviéndolo el vacío de la Nada.
- Entonces, ¿hay dos ciudades?- preguntó el otro anciano.
- Así es- respondió su interlocutor- La Ciudad del Olvido, oscura y grávida, se opone a la Ciudad del Recuerdo, etérea y encendida. En nuestra mente viven ambas en pugna, pero una de ellas terminará prevaleciendo sobre la otra. Los nombres de las dos ciudades son Babilonia y Jerusalén.
- Esas dos ciudades son los dos momentos de la Creación. Antes y Después de la materia, uña y carne unidas hasta el fin que las separará.
- Di mejor la Vida y la Muerte. Las dos caras de la moneda del Tiempo. Babilonia es una fortaleza poderosa, una torre de barro oscuro edificada con los mismos cimientos que Jerusalén,

pero su naturaleza es grávida, está limitada al suelo, su superficie tiene forma poligonal, cerrada, recogida sobre sí.

- ¿Y Jerusalén?
- Jerusalén, al contrario, es una ciudad de luz. No tiene forma establecida, sino que varía según el ángulo desde el que se la mira de forma completa, plena, ilimitada. Ella misma es el límite de lo existente.
- ¿Y dices que esa ciudad jamás desaparecerá en la Nada?
- Así es.
- ¿Cómo puede ser eso posible?
- Es posible, justo y necesario porque Jerusalén es la propia Nada, la Ciudad cuyas calles son todas paralelas, innumerables e interminables. Es un dorado reflejo de Babilonia, la ciudad de barro, con la diferencia de que su origen parte de dos polos equidistantes. Babilonia es una figura. Jerusalén un reflejo.
- ¿Y cómo puede sobrevivir el reflejo a su referente?
- Ese es el gran milagro de la Vida, el inconmensurable misterio de la existencia. El reflejo permanece grabado en las aguas mientras el referente se borra. Es el fenómeno de la Resurrección.
- ¿El fenómeno de la Resurrección?
- El efecto milagroso de la luz sobre las tinieblas. La luz borra paulatinamente a las tinieblas, las traduce en energía que esculpe la sustancia del Ser y recrea la música de la Vida, las aguas de la fuente que mana sin descanso.
- ¿Quieres decir que el Recuerdo no es más que el reflejo de la luz sobre las aguas?
- Ese reflejo es Jerusalén, la ciudad del Tiempo. Jerusalén sobrevive al Hombre, es la mente del Hombre. Así, mientras el Olvido negativo se hunde, el Recuerdo positivo se eleva y la luz prevalece sobre las tinieblas. Esa es toda la Teología que puede aprenderse.

Después de esta intervención, sin más, los dos ancianos resumieron su diálogo al silencio.

*

(Inspirado en el relieve “La leona herida” que se encuentra en el Museo Británico de Londres)

El dardo de la Muerte ronda el teatro de la naturaleza.
El dardo de la Muerte, en línea recta, busca Animal en el que hundirse.
El dardo de la Muerte es un bastón y una serpiente, es el remedio y es la medicina.
El dardo de la Muerte aísla al individuo de la Especie, lo deslumbra con el terror de su mirada, lo llena de temor y lo detiene.

El dardo de la Muerte se acerca, silba desde el palacio del aire, llega antes de hacerse visible, suspende el sonido de las cosas, busca la raíz y la sangre.
El dardo de la Muerte jamás encuentra diana.
El dardo de la Muerte penetra el corazón de las generaciones, lleva en su movimiento el Supremo Poder.
El dardo de la Muerte no conoce derrota, no tiene materia, es solo energía.
El dardo de la Muerte libra la batalla final con la Apariencia del Ser, libera la sangre de su cuerpo y la derrama en la Tierra que la recibe como una madre que sostiene a su hijo.
El dardo de la Muerte es el Último Refugio, la Última Morada, la habitación última.
No hay escapatoria posible ante el dardo de la Muerte, él llega a pesar de la velocidad de la huida.
No hay remedio contra su beso, no basta el valor contra su fuerza.

Sin embargo,

es la Muerte el camino del sueño, en el que la Especie permanece unida;
es la Muerte la puerta del Amor, la Mesa común del banquete;
es la Muerte la mano que da vida, la bandera del Triunfo Perpetuo.

Porque,

la Muerte es el Misterio de la Vida,
el envoltorio del regalo del Tiempo,
el filo de la Gloria.

La Muerte es,

la mente entera del Hombre.

EL TIEMPO

… Y en el centro del mundo está el Tiempo, la silla vacía donde el Invisible se sienta. La cátedra del silencio. El Tiempo es un solo Ser en tres personas unidas por el mismo Fin: el Antes, el Después y el Ahora son uno en la Sustancia, la permanente esfera en la que todo se sustenta. La esfera está dividida en doce números. Es el Reloj, la máquina del movimiento, la pluma de la Historia. Los cuatro primeros números conforman la estación de la Infancia: el uno es el Nacimiento, el dos el comienzo del lenguaje, el tres el primer paso sin apoyo, el cuatro el enderezamiento del cuerpo. Los cuatro siguientes números representan la madurez: el cinco es el valor, el seis la unión con otro ser, el siete la procreación, el ocho la

descendencia. Los cuatro últimos números constituyen la vejez, la época reflexiva del tránsito: el nueve es la virtud, el diez el juicio, el once el consejo, y el doce la revelación. Cada número aparece representado por un símbolo animal diferente, los doce signos del zodíaco: el uno es capricornio, el dos piscis, el tres acuario, el cuatro aries, el cinco tauro, el seis géminis, el siete cáncer, el ocho leo, el nueve virgo, el diez libra, el once escorpio y el doce sagitario.
El Tiempo es absoluto en el Ser, pero la mirada del Ser es relativa según el número de la esfera en que se encuentre. Es lo que se conoce como espacio, la aguja que marca un determinado número. Por esa causa la visión de la esfera nunca resulta completa y el Ser es siempre relativo con respecto al Tiempo. Así, un niño no puede ver el mundo del mismo modo que lo ve un anciano, aunque sea el mismo mundo para ambos. Estamos limitados por la posición de la aguja, por el espacio que nos sitúa en uno o en otro extremo. Jamás podrá el Ser ocupar el centro de la Rueda, porque el Ser, en definitiva, es la Rueda misma. No obstante, cuando mantenemos una conexión artificial (mediante el pensamiento o la memoria) podemos alcanzar por un momento una perspectiva común de fragmentos temporales separados por la aguja, reconstruimos el Tiempo a través del Recuerdo y conquistamos la luz de la Visión Absoluta. Es lo que se conoce como Creación.
La esfera del mundo se duplica en su reflejo: la esfera del sueño. Ambas recogen el día y la noche de la Realidad humana, los veinticuatro números de la Naturaleza, esa roca imperecedera de la que mana el agua de la Vida.

*

Visita a un museo. La completa aspiración de la memoria. Recorres el pasillo en el que están los cuadros, la inmensa pinacoteca de la Historia. Hay dos salas separadas por una cruz en la que el Hombre ha ofrecido su sangre para dar color a los acontecimientos. Esa crucifixión es el centro de la sala. A la izquierda de la cruz, el Pasado en blanco y negro, los colores del Recuerdo; a la derecha de la cruz, el Futuro en púrpura, el Destino. Caminas por la sala de izquierda a derecha, en el sentido de las agujas del reloj. El Hombre es un solo ser, pero te apercibes de que tiene dos rostros diferentes, como revela el bifronte Jano. Son dos personas distintas por un invisible vínculo. A la izquierda está la Guerra, esa confusión de cuerpos que se enredan unos con otros sin origen, como un vendaval o un torbellino de potencias encontradas, donde los miembros de la misma familia están en conflicto unos con otros. Las armas se entrecruzan: hay espadas, lanzas, cañones, pólvora, metralla, bombas, fuego. El blanco de las armas se mezcla con el negro de los cuerpos. Al fondo del cuadro, una Ciudad perece abrasada, la Troya de las Sensaciones, la inhabitable morada de los hombres. En todo el cuadro reina la Desolación de lo perdido, el deseo frustrado de la gloria conquistada a través del odio. Un ruido inacabable semeja el lienzo.

Por su parte, a la derecha de la cruz se contempla otro cuadro en colores vivos, que representa a un barco llegando a un desconocido puerto. La tripulación del buque, incluido su capitán, festeja la llegada a un continente que mana leche y miel con instrumentos musicales: arpas, cítaras, laúdes, guitarras y flautas. El mar es completamente azul, la Tierra es completamente verde. El absoluto desconocimiento conduce a la esperanza conocida, materializada en el Descubrimiento. Los pájaros de luz- las estrellas- todavía brillan en el cielo cuando el sol despunta en el horizonte. La alegría reina en todo el cuadro, el color semeja una explosión de felicidad.
Así, piensas, es la diferencia entre la Promesa y la Redención. El Pasado es una pérdida, una guerra continua contra uno mismo; el Futuro, por el contrario, es un Descubrimiento que conduce a la alegría. En medio de los dos momentos está la cruz de la sangre, el Presente, que permanece clavado en la pared, hierático e inmóvil, como un sueño o una sombra.

*

- ¿Vivimos o soñamos realmente?- preguntó Agustín a Alfredo Gracia.
- Vivir es una forma de soñar- respondió Alfredo.
- No lo creo- objetó Agustín- Podemos hacer el voto de no pensar, pero al fin siempre nos despierta la Conciencia. ¿No consideras que la Conciencia representa el sentido del Tiempo?
- El Tiempo y la Imaginación son la misma cosa- dijo Alfredo- Como la Imaginación, el Tiempo cose nuestras experiencias, la Parca une cada uno de nuestros sueños con el hilo del deseo y al final nos da un rostro. ¡Si supiéramos que ese rostro es una máscara y pudiéramos arrancárnoslo, despertaríamos completamente!
- Despertar, ¿no será ese el sueño que atesoramos?- preguntó Agustín- Sentarse debajo de la higuera de la Vida, que ha tapado nuestras vergüenzas, hasta alcanzar el sueño de la Tierra que perseguimos. Vivimos en un continuo éxodo hasta el Final de los Tiempos.
- Ese Final de los Tiempos es el auténtico sueño- dijo Alfredo- El Juicio en el Valle de los Muertos, la Resurrección de la carne. ¿No crees que todo ello tiene la consistencia de una voluta de humo? Pensar que seremos lo que somos por siempre, inmovilizados por la Cruz del Presente... Jamás alcanzaremos la Cruz. Está demasiado lejos de nuestros pasos.
- Sin embargo la vista la alcanza- observó Agustín- No puedes medir la distancia, pero no puedes ignorarla tampoco.
- Y esa distancia es el sueño- concluyó Alfredo- Míralo de esta forma. ¿Qué más da cuál sea la física? El caso es que está ahí.
- Está ahí- continuó Agustín- Pero mi mente anhela saber más. Mi mente no se conforma con rodar en el símbolo, desea ante todo desentrañar el símbolo.

- Desea poseer el símbolo- dijo Alfredo- Desea detener el movimiento para apropiarse de su eje. ¿Pero no te das cuenta de que ese deseo es una ilusión? Ese deseo es el contenido del sueño.
- Entonces jamás despertaremos- determinó Agustín.
- Quién sabe- dijo Alfredo- Deja todo en manos del Tiempo. Él sabrá qué hacer con nuestro deseo.
- Sí- terminó Agustín- Que el Tiempo nos posea, y que nuestra voluntad sea la suya.

*

Detrás de la pantalla de los objetos descansa el rostro del sujeto. La noche es una madre atenta para el viajero que atraviesa su metáfora, serena e impasible como una virgen. Manuel bebía su copa de ron mirando a las bailarinas del bar que se deshacían en danza árabe, en una atmósfera de humo de tabaco que insinuaba la transfiguración de las personas que allí se encontraban. La manecilla de su reloj de pulsera marcaba las once y cuarto. La clase trabajadora de la Ciudad ya se había metido en la cama, asustada por el triunfo del Reino de las Sombras. Manuel se sentía como Chrétif de la Bretonne, el búho de París. En el fondo todas las ciudades son una copia de París. El ron se paseaba por la garganta Manuel llenándola de vida, como el agua mesiánica que inunda las llanuras desérticas del alma. El alcohol, el agua de la alegría, la sangre que nos hace libres. Apoyado en la barra, Manuel trataba de asimilar las notas que escapaban del tocadiscos del bar, la mayoría melodías de jazz o de rock and roll demasiado altas que incitaban, como toda la música negra de las tierras del Sur, a mover el cuerpo sin norma fija, a improvisar, a reír y a llorar y a manifestar los sentimientos espontáneamente. Baco, ese dios grecorromano que tanto admira la filosofía, estaba idílicamente recostado con su túnica de piel de pantera, con su vara de tirso y su crátera de falerno en una silla del bar y miraba a todos con una sonrisa de niño. A Manuel le apeteció bailar, y tomando de la mano a una morena de ojos felinos que pirueteaba por la pista de baile, la tomó de la cintura como se toma una copa o una botella y la siguió en sus movimientos, mientras ella reía y palmoteaba al aire mirándolo desde su oscura sonrisa. Su piel era como la piel de un tambor, rítmica y desenfrenada, que traducía el universo en movimiento. Ella deslumbraba a Manuel, conduciéndolo Al Paraíso de las huríes de ojos rojos y senos desnudos que eran de algún modo las horas del reloj, esas esfinges que nos llenan de orgullo cuando nos miran y de desprecio cuando nos ignoran. Su baile resultaba divertido y encantador para la vista, y su cuerpo semejaba un instrumento musical que acompasara los latidos del corazón de Manuel.

- Qué bien bailas- le dijo ella, guiñándole el ojo derecho.

Manuel sonrió y no supo que decir, pero continuó bailando hasta que, sin saber cómo ni cómo no, apareció acto seguido en la calle, interceptado por el frío de las doce, con la bufanda envolviéndole

el cuello y la mirada perdida enfocando la luna llena. Recordó a Li Po, el poeta chino que había muerto ahogado en el mar cuando pretendía recoger la luna reflejada en el agua. La luna, el faro de los noctámbulos, la perla de las religiones, la clave del lenguaje. "Porque todo lenguaje es nocturno" pensó, "una forma de abrazar la luna, el Tiempo que pasa sin remedio". Selene, el primer "oh" que se había escapado de los labios del niño, el primer balbuceo de Baco, bajaría a tierra para besar a Endimión, y el universo y su ciclo atómico volverían a restablecerse. Manuel caminó unos pasos. Después sintió que el cuerpo se le derrumbaba como un edificio viejo en el suelo duro de hormigón, como una tumba de hielo. Sintió el pitido contundente de un automóvil y unos faros que lo deslumbraron por un instante haciéndolo dudar del lugar en el que se encontraba. Oyó unas voces amenazantes que lo increpaban:

- ¡Pero qué demonios hace! ¿Está usted loco?

Volvió la vista. Un individuo de bigote gris y gabardina negra lo miraba con enfado. "¿Qué quiere?" recordó que decía. El individuo siguió vociferando como un poseído mientras braceaba y señalaba con el dedo la acera. La luna seguía firme, en el cielo, presenciándolo todo como una dama desde la platea de un teatro. Sintió que lo tomaban por las axilas y que lo arrastraban hacia otro lugar. "La máquina del Tiempo nunca se detiene" pensó, "ellos me llevarán a su presencia, me juzgarán en su tribunal, pondrán argollas en mis pies y esposas en mis manos, me encarcelarán por mis delitos, me torturarán hasta que reconozca que el sol existe y que la tierra gira alrededor de él". Sintió sed y pidió que le dieran de beber, pero nadie lo escuchaba ya. ¿Qué hora era?. Miró el reloj pero solo vio una aguja desdoblada en infinitas imágenes de sí misma. "Bah, para esto sirve la realidad" se dijo, "terminaremos aboliéndola con una sola palabra". El viento le daba en la cara mientras él soñaba que caminaba y que miraba de nuevo la hora del reloj.

*

EL PROGRESO DE LOS PUEBLOS

La concepción de Progreso, esa lechuza que se posa en la égida metálica del Futuro, es la ilusión óptica del espejismo en el desierto. Si el Tiempo está dotado de naturaleza circular, y el Antes y el Después terminan fundiéndose en un solo Ser, ¿por qué razón la línea recta seduce al hombre? He aquí la etimología falsa de la palabra "camino". El camino que conduce a la Tierra Prometida, al Paraíso de la Eternidad, donde las agujas del Tiempo se detienen, representa la gran falacia de la Historia. El Hombre ama la línea recta porque puede comprenderla, y aborrece el círculo porque empieza en el lugar donde termina, encarcelando al pensamiento en el objeto. Pero el objeto no es

más que la máscara del sujeto, un nombre que está en la mente del que piensa, por lo que la Rueda viene a identificarse con la mente. Si el reloj es la mente, el Tiempo es subjetivo, una máscara del rostro invisible del Ser, identificado con Dios, que viene a ser una proyección del Hombre en todos los sentidos posibles. La Línea está en pugna con la Rueda, pero al final de las épocas (ese "final de los tiempos" de que habla el Apocalipsis bíblico), la Rueda vencerá a la Línea y el Tiempo volverá a nacer, como el fénix, de sus propias cenizas. La Cruz no es más que el eje de la Rueda, el lugar en el que el Hombre (como el Ixión griego o el Jesús cristiano) aparece representado con los brazos extendidos abarcando el círculo interior de la Rueda, la cual gira en todas direcciones haciendo girar también al Hombre. Este ansía alcanzar el eje y detenerlo, pero no puede, porque él mismo es el eje. La Tierra Prometida es él. De ahí la inconsistencia de creer que existe un modo lineal de detener la Rueda. Por esa causa la concepción de Progreso, el espejismo de la salida afuera de nosotros, de perseguirnos en la materia que nos contiene, es una manera de ignorar lo que somos, es el Olvido que amenaza con destruirnos, y que nos aliena mientras lo consideramos. El Tiempo no está fuera de nosotros, el Tiempo está en nosotros.

LA VERDAD

Es la Verdad el bello paisaje que el Hombre ha venido componiendo a lo largo de las generaciones. En la India, una colección de libros sagrados se reúnen bajo el título de los Veda ("los verdaderos"). Toda la civilización occidental (Occidente es en cierto modo toda la civilización) se recoge en las intenciones escritas en tales libros, antecedentes de la Biblia. La doctrina del mesianismo, nacida según la tradición alrededor del siglo VIII a.C., constituye el ejemplo más claro del "verismo" o búsqueda de la Verdad o símbolo del encuentro del Hombre consigo mismo, el Templo de la Reconciliación donde todo será aclarado, es decir, donde la luz triunfará sobre las sombras. La Verdad se identifica con la Justicia, la balanza de hierro que separa el Bien del Mal, las dos naturalezas que no pueden convivir unidas en el Hombre. La Humanidad pone todo el peso de su esperanza en una sola persona, en el Mesías que heredará por legítimo título el trono de la Tierra y, gobernándolo todo, administrará la ansiada Justicia a los pueblos. La Verdad viene a representar el sentido del Tiempo, que ya se ha analizado en otra parte. Aunque el Tiempo tiene naturaleza cíclica, siempre se desplaza en igual sentido, como la aguja del reloj. La Verdad es el sentido del Tiempo, el tesoro que persiguen las religiones. Todas ellas creen poseer la Verdad en su plenitud o, al menos, en alguna de sus manifestaciones. Las tres grandes religiones monoteístas: el judaísmo, el cristianismo y el islamismo, son mesiánicas, y las tres comparten el mismo libro con versiones diferentes. Para todas ellas existe un Hombre, un

héroe, que reúne en su persona a todos los hombres. En el destino de ese héroe se cifra el Destino de la Humanidad. El Lector tendrá en la mente una diosa o una virgen (o ambas cosas) como imagen de la Verdad. No en vano el término Verdad tiene género femenino. En Occidente, todo lo bello es femenino. De ahí proviene la idea que Platón nos ha transmitido, según la cual, Bien, Verdad y Belleza (es decir, todo lo agradable que compone el ser humano) vienen a identificarse. La Verdad es el símbolo que sostiene la esfera del Tiempo, la llama que destella en la oscuridad del universo, la llave dorada del corazón del Hombre.

*

El camarero depositó la bandeja de cordero asado en la mesa de la pareja con un rictus de condescendencia, como si se tratase de un sacrificio ancestral, y se despidió con un “buen provecho” seguido de su desaparición. Alfredo y María se quedaron solos, aislados del mundo, unidos en el banquete.

- ¿Te gusta el cordero?- preguntó Alfredo.
- Oh, sí- contestó María con una sonrisa- Siempre lo como en estas fechas especiales, como hoy. En casa de mi madre...

Alfredo escanció el vino como una caricia de fuego en la copa de María, después en la suya, cuidando de que ninguna gota cayera en el mantel.

- En casa de tu madre, ¿qué?- preguntó intrigado Alfredo.

María comenzó un episodio familiar en el que se mezclaban recuerdos de sabores antiguos, de metabolismos fugaces de épocas pasadas, de sueños no vividos y de placeres efímeros. Alfredo se fijaba en los ojos de ella mientras hablaba. Eran unos ojos distantes, con el brillo dorado de viejas ilusiones. Por supuesto, no estaba escuchándola. Mientras contemplaba el escenario en el que se encontraba (la lamparita con pantalla japonesa que descansaba sobre la mesa de los dos, los comensales cada cual en su isla devorando lo que les servían, las paredes amarillas del restaurante atestadas de cuadros impresionistas, el concierto de las voces enlazadas en un tejido acústico envolvente). Alfredo sintió un soplo de bienestar que hizo que sus párpados comenzaran a cerrarse mientras su respiración se hacía más pausada. En otras ocasiones había sentido lo mismo, y siempre con idéntico resultado. El descanso conducía al sueño, y el sueño era un muro rosado que impedía ver el azul del cielo, un refugio de silencio que detenía la música del mundo. En ese Palacio de Cristal no podía percibirse el murmullo afable de los acontecimientos triviales. En él solo había un océano de ritmos latentes que mecían el corazón en las aguas del Principio, de ese Principio que había sido un niño nacido de una virgen, un imposible que se había materializado en el Ser. Alfredo observó cómo su cuerpo se transformaba en una balsa que viajaba alrededor de su pensamiento, transparente como las aguas del mar de Australia, plagado de peces de colores- insinuantes astros

móviles- que desplegaban sus encantos ante él. Se sintió transportado a la Dimensión del Ensueño, más allá de la razón y de su pedante geografía, en el universo del desconocimiento, en la transparencia del cristal de esmeralda que contempló Juan Boanerges en la isla de Patmos. El espíritu de la luz recorrió su alma incendiándolo todo a su paso. La aurora había abierto un camino en su corazón. Ahora María estaba contando una anécdota que le había sucedido cuando había ido a bañarse en un balneario que él también conocía. Una mujer la había confundido con otra persona y le había preguntado algo que no le correspondía. La comida se terminaba. Alfredo optó por escanciar vino en las copas y bebió sin demasiado entusiasmo. “Durante siglos hemos sido esclavos de la idea de felicidad” pensó “Ser feliz era el sentido de la vida del Hombre. Reunirnos en la Mesa del Banquete, junto a la estatua de la Verdad que nos habla al lado, pero que solo repite lo que nosotros en otra ocasión ya hemos dicho. La Verdad, esa composición musical que ansiamos retener en nuestra memoria, pero no podemos hacerlo por más que lo intentemos porque solo existe en nuestra memoria, es en cierto modo nuestra memoria y por ese recuerdo le damos el sentido que nos pertenece. La felicidad la obtenemos a partir de esa comunicación con la Verdad, pero, ¿qué ocurre si nos aislamos de todo, si en nuestro interior hallamos un habitáculo, una fortaleza infranqueable a lo externo?. Dentro de nosotros estamos a solas con el Hombre, con el origen, con Dios o con nuestro reflejo en el espejo de la sala. Ahí, en mitad del vacío, se produce el encuentro con la Cruz de la Soledad que nos sostiene y nos hace plenamente libres. En el fondo soy un místico. Pretendo esconderme de todo para encontrarlo todo. Pero no puedo aceptar esa idea de Verdad que ha ido configurándose como un collage a lo largo de las generaciones. Un sacerdote ha puesto un “si”, un albañil ha puesto un “no”. Ella misma se contradice porque ha sido fabricada por muchos, como un cuento con varios sentidos agregados. Y por más que se trate de aislarla, de divinizarla, sigue siendo lo que es: un compuesto organizado por la Imaginación. ¿Por qué escucharla? ¿No sería mejor devolver las piezas a su origen y que cada uno recupere lo que es suyo?. Es que la humanidad tiene miedo al desorden, unos piensan por otros y la duda se resuelve en colectivo. Se halla un resultado y a continuación es impuesto universalmente como un valor. Pero, ¿y el Principio del que emana todo?”.
Alfredo despertó de su argumentación después de la comida. Ya era demasiado tarde para rectificar nada. Se habían despedido y María había vuelto a su casa.

*

Calculando a simple vista el derrotero de su doble, Agustín pulsó el botón derecho de la videoconsola y en la pantalla del televisor se vio cómo un individuo vestido de detective se movía, giraba

sobre sí mismo, caminaba a lo largo de una calle y terminaba por encontrarse con otro individuo que extraía un revólver de la gabardina y que lo instaba a que le confesase el Secreto. El detective entonces, teledirigido por Agustín, inventariaba las posibilidades, le confiaba algo y el individuo del revólver se marchaba engañado por el camino por el que había venido. La inteligencia del detective, que era la de Agustín, constituía su verdadera arma más allá de los aparatos automáticos que pudieran acompañarle. El detective era capaz de sortear todos los obstáculos hasta llegar a conquistar su Destino. Ya había atravesado cinco fases en las que tenía que encontrar una pista más que lo condujese hasta el Final del Camino, hasta la resolución del enigma que la humanidad le había planteado. En cada fase encontraba un Enemigo distinto, cada vez remodelado y superior al precedente, que lo instaba a que le entregase el conocimiento adquirido durante su equívoco y peligroso derrotero. El detective, cuyas armas eran siempre inferiores a las del Enemigo, tenía que engañar a este usando su inteligencia, apelando a su astucia, para que el Enemigo se retirase dejándole el camino libre. Cuando esto no ocurría, el juego se terminaba, y con él el entretenimiento creado por la situación.
Agustín manejaba al detective con los dedos de sus manos, pulsando los botones correspondientes y activando sus movimientos según una aprendida escala de posibilidades. La epopeya se gestaba se gestaba en una pantalla. El sentido de la vista sustituía a los demás sentidos absorbidos por aquel. Durante el juego se escuchaba una banda sonora que incitaba a la acción, una pírrica que enmarcaba al protagonista, que actuaba como una palanca activadora de los movimientos de Agustín, que se hacían más lentos o más rápidos a capricho de la música. Ahora el detective se encontraba en el Banco de la Ciudad, y preguntaba al director por la fisonomía del ladrón que hacía una hora había atracado el inmueble. El Director le explicaba que el inculpado era bajo, moreno, y que no podía precisar su rostro porque había entrado en el Banco con una media en la cabeza, disfrazado para no ser reconocido. El detective sacaba sus conclusiones y, antes de partir en su búsqueda, comprobaba con una lupa maestra las huellas dactilares que había impreso el Enemigo en el mostrador y en el cristal que separaban al cliente de dependiente.
Finalmente se despedía y se marchaba en busca del ladrón, quien se ocultaba en la proximidad de una nueva fase del juego. El juego consistía en recrear las hazañas de un héroe salvador de la humanidad, de un ungido capaz de vencer al mal, al Enemigo, y de someterlo al arbitrio de la Ley de la Ciudad. Ese legislador o juez, ese vir optimus astuto quien, como Ulises, César, Buda o Jesucristo, triunfaba en una realidad virtual recreada por el Hombre, ese detective enfundado en la máscara de la Sociedad, constituía el pilar sobre el que se asentaba el juego, el ritual consistente en la repetición de actos aprendidos y archivados en la Costumbre, la nodriza de la Vida, la segunda naturaleza del

Hombre. Así era como el juego venía a convertirse en el Presente, y la recreación de un pasado aprendido, a través de la imagen del recuerdo, se transformaba en acción. Agustín, inmerso en el juego, ignoraba la circunstancia que lo rodeaba. Su personalidad estaba oculta detrás de una máscara crisoelefantina, de oro y marfil, fabricada por la convención de la humanidad, y no podía percibir el canto de los pájaros ni oler el perfume de las flores, porque su cuerpo había sido alienado por la máquina, por la convención proyectada en la pantalla plana de la coexistencia en comunidad. El único remedio para salir de ese círculo vicioso era apagar la máquina, impedir que su circuito recibiese energía eléctrica procedente del exterior (o lo que es lo mismo, que la voluntad del Hombre Colectivo no influyera en sus decisiones personales como Hombre Individual) y concluir de una vez por todas con el juego. Pero algo le impedía hacer lo que pensaba, porque de algún modo en aquella pantalla estaba cifrada la Verdad que había aprendido de pequeño, y que le resultaba tan difícil olvidar. En aquella pantalla estaba una parte de su personalidad absorbida por el juego que durante tantas horas había tenido en sus manos, que había calmado sus enfados, que había endulzado su tristeza, que había curado su insomnio. Desprenderse del juego significaba desprenderse de una parte de él, y así, por cobardía o por indecisión, Agustín dejaba pasar el tiempo mientras veía cómo un muñeco resolvía situaciones ficticias que la máquina había creado para él, mientras la perenne realidad, como una madre incansable, le esperaba afuera, del otro lado de la ventana.

*

LA VERDAD,

esa mariposa blanca,
la imagen

LA BELLEZA EL BIEN

nacida de la combinación

de

las experiencias de LA VIDA,

LA VERDAD

es la estatua

que soñó NABUCODONOSOR,

con la cabeza de oro (la luz)

con el pecho de plata (la sombra)

con el cuerpo de bronce (el silencio)

con los pies de barro (la duda)

LA VERDAD

se asienta en la Nada,

en el vacío del corazón del Hombre,

donde constituye un hogar

PARA EL SER.

Detrás de la Verdad

E
S
T
Á

E
L

U
N
I
V
E
R
S
O

que se mueve en torno

AL SOL oscuro de Dios.

(La VERDAD es un telón verde
tejido por la RAZÓN,

sobre el que se asienta
la FE y la RELIGIÓN)

Aprendamos a descorrer la cortina

y a ver más allá de la pantalla

A-S-T-R-O-N-Ó-M-I-C-A

de los NÚMEROS,

y DESCUBRIREMOS

el movimiento de la LIBERTAD,

EL TIEMPO.

MORAL

LA PALABRA

Los primeros paseantes de las 7:30 de la mañana la vieron pasar por la calle, con la mirada altiva y el cabello resplandeciente desplegado por las ráfagas de viento. A las 7:45, un niño que iba al colegio con su cartera a la espalda la señaló con el dedo ante la indiferencia de la madre, que prosiguió su camino impertérrita con su hijo de cinco años cogido de la mano. Nadie la reconocía, pero todos la veían en su desbocado camino. Los madrugadores que abrían la ventana al alba después de ocho horas de sueño, mientras fumaban un cigarro para despertarse, creían encontrarse todavía en el laberinto de alguna ensoñación cuando descubrían desde un quinto o un sexto piso de la Ciudad su velocidad majestuosa, que dejaba atrás cualquier comparación. Los perros ladraban a su paso (ellos la confundían con la luna suspendida en la noche) y algunos ancianos ponían la mano sobre los ojos para no verse deslumbrados con su resplandor. A las 8:10, cuando los rastros de la sombra estaban casi borrados por efecto de la luz emergente, Ella subió a un taxi y le indicó al constructor adormilado el camino a seguir. El conductor pisó el acelerador de la costumbre y la condujo entre una hilera de automóviles a su Destino. El tráfico era patente a aquella hora punta de la mañana. Circulaban todo tipo de vehículos: camiones, autobuses y turismos. Se oyó el pitido de una alarma que había saltado en una fábrica vecina. Se oía también el canto de los pájaros interrumpido por la tempestuosa voz de los motores puestos en circulación. A aquella hora (las 8:20 eran ya) empezaban a venderse los primeros periódicos. Cientos, miles, millones de peatones caminaban por la calzada en dirección a sus respectivos trabajos. Algunos cogían el metro, otros preferían seguir a pie. Todo el mundo tenía prisa. Cada uno iba a lo suyo, ignorando que el hombre o la mujer que caminaban a su lado compartían su misma naturaleza. Lo que cada individuo tenía en la mente era su propia condición como pieza en la gran máquina que comenzaba a despertar. El sol asomó su rostro por oriente detrás de una nube plúmbea y con un rayo penetró por la ventanilla del coche donde Ella, su mensajera, se encontraba. El taxista miró hacia atrás. Le preguntó de nuevo adónde iba. Ella volvió a repetírselo. Eran ahora las 8:50. De repente, el taxi tropezó con otro coche que iba delante, a poca distancia. El taxista salió del vehículo y pidió disculpas al otro

conductor. Acto seguido se introdujo de nuevo en el taxi. Después de un cuarto de hora de tiempo y de quinientos metros de recorrido, el taxi se detuvo en una calle en la que campeaba un pétreo edificio administrativo. Ella salió del coche después de haber extendido un billete al taxista, quien regresó a la carcasa de su vehículo. Eran las 9:00. Un señor con levita que acababa de salir del banco se detuvo en seco al contemplarla, como recordando haberla visto en otro lugar. La siguió con la mirada hasta que se perdió en otra bocacalle exterior a su influencia. Murmuró algo y prosiguió el camino que llevaba. Ella caminaba haciendo resonar los tacones por el asfalto. Los ociosos eran los que más se fijaban en su enigmático itinerario. A las puertas de la iglesia, una mujer indigente que pedía envuelta en un chal oscuro la saludó extendiendo los brazos al cielo y juntando las manos. En este gesto se fijó una señora que arrastraba un carro de compra, quien proyectó una mueca de desprecio hacia la que así había sido saludada. Pero no fueron tan parcos ni tan despectivos los albañiles que trabajaban en un edificio del número 15 de la calle por la que ahora Ella ascendía en rigurosa pendiente, porque al verla dibujaron en sus semblantes una sonrisa de asombro, dejando escapar murmullos de agradecimiento. Por el contrario, una pareja de novios que caminaban cogidos de la mano, no se fijaron tan siquiera en su resolución ni en su objeto, sino que continuaron con el hilo de sus asuntos sin esperar otra respuesta que pudiera llegarles de alguien ajeno a ellos. Ella continuó caminando sin mirar a derecha ni a izquierda, con una idea fija en la mente, hasta tal punto que se vio obligada a pedir perdón a cuatro transeúntes con los que tropezó en su huida, y que no la reconocieron cuando se detuvo a mirarlos. Solo un joven con un peinado rocambolesco que iba ataviado con una chaqueta de cuero ceñida al cuerpo y con un pantalón vaquero raído la identificó en seguida, pero cuando quiso decir algo ya no estaba presente el origen de su sorpresa. En una plaza céntrica, en torno a la cual circulaba la policromía de los automóviles (rojo, verde, azul, blanco, amarillo) se detuvo, y dejando escapar una sonrisa habló en voz alta, abrió su boca para decir lo que sentía a todos los presentes, pero nadie la escuchaba, en parte porque su voz no era suficientemente estridente como para ser oída por todos, en parte porque a pocos interesaba lo que decía. Habló de la igualdad entre los hombres y del destino universal de la Humanidad, única patria posible. Pero demasiados quehaceres dividían a los habitantes de la Ciudad. Solo siete adultos (cuatro mujeres y tres hombres) y un niño, la escucharon y aplaudieron cuando terminó su discurso. El resto de los ciudadanos, unos por ocupación y otros por despecho, se quedaron sin oír la reveladora voz de la Palabra.

*

En el prólogo del evangelio de Juan se lee uno de los poemas más bellos de los que se tiene noticia. Así empieza:

En el principio era el Verbo

y el Verbo estaba en Dios,
y el Verbo era Dios.
El estaba en el principio en Dios

El Verbo es la Palabra, el símbolo de la comunicación. Al principio estaba fuera del Hombre, en el reino desconocido del Ser del que se deriva, por influencia temporal, todo lo que existe, es decir, lo que podemos percibir por el sentido. El Principio es el Origen, el inicio del movimiento que engendra la diferencia que compone el espacio y las especies. La Palabra estaba al principio fuera del Tiempo, esto es, en la perfecta unidad, aislada de la diferencia. El poema prosigue:

Todas las cosas fueron hechas por Él,
y sin Él nada se hizo de cuanto existe.

De la Palabra que permanecía en el Ser otorgándole su naturaleza como Sustancia permanente y originaria, de la completa y absoluta posibilidad de todo, se engendró la diferencia que causó el movimiento de la Sustancia. La Palabra se desplaza desde el Ser y crea el mundo de lo conocido. De la quietud pasa al movimiento, de la Idea o forma del Ser se pasa al efecto o acción del Ser.

En él era la vida,
y la vida era la luz de los hombres.

Aquí se introduce un nuevo elemento. Se habla de los hombres, o del Hombre en general. El Hombre constituye la especie primogénita, la predilecta, ya que es la única que puede comunicarse con todas las cosas a través de la Palabra, la única que puede captar el Ser por medio de la Palabra o del signo reconocible. En la Palabra, dice el poema, estaba la vida, esto es, la luz de los hombres. Así como la luz permite que la vista, el sentido por excelencia, perciba el mundo exterior por medio de imágenes, la Palabra permite al Hombre comunicarse, o poner todas las cosas bajo un signo universal, que sea reconocible por todos.

Y la luz brilla en las tinieblas,
pero las tinieblas no la acogieron.

He aquí la sentencia desfavorable al Hombre que dicta el final de este poema. Existen las tinieblas a pesar de la luz. ¿Qué son las tinieblas?. Las tinieblas son aquella parte de la Humanidad a la que no llega la Palabra, porque por su propia voluntad se oponen a la comunicación. El Hombre, como especie individual que puede percibir el sentido de las cosas (es decir, libre) puede oponerse también al proyecto de la Palabra, puede cerrarle las puertas de su domicilio interior, no acogiéndola, desdeñándola. De esta forma, el Hombre que renuncia a la Palabra renuncia también a la Inteligencia, a la posibilidad del conocimiento o de la conciencia de las cosas. El Hombre que renuncia a la Palabra rechaza su condición

humana, se convierte en un animal, en un superviviente de la naturaleza que no puede comprender. Es, pues, esta la tragedia que acecha al Hombre. El poema resume en términos racionales la vida humana, que no es más que un proyecto, un poder llegar a ser.
La Historia del Hombre es la Historia de la Palabra, de su desconocimiento y de su reconocimiento. La tradición judeocristiana pone la Palabra en boca de un Mesías o de un Cristo, que librará al ser humano de la esclavitud del desconocimiento. Todas las tradiciones esperan a un Elegido, a un portador de la Palabra, pero la tradición judeocristiana, constructora de Europa, le da al Elegido una personalidad propia. Es un hombre físico, nacido de mujer, que se enfrenta a los problemas reales de la naturaleza como todos los hombres, que necesita que reconozcan su mensaje para justificar su existencia. Este hombre representa a la Humanidad, y la Palabra que pronuncia es en cierto modo la Inteligencia de todos. Pero hay múltiples modos de representar a la Palabra. Ella constituye el germen de nuestra esperanza.

*

Sentada en un banco de parque, Lucía tomó del carrito al pequeño Luis y le dio a beber agua de un biberón transparente. Lo único que Luis sabía pronunciar era el término “agua”, todavía empañado de irrealidad e inocencia, en un tono inseguro y con un timbre de voz desconocido. La palabra “agua” venía a significar el comienzo de la vida. Su pronunciación partía de una necesidad imperiosa. En aquel término estaban encerrados todos los conceptos del mundo: el amor, la materia, la verdad, la duda. La letra a, por la que empezaba el término, era una puerta abierta a los significados. Más allá de ella estaba el mar enorme de las apariencias, que cambian de postura o de forma pero jamás de lugar, siempre permanecen porque siempre varían y siempre varían porque nunca mueren. Luis todavía no sabía andar, aún no podía construir una lógica en el solar de su mente, porque solo conocía un término en el cual estaba cifrado el mundo. El ónfalo, el gran cero, el ombligo originario se había formado tras la rotura del primitivo cordón que lo unía a la madre, al Ser subsistente, pero aún no existía el edificio de los juicios, porque solo pervivía un principio circular, gigantesco, un oráculo en la llanura délfica de la absoluta incertidumbre. Lucía hablaba a Luis como se habla a un bebé que desconoce la receptividad de la experiencia, el límite a partir del cual comienza a estructurarse la Razón, como un juego de combinaciones. La Razón es el Dios, el Término a partir del cual se perciben las cosas, vistas a distancia y según su medida. Luis permanecía aún en el Término, no había salido de la voz “agua” y, por lo tanto, todavía no estaba en el polígono de la Realidad, donde todo sucede matemáticamente según el cálculo de las posibilidades. En ese camino ascendente o ese calvario donde el Hombre persigue su identidad en un juego de espejos que tantas veces lo engañan, donde la confusión reina y la división y la bipolaridad lo proyectan en ilusiones y en quimeras que se esfuman y lo dejan vacío, en ese

equívoco mundo se encontraba Lucía, y desde él hacía señales al pequeño Luis, lo advertía de los peligros y le evitaba dificultades que más tarde, desde la consciencia, podría lamentar. Lucía colocó al niño en el suelo y lo dejó que caminara gateando hacia una paloma que había descendido a picotear cerca de él. El niño se aproximó al pájaro despacio, con una sonrisa en los labios que revelaba curiosidad, y procurando contener la respiración para no asustar al animal. A pesar de sus cautelas, la paloma detectó las intenciones del niño y levantó el vuelo antes de que él consiguiera aproximarse lo suficiente a ella. Luis se quedó desconcertado y en sus entrañas sintió la primera frustración de su vida. Permaneció unos segundos mirando al sitio en el que la paloma había estado y después volvió el rostro a su madre que sonrió habiendo prevenido el resultado. Luis hizo un gesto de protesta que le arrancó dos lágrimas que descendieron de sus ojos. Lucía tomó al niño en brazos y lo consoló con palabras, pero hasta que Luis no logró olvidar el incidente no dejó de llorar. En aquel momento Lucía sintió que una mano le rozaba el hombro derecho. Se volvió y reconoció a su marido, que acababa de salir de trabajar. Se sentó junto a ella y extendió un periódico sobre sus rodillas. El pequeño Luis se interesó por aquella actividad y olvidó definitivamente el incidente de la paloma. El padre colocó al niño sobre sus muslos, de forma que pudiera ver las letras del periódico. Le preguntó a Luis en tono de burla si entendía lo que leía. El niño no dijo nada, pero con gran asombro y circunspección colocó su dedo índice sobre uno de los titulares y se admiró de la diferencia entre las letras. Cada una de ellas le recordaba una forma que había visto en otra ocasión, o que nunca había visto y más lo admiraba. En las letras estaba la Diferencia que constituye lo visible y que contrasta con la unidad que representa la visión del niño. En las letras residía la Lógica, el edificio construido desde el Desconocimiento. Aquella minuciosidad de clasificar los objetos según su forma le sorprendía, pues semejante actividad suponía un intento de introducirse en el mundo, de formar parte de él, de ser una parte y no un todo y de construir una morada contingente dentro del universo trascendente, asombroso e ilimitado que lo contenía.

LA LEY

El ser humano no elige vivir en sociedad. El ser humano es la sociedad, porque solamente puede pervivir y reconocerse en el conjunto. Mediante la Ley o el Derecho, el Hombre proyecta su Palabra en los demás, escribe lo que piensa para que sea conservado en la colectividad, fabrica la institución de la Memoria que lo contiene como una segunda naturaleza, que perfecciona y complementa la inicial.
De la Ley nacen las letras o la Literatura, la segunda naturaleza del Hombre. El Derecho es la Literatura, la facultad de escribir términos en una lámina de cualquier materia que los conserva, de forma que a

la naturaleza primitiva de los fenómenos incontrolables, viene a añadirse el sentimiento interior y subjetivo originado por los mismos. Dicho de otro modo, nace el concepto de Justicia. La Justicia es una cualidad esencialmente humana, que surge de la posibilidad de la Memoria, como el fuego brota por el frotamiento de dos estacas de madera. Así como el fuego permitió al Hombre-animal, todavía incierto, a transformarse en el Hombre-espíritu a partir de una nueva digestión de los mismos alimentos, la Ley permite al Hombre organizarse en sociedad, el único entorno donde puede formarse su personalidad. La personalidad, o la condición de la persona, es esa máscara que señala la etimología del término como figura del propio ser, como apariencia social del humano que nace en el seno del grupo. Como el rostro del Hombre.

De este modo, la Literatura o la Ley configuran la naturaleza humana, la forman como según el relato creacionista del Génesis, el primer libro de la Biblia, se modeló el Hombre de la tierra húmeda. La Ley toma al Hombre de la materia informe y fenomenológica de la naturaleza animal, le da un rostro que lo identifique en el grupo, y lo introduce en la colectividad. Ese rostro es su condición humana, individual, propia e insustituible que lo caracteriza. La Justicia es la facultad de registrar todos los rostros en un archivo permanente, que pueda ser consultado por todos los integrantes de la sociedad. Así surge la Ley o la Literatura, el intento de convertir los sentimientos en un fenómeno más, en el fenómeno humano que registra los fenómenos naturales.

Escribir es humanizar la naturaleza, organizar la tormenta de sensaciones en un cuadro estable y duradero. A tal misión se dirige el Arte como habilidad humana. Mediante el Arte, el Hombre escribe la novela de la naturaleza, otorga alma a lo que en origen era un mero residuo incomprensible de la divina mente.

Si yo escribo por ejemplo: “Hoy es un día lluvioso. Las nubes se superponen en el cielo construyendo un metálico techo en el que tropieza la luz cansada del amanecer”, estoy ordenando el desorden, haciendo memoria de un hecho pasajero que más tarde desaparecería, estoy siendo yo mismo (la forma absoluta de ser los demás) a partir de lo registrado o escrito.

La Ley, pues, traduce la voz del trueno en un signo permanente que jamás desaparece, que se perpetúa en oleadas de símbolos que, como piezas de un rompecabezas, edifican la sociedad, o lo que es lo mismo, modelan al ser humano en el conjunto unívoco de su presencia.

La Palabra de la comunicación se convierte en Ley del Derecho, de la permanencia. La naturaleza subjetiva pasa a materializarse en el Objeto, en la Obra. El Hombre nacido de la Ley reconoce su rostro en los demás, puede llegar a ser siempre por comparación con otro o con otros, su persona o su identidad residen en la Memoria. Por esa causa, a lo largo de las generaciones, el Hombre persigue una materialización de la Justicia, está sediento de la Ley que organiza a cada cual en una célula autónoma, busca su lugar en el que realizarse frente a la naturaleza hostil de lo espontáneo.

Nostalgia del Paraíso Perdido. La Ley es el Paraíso de los hombres, el cauce por el cual sus pretensiones pueden guiarse, pero desgraciadamente, la Ley nunca se materializa en plenitud. Debido a ello, buscamos a lo largo de nuestra vida una Tierra Prometida, que solo encontramos tras la muerte, cuando entramos en la memoria de los demás.
El Hombre aspira a convertirse en escritura. Toda su vida es una búsqueda, un fenómeno que desea transformarse en arte. Como la oruga que construye su crisálida con la esperanza de romperla un día y emerger con alas nuevas que abracen el aire, en una danza luminosa y viva por siempre y para siempre.

*

A la salida de la misa de siete de la tarde, los feligreses se agolpaban a la puerta de la iglesia recién separados del rito eucarístico. Alfredo Gracia, inmerso entre ellos, pensó: “En realidad todas las religiones fueron instituidas para unir a los hombres”. En el interior de la catedral, las sombras jugaban con la luz y preparaban una atmósfera adecuada a la meditación. Alfredo se fijó en aquellas columnas corintias agrupadas en pilares, “como patas de elefante”, había dicho Víctor Hugo, que por sí solas hablaban más que un historiador sobre la Edad Media, la época en que alma y cuerpo del Hombre habían coexistido indisolublemente matrimoniados. “Toda arquitectura se fundamenta en la sombra” pensó Alfredo, “la sombra organizada geométricamente según parámetros racionales, es decir, la duda o la imaginación limitadas por una línea epistemológica muy fina que las encierra en una cárcel posible”. “ La Edad Media es la época de la arquitectura por excelencia. Ningún estilo más bello que el románico, porque la tradición aparece reproducida en una imagen nueva que no la anula, sino que la adapta a la modernidad, asimilándola en una estructura natural y al mismo tiempo artificiosa, como la vida misma elabora una moral desde la conciencia del individuo y su secreta asignación de valores”. Fuera ya de la catedral, Alfredo sintió que le golpeaba el rostro el frío repentino del invierno en la Ciudad. Los feligreses se dispersaron a la salida del templo como un rebaño libre y sus cuerpos se separaron unos de otros como moléculas disueltas en un líquido. Alfredo se sintió solo por un momento, introdujo sus manos heladas en los bolsillos de su levita y respiró profundamente. “Es verdad que todos formamos un solo cuerpo” se dijo, “La Palabra nos une. La sociedad, ese conjunto regido por una norma común, por una Constitución o una Ley Universal, obviadas las diferencias de cada cual, constituye el edificio del que todos formamos parte, pero al final cada uno vive una circunstancia distinta. La persona es un producto social, pero el Ser es un producto individual. A la salida de la vida visible por la puerta de la muerte, a cada persona le espera un futuro distinto. Ahora me siento solo después de haber estado acompañado codo con codo junto a mis hermanos en la vida”. Por un instante, Alfredo sintió melancolía, como si hubiese sido desposeído de algo que le hubiese

pertenecido desde siempre, pero este sentimiento se esfumó rápidamente cuando recordó el día que era. “Se me había pasado que este domingo es día de elecciones. Si me doy prisa, tal vez pueda acercarme al colegio electoral y depositar mi voto en la urna... Bah, pero de qué serviría ese acto. Es mi aportación como miembro de la sociedad. Soy uno más. Uno más. Pero realmente...”. Pensó en la democracia, en la norma establecida por todos y para todos. No tenía sentido renunciar a la colectividad, pues allí se encontraba él mismo. “No es que me crea existencialista” pensó, “pero el vínculo que nos une a los hombres resulta demasiado sutil para ser percibido por las mayorías. No creo en las mayorías. Cada hombre es una isla, donde apenas existe otro vínculo con el prójimo que su condición insular. Pero, ¿y esa bella arquitectura que supone la sociedad? ¿Y ese edificio del que todos formamos parte? ¿Y esa eucaristía que nos une?”. Todo podía ser una mentira, pero el sentimiento que él mismo había experimentado con la contemplación de la catedral era verdadero. “La Belleza, esa magnificencia que nos sobrecoge y nos renueva la emoción de vivir solo puede darse en el conjunto, en la unidad, en la interrelación de la parte con el todo, como el universo con el Hombre constituyen la armonía que perciben las religiones”. Se imaginó que la Nada, o el espacio vacío, también podían ser bellos, pero solo en relación a una unidad o un conjunto. “La separación produce melancolía. Lo acabo de experimentar cuando me he sentido solo después de salir de misa. Solo podemos reconocernos en el conjunto, es en él donde nacemos personas en el bautismo de la colectividad. Es un deber realizar nuestra aportación al conjunto. Es un deber ser personas para uno y para los demás”. Se encaminó con paso presuroso hacia el lugar en el que le esperaba el grupo, sus hermanos en la vida que le pedían una ayuda para solucionar los problemas del mundo (que siempre existirían pero que eran menos preocupantes cuando la atención de todos se centraba en ellos), del que él mismo formaba parte. “Yo soy el mundo. ¿Cómo no voy a ayudarme a mí mismo?” se dijo. Ahora caía en la cuenta de que el único vínculo que unía a los hombres era el amor de sentirse todos iguales a pesar de la diferencia que algún día desaparecería, como lo haría sin duda el mundo visible.

*

El concepto de sociedad puede resumirse en la siguiente fábula:
Un burgués- un habitante de la Ciudad donde se reúnen los hombres- acude a una tienda de ropa para comprar un traje que le siente bien al cuerpo con el fin de presentarse así vestido en una fiesta. El dependiente le dice:

- Muy bien, señor, le mostraré un traje negro que puede ir muy acorde con usted.

Acercándose a las estanterías situadas detrás de él, desdobla una prenda de algodón y se la muestra.

- Por favor, pruébesela en aquel probador de allí- le dice señalando con el dedo un extremo del local.

El cliente entra en el probador, pero transcurridos unos segundos sale de él y le dice al dependiente:

- No me sirve. Necesito una talla mayor.

El dependiente reacciona con rapidez:

-No se preocupe. Tengo una talla mayor que le sentará bien.

Vuelve a las estanterías y extrae un traje igual al anterior, pero de otra talla. El cliente vuelve a probárselo, pero al rato sale disfrazado con una prenda que le sienta como a un Cristo dos pistolas.

- Es demasiado grande para mí-dice- ¿No tiene una talla intermedia entre las que me he probado?
- Lo siento- responde el dependiente- El fabricante no elabora tallas intermedias. Es todo lo que tengo.

El cliente, exasperado, pregunta:

- ¿Pero es que no puede haber un poco más de lógica en las tallas de este traje? ¿Por qué no hay tallas intermedias? ¿A qué viene semejante diferencia en las medidas, no puede darse un poco más de equilibrio?
- Si de mí dependiera-dice el vendedor- me ocuparía de que hubiese más tallas. Pero es decisión del fabricante. Si usted busca otra cosa, deberá acudir a un sastre particular.

La sociedad es un conjunto de estereotipos civiles fabricados por la industria de la tradición. A veces, el individuo se ve desplazado cuando no encuentra su lugar en ella. No a todos nos sienta igual el mismo traje. Pero el legislador no siempre prevé a cada cual. De este modo, la unidad perfecta entre los individuos nunca se produce y la sociedad es un proyecto que jamás termina.

*

Los dos amantes volvieron a unirse en la noche. El Amado puso su mano sobre la piel de la Amada, acariciándola y rindiéndola al amor. Ella correspondió con un letal suspiro de su pecho, serpentino y pasional como el frescor de una fruta. Los labios del Amado buscaron los de la Amada, escondidos en el deseo. Acercándose más con sus dedos, el Amado exploró la montaña que tenía que ascender. Convertido en Moisés, el Legislador del Pueblo Liberado, comenzó a subir por la escalera imaginaria del Sinaí, paulatinamente, sin apresurarse demasiado pero manteniendo un ritmo constante. La noche era estrellada, poblada de ángeles lucientes que observaban el proceso de comunicación entre los dos complementarios del Tiempo. La respiración del Amado se hacía más apurada a medida que avanzaba en su camino ascendente, tenía que apoyarse en el cayado de su memoria cada vez que intentaba un impulso difícil. La Amada recibió las pisadas del Legislador en la montaña de su cuerpo con alegría, extendiendo sus extremidades a los cuatro puntos cardinales, como aspas de molino. Este movimiento exaltó al Amado, que recobró sus fuerzas perdidas y siguió ascendiendo por la escala cada vez más estrecha. El esfuerzo, como un corazón en flor, lo guiaba en figura de estrella polar o de arcángel con una espada flamígera en la mano diestra. La Amada dijo algo que no fue

percibido, resultado del éxtasis que ya comenzaba a experimentar. De repente la montaña desapareció, y el Amado se encontró en una cumbre extensísima como una tierra desconocida, donde una fuente de fuego manaba de una roca abierta en dos fragmentos. El Amado oyó una voz interior que le dijo: “Bebe de la fuente”. Era la voz de su instinto, que como un león de bronce se despertaba en su vientre. El Amado, sediento y extenuado, no dudó en obedecer la voz que le llegaba del Más Allá de su conciencia. Al beber de la fuente, sus entrañas se llenaron de fuego y comenzó a hablar en todas las lenguas a todas las gentes del pueblo liberado. La piedra de la que manaba la fuente se cerró sobre sí misma ocultando la fuente, y en ella apareció escrita la palabra AMOR. Entonces, el Amado abrazó con energía a la Amada y juntos sintieron el gozo de la suprema libertad. Los ángeles tocaron en el cielo y la cumbre de la montaña se redujo cada vez más hasta que terminó transformándose en un grano de cereal en la mano del Amado. El Hombre y la Sociedad terminaron por unirse a través del vínculo de la Ley.

LA COSTUMBRE

El salón está lleno, repleto de comensales. En un chalet ubicado a las afueras de la Ciudad, el matrimonio formado por don Fernando y por doña Adelaida celebra sus bodas de oro. El salón, de unos setenta metros cuadrados, se llena cada vez más de invitados que llegan blandiendo la tarjeta de presentación. Los gestos se funden en ademanes protocolarios, en arabescos simbólicos y en adulaciones elegantes. Las mujeres lucen su mejor vestido y los hombres su mejor traje. Hay camareros contratados que sirven bebidas detrás de las mesas rectangulares donde se disponen las botellas y los vasos. La multitud que va llegando, después de saludar a los anfitriones, se incorpora a los corrillos de habladores los cuales, con la copa en la mano y una sonrisa en la boca, conversan de política, religión, leyes y familia. Por supuesto, en la reunión está permitido el tabaco, y los señores fuman largos habanos y delgadas farias. Se respira el ambiente propio del siglo XVIII, el Siglo de las Luces, o más bien el Siglo de las Lámparas, pues en el techo del salón relumbran cinco arañas bien surtidas de bombillas deslumbrantes que, como ninfas en un río caudaloso, derraman al vacío su cabellera incandescente. El tocadiscos reproduce por cuatro altavoces *Danubio Azul* de Johann Strauss. El salón se va vaciando a medida que avanza la noche, pero muy poco a poco, a cuentagotas. De momento, se pueden escuchar conversaciones como esta:

- ¿Qué tal tu hijo, Carmen?- pregunta una señora a otra.
- Muy bien- responde la otra- Ya está en tercer curso de Farmacia. Pronto acabará la carrera.
- ¡Dios mío, cómo pasa el tiempo!
- Sí, la verdad es que sí.
- ¿Y tu hija? ¿Ya trabaja?

- Sí, aprobó las oposiciones de magisterio.
- ¡Qué me dices...!
- Pues sí... Está muy contenta. El mes que viene ya le dan el primer destino. Aún no sabe para dónde se irá.
- ¡Qué suerte! A ver si convenzo a mi hijo para que se presente a judicaturas.
- Pues no le irá nada mal.

Los hombres, por su parte, hablan de deporte y entretenimiento.

- El críquet es mi deporte favorito- dice uno- claro que, para ver, no para jugar a él.
- No hay nada como el póker-comenta otro- ese sí que es juego.
- Por cierto, ¿este año a dónde fuisteis de vacaciones?
- A Brasil. A Río de Janeiro.
- Caramba. Ese sí que es destino.

Todo gira en torno a la ilusión de vivir mejor, a la calidad de vida, a la esperanza de un futuro en el que recostarse como en un sofá de piel. El mundo puede resumirse en una emoción por lo desconocido. La gente, invitada a una trivial reunión, necesita conversar para disipar sus grandes temores: el miedo a la muerte, por ejemplo. Pero no a la muerte del sujeto, sino a la muerte de todo lo conocido. Por eso se amarra más que nunca a sus deseos a medida que va entrando en la edad madura, porque es en ella cuando siente con más intensidad el gran destierro que supone el mundo. “El Gran Mundo”, qué llamativa expresión para indicar una pompa de jabón que estalla en el aire silenciosamente, haciendo volar un sueño. Todo el arquetipo rococó de los ideales, de los valores y de los prejuicios se desvanece como una ola de espuma en un mar agitado. No queda nada después de que el Tiempo ha pasado por las cosas, huracán apocalíptico que porta una bandera invisible e indescifrable. ¿En qué se resume la fiesta? En un refugio para el miedo, en una cárcel de oro y piedras preciosas, pero una cárcel al fin y al cabo. Así es la Costumbre, esa nodriza que nos amamanta con sus máximas de cartón-piedra, con sus bombillas que no pueden imitar la luz del sol y con sus oropeles y bebidas adormecedoras. Queremos hablar para llenar nuestro vacío, al que solo podemos acceder con el corazón. Nos disfrazamos de aristócratas y comentamos endechas de futuro que no son otra cosa que pasado, un Siglo de Oro como humo que desaparece al soplo del viento del Mañana. Nuestras razones se tiñen de emoción cuando pensamos. Pero queremos renunciar al Sentimiento encerrándonos en una Ilustración que rechaza cualquier posibilidad de error. Preferimos ocultar la evidencia y abandonarnos al culto de la diosa Razón. No queremos reconocer que somos mortales, y por eso mismo libres. Al final de la fiesta, el salón se llena de desperdicios, de nuestras ilusiones y deseos abandonados.

*

Tumbado en la cama de su dormitorio, José Luis escuchaba los proyectos de vida de su amigo Felipe. Ambos eran adolescentes. Tenían respectivamente quince y dieciséis años de edad. Aún no se habían emancipado de la vida junto a sus padres. Estaban reunidos en la casa de José Luis, que aquel día se encontraba solo, pues sus padres habían hecho un viaje a un pueblo cercano. Ambos vivían en el entorno rural, pero soñaban con trabajar algún día en la Ciudad. Animados con la conversación, se habían puesto a beber un vaso de whisky como los mayores.

- Cuando sea mayor- decía Felipe- es decir, cuando tenga dieciocho años, pienso irme a la Ciudad a estudiar medicina.
- ¿Y serás capaz de aplicarte al estudio?- le preguntaba entre risas su amigo José Luis.
- Desde luego- respondía Felipe bebiendo un sorbo de whisky de su copa con un ademán de enfado- ¿No me crees capaz de acabar una carrera?
- No es eso- se justificaba José Luis- Es que la Ciudad tiene muchos atractivos. Cuando la visites y vivas un tiempo en ella, lo comprenderás.

Felipe hacía un mohín de contrariedad.

- Es como si tú llevaras siglos viviendo en ella- le decía a su amigo- Pareces un burgués hecho y derecho.

José Luis se reía incitado por el whisky.

- Yo sé más de lo que tú puedes imaginar- decía- Durante un tiempo estuve viviendo en la Ciudad.
- ¿Como cuánto tiempo?- le preguntaba Felipe.
- Pues un verano- respondía José Luis.
- Eso no es nada- acababa por decir Felipe.

Y nuevamente volvían a caer en un periodo de laxitud, en el que la fabulación juvenil se mezclaba con deseos y esperanzas. No tardaron mucho tiempo en volver a hablar de los tebeos y de las chicas, del colegio y de las exigencias de sus padres.

- ¿No te gusta ninguna chica?- le preguntaba Felipe a José Luis.
- Sí- respondía este- pero no te voy a decir quién.
- ¿La conozco?
-Quizá
-Dímelo.
-No.
-Anda.

José Luis acababa por capitular a las peticiones de su amigo, y confesaba la inicial del nombre de la chica que le gustaba.

- Empieza por i, pero no te voy a decir más.
- Ya sé- decía Felipe- Se llama Isabel.

José Luis negaba con la cabeza, Felipe seguía preguntándole y los dos acababan peleándose y riendo juntos. Júpiter, el Padre de la Lluvia, el dios de la Juventud, vivía en ellos. Esa divinidad, que aparece representada con un rayo en la mano, preside los destinos de los jóvenes quienes, desconocedores todavía de la Costumbre y su Ciudad perenne, juegan con el sonido de los términos, con sus significantes, desconociendo la profundidad de

sus significados. Los adolescentes viven en un Olimpo altísimo, donde no existe la enfermedad ni la muerte, están vacunados frente a la adversidad. Se solazan con la ambrosía de la risa, beben en una Castalia de inocencia, moran en el Palacio de los Inmortales. Solo después de una larga vida de experiencias acaban descendiendo al suelo desde su trono en las nubes, llenándose de humanidad que solo se integra con la conciencia de las dificultades. Los dioses están ciegos. Apartados del movimiento, exentos en una burbuja transparente, flotan a la deriva en los pensamientos del Hombre. Ellos son los fenómenos, las fuerzas de la naturaleza, como los jóvenes son la vitalidad del cuerpo humano. Cuando el hambre de algo distinto que acomete a nuestra especie, se hace patente como una parte más de nuestro organismo, sentimos el vacío que nos produce el paso de los años.

- Dejemos de beber whisky- propuso Felipe- El alcohol comienza a obnubilarme.
- Ahora que le estaba cogiendo gusto- protestó José Luis.

Cansados de hablar y de beber, los dos muchachos se tumbaron en la misma cama, procurando hacer espacio para que ambos pudiesen caber. Se quedaron mirando el techo, sin expectativas. El alcohol les había afectado un poco. Pronto regresarían sus padres y todo volvería a la normalidad. Se acabaría su Olimpo. Los rayos trémulos del sol juguetearon en la pared.

- Venga, vamos a esconder estos vasos antes de que lleguen mis padres- dijo José Luis.
- Será lo mejor- consintió Felipe.

*

El Espíritu de la Electricidad atraviesa los cables del Silencio, se desplaza a lo largo del metal conductor y entra en el circuito de la Historia. El ritmo de su descarga organizada funda la Ciudad, cuyo nombre es Roma, morada de los hombres. El fulgor de la luz enciende la Avenida del Progreso, que divide la Ciudad en dos hemisferios. Un joven asesina a su hermano y, habiendo recibido el presagio de doce pájaros, dibuja un polígono en el suelo, el recinto de la Ciudad. Siete reyes la gobiernan hasta ser expulsados fuera de sus límites, y entonces la Asamblea de sus habitantes proclama la República, donde la potestad de los reyes se divide entre el pueblo, dando origen a un reparto del Poder originario. El pan se parte entre todos: los Magistrados elaboran una Ley en doce tablas de mármol que imponen al pueblo. Dos cónsules dan nombre a los años y presiden los destinos de la Ciudad. Un senado constituido por ancianos aconseja a los gobernantes y actúa de mediador entre el pueblo y sus magistrados. Pero el pueblo, descontento, exige la elaboración de sus normas y, asistido por sus tribunos, demanda la posibilidad de intervenir en la legislación monopolizada por la Magistratura. Surgen entonces las leyes populares, que vienen a complementar a la Ley Nacional. El Estado hace su aparición, como

nave suspendida en el mar de la Naturaleza, que navega con el rumbo marcado por la brújula de su equilibrio. La Ciudad, el polígono central donde habitan los hombres, expande sus tierras de influencia, sus fundos o fincas de cultivo (las raíces de la cultura) en todas las direcciones, y emerge un territorio dominado por Roma. Al principio este territorio se denomina Italia, más tarde se denominará Europa. Los hombres surcan el mar y descubren del otro lado de sus aguas otro territorio opuesto al suyo que mantiene a otra República gemela cuyo nombre es Cartago. Una vez descubierta, se hace imposible la convivencia entre las dos repúblicas. Una tiene que derrotar a la otra. La iniciativa la toma la República de Cartago, que persigue el dominio del mar. Se desencadena una guerra en la que Cartago resulta perjudicada y Roma se hace con el control del mar, que, por encontrarse entre las dos Repúblicas enfrentadas, se denomina Mediterráneo. El gobierno del territorio conquistado hace insostenible la pervivencia de la Magistratura, y se instaura un triunvirato de mando que más tarde es abolido por otro, sin que el problema alcance solución. Es entonces cuando se decide que el poder repartido entre la Magistratura debe ser detentado por una sola persona, quien al disponer de la potestad de imperio, se denomina Emperador. El Emperador domina el Estado, se convierte en su titular y en su propietario. No obstante, transcurrido un notable periodo de tiempo, el Imperio se divide en dos partes (memoria de las antiguas repúblicas gemelas, cuyos representantes simbólicos son Rómulo y Remo): Oriente y Occidente. Hay dos emperadores para dos imperios distintos. El Poder se enfrenta a sí mismo. Existen dos naves y dos estados. ¿Cómo conciliarlos?. El Poder se derrumba y el pueblo bárbaro, que vive lejos de los límites de los imperios, hace su incursión en ellos y termina conquistando la Ciudad. Pero Roma no desaparece. Su tradición de doce siglos es absorbida por los colonos, quienes asimilan su organización y sus leyes. La Unidad vuelve a habitar el mundo, y el Poder torna a convertirse en indivisible. La forma de vida de los romanos se convierte en Costumbre, y desde entonces la Ciudad rige los destinos de los hombres. El Espíritu de la Electricidad, la norma de la Costumbre, puebla el circuito de la Ciudad como un fuego organizado. Su energía se desplaza rápidamente a través de los extensos cables que constituyen su polígono, y llega hasta el borde del mar: el Desconocido. La Ciudad constituye la segunda naturaleza del Hombre, donde todo ocurre automáticamente mediante la opresión de un dispositivo. La Ciudad, a veces sagrada, a veces maldita, determina el pensamiento del Hombre, su Creador. Para todos hay una Jerusalén y una Babilonia. Pero es en realidad la misma Roma edificada sobre el Palatino la que, a lo largo de las generaciones, seduce a los bárbaros que la avistan desde fuera de sus murallas.

LA RAZA

- ¿Crees en la posibilidad de un Pueblo Elegido?- preguntó Tomás.
- Nunca se sabe- respondió Agustín- el Hombre es un misterio.
- El criterio de Raza puede estar amparado en la selección natural- propuso Tomás- Dios, ese ente que escapa a nuestra percepción y que solo se deduce por la fe, pudo escoger a uno ente muchos para ser salvado de la destrucción que opera en la Sustancia. Todos los cuerpos organizados regresan al átomo, excepto...
- Excepto qué- preguntó Agustín.
- Excepto el Hombre- argumentó Tomás- Su Inteligencia le impide mezclarse con la materia. Una parte de él no pertenece a la materia. Es evidente. El Hombre es la especie elegida entre las demás.
- Esa proposición puede ser verdadera- arguyó Agustín- Pero tú has hablado de un Pueblo Elegido. Es decir, de una raza entre los hombres.
- Bueno, la Biblia, el código moral de occidente (y por extensión también de oriente) relata que Dios escogió al pastor Abraham por su ejemplar conducta como guía de los hombres, como pastor de hombres...
- Como “padre de pueblos”- completó Agustín.
- De acuerdo, como “padre de pueblos”- consintió Tomás- Abraham, quien en el origen no tenía ese nombre, era un arameo errante que había partido de Mesopotamia hacia una tierra prometida que multiplicaría su descendencia.
- Aquí nace el criterio de territorio- apuntó Agustín- La tierra permitiría multiplicar su descendencia, al dar alimento a la filiación de Abraham... La tierra es la madre espiritual de los hombres, su conciencia de esperanza.
- La Tierra es la presencia, la realidad- completó Tomás- La Tierra hace germinar las semillas, la Tierra materializa los sueños de los hombres y da consistencia a los pensamientos en principio etéreos como nubes en el cielo.
- Es decir- prosiguió Agustín- antes de hablar de pueblo elegido deberíamos definir el concepto de tierra prometida. La Tierra es el instrumento que Dios establece para manifestar al Hombre.
- El pueblo elegido es aquel que está destinado a ocupar la tierra prometida- concluyó Tomás.
- Podríamos decirlo así- asintió Agustín- Pero, ¿por qué un pueblo frente a todos? ¿Por qué el pueblo hebreo?
- Tal vez por su aislamiento con respecto a los demás pueblos- determinó Tomás- El pueblo hebreo practicaba la circuncisión, rito que lo diferenciaba del resto de los pueblos contemporáneos a él. La circuncisión es un indicador social, una moral propia.
- No creo en el criterio de raza para diferenciar a los hombres- protestó Agustín.

- Pero existe- replicó Tomás.
- Al final la salvación se extiende a todos- dijo Agustín- El pueblo hebreo no desapareció en la Historia, pero no aprendió a integrarse con sus hermanos en sangre.
- Una parte se integró, con la venida del Mesías- repuso Tomás.
- Una parte- propuso Agustín- pero otra fue rebelde a la integración, y lo será por siempre. De ahí surge el prejuicio de la Diferencia, cuando todos estamos destinados a ser iguales en todo. La Tierra Prometida excluye a los incircuncisos de la salvación, o de la realización como seres humanos.
- ¿Quieres decir que no se puede hablar de Tierra Prometida?- preguntó Tomás.
- Hay que hablar de Tierra, no de Tierra prometida- explicó Agustín- La Tierra como madre universal de los hombres, como idea primordial de la unidad, pero no como promesa, sino como realidad. Una misma madre tenemos todos, la Tierra, y un mismo padre, Dios.
- Nuestros padres son la Presencia y la Ausencia- repuso Tomás. Contrarios y ciertos. La vigilia y el sueño.
- Dales el nombre que quieras- intervino Agustín- pero todo concluye en el mismo punto.
- Y entonces, ¿dónde dejas el criterio de raza?- preguntó Tomás.
- El criterio de raza es una falacia, un argumento de la Teología que, como sabes, es fruto de la imposibilidad de la ciencia como conocimiento absoluto- respondió Agustín.
- La Teología es el objetivo de la ciencia- propuso Tomás.
- Pero la ciencia jamás alcanzará su objetivo- sentenció Agustín- Es el castigo de tántalo. La manzana intocable.
- Nosotros en cierto modo somos teólogos- inquirió Tomás.
- Agustín de Hipona y Tomás de Aquino- comentó Agustín- Somos estrofas alternas de un mismo salmo.
- ¿Y cuál es nuestra antístrofa?- preguntó Tomás.
- Una sola palabra- repuso Agustín- Unidad.

*

Cuando el Diluvio se convirtió en Pasado, el Presente se congregó en un conjunto de regiones innominadas: la Tierra. El agua ocupó la cuenca de los mares y aparecieron los continentes, islas que un pie enjuto de hombre podía hollar. Noé abandonó la nave y encargó a sus tres hijos la distribución de la tierra cuya faz era un enigma. Sem y Jafet ocuparon el Norte, y Cam se instaló en el Sur. Desde entonces Norte y Sur sirvieron para nombrar a las dos amplias regiones del mundo. Ambas ubicaciones eran idénticas, una línea imaginaria las dividía artificiosamente pero las dos permanecían unidas por la misma naturaleza. ¿O no eran acaso hermanos sus pobladores?. A pesar de todo, lo que era idéntico pareció repentinamente diferente. Los pobladores del Sur, habituados a un clima distinto a los del Norte, adquirieron una tonalidad cromática oscura en su piel, que los identificaba con claridad frente a sus hermanos en sangre. Por esa

causa fueron despreciados como portadores de la enfermedad de la Diferencia. Se les acusaba de provocar una división entre los hombres, que ahora tenían una apariencia distinta. Unos eran blancos y otros negros. Esta causa- la Diferencia- provocó el devenir de la guerra entre los dos mundos secesionados: el Norte contra el Sur. Tras un largo periodo de conflictos, el Norte logró someter al Sur y le impuso el pago de un tributo: la esclavitud. El pueblo del Sur, víctima de la guerra, sufrió también la pérdida de sus hijos, que fueron destinados a trabajos forzados en beneficio de sus vencedores. El Norte pasó a ser considerado el conquistador del Sur. Su erario fue adquirido como botín y sus templos fueron abiertos al sol y a la lluvia. Los hombres del Sur dejaron de tener identidad. Eran meras cargas o animales de carga. Se les negaba la posibilidad de la Palabra. Ellos no podían pronunciar una sola frase en la Asamblea de los Hombres. Su voz no era escuchada, sus opiniones no eran tenidas en cuenta. Eran importados y exportados en grandes barcos que surcaban los mares abarrotados de metales preciosos. Los países comerciaron con ellos y los asimilaron a su economía. Mientras tanto, los hijos del Sur fueron perdiendo progresivamente su identidad como pueblo, dejaron de existir como seres inteligentes. Perdieron la facultad de comunicarse verbalmente y comenzaron a expresarse mediante signos manuales. Sus conquistadores, por el contrario, elaboraron un alfabeto escrito donde plasmaron sus ideales de conquista. El nombre del alfabeto era “Escalera” y esta denominación se debía a que, en terminología de los conquistadores, “cada nueva investigación en el ámbito de las letras era un peldaño más en la escalera que los diferenciaba de sus conquistados”. Así fueron formuladas las consignas de los conquistadores. Desde este preciso momento, existieron dos pueblos separados por una denominación: la Raza. El Derecho fue formulado en términos peyorativos para los conquistados, pero ninguno de ellos alzó su voz para denunciar la injusticia. La Raza pasó a ser el muro que dividía a los hombres, que los clasificaba en dos grupos opuestos enfrentados entre sí. Los conquistadores poseían el privilegio de la Escritura, es decir, la titularidad de la Historia o la medida del tiempo. De este modo, los esclavos estaban sometidos al tiempo medido por los libres. En términos puramente económicos, los libres fueron llamados “ricos” y los esclavos “pobres”. En el reloj de la Sociedad, la Raza era la aguja que marcaba el número correspondiente en la escala mundial. Unos ocupaban cargos públicos, otros se veían obligados a esperar un turno que nunca les llegaba. Pero un día esperado por todos (un día es una esperanza) nació un hombre que, armándose de valor y con el corazón en la mano, se colocó en medio de los dos bandos y pidió clemencia, convirtiéndose en Juez de ambos mundos. Hablando a los cuatro vientos, dijo: “Humanos, es más lo que nos une que lo que nos separa. Derribemos el muro de la Diferencia, que nos hace desgraciados a todos, y abracemos al ser que tenemos delante”. La Palabra verdadera había nacido. La Raza, espectro satánico, desapareció envuelta en fuego y los dos pueblos se aliaron para

convertirse en un solo pueblo. El humano se reconcilió con el hermano, el padre con el hijo. La Tierra sufrió una profunda metamorfosis. De ser una planicie inconmensurable pasó a convertirse en una esfera en la que todas las partes se abrazaban y se complementaban entre sí. Los hombres se sentaron alrededor de una mesa y compartieron el mismo alimento. Como la luz borra a las tinieblas, así el espectro de la Raza fue borrado por la unidad. La Apariencia se agregó a la Esencia y la voz y el significado formaron una sola sustancia.

*

Tomando café en una terraza junto al puerto
Alfredo Gracia mira el mar siempre cambiante y piensa:

"Magnifico es el mar como el Ser permanente
que conjuga los verbos flexivos del Decir,
eterna es su canción que nos duerme en la noche,
salvaje es su rumor que enciende el sol del día.
¡Qué bellos son los barcos mecidos por las olas
fragmentos de recuerdos en la total memoria!
Los marineros vuelven, científicos de sombra
a extraer el pescado que nos dará alimento.
¿Qué es el mar, un camino o tal vez es un abismo?
El Tiempo está en movimiento, animal nunca detenido
en el silencio extremo de la profundidad.
El mar es la Música que conduce la Palabra
a su último destino, lejano e inalcanzable.
Tres naves parten raudas hacia el Descubrimiento
-las tres son el Viaje, su número es la luz-
a través del espectro del mar que es una línea
que separa a los hombres y sepulta a los pueblos
navegan hacia el horizonte del Final
partiendo del Principio que constituye el puerto.
El mar como la Raza es solo un prejuicio,
es el temor que debe atravesar el Hombre
para alcanzar la mano de Dios, su semejante;
es el símbolo vivo, el cristal del espejo
que separa el rostro de su imagen completa.
Dejar atrás la neblina de la Diferencia
y perseguir la página azul del horizonte
es renunciar a la Muerte y a su sombra de Duda
y lanzarse a la vida a través del lenguaje.
Llega al fin la victoria de la Comunicación.
El Yo antiguo como un derrumbado edificio
se une a la perfecta contemplación del Tú.
Como la gota hundida en la plancha del agua
así se consolida la suprema Unidad.

Las tres naves valientes navegan sin demora
hacia el total consuelo de la Palabra dicha.
Después de soportar el miedo y el fracaso,
avistan una tierra ignota y rebosante
de hombres iguales a los que viajan en ellas.
¡Gloria al Nuevo Mundo que emerge del Silencio!
¡He aquí la alegría de la Comunicación!
El muro desaparece y se convierte en puente,
en calle que sostiene los dos cabos del hombre.
Así el Ser completo puede manifestarse
en una Sustancia que se parte en fragmentos
que a su vez se dividen en infinitas partes
sin que por esa causa peligre el conjunto.
Cuando los hombres se unen nace el Ser Supremo
entre ellos, como un niño en medio de sus padres.
Dios vive en la unidad de todos los hombres
- fuego sabio y perenne que extiende su calor
al igual que la voz extiende su sentido-.
El Tiempo se divide en infinitas partes
pero el mar es el mismo, y el Ser también lo es".
Alfredo ha comprendido la Ley del Movimiento
que acaba uniendo al rostro con su imagen eterna,
y tranquilo contempla el oleaje pausado
que lo envuelve en el sueño, cuna de lo real.
El verso de la Vida o la respiración
inunda los pulmones de aire refrescante;
el Ser se dilata y se contrae como el mar,
corazón permanente que late en la medida.
"Oh Amor, tú que eres la Comunicación"
sigue pensando Alfredo, "tu fuerza es el impulso
que da vida al Ser en el Tiempo, en su imagen".
Alfredo se levanta y acercándose al muelle
mira hacia abajo y ve su rostro pensativo
mecido por las aguas del cambio permanente.

EL SÍMBOLO

Coloque una moneda sobre su mano y obsérvela. En su anverso podrá apreciar un rostro humano y en su reverso un número. Arroje la moneda al aire. No podrá saber sobre qué superficie caerá la moneda al suelo. Vuelva a tomar la moneda. Verá que es un disco casi plano de metal sonoro. Sus dos caras corresponden a las dos posibilidades del Ser: la Vida y la Muerte. La moneda es el Símbolo, un objeto que remite a la naturaleza del Hombre. El Símbolo es una puerta abierta a la visión, un puente a través del cual el sujeto se conoce a sí mismo. El material del Símbolo es el sueño, o la posibilidad completa del decir. En el sueño, nuestra limitación se une a la esperanza del pleno sentimiento, una pradera verde que no tiene

fin conocido. Es el sueño el Reino de la Plena Memoria; solo podemos salvarnos o sobrevivir a la destrucción por medio del sueño. De sueño está fabricado el Símbolo, el espejo en el cual el Hombre se encuentra con su rostro divino.
El metal, el material onírico del que la moneda está fabricada, se extrae de las profundidades de la tierra, como el sueño surge de las profundidades de la mente. Resulta necesario someter la piedra al calor del fuego para extraer un líquido incandescente que se solidifica hasta convertirse en una fría y peligrosa herramienta. El metal se emplea como arma frete al desorden de la naturaleza (conjunto de fenómenos más o menos enigmáticos) sometiendo el caos de lo imprevisible al cosmos organizado del entendimiento sensible humano. La obtención del metal humaniza la naturaleza, convirtiéndola en un mito controlable por el Hombre, en una limitada superficie mensurable, en una redondez casi plana, como la de la moneda.
Por medio del mito o del Símbolo, el Hombre construye su ciencia, dialoga con sus semejantes y elabora una moral o un protocolo de comunicación. El Símbolo está en el centro de la naturaleza humana, en el principio de su pensamiento. Es el alfabeto de la lengua, merced al cual la Palabra se pone en común, como el pan se parte en una mesa colectiva. Hablar es intercambiar los símbolos de las cosas. El Hombre edifica su Historia empleando los Símbolos, trabaja con su imaginación y sostiene en su andamiaje la perfecta máquina del Movimiento. La moneda representa un valor, una fracción de la naturaleza humana. La moneda es el símbolo perfecto, la medida del mundo. Haciendo rodar su disco se desarrolla el Comercio, la lengua mediante la cual se intercambian bienes naturales, números de la Realidad que cambian de lugar al compás del motor de la máquina del universo.
Podemos imaginar el mantel del mar extendido, por el que navegan los buques fenicios que distribuyen la riqueza del mercado en distintos lugares, con distintos seres humanos , unificando la Tierra. Mediante el Comercio, un individuo entra en contacto con otro consolidando la cultura de todos los pueblos.
La moneda tiene forma de rueda, de instrumento engendrador de movimiento. Así pues, constituye una copia del mecanismo natural, viene a ser una segunda naturaleza para el hombre. Todo funciona adecuadamente cuando existe un número proporcional de monedas- o de significantes- para los significados que estas representan. ¿Pero qué ocurre cuando no es así?. Ocurre que hay símbolos que no representan nada, monedas en circulación que no tienen valor. De este modo, se produce un desequilibrio entre la Realidad del Hombre y la Realidad de la Naturaleza. El Espectro de la Duda aparece con su etérea túnica y asusta al Hombre devaluando su universo, reduciéndolo y haciéndolo inestable, incierto y falaz. Creemos que estamos al final del camino cuando solo hemos doblado una esquina. El mundo se nos hace pequeño e insuficiente para nuestras ilusiones y proyectos, consideramos que la Realidad se ha terminado en nuestros inventos. ¡Qué frívolamente insensatos, como dijo el antiguo

poeta!. Renovemos nuestros mitos, volvamos a fabricar símbolos de nuevo, démosle otra estructura al universo. Solo así podremos conseguir que algún día el universo sea infinito, y nosotros con él. Limpiemos el espejo para contemplar nuestro rostro a la luz del sol. Todo vive en nosotros. Hagamos nuestro Símbolo perfecto. Coloque la moneda sobre su mano y vuelva a empezar.

*

“Algo tan sencillo como una flor” pensó Laura.
Las dos mujeres (Laura y su amiga Virginia) paseaban por el jardín inglés que se extendía alrededor del domicilio de la última, rememorando tiempos pasados y comentando las imprevisibles circunstancias de la vida.

- ¿Tienes novio?- le preguntó Virginia a Laura.
- Sí- le respondió su amiga- Hace un año que estamos juntos.

“Como una flor se abre al mundo al observador. Todo en el universo es expresión. Ahí termina la Naturaleza. Tanta variedad de significantes para expresar un mismo significado. La santidad está en la flor, pero, ¿por qué es tan efímera?”.

- Entonces- dijo Virginia con picardía- pronto seréis marido y mujer.
- Todavía no quiero hablar de futuro- apuntó Laura- De momento me conformo con el presente.

“¿Por qué tan efímera?” siguió pensando Laura “Es una contradicción. Si la Belleza es algo eterno e inmutable, algo que percibimos como una manifestación de lo que está más allá de nosotros, como un vínculo que reúne los acontecimientos de la vida en torno a un centro, ¿por qué nos demuestra con su destrucción que todo es perecedero? ¿Acaso yo, como sujeto, también lo soy?”.

- No puedo creer que no pienses ni por un momento en el futuro- subrayó Virginia- ¿Es que no tienes ilusiones?
- Tengo ilusiones- explicó Laura- pero prefiero mantenerlas al margen de mi vida cotidiana. Quién sabe si se cumplirán.

“Sí. Toda forma es perecedera. La materia o la raíz es lo único que se mantiene. La flor pasa, como pasa la vida sin que podamos contenerla con nuestra mirada, pero de la raíz surge otra flor y así concebimos nuestra identidad, como un tránsito. Somos un resultado, como la flor. Por eso nos identificamos con ella. Estamos unidos a la raíz de lo antiguo o de lo desconocido. El Tiempo nace de nosotros”.

- ¿Y cuando te cases, cuántos hijos quieres tener?- preguntó Virginia.
- No sé. Tal vez dos- respondió Laura.

“Cuando miramos a la flor nos comunicamos con el más allá, que está en cierto modo dentro de nosotros. Es algo así como un reflejo de...”.

- ¿Te apetece un café?- preguntó Virginia.

*

HISTORIA DE LA PROGRESIVA DESAPARICIÓN DE UN HOMBRE

Todos los días sucedían con la misma asiduidad para Don Cayetano, hasta que un día salió a la calle enfundado en su gabardina gris como de costumbre y se apercibió de que ciertas personas que pasaban junto a él lo miraban con sospecha y desconfianza. Los niños se reían cuando lo veían pasar, las parejas se entretenían observándolo, los hombres de bien volvían la vista cuando se acercaba a saludarlos.

- ¿Qué ocurrirá?- se preguntaba.

Una tarde, cuando se sentó en un banco del parque para leer el periódico y cruzó las piernas cómodamente, un joven se le acercó y le preguntó si era ilusionista, teósofo o místico.

-No soy nada de lo que usted ha dicho- confesó- Solo soy un habitante silencioso de la Ciudad.

-Entonces- le preguntó el joven- ¿Cómo es que usted camina sin poner el pie en el suelo?

Cuando Don Cayetano se irguió para demostrar al joven que se equivocaba, observó que sus pies habían sido completamente borrados de su cuerpo. Se admiró profundamente y no supo qué decir al joven. Regresó a su casa preocupado y decidió acudir a consulta médica a la mañana siguiente para explicar al facultativo su extraño caso. Así lo hizo. Mientras aguardaba su turno en la sala de espera, Don Cayetano notó dolorosamente cómo lo miraban los pacientes que lo rodeaban. Una anciana se persignó delante de él sin darse cuenta de que este gesto podía impacientar a Don Cayetano. Lo más lamentable de la situación era que todos lo miraban como un presente culpable de algo, como se mira a un delincuente o a un criminal.

- Nunca he pasado tanta vergüenza- aseguró para sí mismo.

Afortunadamente le llegó el turno cuando estaba en estas cavilaciones, y una elegante enfermera lo acompañó a donde lo recibiría el médico. Cuando Don Cayetano entró en consulta, se sorprendió de que el doctor ni tan siquiera alzara la vista para saludarlo.

- Dígame usted cuál es su problema- le preguntó el médico.
- Estoy muy preocupado- dijo Don Cayetano- Desde ayer hasta hoy me ha ocurrido algo extraordinario.

Con cierta dificultad al hablar, Don Cayetano explicó al doctor su problema. Sorprendentemente, el doctor hizo una mueca de contrariedad y acto seguido hizo estallar una gran carcajada. Don Cayetano creyó que se burlaban de él.

- No se preocupe demasiado- le dijo el doctor deteniendo la risa- Es una patología muy común la suya, pero no tiene efectos nocivos para la salud. Padece usted la espectropatía o enfermedad de los espectros... Una parte de su cuerpo la ha

contraído y ella misma se extenderá paulatinamente hasta conquistar su organismo por completo. Esta enfermedad dota de invisibilidad absoluta a las partes afectadas, pero no supone un verdadero problema.

- ¿De modo que- preguntó Don Cayetano- no hay ningún remedio para esta enfermedad?
- La ciencia no lo conoce- aseguró el médico con énfasis- Pero al fin y al cabo, ¿qué puede importar?. Su metabolismo continuará operando a la perfección.

Don Cayetano salió de la consulta abrumado por los pensamientos. Aquella noche durmió profundamente. Cuando se despertó al alba, notó con terror como la enfermedad había progresado, extendiéndose por sus piernas que ya no eran visibles. Salió a la calle y notó con tristeza la indiferencia de todo el mundo. A nadie le sorprendía su situación. Volvió a sentarse en el mismo banco en el que el joven le había anunciado la enfermedad, pero ninguna persona se acercó esta vez a hablarle.

- Es como si todos me ignorasen- se dijo a sí mismo.

Pasada una semana, ya nadie le saludaba, tropezaba con la gente en la calle y ningún viandante se acercaba a pedirle disculpas. Se sentía completamente solo, creía ser la víctima de un pacto social en su contra, comenzó a desconfiar de todo el mundo. Un día, harto de la incomunicación a la que todos le sometían, decidió romper el silencio para hablar con el primero con el que se encontrase. Pero por más que interpelaba a cualquiera, nadie le respondía. Era como si sus palabras no llegasen a los demás. Ya no se veía en el espejo cuando se miraba, y esto le llenaba de amargura.

- Soy un muerto condenado a vagar entre los vivos- se dijo en una ocasión.

Fue abandonándose progresivamente a la desolación hasta que perdió toda esperanza de comunicarse. Cuando olvidó sus últimos recuerdos, olvidó también su mente. Era un hombre desarraigado, sin referente cultural alguno. Una cárcel era su universo, un infierno sin memoria ni mañana.

*

La fuga de un caballo blanco sobre un verde prado se dibuja en la tarde. El caballo, animal cortesano y elegante, es el prototipo del alma humana. Como el alma, el caballo atraviesa los senderos casi sin pisarlos, haciendo resonar sus cascos sobre el suelo, ondeando sus crines al viento. El alma hace lo mismo cuando se abandona al ensueño, dejando fluir su nostalgia y su memoria entre esperanzas y deseos.

El Hombre siente fascinación por el caballo, por su velocidad y por su aplomo. Su movimiento es una caricia helada que sobrecoge el corazón. En todas las épocas de la historia siempre inconclusa de la Humanidad, el Hombre anheló dominar el caballo, sujetarlo con bridas y arreos, montarlo y conducirlo por la Tierra.

Sobre el caballo siente su propia identidad el Hombre, se reconoce a sí mismo conduciendo un galope preciso a un derrotero incierto. Así es la misma vida.
El Hombre es un ser libre, y su propia libertad lo seduce. Poder escoger cualquier camino para llegar a idéntica Ciudad de morada resulta maravilloso y significativo. Allí donde esté el Hombre, estará la Ciudad.
La Libertad, he aquí el alma del Hombre, el vehículo que lo dirige hacia el eje del Tiempo. La Libertad representa el más puro de los símbolos, el horizonte de la Palabra humana.
¿Pero cuántos hombres no son libres? ¿Cuántos están atados a un ideal falso del mundo? Se afanan por encerrar la Naturaleza en sus manos, en lugar de admirar su espontánea gloria.
No conocen la alegría de la ingenuidad, de la Inteligencia despertada por cada elemento.
Miran, pero no ven. Desean, pero no aman. Discurren, pero no sienten. Están muertos al movimiento del Amor, que ordena en perfecta armonía la existencia de las cosas.
A veces, en su intento por dominar el caballo de la Libertad, el Hombre pierde el equilibrio y cae al suelo.
Para aquellos que viven encadenados canto. Para que aprendan a romper sus ataduras y puedan, a lomos de la Libertad, admirar el mundo.
El caballo, el Símbolo, les aguarda más allá de sus cadenas.
El Amor también es para ellos.

EL EJEMPLO

El mar del Tiempo anega la totalidad de lo conocido. De vez en cuando, el gran leviatán blanco, cetáceo del Ser, hace reaparecer su lomo magnífico entre las espumas. El Sol acaricia la superficie temblorosa de las aguas, como un hombre acariciaría la piel de una mujer o de un niño. La frecuencia de las ondas del mar se va haciendo cada vez más lenta hasta formar cuerpos sólidos. Las crestas de las olas se convierten en montañas fijando su elevación constante. A sus pies la tierra firme se va consolidando como una llanura de barro. De pronto, el movimiento líquido desaparece y ya no se ve más que tierra y montañas.
El escenario del mundo acaba de surgir. Los sinuosos dedos del Sol elevan el barro de la tierra y le conceden una forma, modelando su estructura confusa, su materia plástica y frágil, su tierra todavía húmeda del mar. El Sol coloca el barro frente a frente, cava el pozo de los sentidos en su cuerpo ya separado y organizado, concediendo una mirada individual a lo que antes era confuso y equívoco. La figura de barro mira al Sol y se reconoce en él, orientada por su Vista echa a andar hacia el punto del cielo en el que el Sol se encuentra. He aquí el Hombre, o la Sustancia elevada al Sentido.

El Hombre es una Obra que camina hacia el Sol, un Destino o un proyecto que persigue el resplandor de la luz primitiva que se eleva delante de él. Jamás alcanzará el Sol el Hombre, por lo que su camino proseguirá a lo largo de las generaciones sin término, y su existencia no será más que un viaje infinito.
Nacido el Hombre en medio del mundo, se levanta la arquitectura de la Realidad en torno a él. El palacio de la luz se distribuye en perspectiva como un templo colosal, con techos azules de vida y suelos verdes de esperanza. Cada cosa que el Hombre toca, cobra vida y lo refleja de una manera especial y distinta. Una piedra, por ejemplo, ofrece una imagen diferente del Hombre que una planta o un lago. El Hombre es la columna que sostiene el lugar de todas las cosas. El espacio se distribuye en torno a la mirada del Hombre, que contempla la radiante faz del Sol como una inequívoca señal de su presencia.
El mundo se puebla de animales diversos cuya estructura corporal copia a la del Hombre, pero al contrario de él, estos no pueden mirar al Sol ni reconocerse en el reflejo de las cosas. El Hombre se siente pleno como ser inteligente, y abarcando con una mirada la totalidad de lo visible, abre su boca y una paloma blanca surge de ella y revolotea a su alrededor, hasta posarse sobre su cabeza. Acaba de nacer la Palabra. Como una segunda luz obtenida a partir de la Inteligencia, la Palabra saluda con su vuelo a la Naturaleza –el palacio arquitectónico de la Realidad- dando un nombre a cada cosa y después, recogiendo una brizna de hierba con su pico, regresa al Hombre y la deposita sobre su mano, a título de esperanza.
El Hombre se siente identificado con la Palabra. Ella es su propia alma que ha salido de la mansión de su cuerpo para extender su vuelo por el mundo. Ella es la memoria que, libre y voladora, encierra todo en su seno.
El Hombre, en pie sobre la materia, extiende sus raíces a lo largo del suelo, y eleva la copa de su cabeza hacia el azul eterno del firmamento. Extiende sus brazos en cruz y abraza la totalidad del mundo, la perspectiva del espacio continuo, la progresión completa del aire.
La paloma de la Palabra regresa al cielo y rutilante como la llama, vuela hacia el círculo del Sol en donde bebe su luz primigenia, la linterna del Principio o la Vida. Allí se confunde con el astro solar y, juntos, el Principio y la Palabra constituyen una misma sustancia. La Redención ha sido consumada.
El Hombre, desde el suelo, contempla la unión de las dos naturalezas en una sola carne, y su cuerpo se descompone progresivamente hasta llegar a conformar de nuevo el barro del origen, pero una parte de su Ser permanecerá por siempre intacta en el Sol que alumbra el mundo. Cuando el Sol se esconda en la noche conservará la semilla de su esencia, y a la mañana siguiente, un nuevo Hombre será levantado del barro a partir del Sol que encierra su figura.
Este es el ejemplo de la Creación, la más bella imagen del universo. El Hombre es a la vez creado por la Palabra, y la Palabra creada por

el Hombre. Ambas naturalezas constituyen un solo cuerpo indisoluble.
El orden del universo se fundamenta en la unión del Principio con la Palabra, del Sol de la visión con la llama de la memoria. Esta unión constituye la metáfora del Nacimiento, la antorcha inspiradora del Arte, el espejo más fiel del Ser Humano.

*

No existe corriente artística más profundamente humana que el Renacimiento italiano. Podría decirse que la base cultural del mundo- al menos, su parte más notoria- se encuentra en Europa, el antiguo continente. En torno al mar mediterráneo (camino líquido de la antigüedad), y a través del comercio fundamentalmente, la civilización griega –origen de nuestra moderna Ciudad, y de la cual proceden sus más evidentes errores- extendió su antropocentrismo filosófico por el orbe conocido. Siglos más tarde, el cristianismo de origen judío proyectaría su diáspora sobre el mundo griego, otorgando alma propia mediante la idea de caridad a lo que antes era solamente cuerpo.
Y en este momento en el que la dos culturas entran en comunicación, puede decirse que se produce el nacimiento del Hombre. A la cosmovisión griega del ser humano como medida de todas las cosas se une el concepto de Amor, facultad de empatía que consigue construir la idea de Sentimiento. El Sentimiento no es otra cosa que la posibilidad de un conocimiento pleno a partir de la emoción –dolor o placer engendrado por el sentido y su percepción-. El Amor es una fuerza tal que no hay nada en la naturaleza del universo que pueda comparársele. Su experiencia engendra un estado de plenitud en el que llega a comprenderse todo dentro de un orden perfecto en el que el Hombre constituye la piedra angular a partir de la cual se levanta el edificio de la lógica. Toda ciencia sin amor es vana, siempre incompleta, vacía e inútilmente rigurosa, pues su método experimental solo llega a un conocimiento superficial de lo existente, como una sonda de escasa longitud.
Por esa causa, ambos principios resultan esenciales para la concepción del Hombre. La filosofía del Renacimiento como estilo artístico o del Humanismo como corriente de pensamiento emanan de estos dos principios y poseen la particular característica de la convicción. Cuando contemplamos una obra de arte del Renacimiento, al sentimiento de admiración que despierta todo arte, podemos añadir la identificación plena con lo que se está viendo, como si contemplásemos la parte más visible de nuestro ser, aquello sin lo cual no podríamos a reconocernos a nosotros mismos. Yo defiendo la teoría de que toda forma de arte puro es en cierto modo renacentista. Por arte puro entiendo aquel que no está viciado por el interés ni por la utilidad, el arte exento, libre, nacido de una comunicación con la Naturaleza que se traduce en un profundo sentimiento hacia lo real.

Dentro del estilo del Renacimiento hay un artista que me agrada especialmente por su forma de concebir la figura humana: Miguel Ángel. En mi opinión, su mejor obra es el David. Este personaje bíblico que vence al gigante empleando su destreza nacida de una convicción sentimental, representa al ser humano sometiendo al universo al sentido, otorgando significado racional a lo que solamente era un fenómeno espontáneo e inmensurable. Miguel Ángel esculpe el David como una columna modelada, un hombre desnudo y erguido, que sostiene sobre su hombro izquierdo la honda con la que hiere al gigante, su propio sentimiento impulsado hacia la acción victoriosa. En su mano derecha esconde la piedra de la Idea, preparada para el ataque. Ninguna otra pieza artística me conmueve más que el David como ejemplo del Hombre en su magnitud posible, como potencia destinada a vencer la rigidez estéril de la Nada.
El Hombre contra la Nada. Eso expresa toda obra artística, todo ejemplo. La energía contenida está encerrada en el Hombre, en sus manos, en su rostro. Su sentimiento lo impulsa a conquistar aquello que no conoce, a partir en busca del Descubrimiento de la América de su voluntad, en donde por fin puede reconocerse. Todos los caminos conducen a la misma realidad, a la Ciudad o a la Roma que representa la morada del Ser Humano, su mente o su alma.
El Renacimiento es el arte del Hombre por excelencia, pues todo ser humano conforma un proyecto, un nacimiento. Recrearse en el Nacimiento significa regresar al origen desde el que se pueden explicar todas las cosas.
El David es el hombre recién nacido, desnudo todavía de experiencia, quien se enfrenta a una realidad más fuerte que él a la que vence con la energía del Sentimiento. Nacer es en cierto modo morir a lo antiguo, brotar como una fuente en un descampado yermo, surgir desnudo en medio del mundo, lanzar la piedra al abismo para cambiar por siempre lo conocido, destellar luminosamente en las tinieblas y acotar la cavidad del espacio con la mirada de la razón sensible. Un ejemplo nuevo es toda obra de arte que, materializada en la Realidad, explica la soledad del Hombre ante el mundo.

*

Mientras su amigo pintaba el cuadro, Dámaso permanecía recostado en un sofá deteriorado y roto que en su época había sido una pieza de diseño. Hablaba de sus limitadas experiencias, de increíbles anécdotas cotidianas, de biografías de extraños, de ocurrencias propias. En la soledad del taller, a aquella altura del invierno en la Ciudad, el aliento de la boca de Dámaso se elevaba en forma de nube efímera que se desvanecía en la semioscuridad. En las paredes de la estancia se apilaban los lienzos terminados y algunos elementos de mobiliario cuya utilidad se había olvidado. El frío era tan evidente, que el Pintor se veía impelido a frotarse las manos para continuar con su trabajo.

- Hace años que pintas el mismo lienzo- le dijo Dámaso al Pintor- Me gustaría saber a quién retratas.

El Pintor detuvo por un momento su trabajo y volvió la vista a su interlocutor.

- No es un retrato- explicó- Es algo mucho más complejo. Es algo así como una radiografía de mí mismo.
- ¿Un autorretrato?- preguntó Dámaso introduciendo las manos en los bolsillos.
- En cierto modo sí- confesó el Pintor- Pero no es un retrato convencional, en el que solo se representa la apariencia, lo que vemos de alguien cuando lo observamos. Es una figura que refleja todo lo que conozco, la parte más secreta de lo que soy.
- Ah- dijo Dámaso- ¿Y ya le tienes título?
- Sí- respondió el Pintor- Se llama “La mujer imposible”.

Dámaso mantuvo tenso el hilo del silencio por un instante.

- ¿Por qué ese título?- preguntó.
- Bueno- intentó explicarse el Pintor- Durante varios siglos, la Mujer ha sido considerada el objeto más genuino del Arte. El adjetivo “imposible” viene de que esa mujer representa lo que no puedo alcanzar con la inteligencia, lo Desconocido que me atrae como un enigma, una esfinge que me seduce y hacia lo que me siento desplazado sin que pueda alcanzarla nunca, la manzana de Tántalo.

Se escuchó un rotundo ruido en el piso de arriba y después se hizo de nuevo el silencio. Dámaso se levantó del sofá y dio una vuelta andando alrededor del taller.

- ¡Qué frío de mierda!- exclamó.

Respiró profundamente y volvió a sentarse. En la calle llovía fuertemente, se oían las gotas caer como una sinfonía que evocase otra época. El Pintor se detuvo y, retrocediendo unos pasos, miró el cuadro desde otro ángulo.

- ¿Dónde vamos a cenar hoy?- preguntó Dámaso.
- En el Bohéme, como siempre- respondió el Pintor.

La humedad del taller subía por las piernas, atravesaba la piel y calaba en los huesos.

Dámaso pensó en la pobreza y en el Arte, que siempre convivían bajo el mismo techo. El Arte era un producto de minorías, una virtud que, como había dicho en su momento Juvenal, languidecía en medio del frío de la indiferencia común. Solo quedaban en su taller el artista, su obra, y un espectador incondicional que contemplaba la escena desalentado, con escasa esperanza y agotada casi su paciencia.

- ¿No tienes por ahí una estufa?- preguntó Dámaso mientras rebuscaba entre los lienzos.
- La última que tenía se estropeó hace un mes- respondió el Pintor sin levantar la vista de su cuadro- La próxima semana traeré otra.

Dámaso pensó en el filósofo Demetrio, que alababa la pobreza. La Pobreza con mayúscula, como una madre que nos trae al mundo, nos alimenta con desdichas y nos consuela con esperanzas. El

Arte solo puede comprenderse desde la Pobreza, como ejemplo del Hombre que se encuentra desnudo ante la Realidad, desprotegido ante el frío que amenaza con apoderarse de su cuerpo y de su espíritu. El Hombre ante el miedo de la Muerte. Sabiendo que va a desaparecer, el artista pretende reproducirse en un objeto, crear otra Realidad que lo salve, coronar a un Mesías redentor que lo sobreviva. El Sujeto restaurado por el Objeto. Una Palabra en la calle, sola ante la lluvia y la desolación, como un perro vagabundo que representa la luz expulsada de nuestros hogares cerrados con llave, una Palabra que llora porque sabe que dice la verdad, pero que no es escuchada porque a nadie interesa lo que dice, aunque todos saben que cuando el mundo pase, ella sola quedará como una bandera ondeando sobre la Nada.
El Pintor continuó con el dibujo de un camino infinito, mientras la humedad y el frío se apoderaban de su cuerpo.

LA FORMA

La Idea emerge de las profundidades del cielo como una cabeza que sale fuera del agua. Los hombres la ven desde la Tierra mientras permanecen ocupados en sus constantes trabajos- la moral que ordena sus vidas-, contemplan su magnificencia a la luz del Sol y oran por el destino del mundo. ¿Quién engendra a la Idea?. Ella nace por sí misma arropada por la luz, como una cavidad que encierra el abismo. No tiene principio, ella es la apariencia del Principio, su figura o su sombra. Cuando alguien la mira, se siente transportado hacia el eje del Tiempo, la cruz labrada en la Rueda de las circunstancias, el trono desde el cual se puede admirar la piel transparente de la Existencia. De su medida emana la Ley que distingue a los animales de los hombres. No procede del Tiempo, es en cierto modo la imagen del Ser, su límite feliz, su aurora. Siempre está arriba, en las Moradas tranquilas de la luz, donde lo visible tiene su origen y su causa. Su figura es la de una mujer con la piel de nácar, con los cabellos largos como rayos luminosos que se derraman por su espalda vestida con un manto azul y blanco y con las manos juntas conteniéndolo todo. A sus pues, el dragón de la Tierra se enrolla sobre sí mismo reconociendo su necesidad. Nadie ha podido alcanzar nunca su conocimiento. Es una Virgen eterna que prolonga su mirada polícroma en la pantalla del universo. La Naturaleza se viste con su fundamento. En el campo, en los prados y los bosques, los hombres pueden contemplar su divina aureola: la Belleza. En la Flor está su símbolo; los pétalos en torno a un centro describen la armonía que mantiene su mirada sobre las cosas. En la Sencillez está su tabernáculo, en todo aquello que nos aproxima al Principio. Su apariencia nos hace humildes, devotos de lo visible, hijos de su Gracia, antorchas de su fuego. En

su seno nace el Sol cada día y en su seno también muere. Ella es la Madre de los Hombres, pues cada día que la contemplamos nos aproxima un poco más al origen. En su vientre se forma el niño de nuestra Esperanza, nuestro sucesor, el Amor. Su fuego alimenta el mundo y lo mantiene unido. Pero el Hombre no siempre tiene acceso a su visión. En ocasiones, cegado por la soberbia, construye una morada de máquinas vanas, de informaciones erróneas que, enlazadas entre sí, conforman el circuito de la Ciudad falsa, la Troya destinada a arder en la noche. La Discordia, la negación de la Idea, atrae como un imán a los incautos, los somete a su interrogatorio infructuoso que termina en la Guerra. Se trata entonces de sustituir su imagen por una moneda vana que se devalúa en el tiempo, se convierte al Hombre en una fotografía que viaja a través de los veloces cables del Espectro y se sustituye el mundo por un símbolo falso, un animal cinético con figura de macho cabrío, copia infructuosa del cordero del Ser, el leviatán de la Vida. La atracción por la Electricidad desvirtúa la Imagen, no creamos un mundo virtual, sino desvirtuado. Entonces la Idea desaparece desvanecida en el humo, desde las ventanas de la Ciudad falsa no se ve más que fuego en el cielo, un fuego persistente, con ojos felinos, que consume todo lo que toca: primero los edificios, después la calle, después las personas. No hay en semejante Babilonia un cántaro de agua con el que apagar la sed, pues todo se desvanece absorbido por la mentira y el metal. Roma arde entre aullidos de lobo hambriento. Sus habitantes huyen en desbandada en todas las direcciones posibles.

Entonces los pobres, los desheredados, los infelices se agrupan y, mirando al cielo, invocan a la Imagen que aparece ante ellos, señalándoles el camino desde las alturas. Siguiendo su dirección y en un violento éxodo, los supervivientes abandonan la Ciudad falsa y de sus cenizas ven emerger una Ciudad de Luz que se posa como una paloma sobre la mano derecha de la Imagen, memoria de todo lo vivido, esperanza del porvenir. Es el Recuerdo que rige el Destino. Ya en el nuevo día, los hombres contemplan una vasta extensión calcinada por el fuego, pero volviendo la vista al cielo, admiran a la Idea materializada en la diversidad de la Naturaleza. Tocan la tierra, la hierba, los árboles, y experimentan una inexplicable alegría que recorre sus cuerpos, que los arropa maternalmente y que les llena el corazón de gratitud. Se sienten unidos y hermanados, como una misma familia, desnudos y habitados por la Realidad que se sienta al lado de ellos y les habla de todas las cosas.

*

La suave textura del pan, su sabor pleno, regalo de los sentidos, su estructura doble: una parte más dura, la corteza, y una parte más blanda, la miga. El pan como base de la alimentación humana, como compuesto de células cereales, como el cuerpo de la Tierra que se

nos entrega, como el Hombre mismo. El pan como verdad organizada que hay que masticar desvelándola, que hay que deglutir desintegrándola, devolviéndola a la sencillez de sus elementos entrelazados. El pan como destino común, como origen y como fin (ambas cosas son idénticas), como virtud y sentido.

- Pásame la botella- demandó Joaquín- ¿Qué te cuentas?
- Nada- dijo Alfredo Gracia- Un día agotador, sin duda.
- Oye, siento lo de tu padre- le dijo Pepe a Alfredo, dándole un retardado pésame- Se me olvidó decírtelo antes.
- No te preocupes- lo tranquilizó Alfredo- ¿Cuándo va a venir la cena?
- En este local tardan en servir- explicó Bernardo.
- No solo hemos venido aquí a comer- dijo Pedro- También hemos venido a hablar de nuestras vidas.
- Ya le pregunté a Alfredo qué tal le iba- se justificó Joaquín- Pero me respondió escuetamente.
- ¿Qué tal te va en el trabajo?- le preguntó Pepe a Gonzalo, en respuesta a la proposición de Pedro.
- De momento bastante bien- explicó Gonzalo- Cobro lo suficiente. Hago lo que me gusta.
- Eso es muy bello- intervino irónicamente Joaquín, mientras descorchaba una botella de vino.
- No tanto como parece- dijo Gonzalo- Desgraciadamente, no siempre va a ser así. Algún día se invertirán los términos.
- ¿Tienes pareja?- preguntó Bernardo a Alfredo.
- Sí- respondió el aludido- Ya llevamos dos años juntos.
- El vino está delicioso- manifestó Joaquín- Probadlo.
- En esta vida el placer y el dolor están mezclados a partes iguales- reconoció Pepe- La tristeza y la alegría son dos bebidas que se alternan y se suceden, una a otra, como el día y la noche.
- Absolutamente cierto- confesó Alfredo.

El pan como figura de la unión, como vínculo entre los hombres. El pan como apariencia sagrada que eleva al humano al rango de divinidad. Participan todos del banquete, comparten la abundancia de lo existente. Unidos son la masa social, el Espíritu de la Comunión y la Palabra. Gustar el pan es entrar por la puerta del Amor, el conocimiento absoluto que supera a la ciencia del ver, siempre incompleta. Amar es comprender.

- Por fin han traído las viandas- dijo Bernardo- ¿Para quién es esta chuleta?
- Para mí- respondió Joaquín, alcanzando el plato que se le tendía.
- ¿Alguien quiere probar las ostras?- preguntó Pepe, quien compartía el plato con Alfredo.
- Sí, yo- manifestó Joaquín- Y si alguien quiere algo de lo mío, también puede...
- ¿Codorniz?- preguntó Pepe- Déjame probar.
- Échale un poco de salsa, si no te parecerá muy seca- aconsejó Joaquín a Pepe, tendiéndole la salsera de cristal.

- Está demasiado caliente- protestó Alfredo, que se había quemado la punta de la lengua con una ostra.
- Ten cuidado- dijo Joaquín- Todavía están humeantes.
- ¿Alguien ha pedido ensalada?- preguntó Pedro, recibiendo la ensaladera de las manos del camarero y colocándola como pudo entre los platos.
- La ensalada es para todos- invitó Bernardo- Yo la he pedido, pero puede probarla quien quiera.
- Yo me ofrezco voluntario- se ofreció Pepe, y adelantando el tenedor, lo introdujo en la ensaladera.
- Ya he terminado- anunció Joaquín cruzando los cubiertos sobre el plato vacío.
- Ahora tendrás que esperar por los demás- intervino Alfredo, aventurándose ya a comer de su plato.
- Iré pidiendo el postre- determinó Joaquín- Así aguardaré mejor por vosotros.
- Me parece bien- manifestó Pepe.

El pan como Forma de todo lo posible, como círculo que contiene en su interior la materia, como beso del Tiempo, como boca de la que surge la Palabra. El pan, el cuerpo de la humanidad reunida, la sociedad que organiza la dispersión sonora de la materia. El pan: la indestructible unidad del Ser.

*

Regresar a la humildad del animal antiguo es restaurar el templo de nuestra Naturaleza. Volver al Nacimiento, a la forma perfecta de la Sustancia exenta de variaciones, constituye la intención de toda posible moral. Nuestro objetivo como seres humanos es nacer de nuevo, tantas veces como números acumula el Tiempo. La materia es infinita, una caída perenne de fragmentaciones. Cada fragmento es un universo dentro de la Forma que contiene la materia. La Forma es el alma de la materia; no es sensible, sino inteligible. Tan solo se puede comprender a través del Nacimiento en cada cosa, es decir, a través del Amor. El Amor, o la Forma, son un completo enigma, como un rayo de luz de un sol oculto. Se experimenta pero no se conoce. Pero a partir de la Forma puede desentrañarse la magnificencia de lo existente. ¿Cuál es la raíz de la Existencia? La Forma. ¿Cómo se manifiesta la Forma?. En una capacidad de expansión hacia las cuatro direcciones, en una potencia arrebatadora que transforma unos cuerpos en otros, que genera nacimientos progresivos como eslabones de una cadena o como peldaños de una escala de sucesiones, a partir de la cual una misma materia cambia de estado en la metamorfosis de la velocidad.

La Forma adquiere la figura del fuego, la luz y el calor destructivos que representan a la vez la construcción del espacio, pues la destrucción es la única construcción posible. El Fuego, como una saeta disparada por un arco, puede atravesar la materia

hasta su Centro, hasta la pared última a partir de la cual la propia materia se desvanece. Se llega entonces a la Sublime Puerta del Paraíso, al Origen. Toda huida es un regreso. El Amor evoluciona hasta terminar en el Principio. Después del último Descubrimiento, aparece ante nosotros una Naturaleza virgen surgida tras el mar de las variaciones, una América como un continente desconocido, cuya verdad solo es asequible a aquel que ha experimentado la virtud de la Forma Plena, el Amor inconmovible que genera el Movimiento.

El Movimiento, mar de símbolos y de sucesiones, nos traslada a la isla de lo Natural, de lo Primigenio, de lo Último, donde, como en el fondo de un espejo, podemos reconocernos. En medio de la Naturaleza, contemplamos el verdor de la esperanza en los vegetales y el movimiento de la materia en los animales. Entre los animales, uno de ellos representa de modo singular nuestra imagen: El Cordero. Su docilidad es una metáfora de la humildad que precisamos para descubrir el Amor, el conocimiento perfecto de las cosas. Haciéndonos transparentes a su rayo, podremos realizar el Descubrimiento del Paraíso del que procedemos, donde el Principio está representado.

Hemos perdido el Principio, pero debemos recuperarlo a través de la Forma. Si el Tiempo atraviesa indefinidamente la materia, recojamos nuestra esencia en el fuego que no perece, en el Amor que surge en el vacío de nuestro corazón como una fuente de luz y de calor, como una raíz profunda o como una semilla enterrada en la noche, que anuncia el día futuro.

La Forma es la gran madre que nos acoge, la suprema Causa de la Naturaleza. Todo el movimiento parte de su firmeza. Piedad del Hombre, la Forma lo sostiene y le otorga un sentido, lo arropa con el manto azul del Tiempo, lo ayuda a levantarse cuando ha caído, lo eleva por encima de la sucesión de la materia. Levantar de nuevo el Templo de la Naturaleza, volver a nombrar cada cosa como al principio, es tarea del Hombre. Colocando la Sustancia en el molde de la Forma, el ser humano volverá a restaurar los elementos y su rostro aparecerá, por fin completo, en el conjunto del universo.

Imitemos al Cordero. Su actitud será la nuestra, su humildad nos hará transparentes a la luz. Poco a poco, como una flor, se abrirá nuestro corazón y exhalará su fragancia a la atmósfera libre, y el camino del movimiento será un jardín y nosotros un árbol en medio de él.

Descubramos la Puerta del Principio. Detrás de ella está nuestra imagen, nuestro sentido o nuestra salvación.

Abrir la puerta es nacer a la Palabra.

EL CONJUNTO

Cada día que empezaba, Don Remigio recordaba su papel en el mundo. Se levantaba a las 9:30, se daba una ducha lustral, desayunaba y salía a la calle. Normalmente acababa en el Liceo, jugando a las cartas con los camaradas de su edad. Don Remigio estaba jubilado, tenía sesenta y siete años. Había trabajado durante toda su vida de conserje en un colegio, y ahora que cobraba por no hacer nada, sentía que una parte de su ser había muerto. Su mujer, doña Fernanda, trabajaba como ama de casa. Desde la jubilación de su marido, habían cambiado en parte sus hábitos. Como su marido ya no trabajaba fuera, ella pasaba más tiempo hablando con sus amigas por teléfono, salía a la calle más y también tardaba más tiempo en preparar la comida del mediodía, pues su marido no llegaba, como antes, con el tiempo justo para comer y marcharse. Don Remigio y doña Fernanda tenían dos hijos: Javier y Lucía. Ambos estaban casados y convivían con sus respectivas parejas. Javier, el mayor de los hermanos, tenía un niño de cinco años de edad llamado Lucas, que a veces iba a casa de Don Remigio haciendo las delicias de sus abuelos. Lucía, por su parte, tenía dos hijas: Isabel y Joaquina, de ocho y diez años de edad respectivamente.
En fin, Don Remigio vivía en una familia feliz.
A pesar de todo, no estaba contento de todo lo que le había acontecido. La jubilación le parecía una separación de lo que había constituido su vida por tantos años, un éxodo de su verdadera naturaleza como ser humano. No se conformaba con pensar que aquello era ley de vida, que tenía que suceder como un sacramento social, como un imperativo de la moral de la Ciudad. ¿Qué era, en el fondo, la Ciudad?. El conjunto de un grupo de hombres que habían decidido vivir juntos. “La Ciudad atrae al Hombre como una aparente verdad. La cultura rural termina siempre en civilización urbana”. Pero estas reflexiones que hacía no le hacían sentirse mejor. A menudo hablaba a su mujer sobre el tema, y esta le disuadía de aquellos pensamientos con ineficaces consejos. “Lo importante es que estás bien de salud” le decía. “Pero la salud” pensaba Don Remigio, “es algo más que el metabolismo aparente de las células del cuerpo, es también esa sensación de verse hermanado con el mundo que los hombres llaman Alegría”. A pesar del bienestar que le proporcionaba la Ciudad, a Don Remigio le faltaba algo. Le habían retirado de la Gran Mesa Social, donde un mismo pan se parte para todos, y ahora su alma pasaba hambre. “El alma” pensaba a menudo, “nadie la tiene en cuenta lo suficiente, y su existencia nos traiciona. Es como la pobreza que amenaza a la riqueza del Hombre. Padecemos un subdesarrollo anímico, una parte del mundo muere sin que nos demos cuenta, y su muerte provoca el derrumbamiento de la moral. El Estado, esa estructura ficticia, ese Emperador que encarcela la paloma de las ilusiones, transformándola en Paz Perpetua, nos conduce en dirección opuesta a nuestra felicidad, a un triunfo vano a partir del arco del Progreso. Nunca llegaremos a conquistar el aire. El Hombre

siempre será de barro. Ese intento por volar, por llegar a planetas y constelaciones, constituye la muerte del Espíritu, porque todo parte de la Tierra, de su oscuro origen incierto, de su Amor indisoluble. ¿Por qué querer salir de nosotros mismos cuando lo que pretendemos es reconocernos en el espejo de nuestras obras? ¿No aprenderá nunca el Hombre a inclinar la cabeza hacia la Tierra? Todos los pensamientos nos conducen hacia ella".
Normalmente Don Remigio reflexionaba algo así antes de acostarse, y luego se abandonaba al descanso del sueño. Estas ideas las compartía con muy poca gente. Solo cuando veía a su nieto corretear por la casa y llamarle "abuelo" experimentaba alegría, porque aquel niño era el nombre que él le daba a la esperanza. En él (en la persona del niño) terminaba por aceptar a la sociedad, su maraña de leyes y decisiones.
"Todos los hombres tendrán una esperanza como la mía" pensaba, "el deseo de volver al Principio, de ser niños de nuevo en nuestros descendientes. Seguramente, ese sea el único sentido de mi vida en este momento".
El sentimiento de verse duplicado en su nieto lo consolaba, y terminaba olvidando que su personalidad era un vacío profundo, una interrogación que aguardaba una respuesta en esta vida o en la otra.

*

¿Qué destino aguarda a los muertos?. La civilización los entierra, los olvida, los anula. Cuando recordamos a alguien que ha muerto, lo imaginamos haciendo lo mismo que en vida, distraído en una tarea de subsistencia, ocupado en el espectáculo del movimiento. De alguna manera, sabemos que el movimiento no ha terminado, que su oleaje prosigue más allá de lo visible, en el Reino de la Luz Pura, donde nada se pierde. Ese Reino insular en donde crecen los vegetales de la esperanza y en donde habitan los animales que son nuestro símbolo, es el llamado Paraíso o Jardín de las Delicias del Origen. Los muertos pueblan el Edén del Recuerdo, el Paraíso de la Resurrección. Los muertos hablan desde la Noche, se comunican con nosotros en los sueños, nos saludan desde el Hades de la profundidad, nos tienden su mano firme como un hilo de comunicación en el barro de la Tierra. Ellos viven en el Recuerdo porque son el Recuerdo, sin ellos la vida no podría tener significado alguno. Ellos habitan la Palabra, la única e incomprensible obra del Hombre, el espejo en el que nos miramos y la habitación de nuestra esperanza. Todos tenemos un muerto al que recordar. Cuando lo enterramos, devolviéndolo a la posición horizontal de la Tierra, madre nuestra, presentimos que su cuerpo se desintegrará, su forma regresará a la materia y se fundirá en un abrazo con ella. Reinará la indenominación de antes del nacimiento. Pero semejante observación no constituye otra cosa que una apariencia. Nuestros ojos tropiezan con el límite de la Noche, un telón que nos oculta la materia, pero presentimos una

continuación de la forma, y ese presentimiento es el Recuerdo. La Ciudad de la apariencia perece, pero queda otra Ciudad, el Paraíso donde la Naturaleza habita en perfecta armonía con el Hombre, el Recuerdo, la Jerusalén de la Luz Restaurada. ¿Qué es la Luz?. La propiedad del Ver. Si bien es cierto que la luz aparente perece, la luz del Recuerdo la restituye, como un Segundo Nacimiento. Morir es nacer al Recuerdo. ¿Y qué es el Recuerdo?. Es la Memoria, el principio de la Eternidad por excelencia, el don del Tiempo absoluto, que no tiene fin, porque es el Principio. ¿Quién sostiene el Recuerdo? El conjunto de los hombres, la Sociedad entera, la Mesa de la Comunidad. Cuando varias personas se reúnen, reconstruyen el Templo del Tiempo. Vivir es ocupar el Tiempo, reconocer en comunidad que el Hombre posee una existencia eterna, insustituible, libre de todo término.

- ¿En qué piensas?- le preguntó María a Alfredo Gracia.

Alfredo volvió los ojos hacia ella, que parecía hablarle desde muy lejos.

- Pienso en la muerte de mi padre- respondió.
- ¿Todavía con eso?

María se aproximó al sillón en el que permanecía sentado Alfredo y depositó un beso tibio sobre su boca. Después se hizo un ovillo y se sentó en sus rodillas, abrazándolo.

Resurrección.

¿Qué es el alma del Hombre? Lo que se recuerda de él en la comunidad de los vivos. Siempre quedará un vivo para recordar a un muerto. El vacío que ocupa el desaparecido en el mundo de lo visible lo termina llenando otro ser, pero en el Reino de la Luz Restaurada, en la Inteligencia, es donde realmente habitamos como sombras de un sueño, reunidos en torno a un motivo, el espejo que nos refleja, el Amor.

- ¿Me quieres?- preguntó María.

Alfredo no respondió, se limitó a besarla primero en las mejillas, después en el pelo, después en el cuello, como un idólatra. Por último la mordió levemente en el hombro, a modo de plegaria.

- Me haces daño- protestó.

María se levantó del sillón.

- Tu padre ya cumplió su tarea en el mundo- le dijo a Alfredo.
- Ya lo sé- respondió él- Pero es eso precisamente lo que me hace reflexionar.

El Hombre convertido en alma, más allá de la Noche de lo visible y de su Ciudad de confusión. El Hombre transformado en aire transparente, en música que escuchamos cada vez que cerramos los ojos. El Hombre como sonido, como Palabra que puebla el abismo del silencio todavía intacto, como un huevo antes de la eclosión.

*

El Hombre- pájaro. El ángel y la sirena. El volador.

El sueño del Hombre en sociedad: alcanzar las moradas de la luz y hollar el cielo con los pies.

Dos principios contrarios coexisten en el Hombre socialmente considerado: el alma y el cuerpo. El Hombre se encuentra dividido entre sus dos naturalezas: el sentimiento y la razón. El querer y el poder. “Querer es poder” afirma la máxima. Para lograr que los dos caminos confluyan en una sola senda, es preciso armonizar nuestras facultades en un solo movimiento. ¿Pero cómo se consigue hazaña semejante? La respuesta a esta pregunta es la Historia de la Humanidad.

Dos corrientes históricas pretenden vincular el alma y el cuerpo: por una parte la corriente material o Progreso y por otra la corriente espiritual o Religión. Ambas conviven en la moral como emanación de la colectividad que interactúa en el Conjunto.

Analizaremos primero la idea de Progreso. Partiendo de la mentalidad griega de la que la civilización es deudora, la sociedad se perfecciona en el conjunto y avanza hacia una Tierra Prometida llamada Bienestar, donde todas las aspiraciones humanas son posibles. La mentalidad griega recoge en su seno las ideologías de la antigüedad (egipcia, judía, hindú, mesopotámica, etc) donde el Hombre pasa por una serie de ciclos o de niveles a partir de los cuales se fortalece y se libra de las ataduras de su Pasado. Entonces puede llegar a ser completamente libre y feliz. La armonía, pues, solo puede alcanzarse en el conjunto, a través de la política colectiva, en la Ciudad de los hombres.

La corriente religiosa, por el contrario, afirma que aunque el Hombre se reconoce como individuo en la comunidad, tiene que alcanzar por medios individuales un estado de comunicación plena con el entorno que se denomina Revelación, y que solo coincide en parte con el concepto de felicidad. La Revelación es un término más amplio que el que engloba la idea de Tierra Prometida. La corriente religiosa se halla principalmente en las filosofías cristiana y budista.

Estas dos corrientes se entremezclan en la Historia, de modo que en ocasiones una de ellas emerge cuando la otra desciende, y viceversa. Pero en definitiva, ambas ideologías expresan el deseo del Hombre por llegar a alcanzar la verdadera Realidad, más allá de las apariencias de la posibilidad natural. La idea de Progreso, no obstante, se pierde en una ilusión sobre la naturaleza del Hombre, considerando que la evolución se desarrolla hasta conquistar una meta. Esa meta no existe como tal. Es una mentira, pues el Hombre no puede renunciar a sus orígenes. Toda evolución es un regreso, no un progreso. Ahí está su error.

Debido a esta causa, la religión representa el único camino para lograr el encuentro del Hombre consigo mismo, como el encuentro entre el Yo, que escribo, y el Tú, lector que me interpretas. En nuestro encuentro se produce la Comunicación, la comunión del Hombre con el mundo. Por medio de la religión, el Hombre armoniza sus dos naturalezas en una sola, alcanzando así su auténtica dimensión.

Más allá de la Verdad aparente, se despliega el universo de la Vida. Romper el cristal de la Diferencia es el único modo de llegar al otro lado, donde se encuentra la fuente de nuestra identidad. La llave del campo. El Edén. En la orilla opuesta a la Ciudad de lo Visible.
El Hombre, encerrado todavía en el huevo de lo aparente, puede romper la cáscara que lo aísla de la Revelación mediante el Despertar-a-lo-real. O, empleando otra imagen, transformarse en pájaro o en Palabra, y volar de la Ciudad de los ruidos y de los engaños, remontándose al éter del Ser.
La Sociedad representa el huevo del Hombre, aquello a lo que debe renunciar para alcanzar la libertad (el don de su identidad) y, de este modo, elevarse al origen universal de las cosas, la unidad indisoluble del aire.
Quetzalcoatl. El Hombre-pájaro. El ángel. El aire es nuestra morada, el tejido de nuestro pensamiento. El científico Leonardo diseñó una máquina para volar, inútil alimento del Progreso. Volar, sí, pero a través de nosotros, por medio del corazón, de la rosa y de la duda.

EL TODO

Laura doblaba el papel liso entre sus delicadas manos, jugaba con sus dedos a darle formas diferentes: de barco, de grulla, de cangrejo. El Ser, corazón que late por debajo de la apariencia, el Dios de todas las cosas que se transforman, el Principio de la metamorfosis. El Verbo no creado, la facultad del decir. El Tiempo brota de la boca del Ser como el fuego brota de la madera friccionada. La boca del Ser, el Dios que nadie ha visto, pero que ha muerto por todos en la Cruz del Encuentro, en el Tiempo. Olvidando la filología griega de Heidegger, el Ser como Nada antes que todo sea.
El Verbo como Nada, como papel blanco doblado y desdoblado por unos dedos desconocidos. En el papel nada está escrito, y su blancura nos deslumbra. La Luz y su facultad redentora, destructora de las sombras. La Nada es la Luz, la blancura inconmovible, el Leviatán que se sumerge en lo más profundo del Tiempo, en la piscina transparente de la forma. La Nada como divinidad, el vacío como fuente portentosa de donde brota el Hombre. Desnudo nace en el universo el Hombre, emergido de la Luz, exento y vivo. El Hombre extiende los brazos en cruz abrazando la plenitud de la Realidad. Inaugura la Historia, la facultad de expandirse en la Forma.
El Hombre, heredero del Todo (o de la Nada, su reflejo) se distribuye en células, en sociedades, en máximas, en experiencias. Se organiza en la Cruz del Principio.
“Puedo darle infinitas formas al papel” pensaba Laura “sin que por esa causa pierda su naturaleza. Cualquier figura es posible

dentro del límite que me depara su tamaño. Aunque el límite es finito, la facultad de transformación no tiene fin cierto. Es como el símbolo frente al referente".
El Ser como límite. Divinidad del límite. El Hombre bebe en las fuentes del Ser (se une con Dios en la misma Sustancia) por medio de la Palabra o de la Forma, a través de la imagen. El Hombre, como el papel, representa el vacío de una posibilidad, la facultad de significación universal y plena. El fuego que se enciende en el Sol, lámpara del mundo. El Ser adquiere la figura de Hombre, el Hombre pronuncia su Palabra y regresa al Ser. La causa y la consecuencia se identifican.
Los hombres- plural necesario- o los seres humanos, se disfrazan con el símbolo de su Palabra, con la Cruz de su nacimiento, a modo de bandera o de talismán. Inician la guerra con la Naturaleza, someten lo visible a su voluntad, en una cruzada que representa la propia Historia. Vestidos con armaduras de metal – su propia moral o sus convicciones- tratan de conquistar el orbe, llegan a la luna de los sueños en una nave de papel, siempre de papel sus intenciones, de progreso vestido de muerte, de nostalgia del beso del Origen.
Laura pensaba en el Amor. "El Amor" decía para sí "¿Será el Ser, la incógnita innominada? ¿Hasta qué punto puede entenderse?". Seguía doblando el papel mientras contemplaba los maniquíes inexpresivos de un escaparate, perdidos en la oscura noche de la Ciudad, profunda como la profunda incertidumbre de su pensamiento.
La Historia. Cruzada incierta a una Tierra Santa ficticia, movimiento espontáneo, inercia, cambio de postura. ¿Necesaria?. El Principio regresa. El cambio resulta imprescindible para la quietud. La Historia no es inútil, ella porta la Cruz de la Palabra, el estandarte o la voz de las generaciones. Necesidad, no obstante, del metal de la guerra, de su sangre derramada sobre la Tierra, la flor de la Belleza.
"Otra vez la flor" pensó Laura. "El jardín del Origen". Dobló el papel varias veces, hasta que este adquirió la forma geométrica y aproximada de una paloma. Después extrajo un rotulador de su bolso y escribió con lenta ceremonia ritual: HISTORIA. Hecho esto, se acercó a la barandilla del puente y arrojó la paloma artificial al río, donde se hundió empapada por el agua arremolinada.
El Ser, antes y después del Hombre. El agua y la sangre. El Verbo antedicho y la Palabra pronunciada.
"Hace frío aquí" pensó Laura temblando.

*

En la playa, a las cinco de la tarde, el sol se dejaba sentir como una caricia. Debajo de la sombrilla, María y Alfredo Gracia conversaban indolentemente:

- ¿Qué tal en tu trabajo?- preguntó Alfredo a María, acariciándole los cabellos.
- Hoy he tenido un día bastante completo- respondió María- De nueve a tres sin descanso. He tenido que atender a varios pacientes con gastrointeritis- María resopló indicando ansiedad- Mis compañeros libraban hoy, y yo tuve que trabajar a medias por ellos y por mí.

Alfredo la besó en la sien pensando "Pobrecita" y agregó:

- Eres una buena enfermera. Yo soy un buen enfermo.

María sonrió mientras cerraba los ojos. Se levantó el viento y arrastró algunas partículas de arena, residuos de Tiempo, que le recordaron a Alfredo la despiadada insistencia de los fenómenos naturales.

A unos metros de donde se encontraban Alfredo y su novia, estaban afincados Don Gregorio y su familia. Este permanecía sentado en una silla de playa fumando un eterno puro que nunca se terminaba. Como buen burgués que era, permanecía la mayor parte del tiempo sentado. Su mujer, detrás de él, descansaba tumbada sobre su toalla. Mientras fumaba, escuchaba las noticias deportivas de la radio.

- ¿Vienes a bañarte?- le preguntó Alfredo a María.

-Estoy cansada- respondió ella- Prefiero seguir acostada aquí al sol.

Alfredo la besó en la espalda, la agarró por la cintura y trató de levantarla contra su voluntad.

- No- dijo ella- Déjame.

"El Ser como una negación que se resiste a la mirada" pensó Alfredo con tristeza, "Siempre frío e impenetrable a la esperanza. Como un bloque de hielo, el eterno femenino. Todos somos iconodulos". Se incorporó de la toalla con resignación y dejó sus gafas de sol colgadas de una de las varillas de la sombrilla. Se fue caminando sobre la arena ardiente, que abrasaba las plantas de los pies. A la orilla del mar, los niños se entretenían en construir castillos de arena. Alfredo recordó la Muerte en el mar que lamía las murallas de una fortaleza blanda, dispersando sus partículas en sentido horizontal.

"Regresar al mar" pensó de nuevo, "al Todo. El mar... ¿es vida o es muerte? ¿O ambas cosas? El principio y el fin, el movimiento. Del mar viene la vida y al mar vuelve. El mar es la música que encierra el Tiempo. El corazón que late debajo de las cosas, la sangre...".

Alfredo interrumpió su pensamiento cuando una ola le mojó ambos pies y le hizo estremecerse de frío. Se fue aproximando lentamente al abismo líquido en un progresivo bautismo, adentrándose en el mar hasta que el agua le llegó a las rodillas.

Entonces, llenando de líquido las cuencas de las manos, lo dispersó por su espalda, su pecho y su rostro. "El Ser es como esta masa móvil a orillas de lo conocido. ¿Quién puede nombrar esta música, el infinito sueño de un probable Dios?. Todos los ríos acaban en este infinito. La Sustancia. Un animal que se reproduce en partículas de partículas de partículas, un Verbo conjugado en todas las variables

posibles que apenas dura un intervalo de segundo, como los castillos de arena que fabrican los niños. ¡El Verbo! ¡La facultad suprema del decir! El gran trono de lo visible. Por el Verbo se hizo todo cuanto existe, y del Verbo nace el Hombre, que pronuncia su Palabra como una creación que regresa de nuevo al Verbo. Si la Palabra es el sonido, el Verbo es el Significado; el significado regresa al sonido y el Tiempo desemboca en el gran cero del mar. Nuestra Palabra será nuestro Nacimiento, principio y fin, el mar. Todos los significados terminan en esta Biblia del sonido. Naturaleza del sonido: sucesión, escala de moléculas, materia, en fin. La materia del sueño. La Creación". Alfredo oyó una gran voz que rasgaba el aire en todas las direcciones, como un trueno rotundo y persistente que lo devolvía a la infancia del asombro, al faro de Alejandría de lo Desconocido. Sintió el mar en todo su cuerpo, el abrazo helado y poderoso de lo divino, que lo hacía andar descalzo sobre la aparente posibilidad de lo Real. La Voz era el mismo estrépito del oleaje de las aguas, que repetía la canción de la lengua, la confusión anterior a la Palabra pronunciada. Envuelto y embalsamado en el líquido, Alfredo era solo una cabeza que se desplazaba a lo largo del mar, como una nave visible. Sintió la llamada del mar, el Desconocido que lo atraía irremisiblemente a la Nada más allá de la cual estaba el Todo, ¿o ambas realidades eran la misma?. En el fondo verdoso de las aguas se desplazaban los peces, fragmentos de memoria, metales brillantes del Símbolo. Se sumergió en el agua y surgió de nuevo al aire chorreante de vida, inundado de Tiempo y sonido. Nadó unos metros y se detuvo con los pies tocando el suelo arenoso de la costa.
¿Cómo se había formado la Inteligencia desde las profundidades? Primero había sido una célula en el agua, después un vegetal, un animal más tarde, y por último, un ser humano. La Inteligencia había nacido de la Música, como la luz de las sombras. ¿Pero quién había engendrado la Música del Agua?. La Potencia extrema, el Vacío Primordial, la Capacidad Pura, no eran otra cosa que una interrogación para la Inteligencia. ¿Podía la Inteligencia atravesar la Música del Agua hasta llegar al continente del Origen? Esa era la incógnita que gravitaba en la mente del Hombre, su titular único e insustituible.
"La Inteligencia como un vaso" pensó Alfredo, "un vaso de barro torneado por la Música de la Nada, elevado del suelo y moldeado en forma de copa, para contener en su interior el vacío de la luz, la transparencia del aire, el fuego".
Imaginó gratamente el fuego como el motivo primordial de la alegría, el elemento que proporcionaba a la vez luz y calor, las dos columnas en las que se sostenía la Inteligencia, o la facultad de interpretar la materia para otorgarle una forma, una dirección y un significado.
"Será mejor que regrese antes de que me enfríe más" se dijo. Avanzó hacia la playa y salió del agua. De pronto percibió que a lo lejos lo llamaban. Reconoció a su amigo Agustín que se acercaba a él con la mano extendida. Se saludaron.

- Te he visto mientras te bañabas. ¿Dónde está tu novia?- preguntó Agustín.

- Debajo de la sombrilla, tumbada en su toalla- dijo Alfredo.

Anduvieron juntos mientras hablaban de sus vidas. “Volver a encontrarse con el amigo de siempre, con el mundo, después de la lustración vespertina” pensó Alfredo, “La cotidianeidad que se ensambla ante tus ojos, sin que puedas adivinar jamás cómo lo ha hecho”.

- ¿Hace mucho que estás de vacaciones?- preguntó Agustín.
- Yo siempre estoy de vacaciones- respondió Alfredo- Soy un devoto de la vida contemplativa.

Agustín sonrió mientras un niño pasó corriendo delante de él con un cubito rojo lleno de agua en la mano. Alfredo preguntó a su amigo algo sobre la Ciudad. Este respondió sin demasiado entusiasmo.

- Supongo que me darán trabajo el mes que viene- explicó Agustín- La misma empresa de antes, ya sabes.

Llegaron a la sombrilla de Alfredo. Este puso un dedo sobre la boca y guiñó un ojo a su amigo. Después colocó las palmas de sus manos mojadas en la espalda de María, que permanecía tumbada ignorante de todo, y aguardó a que esta reaccionase dando un grito. Mientras Alfredo se reía, María tomó un puñado de arena de la playa y se la echó a la cara con aparente enfado.

- Este es mi amigo Agustín- dijo Alfredo.
- Hola, Agustín- se presentó María, levantándose y besándolo en ambas mejillas.

Se sentaron y se pusieron a hablar durante el transcurso de una hora. Alfredo retomó el hilo cortado de su pensamiento. “La Inteligencia... La facultad de comunicarse, de percibir el Todo. ¿El Alma?. Tal vez. Ese cristal de la Música del Mar, ¿con qué podría romperse?. Vemos la Eternidad detrás del Tiempo, como un pájaro ardiente, pero no somos capaces de atravesarlo, solo lo vemos...”.

- Tengo sed- dijo María.

EL DESPERTAR

Rasgado el velo del sueño (dividido por el rayo en dos partes) contemplamos el sol incandescente del amanecer. El amanecer, ese Dios, que se manifiesta en parusía, mostrándonos la plenitud de su cuerpo encendido como la brasa, constituye el aire macizo y transparente del Amor, el otro nombre del Tiempo. Tras el parto anunciador o la eclosión del huevo, las tres naves de la catedral del Tiempo: el Pasado, el anciano paraje del que mana la fuente del Principio (el mar, la vida); el Presente, el río que atraviesa la esférica planicie de la Tierra, como saeta disparada por el Sol; y el Futuro, el viejo y nuevo mar, la fuente vista por el mismo ojo, pero en diferente perspectiva. El Tiempo, el Tríptico del Paraíso, el Nombre, pájaro que se posa sobre la mano de las cosas, otorgando el Significado a cada uno de los átomos del espacio.

La cuarta dimensión. La última puerta dorada de la Resurrección entre los muertos, el Significado. Toda la moral se contiene en la Palabra. Despertar. Como la planta, hundida la semilla en el limo de

la Tierra durante los tres días del Tiempo, germina y eleva su tallo de la oscuridad a la luz, de la sombra del Leviatán del Ser a la claridad desnuda de la Vida, la Apariencia.
El Hombre es un ojo que no alcanza a ver la totalidad del Tiempo. Tan solo ve el movimiento, el ondular consecutivo de las olas del mar, el ritmo incomprensible de la Música, cuya Causa permanece oculta durante su existencia. Su vida es un enigma, pero en la Palabra está su salvación. ¿Qué es la Palabra?. La voz que grita en el desierto de nuestro Pensamiento. La Palabra es la escala que nos permite comunicarnos con lo Oculto, con la semilla, todavía enterrada en la profundidad de la Noche. A través de la Palabra podemos desvelar a la Gran Madre, la Naturaleza siempre femenina que contiene la Materia, la Sustancia de la Sucesión.
El Triunfo de lo Invisible, el Reino de la Noche, la Cruz del Encuentro, todavía no ha manifestado su Aurora. La pared del Sonido ha de ser derrumbada por el César del Silencio, por el Mesías de lo Desconocido, por la piedra lanzada por el Dios que derrumbará la estatua de lo manifiesto, para dar a luz al Niño aún no nacido. El Niño nacerá en medio del mar sostenido por las diáfanas alas del espacio. El Niño será el Hombre Nuevo nacido de la Palabra. Ella, la Expresión, lo sostendrá como una Ciudad de fuego, la Memoria de lo Invisible, dándole a beber de su pecho la leche del Principio, que lo alimentará y lo convertirá en una columna, en la Visión, más allá de la Verdad y del Sentido.
El Amor atraviesa como un soplo el cuerpo del Hombre, sangre líquida que recorre sus extremidades hermanadas con los rayos del Sol, su Padre, el espejo en el que se contempla. El Hombre es un soplo, pero la Palabra permanece asentada sobre la Tierra de la sucesión, edificio labrado sobre la Roca de la que mana el agua de la Vida.
La Palabra, la pradera de los sentidos, constituye el hogar en el que pace el Símbolo, el metal de la Imagen, el Cordero. Este se desplaza como la forma de la Nada a lo largo de la Palabra, alimentándose del Significado.
Detrás del Sol brilla otro Sol. El Significado es el último Sol del panteón del mundo. El Significado es la Puerta a través de la cual se accede al Paraíso de lo transparente, a la Gloria de la flor de infinitos pétalos, al abismo sin fin de nuestro rostro, a la Memoria.
Abramos la ventana y saludemos al pájaro del Nombre, al Cristo que nos anuncia el día nuevo. No nos conformemos con la semioscuridad del sonido desordenado, ese caos que nos facilita la Ciencia del Ver. Traspasemos esa cárcel. Contemplemos el rostro de ese Niño sostenido por la Virgen de la Palabra, reconozcámonos en él. Y la Verdad se derrumbará por sí sola como un muro.
El viento se abrirá (libro de estrellas) revelándonos lo Desconocido, y en su página blanca leeremos los caracteres del Ser.
Comprenderemos entonces el Ser, hasta entonces abismo, apenas gigante perceptible. Aprenderemos a ver lo invisible, y en su trono el Hombre se sentará, y nosotros seremos el Hombre.

*

Libros/ cuerpos del Saber abandonados en la soledad ardiente de una habitación cerrada/ tumba de los hombres/ materia gris del universo productor de almas o figuras/ montura del César del Principio/ Puente hacia el Nuevo Mundo de las metáforas vegetales/ letras armónicas que tratan de contener la semilla de la Palabra/ imágenes de imágenes... sombras de sombras... puente de otros puentes... voz de otras voces.

Laura deambulaba entre los anaqueles de la Biblioteca buscando un posible libro entre muchos. Veía los incontables volúmenes con sus lomos encendidos de escritura, como pájaros con las alas plegadas, esperando en actitud pasiva a que alguien les otorgase la Vida y el Espíritu. Permanecían dormidos, como espectros de un sueño, momias o sepulturas que aguardaban el advenimiento del Milagro. Se podría imaginar fácilmente el Apocalipsis en una Biblioteca. El Final está escrito en un libro, pero ¿quién puede encontrarlo?. Y en ese mismo final está el Principio. La restauración del Templo depende de una sola Palabra.

La vida de los hombres consiste en encontrar esa Palabra para resucitar el mundo. Ese es el camino ascendente de la búsqueda, la Salvación. Laura se detuvo en mitad de su pensamiento y extrajo un libro del anaquel. La *Germania* de Tácito. El Paraíso soñado por el Hombre se había escrito en ese libro hacía casi un milenio. Roma, el origen de la Ciudad, veía en Germania el Nuevo Mundo, la poderosa flor del jardín de la Belleza abierta en la transparente aurora de lo Desconocido, el Paraíso Real que constituye ni más ni menos que un estado de ánimo que solo puede hallarse en la raíz del corazón del Hombre, nunca en un lugar geográfico, donde no existe otra cosa que la sucesión perpetua de la Ciudad y su materia ruidosa y opaca. Laura pensó en la posibilidad de un Sol transparente, de un Sol que fuera a la vez una puerta interior del corazón y de la conciencia, el óculo del Panteón de la Moral, por donde se pudiese penetrar en la luz, ser la misma Luz. Ese Sol-Espejo, auténtico reloj del Hombre, debía encontrarse más allá de la Verdad proclamada en los libros, que no eran otra cosa que símbolos, monedas devaluadas por la edad, frases que se repetían como oráculos vacíos a lo largo de las generaciones de sus hojas de papel blanco.

La Torre de Babel de la Civilización, ¿no constituía en cierto modo una firma de barro que, como la *Germania* de Tácito, aguardaba un soplo de vida que le otorgase el movimiento del Amor y del Tiempo? “Todos estos libros aquí apilados pueden darme una nítida idea de lo que significa la gran pirámide de las vanidades humanas” pensó Laura, “Estos fragmentos de Paraíso que deberían modelar la Revelación solo constituyen una tumba gigantesca, sublime, una enorme ruina ante la que podríamos llorar por los siglos de los siglos... ¿No podría nacer una flor entre tanto follaje estéril?. No, porque impide el paso de la luz del Sol, única fuente de existencia”. Laura se imaginaba un edificio inacabable de ladrillos librescos, donde la Humanidad entera trabajaba como esclava de aquella

Babilonia infinita, sin puertas ni ventanas, el muro infranqueable de la Verdad que constituía la Civilización, y que crecía y crecía como un cáncer destructivo, amenazando con embalsamar la Luz en papel de Progreso.
“El fuego de un solo libro podría abrasar todo este hacinamiento, pero sería mucho mejor que ese libro, como un fénix, hiciera volar a todos los demás, y que los libros se transformaran en aves que remontaran el vuelo al Reino Celeste, y que allí construyeran de nuevo el Edén para todos nosotros, como una pradera sin fin, donde creciese la hierba y paciese el Cordero de nuestra Esperanza”.
Aunque no encontró el libro que buscaba, Laura imaginó la Biblia, o el conjunto de los libros, como la flor de la Belleza que se abría ante ella.
Creyó que todos los libros eran un solo ejemplar de páginas de luz, donde podía leer lo que fuimos, lo que somos y lo que seremos. Imaginó que ese libro era un hogar íntimo y sosegado, pleno y libre, el Dios de todos nosotros.

*

La Moral, como la fuente que Pablo observaba, se diversificaba en chorros ascendentes que terminaban por caer, impulsados por la gravedad, a la planicie cristalina del agua estancada en la pila. El agua, virtud de la transparencia, no tiene color ni forma; es todos los colores y todas las formas posibles. Pero el movimiento la convierte en contingente, la aísla a nuestros ojos, le otorga un carácter formal que terminamos por convertir en figura, enamorados Pigmaliones sensibles, y que archivamos en nuestra memoria como Ley o como Regla. La misma ley acaba siendo derogada en el transcurso de la interacción social, y por fin sustituida por otra que no es mejor ni peor que la anterior, sino diferente. El concepto de *Bueno* o *Malo* nace con la Ley, y esta es perecedera. Una vez que la Moral se despoja de la Ley antigua, esta desaparece reintegrada a la planicie de lo indeterminado, a la Nada o al Origen. El destino de la Ley es la muerte; podría decirse que la muerte es la verdadera Ley por esa causa. Así transcurren las modas argumentales, que terminan por desintegrarse en el Principio. Pero hay una moda que jamás desaparece, el Nacimiento, o la raíz de la forma, la Regla del Origen. Diversificado en la metamorfosis de la velocidad, el Origen se reencarna en una escala progresiva de formas o apariencias, máscaras de lo relativo, dando naturaleza al mundo. El Renacimiento en el Tiempo, o la potencia incontenible del Espíritu, es lo que los hombres denominan Palabra o Acción, la intencionalidad de lo comunicable. La Palabra atraviesa todas las escalas formales posibles y nos relaciona de nuevo con el Origen, en una comunicación del Antes con el Después, del Hombre con su espejo, la divinidad. De este modo se completa el Círculo del Conocimiento, que nos acaba identificando con la totalidad del Tiempo, del que ya no formamos parte, sino que somos su completa naturaleza. Dicho de otro modo, ya no estamos en la Rueda del Movimiento, somos la misma Rueda. Lo que era solamente una parte, se convierte en un

todo, el sonido fragmentado en la Música del Movimiento se convierte en Palabra viva y revelada; el Verbo se encarna en la Palabra, y esta da a luz al Sol de la Eternidad o la suma absoluta del Tiempo. De esta manera, los hombres nacidos del Tiempo, por medio de la Palabra se identifican con él, lo representan.
La idiosincrasia de Pablo hacía que lo viese todo como una forma del Eterno Femenino. Consideraba que la Palabra era un concepto negativo fabricado a través de las generaciones, y no se apercibía de que la naturaleza femenina de la Palabra era algo positivo, que permitía engendrar el Principio o el Verbo, el Sol del Significado, como un Niño recién nacido que encerraba el universo bajo un único nombre. Sus experiencias personales lo condicionaban, y su lucha por despojar a la Palabra de sus atributos trascendentes no eran más que un intento vano por despojarse de su Pasado, en el cual se veía envuelto en relaciones amorosas con una mujer casada. Pero en realidad lo que condenaba era la Moral, no la Palabra, de la que esta nace. Solo ocurría que se equivocaba en el método, y juzgaba a la parte por el todo. Su manía en contra de lo femenino era tal, que aborrecía las palabras de este género en el propio lenguaje. Es como si las cosas estuvieran invadidas de un halo fatídico, el engaño o la serpiente que nos hace morder la manzana" se decía, "Todos dependemos de lo Femenino, hombres y mujeres, pero este nos acaba traicionando, ese ideal de felicidad se convierte pronto en una quimera, como una nube que vemos allá en el cielo, pero que no podemos tocar nunca y así burla nuestra esperanza y nos asesta la puñalada de la Duda". Cuanto más miraba el recorrido del agua en la fuente, más se adentraba en la espiral de su Pensamiento. Extrajo del bolsillo interior de su pelliza una cámara grabadora y comenzó a filmar el movimiento del agua. "Podría escribir algún día la Historia Natural del Agua" pensó mientras se reía "La Historia de lo Femenino adquiriendo figuras diversas sin detenerse, el movimiento por el movimiento". Después agregó: "La evolución de la Naturaleza no es otra cosa que ese juego maldito de la Fertilidad y de la Sucesión". Lanzó una piedra a la fuente que terminó hundida en el agua. "Ese monstruo todo lo asimila" pensó con recelo, "La serpiente de la Música universal". Desgraciadamente, no veía la sucesión como una Causa, sino como un efecto. El movimiento para él no era más que un sueño. Estaba dormido. No había percibido todavía en el círculo perpetuo de la fuente la matutina voz del Despertar.

CIENCIA

LA CAUSA

Lejos de nosotros reside la respuesta a la Pregunta. Vivimos en el Paraíso sin saberlo, porque nuestra boca ansía saborear el cuerpo del Conocimiento. En él creemos encontrar esa respuesta de la que tenemos sed y hambre, imaginamos que allí estará el Tú donde se nos revelará la incógnita de nuestro Yo. Damos un paso adelante desafiando el temor a la muerte, y trazamos un camino poniendo un pie delante del otro hasta el árbol de nuestra Esperanza, esa estructura vegetal que traduce la fortaleza de la Tierra en el alimento del fruto. Admiramos la perfección geométrica de la ofrenda, contemplamos su color purpúreo que desafía a nuestra Vista, extendemos el brazo hacia el objeto, lo separamos del árbol y lo llevamos a la boca. Pero, ¡ay de nuestra Esperanza burlada!, el fruto no tiene sabor, su materia correosa apenas es masticable, se dispersa cuando tratamos de morderla y no alcanzamos la saciedad que deseábamos. Continuamos teniendo el mismo Deseo convertido en una Pregunta doble, a la inicial se añade la siguiente: ¿Por qué no podemos saborear el fruto una vez que lo hemos alcanzado?. Maldecimos el mundo que no comprendemos, maldecimos el árbol y el fruto que no hemos saboreado. Abrasados por el fuego de la ira

hacia las cosas, seguimos caminando en busca de nuevos árboles y de nuevos frutos, pero en cada nuevo descubrimiento aparente que hacemos, rememoramos el primer fracaso, y nuestra existencia se convierte en un camino amargo en busca de los frutos que no nos sacian, una peregrinación hacia el Engaño. Aún a pesar de nuestro fracaso multiplicado en cada árbol que encontramos y en cada fruto que llevamos a la boca, en nuestra mente experimentamos la ilusión del avance, del progreso hacia un futuro Destino. Por esa razón seguimos caminando contando los árboles que nos separan del Árbol Final que nunca encontraremos. En este camino simulado trazamos números para medir las diferentes escalas de nuestro trayecto, sometiendo la Naturaleza (nombre que le damos en esta fase al antiguo Paraíso) a las Matemáticas nacidas de nuestro error, y de este modo convertimos los objetos en cantidades; no los apreciamos en su totalidad, sino solo con respecto a una realidad ficticia a la que denominamos Final. Semejante mitología reduce las cosas en la medida del error que poseemos, y convierte la magnitud inmensurable del Todo en una cifra espectral, en un falso símbolo. Este es el Ideal Griego que representa el universo como un Cosmos matemático, la Ciencia, de la que hay que saber desconfiar.
¿Pero no es la Ciencia necesaria?. Desde luego, pero no en sentido absoluto. Este es el error al que la Civilización le ha venido llamando Pecado Original, o Primer Pecado. No es que la Civilización griega lo hubiese inventado, pero en ella se ha venido manifestando con mayor intensidad, y de esta Civilización hemos heredado la nuestra, occidentalizada, en la que todo se explica desde sus bases. No podemos eliminar de nuestros sentidos el Deseo hacia el fruto, pero sí modificarlo de tal forma que se torne en una ayuda y no en un impedimento a nuestra voluntad. El fruto siempre existirá, ¿pero y si nosotros no pretendiésemos alcanzarlo, como vanos Tántalos, sino solamente contemplarlo?. A partir de la contemplación podríamos asociarlo a nuestra mente, interiorizando de tal modo que formase parte de nosotros, aunque materialmente no pudiésemos saborearlo. ¿Qué ocurriría si lo convirtiésemos en un símbolo hacia el cual la realidad tendiese, en un Significado que expresara todo?. Lo agregaríamos entonces a la Palabra, nuestra aliada, y sería como su obra última, el Misterio sellado por la fuente de la Noche. En ese Misterio podríamos abandonar nuestro corazón, nuestra alma y nuestra mente, dejando al pairo el Sentido como un pájaro libre, volador, que podría posarse sobre cada elemento con la misma facilidad. A través de la Contemplación trazaríamos un camino en el aire, que no sería falso como el anterior, pues no se fundamentaría en ninguna equivocación, sino en la negación de una equivocación, y de este modo veríamos aquello que a través de la Ciencia no podríamos ver. Seríamos entonces la voz del Tiempo, y no su resultado aparente.

*

Esperando en el aeropuerto la llegada de sus amigos Joaquín y Sara, Alfredo Gracia y María rememoraban hechos presuntamente triviales que constituían la más patente trascendencia sobre la Vida y sus incomprensibles fenómenos.

- Tengo hambre- dijo María- ¿Por qué no vamos a desayunar?
- Buena idea- respondió Alfredo- Ellos tardarán media hora en llegar. Nos dará tiempo suficiente.

Juntos se sentaron en una de las cafeterías del aeropuerto, la más concurrida. Mientras Alfredo devoraba un croissant en forma de media luna, observaba el movimiento de la gente que iba y venía como las aguas del mar en el recinto cerrado al que llegaban hilos de luz procedentes del acristalado techo. Había un principio motor en la humanidad, una razón de fondo por la cual los individuos caminaban hacia un lugar desconocido. Esa misma razón servía para delimitar la hipótesis del Viaje como teoría determinante de la existencia de los hombres. La existencia como Viaje infinito a través de uno mismo, o de la Realidad. El personaje mitológico de Ulises, Odiseo, Odín o Elías (que por todos estos y otros muchos nombres se conoce en la Literatura) representa en sí mismo el Viaje, la facultad del desplazamiento indeterminado de la materia, o del Hombre (pues la materia se congrega en el Conocimiento del Hombre). ¿Hacia dónde camina el Hombre?. En este punto reside el Misterio. La Libertad inherente a cada uno lo hace caminar en una dirección distinta a la de su semejante. El Camino es una opción individual. En la conjunción de caminos posibles se vertebra la Sociedad o el Conjunto.

“Es como si no fuesen iguales los individuos que caminan sin reconocerse. Cada cual elige su propia dirección, diferente a la de los demás. Y no obstante, son todos semejantes” pensaron Alfredo y María al mismo tiempo, coincidiendo en sus observaciones. Retumbó la megafonía de la gran basílica, anunciando que los pasajeros de distintos vuelos tendrían que tomar distintos aviones para ir a distintos lugares. Algunas personas que permanecían sentadas en la cafetería se levantaron con premura de sus asientos y se encaminaron a la taquilla correspondiente donde los aguardaba el avión que los conduciría a su destino. Se veía cómo trataban de apresurarse portando su equipaje como un lastre que los lentificaba. Algunos niños que se empeñaban por terminar el desayuno antes de embarcar eran tomados violentamente por sus padres, quienes los conducían contra su voluntad hacia la taquilla. Alfredo y María terminaron el desayuno y después de extender la cuenta al camarero, salieron de la cafetería y se dirigieron a la taquilla cuyo panel marcaba la llegada del avión que esperaban. La gente seguía corriendo, tomando las escaleras mecánicas, desplazándose sin cesar, hacia arriba y hacia abajo, hacia la derecha y hacia la izquierda, como un tumulto caótico cuyas leyes eran ignoradas.

Se veían llegar pasajeros con los rostros ensimismados, desembarcando de las aves de metal que los habían transportado, cargados de valijas y de recuerdos, como procedentes de otras épocas. Sus reacciones al desembarcar eran siempre las mismas, una

alegría repentina por la llegada, una manifestación de cansancio por el tiempo transcurrido y un silencio devoto hacia el Regreso. Alfredo y María se acomodaron en los asientos metálicos tapizados de negro, desde los cuales y a través de una lámina de cristal podían verse los aviones aterrizando en la pista y despegando unos detrás de otros. “Siempre la espera, como algo que no falta al Hombre. Esperamos la venida de Alguien al final de nuestro viaje, y nuestro viaje no es otra cosa que la espera. ¿Pero llegará al fin la Explicación? ¿Podremos verle la cara al Principio?”.

- Ya están aquí- anunció María levantándose y tomando a Alfredo de la mano, interrumpiendo su pensamiento.

Joaquín y Sara llegaron fatigados, portando entre los dos una enorme maleta roja de cuero desgastado. Respetando las tradiciones, los hombres se estrecharon las manos y las mujeres se besaron. Después hablaron sobre aquello que los había separado mientras estaban ausentes unos de otros. Hablaron de horizontes extraordinarios más allá de la Ciudad, de paisajes tropicales y primitivos, de gentes de costumbres genuinas y de animales y de animales y plantas desconocidos, de todo lo cual podía escribirse una *Odisea* o un *Libro de las Maravillas del Mundo.*

*

La piel del dragón es escamosa, verde, polícroma como un estampado de figuras geométricas, de números que representan todas las cosas visibles. Cada número precede a otro anterior, en una escala progresiva que no termina nunca, pues la longitud del dragón no tiene fin. En los números se prefiguran las estrellas, las constelaciones, las galaxias, las nebulosas, la inmensidad de las magnitudes sublimes encerradas en un átomo. Los ojos del dragón son puro fuego, los dientes del dragón son la medida del mundo, el aliento del dragón es el agua que, derramada en la Nada (la Tierra) forma el Principio de la Vida. El Hombre no ha visto al dragón, pues su longitud extrema lo hace invisible, pero ha deducido su existencia a partir del orden perfecto de la Naturaleza, que la convierte en un Reino, donde cada elemento ocupa el justo límite necesario para no entrar en colisión con otro elemento. El Hombre cree que el dragón es su obra, porque él lo ha descubierto de algún modo, pero el dragón ya existía con anterioridad a su comprensión, aunque su comprensión ha sido la que le ha otorgado una esencia, una línea a partir de la cual el pensamiento puede dibujarlo. La pregunta no se hace esperar: ¿es el dragón un dibujo o por el contrario es un Ser?. Aquí se dividen los hombres en dos concepciones: unos consideran que el dragón es un dibujo, y defienden que puede borrárselo del mundo sin que este padezca el cambio más mínimo; los restantes creen en el Ser del dragón por encima de todas las cosas, como suficiencia absoluta que justifica cada elemento, otorgándole un lugar numérico en el mundo (universo de lo visible) que lo sostiene sobre el eje de la Inteligencia. Ambas escuelas o concepciones disfrutan de una razón paritaria, es decir, se equivocan del mismo

modo, yerran en lo mismo. Tanto los no causalistas (los primeros) como los causalistas (los segundos) coinciden en que el dragón puede deducirse a partir de la Inteligencia, y ese Principio constituye toda su aportación. El punto en el que se une la conciencia del Hombre con la forma del dragón se denomina Palabra, y su virtud consiste en la identificación plena entre Significante (el dragón) y Significado (el Hombre que lo percibe). En la Palabra se produce el Encuentro del dragón con el Hombre. El dragón (la Realidad) es visto por los causalistas como el Todo perfecto y armónico, mientras que los no causalistas desconfían de su identidad, lo consideran un producto sustituible por un vacío oscuro pintado en forma de caverna o de boca profunda. En los causalistas está materializado el pensamiento de Oriente, mientras que en los no causalistas se revela el respectivo de Occidente. Para los orientales, devotos del Sol naciente, la Realidad o el dragón es un conjunto integrado, único, coherente y armonioso que constituye el universo (suma del mundo visible y del abismo invisible). Por el contrario, los occidentales, devotos del sol poniente, piensan que el dragón o la serpiente constituye un posible engaño, por esa razón tratan de someter la Realidad a su temor, justifican el miedo y engendran el Mal como el veneno del dragón o la mentira, y desconfiando de la Realidad, tratan de borrarla dominándola por medio de la Inteligencia, enfrentándola consigo misma. Ambas posturas son parciales, pues ni la Realidad es un conjunto indivisible solamente, ni tampoco es una entidad sometida a la Inteligencia. La pregunta por la Causa resulta innecesaria si se sustituye por la auténtica respuesta posible: la Palabra. El centro de lo existente es el encuentro del Hombre con la Realidad en la Palabra. Extendido el Hombre en la Cruz de la Realidad, abraza la infinitud con sus manos, y puede abarcar en su totalidad al dragón o a la serpiente, por medio de la energía del Amor. ¿Qué es el Amor? La capacidad plena de la Palabra, su indescriptible sustancia. La Palabra actúa por medio de la energía del Amor y convierte lo Real en posible. Pero para llegar a formar la Palabra es preciso derrumbar primero el muro de la Apariencia, o la Verdad aceptada en su parcialidad, como un falso ídolo, una falsa estatua que nos oculta el rutilante Sol de la Comunicación. Por medio de la Palabra podremos abrazar la Realidad entera, tocar el dragón de la cabeza a la cola, a pesar de la materia dividida en infinitas partes. Recorreremos la escala total de lo existente y el dragón será uno con nuestra Inteligencia.

LA DUDA

El mundo solo constituye una imagen, la pantalla del televisor que observa Don Gregorio recostado en el sofá de cuero del salón de su casa, lo Visible que a través de la linterna del ojo llega a poblar nuestra mente. El Hombre a lo largo del Tiempo (su camino o su espejo) modifica el árbol de la Naturaleza, podando sus ramas más

altas, fabricando una cabaña o una morada con ellas, refugiándose de la tempestad y del peligro en un hogar confortable donde todas las cosas pueden ser nombradas y se encuentran al alcance de la mano. En ese hogar consuetudinario, la Ciencia se erige como piedra angular, como cimiento ontológico, y las realidades se convierten en objetos manipulables por ella. Cada objeto tiene asimilado un número de la Mathesis Universalis en la que se ordenan los elementos posibles, de forma que sean fácilmente identificables para el Hombre que habita en la morada. De una suma de moradas o de domicilios se conforma la Ciudad, conjunto diversificado que es al mismo tiempo una Morada Suprema, a partir de la cual no se puede seguir edificando. Así pues, la Morada constituye la segunda naturaleza del Hombre, derivada de la primera, el Origen.
Pero volvamos otra vez a Don Gregorio. En esta novela que trato de escribir proyectándome en diversas facetas de un mismo y único Concepto que viene determinado por su título, el personaje de Don Gregorio se manifiesta como un tipo excepcionalmente burgués, ciudadano por excelencia, quien sacrifica la totalidad de sus ideales a la comodidad. Querría aprovecharlo como ejemplo más nítido de civilización en este epígrafe. Don Gregorio visualiza un documental sobre territorios salvajes y vírgenes acomodado en su segunda naturaleza, donde todo se encuentra a su servicio. Contempla una imagen en su televisor, ¿es la imagen real?. Aparentemente lo es, pero en su integridad, la imagen proporcionada por la caverna tecnológica del domicilio no llega a ser más que un constructo semejante a la cabaña, un estereotipo civil que irradia un espectro de la realidad, residual, como un esqueleto es un residuo de un ser vivo vertebrado, no su auténtica naturaleza. De este modo, Don Gregorio se convierte en el espectador del Teatro de Máscaras de la tecnología, su habitación solo posee una ventana falsa que comunica con un jardín artificial, caricatura del Edén o del Origen. Don Gregorio no ve más que aquellos iconos que los habitantes paleolíticos pintaban en las paredes de las cuevas, una copia reprográfica del Movimiento que reina en la Naturaleza. “No me importa si lo que veo no es real” podría objetar Don Gregorio, “Yo lo veo como real, y estoy protegido por la civilización, que me asegura un domicilio en el que puedo imponer mi Ley a las cosas, y por lo tanto soy mi único soberano, más allá de un Ser Supremo o de un orden natural fuera de mi mismo”. Pero a esta versión sería sencillo objetarle que las raíces del Hombre están fuera, en el Origen, no dentro, en el edificio de la civilización, y que fabricarse un Sol artificial pintándolo en el techo de la casa no constituye una solución, sino el problema que engendra la Duda más adelante. La Ciencia puede diseñar una Verdad que, como un biombo, nos separe de la Luz, por medio de la Literatura de lo Falso (contra la cual pretendo combatir en esta novela) pero ese muro terminará derrumbándose como una montaña ante una piedra lanzada por la Palabra, o la Inteligencia transformada en Acción, en sonido. Don Gregorio, el ciudadano, tendrá que salir alguna vez de su domicilio si no quiere convertirse él también en un espectro, víctima del

Progreso y de su intento por cegar la Luz que nos otorga gratuitamente la Vida. Tendrá que invitar al Azar a que venga a poblar su casa, a que, en Espíritu providente, imponga el orden de la Realidad a su domicilio. Pero Don Gregorio no piensa, simplemente se abandona al tedio de lo Conocido, y, construyendo un altar para su televisor, adora los esqueletos vacíos de sus imágenes falsas, que, unas detrás de otras, vienen a morir como máscaras delante de sus ojos.

*

Dominación, dominio, imperio. ¿De dónde procede esta idea? El Hombre pretende dominar antes que conocer, someter antes que ver. Roma es el ejemplo más claro de imperio, pero su fundamento reside en la civilización griega, la cual lo recoge de Egipto. Todo nace en torno a un río (siempre el agua en medio, el Movimiento temporal de la sucesión) donde el Hombre nace, cultiva, y muere, pasando a vivir en el recuerdo de otros que ocupan su lugar. Esta es la Cultura. Cuando el Hombre vive integrado en su entorno, hermanado con todo aquello que observa, se siente libre y feliz. Pero cuando se afana por construir un hogar radicalmente separado de sus raíces naturales, emerge la Duda existencial de las aguas del río: ¿Por qué la sucesión necesaria?. El Hombre siente el Deseo de detener la sucesión para convertirse en Inmortal, cuando la sucesión (la integración de las partes en el Todo) es la única inmortalidad auténtica. Entonces el universo se divide: surge el Mundo de lo posible y la Nada de lo imposible. El Hombre combate por someter lo imposible a lo posible, por dominar. La división engendra la Discordia, el fruto del árbol prohibido de la Biblia, y nacen la Guerra y los Crímenes, pues la ambición de unos hombres colisiona con la de otros. La Edad de los Metales (en la que estos dejan sus símbolos para convertirse en realidades puras, como un árbol, una semilla o un pájaro) se hace patente en el ideal de Imperio. Se valora a la totalidad como “Naturaleza” que debe someterse al Hombre proporcionándole sus recursos sin contraprestación alguna, gratuitamente, sin que exista aprendizaje ni diálogo mutuo, sin mediación de la Palabra que emana del corazón (relicario del Alma o depósito del Ser), por medio de hechos torpes y viles, no engendradores de Cultura. Si la Palabra es el don del Hombre, ha de ser utilizada en todas sus manifestaciones, no solamente en algunas, la dimensión ha de ser universal. Aceptar la sucesión es aceptar la condición humana, y, por tanto, entrar en la totalidad sumergiéndose en ella como en un bautismo, modificándola y al mismo tiempo dejando que ella nos modifique paulatinamente. Solo así podremos llegar a comprender, permitiendo que la totalidad nos enseñe a vivir en el espejo de las aguas del río.

*

Los dedos buscan oprimir el botón. En el centro de la máquina destella su círculo purpúreo. Un milímetro resta para que un dedo lo pulse y todo el mundo visible será poseído por una ráfaga de viento. Los dedos tabletean sobre la máquina sin atreverse a dar el salto necesario para apoderarse de Todo. La sombra de un Duda surca el espacio. Una estrella se desliza en el cielo, pero nadie la ve, todos están pendientes del botón y de su color irreprimible. Varias manos se acercan al círculo, pero ninguna se atreve a pulsarlo. No existe el Tiempo. El botón se ha convertido en la Naturaleza. En su círculo hay miles de kilómetros de bosques vírgenes extendidos como una inmensa masa verde de hojas que se mueven cantando, y los pájaros se deslizan entre sus copas como ascuas de fuego tembloroso; también hay prados inmensos donde pacen las gacelas, montañas elevadas y minas de oro y otros metales escondidos en las entrañas ardientes de la Tierra. Una Voz grita desde Oriente, es el Sol que se desplaza hacia la máquina dormida, pero nadie la escucha, todos están hipnotizados por el botón rojo y su nimbo de Misterio. Todos lo miran como un ombligo todopoderoso del que mana un olor suavísimo de incienso quemado. Nadie habla, todos miran desde todos los horizontes posibles. El botón va encendiendo su color cada vez más, convirtiéndose en incandescente. Las manos tiemblan, retroceden, avanzan, manifiestan inestabilidad y dolor, sudan, entrecruzan sus dedos, arañan la superficie de la máquina. De repente, el botón se resuelve en un color demasiado cálido, hasta que al fin se hace invisible desprendiendo una bocanada de calor del orificio vacío de la máquina. La ausencia del botón desestabiliza las manos, que se lanzan sobre el agujero abierto e introducen los dedos en el hueco, sin poder encontrar el botón rojo desaparecido. Entonces, como arrebatadas por la ira, entran en un juego de combate, hasta que transcurrido un minuto, cansadas, languidecen de nuevo unas junto a las otras. Es luego cuando todos ven cómo un botón rojo reaparece en el orificio vacío de la máquina.

*

La mañana era tibia. Como siempre (o como a menudo) el parque estaba lleno de luz recién nacida, mientras cantaban los pájaros de la alborada. Don Remigio, sentado en un banco verde, contemplaba las copas de los álamos pobladas de estorninos, gorriones y palomas que describían un barullo intermitente. Todo parecía bueno. Sin saber cómo, a Don Remigio se le apareció en la mano derecha una copa rebosante de vino rosado que él bebía lentamente. A causa de un movimiento reflejo, a Don Remigio se le cayó la copa al suelo dejando atrás un sonido de cristales rotos y una mancha rojiza en el adoquinado. Antes de que pudiera pensarlo se había puesto de pie y andaba, y cada cosa que imaginaba se hacía realidad. Por ejemplo, tenía en la mente un árbol, un hombre o un perro y el árbol, el hombre y el perro se materializaban delante de él. Este fenómeno duró aproximadamente un minuto, transcurrido el cual desapareció y el pensamiento de Don Remigio cesó de hacerse visible. Entonces,

como en una secuencia cortada de repente, volvió a encontrarse sentado en el mismo banco verde. Notó que estaba triste, atormentado por algo que no sabía lo que era. Comenzó a repasar la novela de su vida página a página , pero no descubrió en el Pasado nada que le llamase la atención. Mejor dicho, descubrió de pronto que no tenía Pasado, que estaba fuera del Tiempo. Su biografía era un libro en blanco, no tenía nada que recordar. Pensó que si en aquel momento un espejo apareciese delante de él, no recibiría la imagen de su rostro, pues no podía tener un rostro aquel que no tenía recuerdos. Tratando de incorporarse del banco, fotografió mentalmente el mismo como el único referente que poseía de lo sensible, y avanzó hacia los árboles. En medio de dos álamos, vio algo así como una fisura en el espacio, un deslumbrante parto de irrealidad. No sabía cómo explicar lo que veía por medio del lenguaje, pues era un elemento para el cual no le había sido asignado ningún nombre en el Principio de los Tiempos. Trató de encontrar una definición incompleta para designarlo. Era semejante a un agujero, pero no era un agujero, de color plateado metálico, y estaba sostenido en el aire como una abertura irregular del mismo. Don Remigio se aproximó hacia él, pero notó que una fuerza superior le impedía tocarlo, y hubo de retroceder con desconfianza. Echó a andar en dirección opuesta y observó cómo las fisuras se repetían en varios puntos del parque: en el cielo, junto a la fuente, en las copas de los árboles... Buscó el banco verde en el que había estado sentado pero no lo encontró. Creyó estar perdido. Fue entonces cuando vio que de los agujeros surgía un ejército de gnomos transparentes, que, paulatinamente, iban llenando el suelo. Aquellos desconcertantes nibelungos eran prácticamente invisibles por su transparencia extraña, pero sus cuerpos vidriados recibían de un modo particular la refracción de la luz, de modo que se apreciaba su avance en falanges cada vez más compactas, que describían un extraño ritual de conquista. Cada objeto que tocaban se volvía transparente como ellos, por lo que el parque se iba convirtiendo progresivamente e un cristal que atravesaba la luz del amanecer y los objetos se hacían invisibles y remotos, atemporales y fugaces. Don Remigio se convirtió en el espectador de una dominación patente, de un imperialismo cada vez más nítido. Los enanos trasmutaban la realidad en oro transparente. Pronto el parque no fue más que un espacio abierto. El ejército avanzó hacia la Ciudad y sometió también los edificios y los hombres. Transcurrida una hora, no quedaba de la civilización más que una enorme y desconcertante tierra baldía. Él, no obstante, seguía siendo como antes, y podía observarlo todo grabándolo en su memoria vacía. Con desconcertante atención, vio cómo los enanos se subían unos sobre los otros hasta pretender llegar al Sol, que destellaba como un ojo de luz en la desolación de la mañana. Fabricaron una torre que llegó hasta el astro y practicaron una incisión en su círculo candente. Don Remigio vio cómo una inmensa gota de sangre caía en tierra y cómo los objetos recuperaban su apariencia real y el ejército de gnomos desaparecía.

En este momento se despertó. Miró la esfera del despertador: eran las doce de la mañana y llovía en la calle.

LA ILUSIÓN

I
LA INVENCIÓN DEL TIEMPO

Durante el trayecto habían estado hablando del amor, de sus planes de futuro que se perdían en el pasado y de su admiración por la vida sencilla y tranquila del campesino. La carretera estaba llena de curvas sinuosas que a veces semejaba incluso que hacían perder el equilibrio al coche. Desde las ventanas, María veía los campos en flor en esta época ya avanzada de la primavera. Era muy hermoso poder captar el movimiento del espacio, el desplazamiento de las cosas por medio de la velocidad del vehículo (¿era el coche o la tierra la que se movía?) hacia un fin desintegrado en el horizonte. A lo lejos, las montañas violetas de la tarde limitaban el campo con su caricia casi crepuscular. Las golondrinas, ágiles y livianas, trazaban polígonos imposibles en el plano del cielo, formas incompletas a las que les faltaba un vértice o un lado y no se sostenían por sí mismas ni sujetándolas con andamios mentales. María sacó una mano por la ventanilla (“No lo hagas” le había advertido Alfredo Gracia) y percibió el frescor del viento artificial que manaba del movimiento del coche, la fragancia virginal de la hierba recién cortada, la huella de la luz seráfica del anaranjado sol. “La vida” pensó, “y decir que todo es tan fácil. Ayer estábamos dormidos. Hoy estamos despiertos”. La carretera se hacía cada vez más intrincada.

- Al diablo con tanta curva- maldijo Alfredo, y añadió en tono humorístico- Parece que a la carretera le sobra lo que a ti te falta.
- Necio- protestó María a la que especialmente le hizo gracia el chiste- ¿Cuánto nos falta por llegar?
- En quince minutos llegaremos- respondió Alfredo mientras abría su ventanilla al campo.

Eran las cinco de la tarde cuando alcanzaron el caserón de piedra que constituía su destino, en mitad de unos trigales.

- Aquí es- anunció Alfredo.
- ¿La casa de tus abuelos?- preguntó María.
- La casa de mis abuelos- respondió el interpelado.

Se bajaron del coche y se quedaron largo rato escuchando en la boca del silencio. La tierra bajo sus pies era como un sustrato imperecedero, una sustancia noble y firme como una columna de mármol.

- Vamos- dijo Alfredo.

Se aproximaron a la enorme puerta de la entrada, una gruesa tabla de castaño negro. Alfredo introdujo una vieja llave en la cerradura y la puerta se abrió con un chirrido hosco y un largo

acorde. Entraron. El suelo de madera percutía a cada paso que daban. El salón era amplio, con un tresillo en medio. María no dijo nada, se limitó a mirar las telarañas de las esquinas. “Esta casa necesitará una buena limpieza para ser habitada” pensó. El Pasado, ese museo de piezas desordenadas, se mostraba ante ellos en aquella mansión fría y sucia, habitada por gentes de otras épocas que se habían ido por donde habían venido, dejando una existencia incompleta a sus espaldas. Alfredo y María eran conscientes de la presencia de un milagro en aquel cuerpo despojado de alma, como una máscara sin motivo. Ni siquiera había que llamar a las lágrimas. En realidad no había nada por lo que llorar. Era sin duda aquello el escenario de un drama conocido y tantas veces representado: el éxodo hacia el Espíritu, de la carne opaca (como aquella casa misteriosa y oscura) hacia la cumbre dorada de la Promesa. Esperanza. Gloria. Hastío.
El Tiempo eran ellos, su llegada había engendrado el Presente, el Acto en mitad de la soledad habitada. Alfredo y María recorrieron la pieza hasta la escalera que subía a los dormitorios , y, antes de que pudiesen imaginárselo, se encontraron abrazados con la mirada perdida en los muebles vacíos de significado de aquel salón decadente y repleto de las señales remotas de los padres, de los quirites togados del ayer, rostros al fondo de una fotografía gris. El Tiempo había sido inventado.

II
LA VIRTUD DE RECORDAR

La casa está vacía
de los que ayer estuvieron,
mas nunca estuvo habitada.

Muchos pasaron, unos pocos
dejaron algunas frases
escritas en sus paredes.

Y se fueron
para nunca más volver.
¿Dónde están? Nadie lo ha dicho.

Pero en la casa dejaron
todo lo que tenían.

Ellos son lo que dejaron, y la casa
es la Palabra en la que viven,
la Esperanza.

III
LOS CAMPOS DE TRIGO

Resulta profundamente agradable acostarse en las praderas desnudas en agosto, hablar en primera persona del singular ante el emblema trascendente de la Visión: los campos de trigo con sus espigas maduras oscilando al sol. “Yo me tumbé en el suelo” podría decirse “Me quité la chaqueta y la tiré lejos, y me quedé mirando al cielo transitoriamente azul, desprovisto de nubes, mientras las águilas danzaban por encima de mi cabeza”. Y podría continuarse de este modo: “El amarillo de los campos me devuelve al oro de la Luz, a la Resurrección de cada cosa en el símbolo dinerario del tránsito, del movimiento. El amarillo es el color sagrado por excelencia; su aspecto tímido y a la vez atrevido es un ejemplo de la condición humana, equívoca, fugaz, pero deslumbrante y cierta. Todo nos conduce a otra cosa, y este océano cereal me conduce de vuelta a mi Infancia (la época de la felicidad perfecta y hermanada con el Tiempo, a través de mi vejez diaria, de los incontables días de la arena que cae tras el cristal, grano a grano, como amistades de las que me despido para siempre)”. Esta cita sería sincera ante la planicie ondulada del campo de trigo, como un océano tranquilo (tal vez el Pacífico) visto desde nuestra mente pequeña ante tanta magnitud. Solo creemos en nosotros mismos cuando nos vemos proyectados en el espacio, pantalla desplegada ante nuestros ojos, formando la figura del mundo. La Fantasía, nodriza de los primeros pasos que damos, amplía nuestros rasgos en las cosas, y nos hace eternos (porque el Tiempo es también una invención). Podemos continuar diciendo, con nuestro personaje recién creado: “La Tierra es redonda, ¿qué duda cabe?, pero nosotros la vemos plana, perdida en la extensión del horizonte, limpia de mal, infinita… En realidad, la Tierra solo es redonda en nuestro pensamiento, cuando la nombramos aislándola del vacío, cuando la intelectualizamos como si fuese una cosa más de las que vemos, pero en nuestra Visión la Tierra es plana, todo lo posible y lo imposible caben en ella”. Una ilusión es todo lo que vemos, pero su condición no obsta a que nos siga pareciendo sólido lo visible, integrado en el espejismo de nuestro paso por el mundo. La Quimera. El Trono de Marfil falso de nuestro tránsito. Las aguas del río que camina hacia el mar. Leteo, Nilo, Sueño. “¿Qué es el sueño más que el juego de la combinación de nuestro Ser con las cosas que lo reflejan? Un juego de espejos donde yo soy lo que veo, veo lo que soy. Me veo representado en la cinematografía del Tiempo, pero sé que el Tiempo no es más que la Combinación, el Río, la Imagen. Y vuelvo al campo de trigo, que constituye en todo momento lo que pienso”. Nuestro personaje comienza a volverse al mundo desde dentro, a recrearlo modelándolo a su semejanza, a integrarse en el campo, en la planicie vegetal del Ser. “Debajo de mi cuerpo siento latir el corazón del campo, su Secreto entregado por miles de generaciones anteriores a mí, la carne hermanada de todas las personas que fueron, que son y que serán. Es la Creación un solo Sentimiento, un Poema que cambia las cosas cuando las toca, volviendo a fabricarlas de otro modo, desde el

Significado y no desde el Sentido". Nuestro personaje cree firmemente que las cosas no son lo que parecen, sino lo que vemos en ellas. Ese es el Principio de la Visión: "Me levanto del suelo" prosigue el Narrador, "y camino unos pasos por el campo, dejando que las espigas golpeen mis muslos entrando en mi alma como gotas de agua que caen en el Tiempo, negándolo y explicándolo también, porque negar el Tiempo es explicarlo, y tal vez sea el único modo de descubrirlo en su dimensión personal, única universalizadora". La Visión de los campos de trigo es el mismo personaje, tal vez no haya otro personaje en este relato que la Visión en sí misma (los campos de trigo tal vez sean su Imagen o su Metáfora).

IV
EL CUARTO A OSCURAS

Sentado en el sillón como ahora está Alfredo en la casa de campo de sus abuelos, se puede percibir, a las nueve de la noche, el hálito del infinito, el Alma del Mundo. Y es que existe un solo mundo que todos compartimos. Podemos comunicarnos a través de la distancia con nuestros antepasados, quienes gravitan en otra dimensión, la esfera de lo invisible. El mundo no es más que un éxodo de lo visible a lo invisible, una huida permanente reflejada en la figura de la rueda. Unos se quedan solo en lo visible, otros solo en lo invisible, sin llegar a consumar la unión. Occidente prefiere lo primero, Oriente lo segundo; la extremidad Derecha del hombre se contrapone a la extremidad Izquierda y viceversa. ¿Cómo conciliar los dos caminos?. El Hombre es el único viviente contradictorio de la Naturaleza.
Dos ejércitos se enfrentan en un campo de batalla, en un escenario de teatro. Cada uno enarbola su bandera y su consigna, y ambos se lanzan al encuentro blandiendo sus respectivas armas e invocando a sus respectivas divinidades tutelares. Pero en medio de ellos, un Hombre demanda la reconciliación de los dos bandos. Los ejércitos hieren al intermediario derramando su sangre en tierra. La muerte del Hombre unifica los dos ejércitos, pues ambos participan por igual en el mismo acontecimiento, a pesar de la Diferencia que los separa. Los dos grupos armados se unen en torno a la figura del fallecido, al que consagran como Rey y como vínculo entre ellos. El fallecido se convierte en Mesías o Maestro de las generaciones, y los hombres se reúnen alrededor de su enseñanza deponiendo las armas, constituyendo una comunidad donde el Recuerdo sirve como ligazón victoriosa. El Amor ha sido fundado.
Con una pierna sobre la otra y la mirada perdida en los retratos de las paredes, Alfredo concluye pensando que el Recuerdo es el único sinónimo del Amor. Imagina la pieza teatral que representa la Historia como el mismo telón del escenario, un paño carmesí bordado de figuras doradas como sombras, que no hacen más que resaltar su colorido desbordante. Mientras mira el retrato del

abuelo, un anciano con barba blanca y ojos profundos y tétricos, Alfredo deduce que la misma distancia consolida el vínculo entre los hombres. Si no existiera la Muerte, ¿de qué serviría el Amor?. No podemos amar más que aquello que está lejos de nosotros, el Hombre sacrificado en medio de la batalla de los que viven. Los antepasados son el Hombre Sacrificado, el objeto del Amor. La Muerte es una quimera, un espejismo provocado por la ilusión del Tiempo. Transcurso: caída sin fondo, huida sin regreso. ¿Pero no será la propia huida el regreso? En el Hombre está la respuesta. Puede ser que el Fin sea el Principio. Otoño.
El sol apaga lentamente sus brasas...

V
METAFÍSICA

Por la mañana, Alfredo y María salen a caminar por el campo, a poca distancia del pueblo. En su recorrido se encuentran con Don José, el pastor, que vigila su extenso rebaño de ovejas acompañado de su perro sin raza definida. Estamos entrando en el invierno. El aliento se escapa de las bocas abiertas en forma de vapor. La pareja saluda a Don José, quien responde levantando la mano mientras saca el pitillo de la boca para hablar.

- ¿Qué les trae por aquí?- pregunta.
- Vinimos a dar un paseo por el campo- responde Alfredo.

El perro de Don José se acerca a los jóvenes, los olisquea y da la vuelta con el rabo levantado. Resulta difícil contar las ovejas, agrupadas como nubes que han descendido a tierra.
Las ovejas se parecen a las personas, todas agrupadas en torno a un Símbolo. Unidas en el rebaño, sus cuerpos blancos se confunden. Así los pensamientos de los hombres construyen el Tiempo: la casa vacía, el despojo de los exiliados, los campos y el viaje, cuando todo no es otra cosa que una ilusión, una continuidad edificada sobre la planicie de nuestra incertidumbre.

CONOCIMIENTO

Qué asiduidad la del ojo que va construyendo el muro de lo visible, agregando imágenes unas sobre otras hasta definir un barro compacto que se seca al sol formando un ladrillo- la piedra filosofal- que se coloca sobre otro antes constituido, erigiendo la ilusión del Tiempo, la verticalidad. Imagen sobre imagen, ladrillo sobre ladrillo, así se conforma el mundo. El insecto que vuela es captado, el microbio no es olvidado. Ningún movimiento se resiste a la sagacidad del ojo. Todo cabe en el muro que se proyecta hacia arriba a semejanza de los árboles. El objeto se convierte en mito, una imagen pasa a ser figura sólida en el barro que no tiene término. La espontaneidad de lo existente se encierra en un

círculo de fuego, en el Sentido, el ladrillo que integra el muro. La Naturaleza es ese muro en construcción, que jamás concluye, pues el ojo no puede dejar de mirar y cada imagen se divide en otras imágenes más nítidas que la conforman, que la explican, que la originan. Pero en su proceso de fabricación, el ojo coloca las imágenes una sobre otra, en láminas superpuestas, cuando en la visión son percibidas simultánea no sucesivamente. De modo que la Naturaleza –copia imperfecta de la realidad- posee una esencia temporal que clasifica la superposición de las imágenes en un orden cinético, histórico. El Orden, el Reloj de las cifras, impera sobre la imagen y su perfección absoluta. En una sola imagen podría recogerse el universo, y eso es lo que pretende el ojo, pero jamás lo consigue, pues cuando logra materializar una imagen, otra nueva, derivada de la anterior, aparece y borra su percepción. Así, el muro, proyectado hasta el cielo, no tiene fin, es una escala falsa que, en su intención de abarcarlo todo, solo consigue crear una segunda realidad que se contrapone a la primera, una fotografía aparente de la realidad originaria, que confunde al Hombre y lo hace errar entre dos caminos, el de lo visible y el de lo invisible. Lo invisible es aquello que el ojo todavía no puede materializar en el muro del Conocimiento, aquello que siendo real, todavía no es natural. En lo invisible está el Espíritu, la raíz luminosa de lo existente. Pero volvamos de nuevo al muro del Conocimiento. La Naturaleza es un edificio virtual, espectral, hecho de imágenes ensambladas. Tales imágenes, despojadas de su entorno como peces fuera del agua, no tienen realidad ni vida verdadera, son residuos terrestres, incisiones o representaciones. Como no contienen una realidad completa, sino que son meras manifestaciones aparentes, deben ser sustituidas por otras que las complementan, y así dependen del referente Realidad, que las integra en la explicación universal. ¿Por qué, pues, fabricar este muro aparente, que oculta la luz del sol? ¿Por qué limitar la Realidad con un concepto de Verdad o de Naturaleza, que no es más que un intento por ocultar el sol, nuestro fundamento? Tales preguntas debería hacerse la Ciencia, cuya intencionalidad reside en el Ideal Griego, en el imperialismo cognoscitivo, el cual pretende someter el mundo a un deseo vano de dominación, cuando la auténtica vida del Hombre es un ejercicio de integración, de búsqueda compartida con el entorno. Lo visible y lo invisible proceden de una misma raíz, ¿por qué separarlos?. Abandonemos la Naturaleza, el muro fabricado por la Ciencia del Ver, y devolvamos el barro de las imágenes a su origen terrestre. Conozcamos de otra manera, no suprimiendo ni virtualizando, no edificando ni sometiendo. Regresemos a la posición horizontal del universo, a su infinito lecho de imágenes líquidas; nombremos de otro modo las cosas, a través de la Palabra, de nuestra inmersión en lo existente, del bautismo de nuestro barro en el agua del Principio. Conozcamos desconociendo, participando en la Realidad, no modificándola a nuestro antojo. Veremos entonces, a través del ojo omnisciente,

cómo se abre una puerta que nos comunica con el Ser, devolviéndonos a nosotros mismos.

*

La Sabiduría es el desconocimiento consciente. En el desierto apenas posible del mundo, he aquí su Voz, un oasis de agua y palmeras donde los pájaros cantan. Escuchad. Cerrad los ojos y despertad los oídos. Más allá de la Experiencia del Ver, la Inteligencia del sentir. Imaginad la tumba donde un cuerpo – tal vez el vuestro- está sepultado. Contemplad con los ojos cerrados ese cuerpo, en posición horizontal, extenso y ausente. Su rostro ha sido borrado por una lágrima vuestra. Su piel está seca como un pergamino, sus ojos vaciados, su boca cerrada para siempre. Todo el cadáver transmite una emoción de tristeza, como si pudiera tocar el corazón que ahora late en vuestro pecho. Sentid la completa desolación del desierto, su materia arenosa, incontable e infinita. Estáis solos, espectadores aislados de la Muerte, que os rodea como un anillo de fuego. Intentad hablar y comprobad que vuestras palabras, rotas y exangües, no se escuchan. Seguid con los ojos cerrados, evitando que la luz penetre dentro de vosotros. Experimentad el zarpazo amargo de la sed, que como un león enfurecido os divide por dentro. ¿No percibís cómo el universo entero está representado por el cadáver que a vuestros pies languidece? Pronto la conciencia dormida de un hombre: sus sentidos, su mente inabarcable, su corazón detenido, serán arena, granos que se dividen en granos, sucesión de sucesiones, sin término ni conclusión. La Noche. Su terrible certeza. La destrucción de lo que un día fue cuerpo, un rostro, una vida, una esperanza. Seguid con los ojos cerrados. ¿No veis que la oscuridad compacta y oprimida se quiebra en una estrella de luz? ¿No contempláis con vuestra mente una fisura en el sepulcro? Ved cómo de la boca de la Noche, de la absoluta apariencia de lo oscuro, emerge como un brote de agua la realidad del Día. Admirad el prodigio del surtidor. La Luz se hace dentro de vosotros. El universo cerrado se abre como una flor. Mirad el cadáver. Se pone en pie, habla en vuestra lengua, os toma de la mano, os contempla y se reconoce en vosotros. Todavía con los ojos cerrados, admirad el milagro: el desierto se ha borrado y la música del agua se escucha desde todos los extremos de vuestro ser. Abrid los ojos. Ved el mundo de nuevo, después de un segundo nacimiento. Habéis alcanzado la Sabiduría.

*

EL CÉLEBRE DON IGNORANCIO

Don Ignorancio, también llamado El Emperador de lo Visible, es en sí mismo un personaje y una historia. Para él, el mundo se

reduce a una vasta enciclopedia que puede ser en todo momento consultada. La vigilia y el sueño tienen el mismo significado para Don Ignorancio, quien en cada cosa ve una continuidad con la anterior, que a la vez que la complementa la explica. Don Ignorancio empleó hasta ahora los años de su vida en redactar esa citada enciclopedia. Comenzó su difícil tarea en orden alfabético, desde su nacimiento (empezando por la a) hasta su muerte, espera disponer del tiempo suficiente para llegar a la z, y aún quisiera que la Parca (como él llama a la muerte) se retrasase un poco más hasta permitirle elaborar por lo menos un apéndice. Por ahora va bien en su trabajo. Ya tiene sesenta y dos años y anda por la u, que no es moco de pavo. Y a pesar del continuo tejemaneje, acostumbra tener tiempo para pasear por la calle, charlar con sus amigos, comer espaciosamente y tomar el café a sus horas. Don Ignorancio considera que su monumental enciclopedia será consultada a su muerte por todos los eminentes curiosos que pretendan tener en mente cada uno de los pilares de la Ciencia universal. Lo que le preocupa y le atormenta es pensar que la lengua en que está redactada la Enciclopedia – debido a la metamorfosis que experimentan las lenguas a lo largo del tiempo por virtud de los hablantes- pueda modificarse a su muerte y otro curioso tenga que compilar otra nueva Enciclopedia para interpretar la precedente. “Sería como un círculo vicioso” piensa con lástima. Yo, incluso, narrador omnisciente de esta historia, soy visto en todo momento por Don Ignorancio, que me controla, me orienta, me indica las palabras que tengo que utilizar y me señala con el dedo dónde tengo que poner los puntos y las comas en mi redacción. Nada se oculta a su vista de lince, que descubre las tinieblas y las avergüenza en su soledad. Don Ignorancio nunca ha experimentado el aburrimiento, siempre tiene algo que observar en su infatigable entorno. Cuando ve pasar una mosca, ve también el conjunto de células que la forman, las moléculas de las células, los átomos de las moléculas, los eones de los átomos y así, hasta el infinito, donde la vista de Don Ignorancio se detiene. Observe lo que observe, Don Ignorancio siempre llega a la misma conclusión: el mundo es un pañuelo. Así, contando y resolviendo, nuestro ilustrado compilador llega a alcanzar la primera duda de su carrera. Cuando, redactando sus acostumbradas entradas para la Enciclopedia, se encuentra ante la palabra *unicornio,* siente que su mandíbula inferior tiembla, las sienes y las manos le sudan, y la vista se le nubla un poco. Todos estos inhabituales síntomas son debidos a que Don Ignorancio desconoce –sí, he dicho bien- desconoce el significado de ese término con el que sus ojos tropiezan. Pálido y asustado recurre a su trabajo anterior para explicarse el insólito fenómeno, y consultando por la letra a se encuentra con la palabra *absurdo.* “Sin duda” razona “la palabra *unicornio* es un sinónimo de absurdo, porque es de todo punto absurdo que yo desconozca la naturaleza de un término y el objeto que designa en el mundo”. De este modo, con letra muy clara, Don Ignorancio escribe debajo de la entrada *unicornio:*

“otra forma de referirse al término absurdo”. Pero pasados unos días, Don Ignorancio experimenta un persistente malestar. Siente que su trabajo no ha quedado terminado, que no ha sido lo suficientemente preciso a la hora de definir el término *unicornio,* que ha sido demasiado cobarde recurriendo a un sinónimo para definir una palabra. “¿Qué pensarán los lectores de la Enciclopedia?” se pregunta. Así pues, armándose de valor, decide partir en busca del objeto de su preocupación. Determina que, puesto que en todos sus años de vida consagrados a la Ciencia a través de su prodigiosa vista de lince, no ha encontrado un objeto en la Naturaleza al que convenga ese insidioso término, luego entonces semejante objeto debe encontrarse en el profundo abismo de su persona. “Si no está fuera de mí, está dentro de mí”, concluye. Así pues, decide encerrarse en una habitación hasta encontrar el objeto de su búsqueda. “Le tenderé la trampa” se dice, “Pasado el tiempo, como un conejo sorprendido en su madriguera, tendrá que aparecer”. Durante los primeros días de duración del experimento, Don Ignorancio fracasa en su intento de aislarse de la Naturaleza, porque penetrando con su visión irrefrenable en las paredes de la habitación, consigue salir de ella dividiendo sus partículas hasta encontrarse otra vez en la Naturaleza, y de nuevo hay que volver a empezar. Para evitar salir de la habitación con su vista todopoderosa, Don Ignorancio decide contar solo las partículas pares de la pared de la pieza, y luego las impares, y así sucesivamente, alternándose en el cómputo y volviendo a empezar desde el principio una vez terminado el cómputo total, para no concluir jamás el cómputo. Transcurrida una semana, Don Ignorancio –no sabe si en la vigilia o en el sueño, pues para él ambos estados son el mismo- consigue ver por fin al unicornio. Es un objeto asimétrico, monstruoso desde el punto de vista científico, pero atrayente como un imán o una rosa. Su color es indeterminado, a medio camino entre el transparente y el negro. Permanece siempre en movimiento, pero ninguna de sus partes o miembros cambia de lugar. Irremisiblemente atraído por el unicornio, Don Ignorancio avanza unos pasos, pero descubre que se encuentra a la misma distancia de su objetivo. “La habitación no ha aumentado de tamaño, ¿cómo es posible?” se pregunta. Mientras encabalga silogismos, el unicornio desaparece, dejando la habitación en penumbra sobrenatural. Don Ignorancio sale de la habitación. Nada ha resuelto. Desconsolado, regresa a la Enciclopedia y escribe bajo la entrada *unicornio* su propio nombre: Don Ignorancio. Tomando la Enciclopedia en sus manos, la arroja al fuego de la chimenea y una sonrisa de alegría enciende su rostro. Acaba de descubrirse a sí mismo en el espejo.

*

Tú y yo,
somos el Mismo,
ambos somos la Palabra.

Yo, que escribo;
Tú, que lees,
somos una sola fuente.

Mírate en mí, en la Imagen.
En nosotros, de nosotros
nace la Tercera Persona,
el Conocimiento.

Somos
la Trinidad del Tiempo,
su conciencia y su presencia.

Dame tu mano,
te guiaré
por la escala de la Lengua
hasta el Encuentro
donde nos uniremos
en el Significado.

Allí será el Banquete
de la fiesta del Amor,
el vino nos hará felices
en una sola carne.

Allí seremos uno
en el Libro de la Vida.

Tú y yo
somos el Mismo,
ambos somos la Palabra.

LÓGICA

El Juego de la Razón comienza en la entrada del Laberinto. Todo tiene un signo, todo es computable. El Laberinto de las Matemáticas es el reflejo del Mundo, la parte invisible del universo, la sustancia temporal del Símbolo. Derribado el opaco muro de la Verdad, aparece una Puerta. La estrella de la Luz la atraviesa. El Alma (el encuentro del Todo en un punto, la señal del Hombre) parte en busca de la estrella. En el mismo momento de la partida del Alma, la Bestia (la negación, su ausencia) entra por la Puerta y trata de alcanzarla. El Alma huye (existe) a través de las Doce Ciudades del Laberinto, su representación dinámica. En la primera estación, Tebas de Egipto, el Alma adquiere la forma del sol y viaja a lo largo del río de la Vida en una barca de sueño

hasta alcanzar la pirámide del aire, vehículo y motor principal del Ser. Desde Egipto llega a Roma, cabeza del Imperio del Tiempo, donde, en la colina del Capitolio cabalga a lomos del caballo del Fuego, la armadura indestructible de la sangre, encarnándose en el César de la Gloria, el Emperador de lo Visible. En París se desnuda como una virgen ante la Catedral del Agua, la fuente que deja escapar de sus mil surtidores la emoción de la altura y la elevación, la medida amplificada por la distancia y la quebrada columna del silencio. Nueva York, la cuarta estación, la sorprende con su sonido y su canto natural como el trino de un pájaro; a través de la Quinta Avenida contempla el espectáculo de los escaparates y de los espejos componiendo y recomponiendo la imagen del transcurso. Bagdad, en mitad del desierto de la calma, despliega sus minaretes como carteles de eternidad, sus arcos de herradura y sus estanques musicales de agua y arena. En Pekín, el Alma se enciende con los farolillos móviles, con los palacios de tejados respingones y con las plazas decoradas con mosaicos y miniaturas, con estatuas que hablan desde su firmeza y con dibujos vivientes. En el Areópago de Atenas, el Alma se entrega a la contemplación de la Belleza (la simetría de los elementos, donde cada objeto tiene su complementario que lo sostiene en el equilibrio de la balanza), la rosa de infinitos pétalos, la sonrisa de la sombra. Tokio sumerge al Alma en la confusión y el deseo de sus barrios como habitaciones sucesivas, armarios que se abren y se cierran en la noche subterránea. En Bangkok, el Alma se siente extranjera al borde del mar que se hunde en el abismo. Calcuta es una morada para el desfallecido, un templo de gracia y esperanza. Sidney, sutil como la hoja que cae en tierra, es un monumento de cristal y llama, púrpura y marfil. En Viena, el Alma, llegada a la última estación, deambula por el ring y sus edificios de volutas de espuma y observa la estrella que huye.

El Alma es un viaje a través de las Doce Ciudades que representan una sola Ciudad, el Laberinto. El Alma persigue la estrella fugaz, la Luz que camina delante de ella como una columna visible. En el Juego del Éxodo jamás se alcanza el Final. El Alma llega a su derrotero antes que la Bestia, pero descubre con asombro que la estrella de luz se ha evaporado. En su lugar hay una Puerta que conduce al Más Allá, al Desconocido. El Alma atraviesa la Puerta. Es la entrada del Laberinto. La salida es la entrada. El Final es el Principio. El Alma comprende que la Bestia terminará por alcanzarla y que no podrá huir de su voracidad. Pero cuando llega el animal (la Bestia o el minotauro) el Alma se detiene en seco y, acaba de apercibirse, sorprendida, de que en realidad ha conseguido llegar al final de su camino. Contemplando a la Bestia (el Mal) que se encuentra delante de ella, el Alma (el Bien) descubre que ambas son la misma persona.

En el Juego de la Razón el Hombre lucha contra sí mismo a través del Símbolo, el Laberinto o el espejo. Reduce su entorno a un número, se divide en Dos Reinos separados: el Bien y el Mal, lo visible y lo invisible, el Hombre y la Palabra, y tarda en

comprender que el Juego no es otra cosa que la búsqueda del Centro, que termina alcanzándose en la quietud de la espera.

*

Agustín siente la necesidad de pensar mientras camina. “Resulta sorprendente” argumenta “considerar cómo a través del tiempo los términos del Libro de la Vida (esa Biblia donde todo está escrito de una vez y para siempre) vienen designando del mismo modo algo que ha cambiado y que es en realidad otro Mundo, otra sustancia. La Realidad Virtual del Libro designa a la Realidad Primaria como siempre lo ha hecho, pero esta última se ha ido distanciando cada vez más de la primera, de modo que ahora una ya no es reflejo de la otra, sino que ambas se superponen y así tenemos dos realidades distintas: el Nuevo y el Viejo Mundo. ¿Cómo hacer que vuelvan a ser una sola?”. Agustín se tropieza de pronto con una lata de bebida que yace en el suelo. La toma con su pensamiento, dejándola materialmente en el mismo lugar donde se encuentra. “Ahora llamamos Edén a un entorno sometido a nosotros, que nos es fiel como un perro o una máquina, no a la antigua concepción de jardín espontáneo que vive fuera de nosotros y que nos integra en él como parte de un todo. Ahora queremos ser el todo, el recipiente de metal donde se almacena el líquido, no uno de los afluentes que lo transportan y lo conducen a través de la materia”. Agustín visualiza por un momento la Ciudad en su conjunto, los distintos habitantes que la forman, las cañerías y los desagües por donde discurre el agua que entra y sale de las edificaciones. “El recipiente” concluye “ El Edén ha pasado de designar el Jardín de la Realización a designar una lata de bebida, el recipiente donde se acumula la materia. ¿Qué se h perdido en el camino de lo comunicable para provocar esta transustanciación?. El hilo de la memoria se ha roto en el tiempo y la Antigüedad se ha contrapuesto a la Modernidad. Ya no somos los mismos. ¿Cómo recuperar el Significado de los términos antiguos? Tal vez haya que modelar la Civilización de otra manera, cambiar el punto de vista, quizá aprender a nombrar de otro modo”. Mientras recorre el bulevar donde los abetos tejen una bóveda de sombra sobre su cabeza, Agustín derrama su mirada sobre los carteles de anuncios donde están escritos los eslóganes de la Civilización: un traje demasiado caro, un nuevo automóvil totalmente equipado para una familia numerosa, un viaje programado a un paraíso de cartón-piedra, un menú de un restaurante barato, una invitación a un circo ambulante, un juguete para un niño, joyas varias para mujeres ricas, medicamentos analgésicos para dolores leves, el mobiliario necesario para llenar una casa por dentro, el estreno de una película de acción, un partido de fútbol próximo, un dentífrico que protege las encías y elimina todo tipo de bacterias de la dentadura, una pastilla para dormir, un colchón confortable, la entrada para un concierto de música estocástica, el remedio para las pérdidas de orina, una marca de preservativos que prolongan el placer de la pareja, ron de las antillas, una marca de chicles para dejar de fumar, una marca de

cigarrillos para seguir fumando y un largo etcétera que se pierde en el horizonte del pensamiento. “El Edén de la bebida en lata, las esperanzas de cada ser humano sobre la mesa. Con la Razón hemos construido la Torre de Babel, y hemos conseguido trastocar los significados de los términos, para que la mano no acierte con la herida. Hay una herida profunda en la Civilización, una llaga por la que mana la sangre del Pasado, el Libro escrito en caracteres áulicos. ¿Cómo interpretar el Libro, cuando hemos crucificado su Palabra y la hemos adulterado desde el Significado? ¿Cómo recuperar de nuevo el Significado, para que los términos Edén, Tabor, Terebinto, Moab, Sión, Jerusalén, Jordán, Horeb, Hebrón, Gólgota, Siloé, Jericó, Megiddo y tantos otros sigan designando el mismo referente, al mismo ser humano que hace millones de años se separó del animal para fundar el Reino invisible de la Inteligencia?. Nuestra misión es recuperar la Palabra, el único rostro del Hombre, rescatarla del abismo en el que se encuentra y darla a luz de nuevo, y eso solo se consigue regresando al plasma original de los elementos, donde inocencia y conocimiento son lo mismo”.
Así pensaba Agustín cuando de pronto lo sorprendió la noche.

*

Cuando la Ciencia separó artificialmente el Alma del Cuerpo en el Hombre, apareció el Problema. El ser humano dejó de ser un ente único para convertirse en dos mundos paralelos que tenían en común un mismo universo. Ambos mundos no se tocaban, sino que se superponían, como la vigilia y el sueño. El Problema no es otro que la Diferencia. Esa pared transparente, que no se ve pero que se percibe, constituye la sutil fórmula de la lógica. Desde entonces, el Hombre está dividido en dos ejes temporales: la Eternidad y el Presente. Como dos direcciones opuestas, o dos vectores que no se tocan, así son estos dos mundos. Una absoluta contradicción. El cuerpo es grávido, finito, local, aparente o visible; el alma es ingrávida, infinita, universal, inaparente o invisible. El cuerpo se desintegra en la plenitud, el alma se integra en la plenitud; el cuerpo vive al presente y muere a la eternidad, el alma muere al presente y vive a la eternidad. Así, la pared de la lógica divide al Hombre en un Principio y un Fin, un Antes y un Después. El Hombre sabe que vive dos vidas, la natural y la mental. Ambas se unen en un punto, el Ser del Hombre, su Inteligencia. La Inteligencia es la realidad que las une, el vínculo umbilical que comunica a la Madre con el Hijo, a la Palabra con el Hombre. De hecho, Palabra y Hombre son los dos mundos que hay que volver a vincular a través de la realidad, derribando la pared transparente de la lógica, la Diferencia. El vínculo todavía no está roto, pero, ¿para qué mantener la ilusión de la pared? ¿Por qué no atravesar el mar que separa ambos misterios?. Alma y cuerpo son el mismo Ser, Palabra y Hombre son lo mismo. Solo hay que dar un pequeño paso más allá de la lógica, del Juego de los Números, para empezar a entrar en el universo, en la plenitud de la unidad. Para que Alma y Cuerpo terminen siendo un solo Ser, vaciémonos del aprendizaje de la Ciencia, entremos en lo universal

poniendo el pie desnudo en el Templo de la Inteligencia y sentémonos a esperar el milagro. La pared se desvanecerá como una nube de humo, y del otro lado del cristal veremos el universo que se abrirá como una flor a nosotros, desplegando toda su fragancia, el Tiempo total y único del Significado, la Vida.

*

EL ERROR DE LA RAZÓN

Muchos vieron en la Razón una diosa. Las revoluciones la adoraron como el Ser Supremo de las cosas, como la artesana de los prodigios. Nada más falso. Yo la vi como realmente era, una mujer solitaria que mendigaba a las puertas de la iglesia. Cuando veía a algún posible donante de frágiles y escasas monedas, lo interpelaba con estas o similares palabras: “Un céntimo, señor, por caridad”. Normalmente el presunto donante ni tan siquiera volvía la cabeza para comprobar quién lo había interceptado. Se marchaba apurando el paso y resoplando por la fatiga. Al anochecer, la Razón se refugiaba bajo un soportal para protegerse de la lluvia y del viento. En una de estas noches, se encontró con un extraño objeto abandonado en el sucio suelo de la calle. Era un cuerpo redondeado, sólido y opaco. Lo recogió y lo guardó bajo su manto. Al cabo de unos días, se encontró con un donante (otra vez a las puertas de la iglesia. Llovía y hacía frío) que le regaló incomprensiblemente un cheque con los ahorros de cinco años, le pidió la mano y se casó con ella. Tuvieron una vida regalada durante un año; al terminar este, el marido se le murió y la Razón quedó viuda y sola, pues del matrimonio no les había nacido ningún hijo. Entonces la Razón, con curiosidad premeditada, examinó con detenimiento aquel objeto que le había deparado la fortuna. No encontró en él nada de particular. Lo abandonó en el mismo lugar donde lo había encontrado. Pasó el tiempo y nada trajo diferente. Pero un día, tanta fue su curiosidad que regresó al lugar donde había dejado el objeto y descubrió con asombro que este era un huevo que, roto desde dentro, había alumbrado un ser portentoso, en sí mismo todas las formas posibles. Recogió al nuevo ser y lo alojó en su casa. Terminó tomándole tal cariño, que no se separaba de él ni de día ni de noche. A todas horas quería verlo, lo ponía sobre la palma de su mano y lo acariciaba lentamente. A nadie se lo enseñaba, por miedo a que pudieran arrebatárselo. No comía, no bebía, pero permanecía siempre erguido. Un día- pues hay un día para todos los comienzos- lo dejó solo en la casa, libre como un niño. Mucho después lo lamentaría. Al llegar de nuevo a casa después de un paseo, la encontró totalmente destruida. Nada había quedado en pie. En su interior no había nadie. Encontró a un hombre en la calle que le preguntó: “¿Cómo se le ha ocurrido alojar en su casa al Tiempo?”. La Razón comprendió. Imaginó las llamas devorando su domicilio. Desde entonces se la ve de nuevo mendigando a las puertas de la iglesia, convertida en esa historia que todos se resisten a creer.

EL DESTINO

Jano, el dios que todos conocemos, el Ser de las dos caras, vive en cada puerta que se abre o que se cierra. Una puerta es un misterio, un abismo desplegado en medio de la continuidad. Una puerta es un ojo que se abre en el Tiempo, por medio del cual se puede admirar la simplicidad de lo que está detrás del movimiento, la raíz profunda de la luz dadora de vida. Cuando abrimos una puerta, sentimos que estamos despojándonos de una parte de nosotros para entrar en otro mundo, nos asalta a la vez la nostalgia por el éxodo y la alegría de la llegada; una inexplicable transfiguración nos invade y experimentamos que todo está en nosotros como un traje blanco vestido por vez primera. Todos nacemos y morimos al mismo tiempo cuando atravesamos una puerta. Podemos vencer el teatro de las apariencias descubriendo un nuevo sol más allá de la noche, abriendo la puerta de la oscuridad y penetrando en la dimensión portentosa de lo desconocido. Por cada puerta hay una pared en la que esta está ubicada. En ocasiones vemos solo la pared, tanteamos su dureza y su impenetrabilidad, y creemos que nosotros terminamos donde termina la pared que nos cierra el paso. En tales circunstancias es como si estuviésemos ante la lectura de un texto que no podemos comprender. Perseguimos una flexión en las palabras, algo que nos lleve más lejos de donde están, pero no lo encontramos. Deberíamos entonces, sin perder jamás el diamante de nuestra esperanza, recorrer la pared como un camino hasta encontrar una hendidura que nos conduzca a aquella aurora que aguardamos impacientes, que no tiene forma (es como un sueño esculpido) pero que presentimos como una llama que nos quema recorriéndonos la mente. Encontraremos la puerta. Ella es nuestra voz, la voz de lo que somos que nos grita a través del Tiempo y su cortejo de símbolos. Nosotros somos la llave de la puerta. Abriéndola entraremos en la imagen, seremos la imagen que se repite a lo largo de los siglos y de los milenios, la hoja del árbol que cae y brota de nuevo, el fuego y el agua, el día definitivo. Buscad siempre la puerta y la encontraréis.

*

Los maniquíes se sucedían en los escaparates vestidos de modo diferente, residuos de la industria, cuerpos sin sangre, de pie mirando al público.

- ¿Te gusta?- le preguntó María a Alfredo Gracia mientras este hacía una mueca que transmitía algo así como un desprecio mezclado de incertidumbre.

“Lo de siempre” pensó María, “A los hombres no les importa qué ropa te vas a poner, les basta con lo que llevas encima y punto”. Un

señor grueso pasó rozando a la pareja formada por María y Alfredo, de modo que poco faltó para que les tirase al suelo los paquetes que llevaban en las manos.

- Qué maleducada es alguna gente- protestó María.
- Se ve que molestamos aquí parados frente a esta tienda- argumentó Alfredo- ¿Por qué no entras, si es que quieres comprar algo?
- No es tan fácil- se justificó María- Me parecen mucho treinta y pico de euros por esa blusa.
- Pues entonces vámonos- aconsejó Alfredo- La calidad no siempre es proporcional al precio.
- Pero por otra parte me parece un diseño bastante bueno- dijo María poniendo el dedo índice sobre la boca- Es una lástima pasar de largo.
- Pues entonces cómprala- replicó Alfredo.
- Ay, eres un impaciente- se quejó María.
- Una de dos- dijo Alfredo- No hay término medio.
- Está bien, me decido- determinó María haciendo ademán de entrar en la tienda- ¿Tú…?
- Te espero fuera- eligió Alfredo con la esperanza irreal de que el hecho de estar esperando a María a la puerta de la tienda haría que tardase menos. La vio sumergirse en un océano de multitudes después de entregarle el paquete que llevaba, como un tesoro rescatado de un naufragio. En las galerías comerciales se escuchaba una música de fondo ciertamente vulgar, demasiado repetitiva, que salía de los altavoces instalados como orejas artificiales en el techo de yeso. Pegado al cristal del escaparate se leía un cartel rojo con letras blancas que ponía LIQUIDACIÓN. Alfredo se quedó pensando en el Hombre, en su voluntad de comprar y de vender, de intercambiar mercancías que eran productos de una cultura por otros productos de otra cultura, fundando la civilización, complejo interconectado de servicios, electricidad, torre o castillo de espectros, velocidad, vértigo, vanidad, bienestar. Vio de repente delante de sí el mar Mediterráneo, tapete donde Europa había inaugurado el Comercio, cuna de la civilización y puerto del mundo, destino de la hermandad de los seres humanos, ciudad y capital de lo Conocido, olimpo del Derecho y nave del Estado. “¿Cuál es el resultado del Diálogo del Mercado?” se preguntó. “¿A qué nos conduce el intercambio de productos por productos?”. La aparición repentina de su amigo Agustín le hizo olvidar por un momento la pregunta. Él también llevaba una bolsa en la mano a modo de lastre o de paquete. “El peso de la civilización” pensó Alfredo. Se saludaron. Agustín le dijo que se había levantado temprano para comprar una camisa en las rebajas de temporada, pero lamentablemente no había llegado a tiempo. Por su parte, Alfredo le contó su versión: había quedado con María por la mañana para comprar ropa, no omitió su deseo de escapar de nuevo a la inocencia de las islas desiertas.

- - Es terrible la aglomeración de gente- informó Agustín- Por cada producto hay más de diez personas interesadas en él que compiten entre sí por alcanzarlo.
- No saben lo que hacen- apuntó Alfredo- Ciegos buscando la luz perdida.
- No tienen identidad. Cadáveres celosos por vestir sus vergüenzas.
- Eso me da qué pensar- inquirió Alfredo- Desde que hemos perdido el Paraíso nos preocupamos por vestirnos, por cubrirnos con un jirón de tejido.
- Es una forma de ocultarnos- dedujo Agustín- Míralo así: queremos encubrir nuestra conciencia con una apariencia de verdad que no nos acaba de convencer, de ahí el interés por cambiar de vestimenta a menudo, para eludir nuestro descontento con una sorpresa agradable.

Hablando de sorpresas, María salio de la tienda acompañada de su amiga Laura, con una bolsa nueva en la mano.

- Creí que no salía hoy- dijo María con un hilo de voz parecido al gemido de una bisagra mal engrasada- Me he encontrado con Laura en la tienda, ¡se compró la misma blusa que yo!. Por suerte había dos de nuestra talla.
- Por suerte o por desgracia- completó Alfredo.

María hizo un gesto con la boca que podría ser una reprensión o una condescendencia.

- Bueno, yo voy a seguir con mis aventuras, si no te importa- dijo Laura poniendo la mano en el antebrazo de María.
- Muy bien- dijo esta- Llámame algún día para tomar algo juntas.

Laura se marchó prometiendo que lo haría, desapareciendo entre la turba como podría hacerlo una bola de plomo arrojada al agua.

- En fin, creo que hoy estoy libre- anunció María.

Alfredo, María y Agustín caminaron juntos un tiempo por las galerías comerciales, admirando un paisaje uniforme de hormiguero humano, un ir y venir hacia ningún sitio, conciencia de la confusión de las lenguas, infierno de lo meramente aparente. Descendieron por las escaleras mecánicas hasta la primera planta, donde un cúmulo de bares y restaurantes les aguardaban con los brazos abiertos.

- Podría tomar algo- dijo Agustín- pero prefiero reservarme para la comida.
- Yo también lo prefiero- declaró Alfredo- Es un error comer a deshora. Tempus loquendi, tempus tacendi et tempus edendi.
- ¿Cómo?- preguntó María.
- Tiempo para hablar, tiempo para callar y tiempo para comer- tradujo Alfredo.

Salieron a la calle. Se encontraron con un contenedor a la puerta de las galerías comerciales.

“Basura” pensó Alfredo.

*

Por qué se toma su café vd., Don Remigio, todas las mañanas en el mismo bar, por qué desayuna siempre delante de un periódico del día, por qué esa asiduidad contagiosa que se materializa en todos sus actos mostrando esa máscara que lleva vd. a todas horas, su *persona,* intérprete de la comedia de la existencia, que solo hace reír al que la presencia desde la lejanía del patio de butacas, desde el otro reino que no es el de este mundo, donde van a parar todos los muertos. Ellos lo ven, quirites del Senado de la Palabra, como aquel Catilina indefenso que la astucia de Cicerón condenaba al oprobio, solo ante el dedo acusador del Tiempo. Por qué, pregunto, es vd. el blanco de todas las flechas, el sujeto de cualquier predicado, por qué todos los discursos terminan en vd., habitante incomprensible de este valle de lágrimas en medio de las montañas de lo ignorado. Esta pregunta no tiene respuesta posible, porque vd. no me escucha, no puede oír mi voz como el tañido de una trompeta. Vd. está más allá del Juicio y del Senado, en su planeta aislado en mitad del universo que no contempla, donde los cuerpos giran organizados para que vd. los desconozca, en un circuito etéreo como una rosa de sombra. Ay, lector incansable del periódico y su página longeva donde los titulares, como un ballet de alegorías presentan los sucesos, los pescados atrapados por la red de la actualidad científica. Háble me al menos de sus esperanzas, ¿aún las conserva?, de su voluntad defraudada como una paloma herida, asustada por el decurso del movimiento. Dígame vd. a dónde ha volado su juventud, dígame qué ha hecho con sus manos hasta la fecha, qué espera encontrar cuando vuelva a la tierra como un hijo a su madre. Vd. es una caricia oculta debajo de la máscara de la apariencia, vd. es la humanidad, por eso yo me dirijo a vd. desde mi relativismo como escritor, para que no se limite a ser únicamente el lector de un suceso, para que salga del escenario y deje de remover el café en el sentido de las agujas del reloj, para que arroje su máscara al suelo y me diga, por fin, con el corazón por bandera, qué espera de mí que tanto le amo, qué espera vd. de la Palabra que lo abraza.

*

RETRATO DE UN NIÑO COMIENDO CHOCOLATE

Miradlo desde vuestra ventana, completamente libre y espontáneo, masticando una tableta de cacao del Nuevo Mundo, con la actitud introspectiva de la estatua. Bendigamos a ese Cupido que nos enseña a salir de la cárcel de lo visible para adentrarnos en el sueño y en la memoria, a desvestirnos de los colores de la moda y de la apariencia, para ser solamente lo limpiamente real. Estudiemos sus manos ávidas que devoran como en éxtasis lo concebido debajo del envoltorio plástico. Son firmes como el cristal del agua, dúctiles como el fuego, clásicas como la hierba. Esas manos son inexplicables como el origen del

amor. Y ellas sostienen el Destino, el final destructivo que nos desvelará la mansedumbre del Principio. Oremos a ese Niño que, en un aparte del Sentido, contiene lo que somos y lo que seremos. Sus ojos transparentes nos conducen a la Promesa, detrás de la materia y su juego ilusorio hay un Templo de luz vaporosa que desafía a la medida lógica, cuyas columnas ascienden desde el zafiro nocturno de los motivos. El Niño, sin poner los ojos en nosotros, nos mira desde lejos, desde un podio rodeado de leones. El Niño toca con su dedo nuestra llaga y nos cura con el más lenitivo de los medicamentos. Es santo y perfecto en su indiferencia, es glorioso en su pequeñez. Contemplad la Salvación en su rostro sonriente, manchado de chocolate y alegría. En su risa late el Sol que nos concede el Pensamiento.

LA IMAGINACIÓN

Tomo la primera persona del singular para narrar, como personaje recreado por el autor de este texto, la historia de un asesinato. Pero no de un asesinato convencional. Verán, todo empezó- como suele decirse- cuando salí de la estación número 16 del metro de la Ciudad en la que vivo. Este número no tiene nada de particular, si lo cito es simplemente por la superstición extendida de enmarcar las historias, kantianamente, en unas coordenadas espacio-temporales. El estado en el que me encuentro me hace recelar de todo. He estudiado la carrera de las letras y, con fortuna, he aprobado la oposición de notario. Mi trabajo es, lo que a menudo se considera, bastante tranquilo y bien remunerado. Estoy casado pero no tengo hijos. Mi mujer es farmacéutica, tiene treinta y dos años – un poco más joven que yo, que tengo treinta y seis- y trabaja, como yo, por las mañanas. No sé si revelar el día en el que sucedió todo esto, ¿serviría de algo?. Háganse a la idea de que pudo ser un día cualquiera del calendario, el día menos pensado dentro de los laborables, a la hora en la que suelen despertarse para ir al trabajo- las 8 o las 9 de la mañana-. Así pues, aquel día me levanté después de haber dormido cómodamente... pero, ¡ah!, estaba en que había salido de la estación número 16 del metro, eso es. Pues bien- disculpen la digresión- cuando yo puse el pie en la estación de metro correspondiente, sentí que una inexplicable angustia me oprimía el pecho, como una premonición de lo que más tarde iba a suceder. Me pregunté a mí mismo qué me ocurría, por qué me preocupaba cuando veía el discurrir cotidiano de los habitantes de la Ciudad en dirección a sus respectivas ocupaciones. Había algo que me hacía recelar de lo que veía, como si las cosas no tuviesen la misma consistencia de todos los días, como si *algo* hubiese cambiado. Consulté mi reloj. era la hora convenida. Yo llevaba mi maletín de piel de cordero rebosante de documentos, una mujer – abogada y conocida mía- me saludó al pasar, y no tuve el tiempo

suficiente para responder a su saludo. Volví la vista atrás. El metro me pareció una gigantesca oruga blanca que vomitaba a los pasajeros. Cuando salí a la calle, el sol me dio en la cara como si tratara de decirme a través de los rayos de luz que lo ven todo, cuánto sentía que me encontrara allí en aquel instante. Los automóviles circulaban por la calzada ruidosamente, haciendo sonar con vigor sus cláxones debido al intenso tráfico que se manifestaba a aquella hora punta en la Ciudad. Todo normal. ¿A qué se debía aquella inestabilidad en mi interior?. Extraje del bolsillo de la chaqueta un caramelo de menta que deposité sobre mi lengua. Su frescor repentino me tranquilizó por unos segundos. Recordé que quería comprar el periódico. Acudí al quiosco más cercano, que ya se avistaba desde donde me encontraba, y lo adquirí por tres euros. “Léalo bien, don Ramón” me dijo el quiosquero, que me conocía por mi nombre, con un acento que me llenó de recelo. Mientras caminaba, me puse las gafas y hojeé el periódico buscando una mala noticia, pero no encontré -¡y eso sí que desató mi desconfianza!- ninguna que me llamase la atención por más que rebusqué hasta la sección de los deportes. “Lo más probable es que nada haya ocurrido y que me esté preocupando en vano” traté de pensar, pero la preocupación no cesaba, el corazón me latía deprisa sin saber por qué, respiraba un aire de tragedia. Llegué al edificio donde se encontraba mi despacho- está en un quinto piso exactamente, con vistas a una plaza ovalada rodeada de tilos-, giré la llave, entré al portal oscuro donde un sofá de cuero languidece en una esquina, honrando las visitas que ocasionalmente llegan, y subí en aquel ascensor antiguo que deja ver el hueco por donde asciende y desciende la cabina. Me pareció escuchar el chirrido de las alas de una cigarra mientras ascendía. Cuando llegué a mi despacho, mi secretario me presentó a dos personas que me aguardaban: un señor grueso, con bigote y los ojos ubicados en la profundidad de sus cuencas, que esperaba que firmase una escritura, y un joven al que le había muerto el padre hacía poco (Alfredo recuerdo que se llamaba) que deseaba que le entregase una copia del testamento de su padre. Lo primero que hice fue encerrarme en mi despacho cinco minutos después de decirle a mi secretario que condujera a la sala de espera a aquellas dos personas. Quería serenarme un poco; me pasé la mano por la frente. Estaba sudando. No sé por qué se me presentó en aquel momento todo el horror de la muerte, de una muerte sin esperanza, como la de los condenados. Intenté tranquilizarme a mí mismo e hice pasar a los dos hombres. Con el primero no tuve ningún problema: firmé la escritura que era perfectamente legal y santas pascuas. Pero con el segundo experimenté miedo y desconfianza por una anécdota aparentemente banal que me ocurrió: mientras rebuscaba en el archivo la copia del testamento de Don Ubaldo Gracia Rodríguez, padre de aquel joven, me encontré de repente con el pliego de mi propio testamento que, inexplicablemente, había sido trasladado por alguien a aquel archivo. Cuando despedí al joven, llamé a mi

secretario y le pregunté si en algún momento había trasladado mis últimas voluntades a aquel archivo. “De ninguna manera, señor” me aseguró. Entonces sentí un cierto temor por aquella manipulación extraña de mi vida; yo siempre he sido muy escrupuloso con los documentos. “Alguien lo ha hecho”, me dije, y esta idea no me salía de la cabeza. Lo que más me llenaba de preocupación era el pensamiento de que solo yo me sentía alienado de la realidad, todo lo demás estaba en su sitio, como siempre lo había estado. Nada era extraño, únicamente mi persona se encontraba distanciada de los objetos más simples. Como nadie más estaba esperando por mí, y como mi inseguridad iba en aumento, le dije a mi secretario que pasara a mi despacho para hablar conmigo, a lo que accedió de buena gana. “El tema del testamento me tiene en vilo” le dije, “¿seguro que no lo has cambiado tú de sitio?”. Me aseguró por todos los medios posibles que no lo había tocado. “No se preocupe más por el particular” me dijo, “de ahora en adelante tendré en cuenta su interés porque ningún papel se encuentre fuera de su lugar y pondré especial atención en ello. Es mi trabajo y usted me paga por él”. Después de que se hubiese declarado así sentí gran aprecio por mi secretario y decidí no ocupar mi mente en elucubraciones sobre si alguien había o no hecho lo que desconocía. Pero esta proposición duró menos que el vuelo de una mosca en torno a una habitación. Para relajarme, encendí el ordenador y consulté en internet una ley nueva que desconocía. De paso consulté también mi cuenta de correo electrónico. No tenía ningún mensaje nuevo. Perdí paulatinamente la impaciencia y consideré que, al fin y al cabo, las cosas no estaban tan mal como para inquietarse demasiado. En esto meditaba cuando me sorprendió una llamada de teléfono. Mi mujer. Me acuerdo de que me comentó algo totalmente doméstico y de poca importancia para sacarlo a colación aquí, pero el tono de su voz, en cambio, me preocupó tanto, que le pregunté qué tenía. “Nada, nada” me aseguró, y colgó el teléfono. Me quedé sosteniendo el auricular durante unos segundos, escuchando el pitido persistente de la línea interrumpida. La voz de mi mujer me había llegado como desde otra dimensión, algo semejante a cuando se recibe un mensaje de alguien que ha sido secuestrado. Marqué su número en mi teléfono para salir de dudas, pero no me contestó. Entonces volví a caer en el pozo del miedo. En un acto casi reflejo, tomé el periódico en mis manos y tropecé con la vista en la página de las esquelas. Me enfadé conmigo mismo y arrojé el periódico lejos de mí. En aquellas circunstancias, si alguien hubiera entrado de improviso en mi despacho sería capaz de agredirlo, al menos verbalmente. Me pasé la mano por la cabeza y abrí la ventana de mi despacho. Una señora paseaba su perro por el parque, que ladraba a las palomas que alzaban el vuelo a su paso. Deseé atravesar al perro de un balazo y meter a su dueña en la cárcel, solo por perturbarme con aquella visión y aquellos ladridos a semejante hora de la mañana. La señora, desde el parque, como si pudiese leer mi pensamiento

desde la distancia, me miró con un semblante que revelaba una complicidad que me desagradó hasta el extremo, como si comprendiese de todo punto lo que me sucedía. Pensé en gritarle: "¿Qué mira usted?. Me ofende con su mirada". Pero me pareció absurdo cuando reflexioné sobre ello. Aquella mujer no tenía la culpa de lo que yo sentía. Es más: su persona estaba *fuera* de la realidad que me afectaba, como si me mirase desde un país primitivo, con unas costumbres que desconocía. "Experimento extrañeza con respecto al entorno que me rodea. Es una tontería, seguramente algo que desconozco me ha afectado. Los acontecimientos más triviales me parecen sorprendentes, ilusorios, como sacados fuera de contexto. Es como si el tiempo se hubiese parado de repente, es como si…". El ruido de la caída de un elemento del mobiliario –probablemente una mesa- en el piso de arriba me perturbó como podría hacerlo un apocalipsis. Entonces comprendí que algo había terminado para siempre, pero tardé algo más en percibir el olor de la sangre del cadáver. Tengo que confesar que hasta aquel preciso instante me había sentido seguro de mi trabajo, de mis estudios, de lo que yo había aprendido en mi etapa de formación hasta llegar a ser lo que era. Me consideraba un hombre de sólidos conocimientos frente a la multitud. Detentaba un cargo de responsabilidad. Mi profesión era necesaria en una sociedad organizada, todo lo había aprendido en base a mi esfuerzo, podía tenerme por un hombre afortunado. Pero, ¿qué?, el mismo todo se diluía ahora en un desconocimiento, en una inseguridad que me devolvía a la ignorancia y al temor. Todavía ahora mismo no puedo explicar la reacción que sentí cuando tomé el periódico otra vez en mis manos y pasé la vista por los renglones escritos. Creía que estaba leyendo otro idioma. Las palabras me llegaban desde un vacío atávico y lleno de lodo incomprensible, de una patria desconocida a la que no podía acceder. "Pero, ¿qué me ocurre?. La mañana es la misma, el despacho es el mismo, el periódico es el mismo de todos los días". Lo que ocurría era que *yo* no era el mismo. Volví la vista a mis títulos y diplomas que colgaban de la pared: ahora ya no eran nada. Mi secretario entró de pronto en el despacho. Su rostro estaba lívido. Entonces comprendí como puede comprender un borracho o un loco. Habían cortado los cables de la comunicación y lo que mi secretario y yo nos decíamos colgaba en el aire sin sentido como una cabeza amputada, como una imaginación sin consistencia. Las cosas no estaban en el lugar que les correspondía. El asesinato había sido consumado.

*

DISCURSO DEL ÁRBOL

El Hombre es como un árbol en medio de la Tierra. Sus raíces profundas son la existencia hundida en el Reino de lo Invisible, en

la noche oscura e inabarcable del Origen, donde se sumergen divididas en sus extremos y unidas por la base del tronco que las vincula al Reino de lo Visible o Aparente. El tronco es el soporte visual que sostiene las ramas, cuyo conjunto forma una corona donde nacen las hojas, imagen de la Vida. Las raíces están hundidas en la Tierra o la Palabra, el referente del que parte el árbol, el sustrato de otras vidas que lo precedieron. Sin la Tierra o la Palabra no hay árbol, sin esta sustancia divina o necesaria no surge lo Aparente. Lo Aparente no es otra cosa que un resultado, una proyección de la causa que permanece oculta. El tronco es aquello que puede percibirse por medio del Sentido, lo cual está conectado con el Principio. El tronco, único y perpendicular a la Tierra, se divide en ramas o posibilidades, dicho de otro modo, en imaginación, la facultad de crear imágenes por medio de los significantes obtenidos a través del Sentido. Las ramas son, al igual que las raíces del árbol, extremidades que se dividen creando el espacio y vinculándolo entre sí a través del tronco. Pero mientras las ramas parten del significante, las raíces lo hacen del significado, elemento, este último, primordial para la obtención de los significantes. La realidad del mundo parte de ese árbol que, como una medida, lo comprende todo. Ocurre que, cuando se corta el árbol, este puede regenerarse de nuevo a partir de la raíz, pero si se le priva de su raíz, el árbol muere. La raíz del Hombre está en la Palabra. Ella es su sustancia, la materia que lo transforma en apariencia. Prestar atención a la Palabra es prestar atención al Hombre. Cuando el Hombre aparentemente está muerto, puede resucitársele a partir de la Palabra devolviéndole el significado que, como la savia del árbol, alimenta a la planta. La importancia no está, pues, en el Hombre, sino en su Palabra. Por medio de ella el Hombre vive y se desarrolla. El amor a la Palabra, a la Tierra o al Origen, es el principio de la Sabiduría.

EL DESEO

El animal estaba delante de ellos, paseándose alrededor de una pequeña presa de agua estancada. Su pelaje relucía al sol, sus fauces se abrieron de repente en un bostezo que podría ser una sonrisa. Se tumbó en el suelo caliente de la tarde y agitó su cabellera haciendo ondular su salvaje melena. Era un león magnífico.

- Mira cómo se le acercan las leonas cuando está descansando- indicó Sara señalando con el índice los barrotes que los separaban de sus predecesores.

En efecto, una pareja de hembras desprovistas de la melena característica del macho se aproximaron a él y se tumbaron a su lado, como una muestra de dependencia y de proximidad. El león

cerró los ojos y clavó sus garras en la tierra mientras se desperezaba.

- Se pasan todo el día durmiendo- dijo Joaquín con acento irónico.

Los visitantes se aproximaban a los barrotes para ver el espectáculo de un grupo de leones que hacían su vida cotidiana a la vista de unos seres curiosos e inteligentes que los observaban. Algunos niños mostraban especial interés en ellos, desobedecían a sus padres y llegaban incluso a tocar los barrotes de la jaula y a gritar fuertemente a la vista de los felinos con el fin de hacerlos despertar de su modorra. Los leones no reaccionaban, parecían estar acostumbrados a aquella situación, convivían más allá del ruido y de las interjecciones, como si ignorasen y comprendiesen todo, como si supiesen que estaban encadenados por seres superiores a ellos, cuya dominación aceptaban. Aquello que ocurría detrás de los barrotes de su celda los traía sin cuidado. A cambio de la preocupación de la Inteligencia por su modo de vida, el Instinto ofrecía indiferencia, la indiferencia de los que se conformaban con su jaula y su comida.

- Siento admiración por ellos –dijo Sara- Son tan bonitos.
- Es algo que tú ves en ellos- apuntó Joaquín- La Belleza está en ti. Tú la proyectas en lo que ves.
- No sé cómo explicártelo- confesó Sara- pero me gustan. Se mueven con una premeditada armonía, resaltan en su entorno; si no fueran tan fieros, los acariciaría y los besaría y los pasearía con un collar por la calle.
- Sería otro tipo de jaula para ellos- dijo Joaquín- Siempre sometidos a nosotros, que los consideramos bellos. Tal vez lo que nos atrae de su forma de vida sea su instinto, que nos recuerda lo que fuimos antes de despertarnos con la manzana de la Inteligencia.
- Ay, qué profundo estás hoy- manifestó Sara- Le das vueltas a todo como si no estuvieses conforme con nada – y depositó un beso en sus labios- Disfruta de lo que ves y no te hagas preguntas.
- Lo intentaré- prometió Joaquín- Trataré de ser como un animal.

Llegaron a la jaula donde estaban los tigres. Una lámina de cemento los separaba de los leopardos, y otra lámina aislaba a estos de los jaguares. En una jaula independiente yacía un puma solitario, cuyos ojos de topacio miraban al vacío. La actitud de estos felinos era muy diferente a la de los leones. No obstante, el tatuaje de su piel, el dibujo indescifrable del cuerpo de los tigres, jaguares y leopardos impresionaban al espectador tal que si se encontrase ante un lenguaje desconocido, donde la divinidad hubiera escrito una cifra mántica que incluyera el conocimiento de todas las cosas. Era una impresión, pero su vigor era tal que podía llegar a despertar un enigma.

- Tienen las matemáticas en la piel- observó Joaquín.
- ¿Las matemáticas?- preguntó Sara- ¿por qué las matemáticas?

- Ese dibujo me recuerda a los números que se combinan entre sí para mitificar la realidad, para someterla al conocimiento – dijo Joaquín- No me extraña que los magos, alquimistas, chamanes e intérpretes de las culturas primitivas hubiesen llegado a la conclusión de que todas las cantidades estaban contenidas en esos dibujos.
- Te equivocas- dijo Sara- En realidad tienen ese dibujo en la piel para mimetizarse con el entorno, a modo de camuflaje, de forma que no sean vistos por sus presas.
- Es otro modo de verlo, otra opinión- dijo Joaquín- La diferencia de las opiniones separa a unos seres humanos de los otros. No hay más frontera que la opinión.
- En parte tienes razón- asintió Sara- pero en una pequeña parte.
- Es una opinión- concluyó Joaquín.
- En una pequeñísima parte- rectificó Sara.

En un recinto vallado con alambres por los que circulaba la electricidad sin revestimiento plástico alguno, deambulaba un elefante asiático sin colmillos. Con la trompa acariciaba a otro elefantito que se le colaba entre las piernas, réplica fiel del adulto.

- Qué tierno- comentó Sara con el rostro sonriente, acercándose al cartel donde estaba escrita la ficha del animal, como un carnet de identidad que se exhibía a los ojos del curioso visitante- Mira, aquí pone que el pequeño tiene solo un año, ¡es tan lindo!. Va siempre pegado a su madre, como si formase parte de su cuerpo... La Naturaleza está llena de ejemplos de ternura y de cariño. Deberíamos aprender más de los animales.
- Es cierto- reconoció Joaquín cogiendo de la cintura a Sara- A veces el Instinto desafía a la Inteligencia. Don Quijote y Ulises son una muestra.

Se quedaron mirando el comportamiento sibarítico del avestruz, con esas patas largas y ese cuello desmesurado como el de un aristócrata, corriendo de un lado para otro y picoteando en el suelo arenoso del recinto. Contemplaron el éxtasis de la jirafa, con la cabeza siempre en las alturas, admiraron el quietismo filosófico del cocodrilo y la jactancia oratoria del hipopótamo en las aguas, presenciaron el retiro acorazado del rinoceronte, la longeva lentitud de la tortuga, las emotivas piruetas de los delfines y la sociabilidad de las focas en el acuario marino. Se persuadieron de la diversidad morfológica de aquel zodíaco de símbolos, cada cual más llamativo y extraño. Aquella diversidad parecía una prueba evidente de la unidad de todas las cosas en una sola esencia, en una materia de infinita posibilidad, moldeada por el deseo del que la observaba. Todo convergía en el Hombre como el mar donde desembocaban los ríos de lo diverso. Darwinismo, formas de formas, cuerpos de cuerpos que terminaban como una señal, una cruz en el intelecto del Hombre.

- Mira- dijo Sara riendo- Hemos llegado a la casa de nuestros abuelos.

Frente a ellos, una diversidad de caricaturas del ser humano se mostraban con su morbosa catadura de demiurgos, puente entre el Hombre y la Bestia, su oscuro reflejo. En jaulas separadas languidecían diversos géneros de simios de mirada expresiva y faz extremadamente espontánea. Tres titíes saltaban como ardillas en un árbol, una pareja de babuínos miraban impertérritos a los visitantes y recogían del suelo los cacahuetes y demás frutos secos que les arrojaban, un mandril de trasero deforme y encarnado como una llaga se rascaba la espalda impasible, cinco chimpancés gritaban al unísono con el fin de atraer la atención de los observadores y un gorila de espalda plateada, gigante sagrado, paseaba a cuatro patas alrededor de su recinto. De repente, a Joaquín se le alegró el rostro a la vista de aquellos primates que despertaban el buen humor con sus gestos antediluvianos, previos a la invención del fuego y de la Palabra.

- ¡Ilustres quirites de Roma!- exclamó- ¡Senadores de la Antigüedad!. Decidme, ¿es culpable Prometeo por comunicar al Hombre el secreto de los dioses?
- Calla, tonto- le recriminó Sara poniéndole una mano sobre la boca- Estamos dando un escándalo.
- La civilización es un escándalo- protestó Joaquín cogiendo el rostro de Sara con ambas manos y besándole en la frente, mientras ella trataba en vano de escabullirse de su abrazo- Hemos encerrado nuestro pasado en una jaula y a sus espaldas edificamos la Ciudad, olvidando que el futuro solo puede ser el pasado, que el fin es el principio. Creemos que conocemos lo que nos rodea, a lo que llamamos Naturaleza, construimos un zoológico para ella, la domesticamos y la mantenemos encerrada como si de una demente se tratase, y no nos esforzamos por comprenderla, por descubrirla cada día. No somos más que lo que vemos. ¡Pobre infierno nos hemos construido!
- Déjalo- lo invitó Sara- Me habías prometido que te comportarías como un animal.
- Perdona- reconoció Joaquín dándole un beso en la mejilla- He incumplido mi promesa.

*

El arte de deglutir- el arte supremo de la vida- consiste en aprender a hacerlo a su debido tiempo. Cuando nos encontramos sentados alrededor de la Mesa Común y ha sido extendido el mantel de la invitación, podemos contemplar la variedad de platos que se nos ofrecen, todos en compañía del pan, la base del alimento: por aquí hay una ensalada, por allí un guiso, por allá un caldo, en el extremo una vianda a la plancha, en el otro extremo un cocido, en el centro un pastel de frutas diversas muy azucarado. Nos persuadimos de la gran variedad de manjares que se nos ofrecen y comenzamos el banquete. Nuestra capacidad es limitada, pero nuestro deseo es ilimitado; quisiéramos poder probarlo todo y no llenarnos hasta

terminar, pero he aquí que esto resulta imposible, no se nos es dado, y debemos adaptarnos a la Necesidad, nuestra anfitriona. Por ello es preciso respetar la ley del tiempo, el reloj que está suspendido sobre nosotros, y que flota como el astro rey que nos otorga la luz de la existencia. Empezamos a comer. Empleamos las herramientas de la técnica – la cubertería de metal- que nos ayuda en nuestro trabajo siempre y cuando no son demasiadas y unas se obstaculizan a las otras en su objetivo primordial. Con la cuchara, el tenedor y el cuchillo trasladamos el manjar de la Mesa a la boca, del entorno a nuestro sentido. En la boca, nuestra lengua- puente entre los hombres, vehículo de la Palabra- saborea el alimento que hemos introducido en ella mientras los dientes lo dividen y la saliva de esa cavidad nocturna y húmeda lo envuelve y lo purifica y lo empuja hacia la garganta, el vínculo con el estómago, su término lejano. La garganta, como un cable o un filamento, transmite el alimento purificado a la alforja del estómago, depósito que a semejanza de la mente, transforma lo meramente informativo del exterior en conceptos, en nutrientes. El proceso es sumamente sencillo, por lo que podemos apreciar, pero también es susceptible de error o de equívoco. Si, impresionados por el deseo, sacrificamos el equilibrio a nuestra gula y devoramos con rapidez extrema los manjares en un afán de percibir todos los sabores simultáneamente, dejándonos conducir por el vértigo de la velocidad, concluimos llenando nuestro estómago antes de tener ocasión de probar la completa variedad de alimentos y de hacernos un concepto de cada uno de ellos. Por esa causa resulta tan importante cultivar la paciencia en la Mesa. Una solución o truco para controlar la gula consiste en retener la comida en la boca el tiempo suficiente hasta que pierda su sabor en la lengua, mientras nuestra saliva la envuelve o la rodea varias veces, y después tragar con delicadeza. En el arte de tragar está la Sabiduría, y en la glotonería, la mentira, la necedad o el error. La alimentación es la teoría del conocimiento. Cuando sacrificamos el deseo reteniendo la comida en la boca, nos nutrimos mejor, pues la comida llega al estómago más disuelta y dividida, y la digestión resulta por ello más fácil. Por el contrario, de otro modo el estómago no tiene ocasión de digerir todo lo que se le envía, y elabora menos nutrientes para el organismo. Si alimentarse es conocer, el comensal ha de preocuparse no por comer mucho o por adquirir mucha ciencia, sino por comer bien o tomar conciencia de una parte de todas las cosas en su cuerpo. A partir de la variedad de alimentos se constituye La unidad del Hombre; la virtud estriba en repartir la unidad en la diversidad, sacrificando la víctima del deseo. La comida es una revitalización o una resurrección de la materia que, muerta en el manjar, pasa a tener vida propia en el organismo del Hombre. De la Nada de la Mesa a la Creación del Todo transmutando la muerte en vida, este es el proceso del Conocimiento. Un tránsito de un mundo a otro, de lo viejo a lo nuevo, del olvido a la memoria. El Arte es la facultad de convertir el deseo en tiempo.

EL VIAJE

La Historia es un viaje hacia una Tierra Prometida que nunca se materializa. Durante siglos y milenios, los hombres han caminado a lo largo de un plano siguiendo una línea recta imaginaria que no tiene principio ni fin – es una duración o un afán por el dominio, una ilusión o un espejismo-. El camino se ha convertido en una constante elevada a la mitología, en un ídolo sin cabeza (pues no tiene un principio que lo rija) que preside un altar fabricado con toda variedad de metales –símbolos que han perdido su referente-. El Hombre se ha buscado a sí mismo fuera de sí, en la completa indefinición del desierto de la materia. Durante su recorrido, se ha vestido la armadura de la técnica con la que ha vencido la resistencia de los elementos, se ha labrado una espada de metal cortante y ha dibujado una cruz en su escudo a imagen del encuentro perfecto con la materia que pretendía alcanzar. Una cruzada es, pues, su viaje. Una cruzada desde Occidente, donde muere el sol, hasta Oriente, donde nace, sometiendo la Realidad a su imperio, extendiendo su lenguaje de temor y desconfianza hiriente como el filo de una espada. En esta cruzada se han edificado ciudades a lo largo del mundo, se ha conformado la *civilización,* o la sumisión de lo observado a la visión del observador. Se ha consolidado una infraestructura independiente, una máquina cuyas piezas se han unido olvidando su origen, la materia de la que están hechas. Una realidad refinada, mal llamada *virtual* se ha constituido. Este es el producto de la *civilización.* En su anhelo por someter la materia a las necesidades e intereses del Hombre, se ha sacrificado su Principio Rector, se le ha privado de vida, del vínculo con lo libre e indeterminado, se le ha cortado la raíz que posibilita la unidad de las partes con el todo. Al igual que el pescador, una vez que ha privado a los peces de su elemento, no puede conservarles la vida, asimismo el Hombre no puede conservar la integridad de lo conocido una vez que le ha privado de la sustancia de la que este formaba parte, aislándolo en el espacio. Conocer por medio de la observación, de la ciencia, equivale a matar la materia, a perder su vínculo con el entorno del que recibe su apariencia. Conocer científicamente es conocer la apariencia e ignorar la esencia o, dicho de otro modo, es no conocer en absoluto. La cruzada de Occidente, pues, concluye en el invento fallido de la *civilización.*

Pero existe otra forma de conocer, no a partir del movimiento, sino de la quietud, no a través de la observación, sino de la meditación. Este conocimiento se opone al histórico, es una experiencia que parte de las raíces que ligan el fragmento al todo, la llamada *cultura.* La *cultura,* al contrario que la *civilización,* no aísla elementos de la realidad para diferenciarlos de otros, sino que percibe a la vez el entorno como un conjunto, como un cuerpo único. No pretende dominar o someter, como la cruzada de la Historia, sino concebir la cruz- o el encuentro del Hombre con las cosas- a partir de la Nada,

del desconocimiento. Conocer de esta forma es, pues, liberarse en lo posible de todo lo percibido por medio de la observación, para entrar en la raíz que nos vincula con el universo. Si arrojamos al suelo las armas de la Historia, nos quedamos desnudos, despojados de lo que nos impide vernos a nosotros mismos reflejados en el límpido espejo de las aguas universales. Buscar lo invisible, no lo visible, es descubrir un Nuevo Mundo, un continente que nace dentro de nosotros, llenándonos de conocimiento auténtico, de Sabiduría. La dirección parte, pues, de Oriente hacia Occidente, de donde nace el sol hacia donde muere, y no es ya un dominio sino una integración. Esforzándonos en ser como una mujer virgen, libre de experiencias externas o visibles, sino internas o invisibles – del universo hacia nosotros, como un aprendizaje, no de nosotros hacia el universo, como una dominación- podemos llegar, derribando el muro de la Verdad aparente, a contemplar cara a cara nuestro propio rostro, la cruz del encuentro que es también la luz, y que todos aguardamos a través del tiempo, del completo inventario de nuestras esperanzas. El viaje es, pues, libre a nuestra elección.

*

TRAS EL CRISTAL

Hubo un hombre- podríamos decir que la Humanidad está contenida en él- que dedicó toda su vida a demostrar que podía fabricar una máquina que aboliese el mundo. El planteamiento era sencillo: a medida que se conocían los elementos, se controlaba su existencia, y se descubría que podían ser sustituidos por otros, es decir, que cualquier cosa podía ser manipulada por la mente del observador. Si el mundo era una máquina, a partir de la elaboración artificial podía reconstruirse hasta llegar a conformar otra entidad que sustituiría a la primera. Tarea difícil, aún así, posible. Para llevarla a cabo, dicho hombre se construyó un laboratorio diseñado según los estudios de astronomía que había aprendido a través de la observación por medio de una lente de cristal, elaborada para completar la insuficiencia del ojo, y recogió todos los materiales que fue capaz de diferenciar en su entorno conocido. La sutileza de su investigación hizo que no olvidara ningún elemento de los que podía recordar. Con el fin de evitar ausencias, anotó en un papel los distintos objetos que iba recogiendo, a lo que llamó *Tabla de la Ley de la Naturaleza,* y que colgó a la cabecera de su mesa de trabajo. Así pues, cada cosa que tocaba era automáticamente clasificada en los imaginarios anaqueles de aquella tabla elaborada por él. Una vez que recogió todo lo que creía que le hacía falta, se puso a combinar en lo posible aquellas piezas naturales con el fin de construir la máquina. Al principio pensó que la tarea sería extremadamente fácil, puesto que en la Naturaleza los elementos se combinaban con desconcertante simplicidad. Bastaba arrojar una miga de pan al suelo para percibir al momento cómo un grupo de hormigas separaba sus partículas y las integraba en sus organismos minúsculos, pasando a formar parte

de otra sustancia. No obstante, a pesar de su probable predicción, ocurrió que la tarea combinatoria resultó imposible siguiendo un orden improvisado, porque muchos elementos se resistían a combinarse o a agruparse entre sí, y si lo hacían, se separaban al poco rato, imbuidos de una extraña e incomprensible discordia. Ante esta situación, nuestro hombre arguyó una técnica para evitar que semejante fenómeno viniese a perturbar su experimento. Empleando su pericia, moldeó cada uno de los elementos que manejaba y a cada uno dio una forma distinta, de manera que unas formas encajaban en las otras y componían un solo cuerpo. A esta técnica la denominó *argumento,* y merced a ella conformó las primeras piezas de la máquina. Los resultados no terminaban de satisfacerle; cada pieza que fabricaba le parecía incompleta, carente de algún elemento. Así pues, nuestro hombre se dedicaba a destruir las piezas terminadas y a comenzar otras nuevas, repitiendo el proceso y no avanzando en absoluto en su investigación. Terminó por persuadirse de que semejante actitud era la causante de que no evolucionase en su trabajo, y determinó montar las piezas una a una, sin preocuparse de quedar o no contento con el resultado. Así pues, componiendo las piezas y ensamblándolas unas con otras llegó a formar la máquina, que tenía la forma de un astrolabio móvil. Pero cuando el hombre terminó su investigación, descubrió que el mundo no había cambiado en absoluto, sino que sus ciclos se repetían con la misma asiduidad que antes, como piezas ensambladas de una máquina más perfecta que la suya. Lejos de considerarse derrotado, el hombre deshizo la máquina y fabricó otra nueva con la apariencia que a él le hubiera apetecido que tuviera. Terminó por parecérsele tanto, que reprodujo exactamente su figura. Era como su misma persona en otro cuerpo distinto. La única diferencia era que la máquina no podía hablar. Su boca era como un ombligo o un sepulcro. Insatisfecho, deshizo la máquina y, sintiéndose incapaz de emprender la construcción de una réplica distinta, tomó un papel en sus manos y, encerrándose en sí mismo, escribió sus intenciones y el fallido resultado de su investigación. Al terminar, leyó el texto en voz alta. Era un poema de cuatro versos ingenuo y libre como su voluntad. Admirado, el hombre vio tras el cristal de su ventana el árbol luminoso de la Creación del Mundo.

*

FÁBULA DEL CABALLO Y EL ASNO

Para recorrer la Vida, el Hombre se confía al animal, que está sometido a su Palabra. El animal es el vehículo que lo conduce hasta su meta: el amor o la unión con el Todo. Sobre su lomo el Hombre contempla el universo, la repetición escatológica de los mismos fenómenos, el tiempo o la medida. La medida está en el Hombre. El universo es un efecto de su mirada. Pero existen dos modos de mirar: la observación y la contemplación. Ambas están representadas por

dos especies animales que se asemejan, aunque poseen características que las distinguen: el caballo y el asno.
El caballo es un animal hermoso a la vista, es el prototipo de la libertad humana. El Hombre ansía subirse a lomos del caballo, que representa el ideal griego de dominio, la Victoria sobre las cosas. Sobre el caballo, el Hombre se convierte en caballero: viste la armadura de la técnica, va armado con la espada del dominio, atraviesa el Arco de Triunfo sobre la materia, nombra la Naturaleza sometiendo el entorno a su voluntad. El caballo hace al Hombre libre, pero esclaviza a la Naturaleza, el entorno nacido de la Palabra.
Por el contrario, el asno es la imagen del ideal de Oriente. Su apariencia, al contrario que la del caballo, representa sumisión, derrota y fracaso. Pero solo aparentemente. Su ejemplar humildad no persigue colocar al Hombre sobre las cosas, sino mostrarle que su entorno constituye una mano que se le tiende nacida de la Palabra, o de la facultad de nombrar el universo. No existe, pues, dominio, sino comunicación o integración.
En el viaje de la Vida, el Hombre elige alguno de estos dos vehículos animales para recorrer su camino. Aquel que busca el dominio, se encuentra con la muerte de todas las cosas, mientras que quien elige la integración, tropieza con la continuación de la vida, con el amor o la eternidad. En saber elegir el animal que nos transporta en nuestro viaje está el arte de la Vida, el caballo o el asno, el dominio o la integración.

*

El tren, progresivo relámpago en la Noche, se desliza como un verso ruidoso. El Viajero mira el fluir de las luces de la Ciudad sepultada en la boca de la tiniebla y suspira profundamente. Tránsito.
Está solo. Con los pies encima del asiento contiguo fuma un inacabable cigarro. El silencio se interrumpe por el chasquido de los raíles.
Abre un libro. Pasea los ojos por él inexpresivamente, sin emoción ni fatiga. Piensa en todo lo que deja atrás: la unión con sus seres queridos, sus gestos que parecen irreales ahora en la distancia.
El Viajero imagina que, como todas las noches que recuerda, en esta también cantarán los grillos y las cigarras. Pero no los escucha. El tren lo aísla de su alrededor.
No duerme, pero sueña despierto. Sueña con una mujer que canta mientras la lluvia cae.

Sonrisa del tiempo.

¿Pero qué es el tiempo? piensa mientras sueña. Tal vez el tiempo sea ese tren en el que viaja, aislado, mirando por una escueta ventana el paisaje que anda.
¿Por qué tiene que viajar solo? ¿Dónde están los demás?, se pregunta. Serán ellos, piensa, parte de otro sueño que ya ha transcurrido, y ahora aguarda la llegada, el último de los sueños, cuando el tren (que es la misma noche) se detenga en la estación.

Sombra que aguarda a otras sombras. ¿Cuándo se acabará la Noche, y el libro, y la lluvia imaginada? ¿Cuándo la mujer terminará su canción lenta y triste como una piedra arrojada a un lago?
El aire se deshace en preguntas, en volutas de humo que construyen un edificio blando e inestable. El Viajero continúa soñando.
Y la Noche permanece en el sueño, y la mujer, y el libro abierto sobre el asiento del Viajero.

EL SER

El cuerpo de Miguel permanecía erguido frente a la piscina de agua templada que lo aguardaba. Estaba quieto, expectante.

- Tírate ya- le invitó Pablo desde el agua- Cuanto más tardes, más difícil te será sumergirte.

Miguel no respondió. Impulsándose en las piernas, trató de hacer una pirueta en el aire y se hundió en el agua salpicando a Pablo. Su cuerpo percibió repentinamente la diferencia de temperatura entre él y la masa líquida que lo recibía maternalmente, uniendo la materia del agua con la suya en un progresivo abrazo. El leve fragmento de su masa entró en contacto con el agua, separando láminas de cristal voluble y formando bordados de espuma como flores surgidas de aquel encuentro entre el Todo y una parte que se le agregaba.

- ¿Qué tal está?- preguntó Pablo.

Miguel sacó su cabeza chorreante a la superficie y dijo:

- Más fría de lo que esperaba.

A continuación dio varias brazadas y se sumergió de nuevo en la transparencia móvil de la piscina. Su cuerpo recorrió el fondo recubierto de azulejo blanco, donde resaltaba su perfil fusiforme que avanzaba buscando asimilar su temperatura a la del agua. Pablo permanecía en el centro de la piscina, aguardando que su compañero terminase el ejercicio.

- Ahora ya la siento un poco más caliente- dijo Miguel escurriendo su cabello en el agua.
- Todo consiste en permanecer un tiempo en ella- explicó Pablo- para que nos parezca ideal. Somos nosotros los que cambiamos. El agua es la misma.
- Quién sabe- manifestó Miguel tumbándose boca arriba en el líquido. Parecía como si hubiese recobrado la movilidad tras una parálisis transitoria, como si hubiese experimentado una curación repentina a causa del contacto con una sustancia milagrosa. La piscina de Siloé, podría pensar el lector. Regresar al movimiento donde todo se explica en base a la metamorfosis de la evolución, del cambio o de la continuidad, fusión íntegra del Ser con cada elemento que lo constituye. Parusía.
- Explícame- comenzó Miguel- ¿Has abandonado ya a tu amada concubina?

Pablo, dando una palmada en la superficie del agua, contestó:

- Si… Ya no me interesa.
- ¿A qué se debe esa decisión?- preguntó Miguel deseando entablar diálogo.
- No me satisfacía- prosiguió Pablo- En realidad creo que esa mujer nunca me había gustado… Era el deseo por lo prohibido lo que me atraía hacia ella. La fruta del cercado ajeno, es normal… El hecho de ser una mujer casada me condujo hacia ella, me hizo enamorarme y- Pablo se detuvo- por fin me he dado cuenta de mi error.

"Qué rápido se producen los cambios" pensó Miguel, "el regreso a la cordura que es locura para muchos, nuestra unión con el Ser".

- A ver, cuéntamelo todo- propuso Miguel- Estamos aquí solos. Nadie nos escucha. Puedes empezar desde el principio.
- Este cuento no tiene principio- confesó Pablo- De ahí la dificultad en contarlo.
- Pues empieza por donde quieras- aclaró Miguel- Tenemos tiempo.

Pablo asintió.

- De acuerdo, pero salgamos de la piscina- propuso- Nos estamos enfriando demasiado.

Miguel y Pablo salieron de la piscina. Después de secarse con las toallas se sentaron alrededor de una mesa de plástico, a la sombra de un sauce del jardín de Miguel, en cuya propiedad estaban. Este se ofreció a traer algo de beber. Pablo no se negó. Compartieron entre los dos una botella de brandy. Miguel propuso:

- Tú dirás.

Pablo bebió un sorbo de licor antes de comenzar.

- Verás, yo estaba bastante contento con mi situación. El marido de esa mujer trabaja fuera y casi nunca va a casa. Comprendo su necesidad. A mí, en su caso, me pasaría lo mismo que a ella… Casi todas las tardes que salía de trabajar, ella me llamaba y me proponía que la visitase. Yo no me negaba, porque como sabes, siempre me ha importado poco la moral aceptada por la mayoría. Así que, como te digo, me vestía para la ocasión y me iba a dormir a su casa. Pero una vez, cuando la abandonaba para volver a mi domicilio (aquel día no contábamos con semejante y repentina aparición) me encontré con su marido en el portal de su edificio. Él no sabía de dónde venía yo. Lo saludé entre dientes y apuré el paso. Él también me saludó. Aunque nuestro encuentro fue breve, tuve tiempo de verle la cara a aquel buen hombre. Tenía la mirada penetrante, las cejas bastante pobladas, la frente espaciosa. Solo me fijé en esas tres características de su rostro, pero me bastaron para hacer una radiografía suya que me tradujo toda su persona. Aquel individuo, cuyo nombre desconocía, volvería de su trabajo a aquella hora con la esperanza puesta en su familia – es cierto que el matrimonio no tenía hijos, pero qué podía importar- con la buena fe del que tiene la conciencia tranquila, fatigado de su deber cotidiano, lleno de ilusiones

inocentes y justas... Es cierto que se habían casado por conveniencia, su mujer no lo amaba y buscaba un sustituto para satisfacer sus instintos sexuales y emocionales, pero te aseguro que en aquel fugaz instante, cuando crucé mi mirada con la de aquel hombre cuyo nombre desconocía, lo comprendí todo. Ya no se trataba de una cuestión moral, de la violación de una ley o de una costumbre; era más que eso, era la intromisión en una vida ajena, era la inmolación de una esperanza en el altar del capricho. Da igual cómo lo mires. No me sentí un adúltero- porque ese término no deja de ser equívoco- sino un malvado, un hombre sin dignidad, un animal y no un ser humano. ¿Cómo había podido olvidar los sentimientos de alguien que era como yo, de alguien que pensaba, reía, hablaba y lloraba como yo podría hacerlo, de alguien que me había saludado como a un igual, de alguien que desconocía lo que yo sabía, los recuerdos que yo le había pisoteado a mi llegada?. Estoy hablando como un actor, pero te aseguro que fue lo que sentí cuando vi por primera vez a aquel hombre.

- Entonces, ¿ya no volviste a verla a ella?- preguntó Miguel, interesado en las confesiones de su amigo.
- No- respondió Pablo cruzando las piernas- Desde ese momento se terminó todo.
- ¿Quieres decir que la dejaste?- preguntó Miguel acariciando la cabeza de su gato blanco, que se había acercado a él mientras conversaban- ¿Y no te volvió a llamar después?
- Lo hizo- reconoció Pablo ladeando la cabeza- pero le dije como pude que no volvería, que no podía volver, que me había surgido un problema. Claro está que se puso como una furia. Le colgué el teléfono y decidí no contestar más a sus llamadas.

“La parábola del hijo pródigo” pensó Miguel, “la Historia de Occidente. El Hombre y la Naturaleza acabarán uniéndose, constituyendo una sola sustancia venciendo la Diferencia que los separa. El triángulo amoroso se romperá, la Trinidad del Ser regresará al Uno, al Principio. Vuelta a Oriente”.

- ¿En qué piensas?- preguntó Pablo, sorprendido por la introspección de su amigo.
- Estaba abstrayendo tus declaraciones, escribiéndolas en términos universales- contestó Miguel- Todo lo que ocurre es un medio de comunicación con el Ser, con el cuerpo que nos contiene. Hay más en nosotros de lo que sabemos.
- Por cierto- anunció Pablo- Mi teoría sobre lo Negativo Femenino ha caído tras romper con esa mujer. No sé como explicártelo, pero ha desaparecido. Puedes creerme.

“La señal está próxima” pensó Miguel.

- Considero que la razón por la cual tantos siglos atrás se ha idolatrado a la Mujer- prosiguió Pablo- es la propia estupidez del Hombre. Se ha visto en ella a la Belleza en sí misma, despersonalizada del objeto, flotante como una nube.

“El Hombre y la Palabra” pensó Miguel, “la Palabra sin el Hombre no tiene sentido. La Palabra está en el Hombre, no puede separarse de él”.

- ¿Me sigues?- preguntó Pablo.
- Sí- respondió Miguel- Me parece que has aprendido bastante desde la última vez que nos vimos.
- Yo también lo creo- comentó Pablo suspirando con firmeza- El Eterno Femenino que aparece en Goethe, emblema europeo por excelencia, Astarté, Venus, la Virgen María... Todas son emanaciones de la Idea platónica y griega, de la Amada sobre la luna pisando la serpiente del origen. Pero la Mujer, en definitiva, no es una divinidad, sino un complemento del Hombre. La abstracción que de ella hacemos nos puede conducir al error, cuando consideramos falazmente que está exenta del Hombre, cuando no es más que la Obra o el resultado del propio Hombre. Su finalidad, por así decirlo.
- Es como separar a la Palabra del Hombre- completó Miguel mientras su gato, de un impulso atlético, se le subía a las piernas- La Palabra está en el Hombre, crea al Hombre y a la vez es creada por él. La divinidad no es más que el espejo en donde se mira el Hombre. Pero todo depende de esa simbiosis, que constituye la raíz del universo, del mundo visible y del hades invisible.
- El Ideal Griego, la Ciencia del Ver, conforma la Separación, el dualismo entre lo Masculino y lo Femenino, entre el Hombre y su Palabra- concluyó Pablo acariciando el gato que ronroneaba sobre los muslos de Miguel- Es necesario volver a unir a través de la vida y de la experiencia esos dos entes que se han separado.
- A través de la Inteligencia- explicó Miguel- Algún día, Religión, Moral, Ciencia y Política serán solamente la Inteligencia, y todo recuperará la unidad. El Hombre y su Palabra serán lo mismo, unidos en la raíz, en lo invisible.
- Así sea- declaró Pablo- Brindemos para que el Hombre, el mundo visible, y la Palabra, el hades invisible, se consoliden en la raíz primigenia y el universo sea uno.

Pablo y Miguel brindaron.

- Resulta sorprendente llegar a la Sabiduría a partir de una simple experiencia- confesó Pablo- Me bastó dejar a esa mujer para darme cuenta de quién era yo mismo... Qué sencillo. Es magnífico.
- Rompiste el triángulo amoroso- comentó Miguel mientras bebía a la salud de su amigo- Terminaste el juego. Y comprendiste que el final es el principio. Regresaste al Ser, a tu reflejo.
- Así lo concibo yo también- insinuó Pablo- Desde que la dejé es como si arrojara un peso de mis entrañas, como si una fuente de agua cálida manase de mi corazón repentinamente. Mi tristeza se ha desvanecido. Puedo decir que soy libre, o por lo menos, así me siento.

Una ráfaga de viento se desató en el jardín. Miguel miró el reloj.

- Se está haciendo tarde- dijo- ¿Por qué no nos vestimos? El sol está declinando.
- Buena idea- respondió Pablo.

Entraron al comedor que daba al jardín en busca de su ropa.

- Podemos ducharnos antes- propuso Miguel.
- Sí, será mejor- reconoció Pablo.

Como buen anfitrión, Miguel ofreció a Pablo la posibilidad de ducharse antes que él. Su amigo aceptó. Mientras esperaba en el comedor arropado en su albornoz, Miguel meditaba en la confesión de Pablo. “El lenguaje o el Ser, la piscina donde nos bañamos, esa esfera imposible de manipular, pues no posee extremo por donde pueda asírsela. El lenguaje. El Mesías que aguardamos, la Explicación que perseguimos. Pablo, cegado por una luz en el camino de Damasco. Comprensión. El lenguaje o el Significado”.

Los rayos del último sol acariciaron el césped del jardín como una plegaria. He aquí la Noche.

Pablo regresó de la ducha completamente vestido, con el pelo mojado.

- Ya he terminado- anunció.

Miguel dejó el asiento libre. Pablo se sentó en él y tomó un periódico de la estantería. El gato maulló en el jardín, pidiendo alimento.

“Lenguaje. Ser. Nombre que está sobre todo nombre” siguió pensando Miguel mientras el sol se escondía detrás de las montañas.

POLÍTICA

LA CIUDAD

Recuerdo la plenitud de tu cuerpo extendido, tos ojos de niebla, tus manos de nieve, oh Mujer que te deslizas en mi pensamiento; no hay barrera para ti; todo son continuaciones y comas y cascadas que se borran en la curva sonámbula de tu frente, la Consumación; tú eres la Ciudad, la Morada, la Matriz, la Palabra; en ti vive el Hombre multiplicado en cada una de tus calles rectas que jamás se doblan; tú eres la Tierra, la Raíz, la Casa del Hombre, la Fuente de las aguas del Verso; tú eres la Inspiración, la Musa, la montaña o la escala que se pierde en la distancia dormida de la boca del Hombre; tú eres la canción que emerge de

sí misma, de su nostalgia encendida, luz que desvela los colores del mundo, tu amante, el que escribe y el que lee, el Yo del Padre y el Tú del Hijo que son Espíritu a través de tu materia; Inteligencia, posee, Creación, a tu Creador y ábrete como una flor resplandeciente a la libertad de su pájaro que vuela, fuego desplegado, por tu cítara vibrante, Amor nacido del huevo que tú incubaste en soledad; graba en tus pupilas el instante en el que Yo, el Amor, atravieso tu membrana temblorosa y lívida hundiendo mi pico en ella, haciendo batir las alas de mi voluntad que te alumbra como un motor canoro, como un botón invisible que tú presionas desde tu inocencia; el fuego atraviesa tus venas, acentúa el arco de tus cejas que se tensan para despedirme como una saeta o un incendio por tu piel, cáscara de belleza, perla lunar que refleja mi luz engendradora y móvil; Yo, en ti, soy el Niño que va a nacer, el Nuevo Mundo que va a surgir de la invisibilidad del mar de tus aguas; escucha mi sonido en tu vientre, Yo soy el Tiempo que habla; Yo soy el Verbo que se introduce por el sí de tu boca, yo soy el corazón que late en tu pecho, el Secreto de tu seno limpio y espacioso como gasa vaporosa; tú respondes “hágase en mí” y Yo te moldeo desde dentro como una vasija al borde de mi candor; oh Ciudad construida por el Hombre, Memoria que recoge su huella susurrada en voces fragmentarias, en predicciones y oráculos que la configuran en mitad del campo, la Noche bucólica de la Nada, oh Ciudad edificada sin cesar por las generaciones, esposa engalanada para mí, tu esposo; deja que ponga mis labios sobre los tuyos, deja que te bese y te transmita mi fuego que modelará tu forma hasta convertirla en un molde que contendrá el Mundo; tú y yo somos el universo; ábrete, puerta entre nosotros, ojos, no os canséis de mirar; dedos, sed cuerdas musicales pulsadas por mí; Palabra, pronuncia mi nombre despacio como una onda; edificaré tu techumbre dorada con hilos ardientes que fluirán hasta la Muerte; oh, la Muerte, eres tú también la Muerte, también estás rodeada de la muralla negra de la Noche, cuando termine el Instante y el pájaro del Amor regrese al Nido explosivo de la Destrucción, todo acabará; ¿qué ocurrirá cuando el Tiempo se agote, cuando llegue el Final de los Tiempos?; tú, Ciudad-Babilonia, volverás como el barro a la Nada, al campo, pero el pájaro no morirá; fénix de fuego, renacerá de sus cenizas; el Amor siempre regresa; el Amor nunca termina; una nueva Ciudad se elevará; Jerusalén surgida como espuma de los mares; volveré, volverás; seremos uno de nuevo, próximamente el Templo será restaurado, sus basas serán firmes, su canción será continuada; el Niño que nacerá de tu vientre, oh Mujer, Ciudad, Palabra, el Hombre que de ti surgirá, el Mesías engendrado por el Padre muerto, el Hijo que continuará la obra del Padre, levantará tu edificio como una bandera, separándolo de la Nada, y tú conservarás tu belleza incorruptible, serás ilimitada como un jardín sin muros, como un mar sin orillas; la Verdad, el Límite y la Diferencia se derrumbarán, y el pájaro de la Resurrección volará atravesando tus calles, de tus manos a tus ojos, de tus ojos a tus

manos, de tu boca a tu garganta; ¡Feliz epopeya, canción de la Vida!; Resurrección de la carne; el pájaro, el fuego, protegerá tu forma, oh divinidad que contienes al Hombre, raíz consciente del Recuerdo, Memoria, flor en las aguas; Ciudad, tu final es tu comienzo; Yo vivo en ti; feliz tú que me contienes mientras el verso se cierra.

*

- Maestro, ¿qué nos dices ahora, cuando ha cambiado otra vez la mitología del mundo? ¿Qué camino seguir? ¿Hacia dónde dirigir la mirada? Antes creíamos que los astros eran nuestra meta. Contemplábamos la luna y nos decíamos: he aquí el hermoso espejo que nos concibe como una Virgen inmaculada, en ti habitará nuestra imagen por los siglos de los siglos. El problema es que el cielo ya no es el mismo. Hemos pisado la cumbre de la montaña. La cumbre es inhóspita, ingrávida, desalentadora. Nos sentíamos libres cuando lo hicimos, pero experimentamos una profunda tristeza después, como si probásemos un manjar sabroso al paladar y venenoso al estómago. Nos apresuramos a edificar la Ciudad como una escalera que nos permitiese llegar hasta los Inmortales circulares y rotatorios, al Olimpo de los dioses. Éramos jóvenes, no sabíamos lo que queríamos, nos esforzábamos por alcanzar lo que estaba encima de nosotros, sin preocuparnos de lo que éramos ni de lo que hacíamos. Ahora nos sentimos viejos, desengañados. Bajamos la cabeza cuando vemos suspendidos en la altura a las estrellas y a los planetas. Sabemos que hay otras lunas, otros vellocinos, tal vez no seamos los únicos que miramos al cielo, tal vez el cielo se multiplique indefinidamente como los peces que tú multiplicaste o el loto donde te sentaste en cada pétalo, quién podrá conocer la noche. Nosotros hemos cambiado. Antes vivíamos, ahora solo recordamos. ¿Qué nos ha ocurrido? La Ciudad nos posee, es una tumba de metal sonoro. Es una tumba, porque nuestros recuerdos pululan como fantasmas por sus calles, los transeúntes se han ido borrando como sueños agotados y hay que imaginárselos para poder verlos. Ya no nos saludan. El Mito los ha eliminado. Después de haber hollado el Olimpo de los Inmortales, ¿qué nos aguarda?. Háblanos, Maestro, dinos algo, pues aquí nos hemos reunido toda la Humanidad para escucharte.

- Regresad a la Semilla.

- ¿Y cómo regresar, Maestro? ¿Te refieres a aquella semilla que tú mismo depositaste en el suelo, al abrigo de la Tierra? Ya no sabemos sembrarla, pues la Ciudad, creciendo rápidamente, ha perdido la referencia del origen. Por eso derramamos lágrimas junto al asiento que tú ocupaste, donde nos impartiste aquella

primera enseñanza. Solo recordamos lo que vino después, la subida a la montaña, el Progreso a partir de aquel Inicio. Por eso nos lamentamos ante ti, y te pedimos que vuelvas a mostrarnos el Descubrimiento, tomando la semilla en tus manos e instruyéndonos sobre cómo sembrarla.

- Empezad ignorándolo todo. Pensad que todo lo que habéis hecho no os ha cambiado. Sois los mismos que siempre me habéis escuchado. Recordad aquel número primero, el cero, del que el universo partió. Aquel ombligo perfecto era la Semilla. Volved a tomarla. Colocadla sobre vuestras manos y pensad en su plenitud.

- Para hacerlo, Maestro, tendremos que destruir la moneda, el disco de metal por la que la hemos sustituido. La moneda es plana, comprensible, pero al mismo tiempo insuficiente. Hemos grabado la Ciudad sobre ella. ¿A dónde la arrojaremos?

- Abandonadla, no la destruyáis. Ella misma desaparecerá si la olvidáis, pues no es más que una falsa copia de la Semilla. Debéis reconstruir la Ciudad a partir de la Tierra. Os lo repito: tomad la Semilla en vuestras manos.

- Sí, Maestro. Así lo haremos. Ya no creemos en la máquina, en la civilización, en el automatismo. El Leviatán del Progreso, el Ídolo de Oro, la Estatua de Sal se ha derrumbado sobre el suelo. Adiós, César, armado encima de tu caballo. Devuélvenos aquella antigua Lengua, el Mesías, que llega montado sobre el asno.

- Ese es el Mensaje. Construid de nuevo sobre las ruinas. Cuando la Ciudad ha olvidado su procedencia, resulta necesario reedificarla. Todo parte de la Tierra nocturna, el Principio, hacia el día celeste, el Fin y la Meta. Pero el Fin termina siempre en el Principio. Recordad. He aquí toda mi enseñanza. Devolved la materia a la forma. Dad apariencia a lo invisible. Solo así viviréis todos los días, en la multiplicación del Tiempo.

- Gracias, Maestro, por tu consejo. Haremos de la Semilla un templo para la Humanidad, tu descendencia. Todos nosotros somos tu Palabra.

*

Durante gran parte de la mañana, el Médico había atendido a cinco pacientes en la consulta: un joven agripado, un señor con diabetes (recién diagnosticada), una señora con infección de vejiga, otra señora menopáusica hacía poco operada de los ovarios, y un anciano con la próstata inflamada. Empezó el relato el joven que

entró primero, estornudando fuertemente y con la nariz roja y los pulmones encharcados de flemas. El Médico inició el interrogatorio, preguntándole cuándo había notado los síntomas por primera vez. “Llegué de la calle” había respondido el joven, “aquella noche hacía frío. Yo insistí en tomar unas copas con mis amigos en un pub que ellos conocían. Sabía que estaba empezando a sentir fiebre. Pero no me importó. Cuando llegué a casa se desencadenó el proceso”. El Médico lo colocó sobre la camilla y, desnudándolo de cintura para arriba, lo auscultó despacio y escuchó el concierto de sus pulmones. En efecto, un virus habitual había tomado posesión de su cuerpo. Ordenándole que se vistiera de nuevo, le recetó un antibiótico y un analgésico y le aconsejó que guardase cama durante una semana aproximada. El joven se fue sin despedirse, con decidida voluntad de no cumplir con semejantes prescripciones. La enfermera entró a consulta acompañada de un hombre de unos cincuenta años, bien vestido con americana, pantalón de franela y sombrero gris que llevaba en la mano cuando hizo entrada en la sala. Su rostro transmitía profunda indignación. “Siéntese” tuvo que decirle el Médico. El señor blandía en la mano derecha un análisis que le habían hecho hacía tres días, en el que se revelaba, a su pesar, un indicio de diabetes. “Nunca pude sospechar…” repetía incesantemente apuntando hacia el Médico. El facultativo tomó el documento en sus manos, y confirmó la fatal hipótesis de aquel señor asustado. No podía mentir. Le aconsejó paciencia. El señor salió bufando de consulta con el sombrero en la mano, al igual que había entrado. “Páseme al siguiente” ordenó el Médico a la enfermera a través del interfono. Entró una señora de una edad presumiblemente análoga a la del que se había marchado, con un dolor persistente a la altura del intestino. El Médico le presagió una infección de vejiga, y le recetó un análisis de orina. Se fue dando gracias al doctor por su amabilidad. Entró otra señora más joven, con hijos. Le contó al Médico la vida difícil- a su juicio- que llevaba, la incomprensión del marido, el trabajo que le daban los hijos. La operación que había sufrido del ovario derecho la había dejado más cansada. Ahora todo la agobiaba. Lloraba por menos de nada cuando le recordaban el parto de su segundo hijo. “No puedo con mi vida, doctor” le dijo al Médico. El facultativo le recomendó que visitara a un psiquiatra. Podía haber síntomas de depresión. La señora tardó en irse, tenía mucho que contar. El último paciente entró en consulta al borde del mediodía. Era un señor de unos setenta años que se apoyaba en un bastón y que caminaba lentamente. Después de examinarlo, el Médico lo recomendó a un urólogo que conocía. El anciano tenía dificultad para andar, le dolía demasiado la entrepierna. El doctor hubo de recetarle un medicamento de urgencia para reducir la inflamación. Cuando no quedaba ya ningún paciente, el Médico abrió la ventana de la consulta y dejó entrar el aire. “La Enfermedad” pensó, “es connatural al Hombre. Todos somos enfermos que hemos de ser curados, cada cual por una patología diferente. Pero todos somos células de un solo cuerpo. Todos tenemos una Medicina común, la Comunicación”. Pensó en todos sus pacientes, tan

diferentes y tan iguales. Podría haberles recetado lo mismo a cada uno. Después, recostándose en su asiento, “hablar es vivir” concluyó. Y terminó el relato con un suspiro a pie de página.

EL GOBIERNO

La comida está servida. Alrededor de la mesa se disponen en sus respectivos asientos los Doce Comensales que van a celebrar el Banquete. Cada uno va vestido con un color diferente que revela la individualidad insustituible de su persona. La habitación es espaciosa. El techo es arquitrabado, plano, recto y multiplicado en el espacio hasta las esquinas oscuras por las que bajan en cascada métrica las paredes inclinadas como la mente del que observa, inalcanzables, expresamente sólidas, distantes y al mismo tiempo firmes. En un extremo frente a la mesa, al fondo de la habitación, una ventana permanece cerrada misteriosamente esperando la posibilidad de su apertura. Los comensales hablan en dos idiomas diferentes: los seis comensales de la derecha no pueden comunicarse con los de la izquierda y viceversa, y dos partidos se constituyen alrededor de la mesa. Todos, mientras hablan, aguardan. ¿A quién aguardan?. Al Príncipe que ha de partir el pan entre ellos y que ha de escanciar el vino en cada copa. Ninguno de los presentes ha visto todavía al Príncipe. Cada uno de ellos habla en su idioma sobre el posible rostro que tendrá el Príncipe cuando llegue. Unos esbozan una fisonomía triste, humilde; otros una alegre y vigorosa. No están de acuerdo en la apariencia externa del que vendrá, pero sí en su función o en su potestad. El Príncipe será el que distribuya el alimento entre ellos, dando a cada cual lo suyo. Por eso aguardan pacientes su llegada, mientras hablan con la comida en la mesa en la habitación del Tiempo. Cuando alguno de ellos, impaciente, se adelanta para solicitar por sus manos su parte en el Banquete, los demás le reprochan su actitud y le infunden paciencia y reposo. La habitación, iluminada por una débil luz que emana de las paredes, se encuentra prácticamente a oscuras. Algunas de las miradas se dirigen a la puerta situada frente a la mesa y también frente a la ventana del fondo. Cuando se abra la puerta, el Príncipe llegará. De pronto se abre la puerta, entra un hombre alto y de mirada oblicua. Todos se levantan para saludar al Príncipe, pero el que acaba de entrar, ignorante de aquel saludo y de aquel banquete, gira sobre sus pasos y se va por donde ha venido, la única salida posible, la misma entrada. Los comensales quedan defraudados en su esperanza, pero solo por un momento. Todos saben que el Príncipe, al final de la espera, tendrá que llegar. La puerta se abre de nuevo. Un hombre bajo, con el rostro cubierto, entra en la habitación. Sin decir nada, se coloca en medio de los comensales y se descubre. Su mirada desprende paz. Es el Príncipe. Los comensales hacen ademán de levantarse, pero Él los invita a que no se muevan de sus asientos. Tomando el pan en sus manos, lo parte y lo adjudica a cada uno. Hecho esto, eleva la crátera de la mesa y escancia el vino en cada

vaso, hasta llenarlos todos, incluido el suyo. Después, antes de empezar a comer, abre su boca y recita:

El alimento es Uno
para todos los que viven;
Uno solo es el que parte
y Uno solo lo partido.

Seamos ambos el Mismo,
el que habla y el que escucha.
La comida es la Existencia,
la Palabra es el Banquete.

El Final en el Principio
se contiene como el fuego
del silencio que es la Luz,
de la Nada que es el Todo.

Gloria al que ha abierto la puerta
y ha unido lo diferente.
En Mí vivís, yo que hablo;
en vos yo vivo, que escucháis.

Finalizado el canto, los presentes empiezan a comer. El Príncipe se aproxima a la ventana de la habitación, y, separando sus contraventanas primero y después los cristales, introduce el paisaje del exterior en ella. Una esfera opaca y lisa como un espejo refleja desde afuera los rostros de los comensales. La esfera gira alrededor de un eje invisible. Es la Música, la Perfección o el Pleroma. El Príncipe, terminada su parte en el Banquete, se levanta de su asiento y, señalando la esfera que gira, la atrae hacia sí, la sostiene sobre su dedo índice e, introduciéndola en la habitación, va nombrando cada una de sus partes. Así habla, empleando siempre el verso en su discurso:

Esta es la esfera de la Naturaleza,
vuestra mente: lo que érais, lo que sois, lo que seréis.
Cada parte es un camino por el que alcanzar el Todo,
y el Todo es la fiesta del Nombre, nuestra celebración.

El Príncipe deposita la esfera de la Naturaleza sobre la mano derecha de cada uno de los comensales a modo de ofrenda. Ellos la sostienen durante un breve transcurso de tiempo y se la devuelven al Príncipe, quien la eleva sobre la mesa y la coloca en el techo, a modo de lámpara. La habitación se llena de una luz intensa y floreciente que otorga a las vestiduras de los comensales un color distinto al de su semejante. El Príncipe abre su boca para hablar:

La Naturaleza es mi cuerpo,
su luz es mi sangre.
Comed y bebed en su presencia,
en la habitación del Tiempo.
Cuando yo ya no esté entre vosotros,
 restaurad el Banquete en el silencio.

Todos miran al Príncipe, pero él les invita a que no se muevan y a que presencien lo que va a hacer, pues eso es todo lo que les pide, que lo dejen marchar después de haberlos servido. Ellos ven cómo el Príncipe se cubre de nuevo la cabeza y, dándoles la espalda, sale por la puerta de entrada. Ellos se quedan tristes, pensativos y estupefactos por el tránsito del Príncipe. Acatando su petición, prosiguen el Banquete hasta terminar sus respectivas raciones. Después de la comida, todos vuelven a la vigilante espera como antes de la llegada del Príncipe. “¿Alguna vez volverá?” se preguntan. Mientras la preocupación los posee, surge delante de ellos la Aparición. Una Mujer vestida de fuego permanece sentada en la silla del Príncipe. Los rostros de todos revelan profundo asombro por la magnífica belleza de la Mujer. Su cuerpo es una canción, una réplica humana de la esfera de la Naturaleza. Ella coloca el dedo índice sobre la boca, invitando al silencio, y dice:

Soy la Palabra,
la Imagen, la Idea
del que se ha ido;
su Obra perfecta.
Nací de su boca
cuando pronunció
la unidad de todos
en un solo cuerpo.
Llamadme Memoria,
Belleza, Semilla.
Soy la Democracia,
el vínculo vuestro.

Entonces los comensales la admiran contemplando su cuerpo dividido en miembros que se multiplican, que se reproducen derivando unos en otros hasta perderse en el comienzo. La Memoria deriva en un esfumato que se funde en el paisaje transparente que deja ver la ventana abierta. Los comensales miran de nuevo la mesa. En cada plato hay un pedazo de pan cortado, restitución del anterior, y los vasos de vino están rebosantes. Los comensales miran la lámpara esférica que los ilumina y escuchan su sonido vibrante, pleno, hasta dormirse en él. Y sueñan que la comida se repite en la misma habitación, mientras aguardan la venida del Príncipe.

*

¿De dónde emana el Gobierno? ¿De arriba o de abajo? ¿De la tierra o del cielo? ¿Del Hombre o de Dios? Para Don Gregorio, el Gobierno consiste en pulsar el botón maquiavélico de su mando a distancia. En la pantalla de su televisor se cifra el mundo de los hechos y de las posibilidades. Don Gregorio es un hombre solo aparente; únicamente le preocupa lo que puede llegar a ver. Como Luis XIV de Francia o Ciro de Persia, se considera soberano absoluto de su destino. En la persona de Don Gregorio se cifra toda una corriente de pensamiento: la teoría griega del universo limitado, según el cual – como demuestra la filosofía de Hegel- la ciencia o el conocimiento humano puede llegar a someter todo a su arbitrio, a dominar el objeto desde la voluntad del sujeto. El imperio romano, antecedente de Europa – metrópolis del mundo- es el resultado genuino de la mentalidad griega. Don Gregorio representa esta errónea convicción. Al igual que Napoleón o César se considera Emperador de lo Visible, vencedor de la evolución y campeón del progreso. La concepción lineal del universo le permite imaginarse que, a través del referente técnico ha conseguido avanzar en el conocimiento del objeto, cuando lo único que ha logrado ha sido desplazarse en su ignorancia. Con el fin de someter el mundo a su voluntad –en lugar de aceptar la voluntad del mundo- el *ánthropos* griego (llamémoslo así) desarrolla mitos sucesivos que pretenden el objeto en una cápsula superficial de conocimiento. Así, partiendo de las Teogonías de Hesíodo podemos llegar a la física de Newton o a la de Einstein, donde cada vez se va matematizando en mayor medida lo visible, hasta llegar a constituir un simple número, triste reducción de lo existente y expresable por medio de la Palabra, su Significado. Vivimos en la era de los comprimidos, donde la realidad se nos dispensa en forma de pastillas que hemos de ingerir después de cada comida. La Palabra contra el Número. Esa es la misión del escritor. Mostrar nuevamente cómo se nombra el objeto, unificarlo todo en una sola Idea, restaurar el templo del Hombre, que es el lenguaje en el que se expresa y en el que habita. Desmitificar, acabar con los comprimidos. Conseguir que Sujeto y Objeto sean lo mismo. Dios se hace Hombre; el Hombre se hace Dios. Reino visible y reino invisible son uno en el universo. La carne se vuelve transparente hasta convertirse en alma, hasta transfigurarse, y el alma engendra la carne. El dragón toca con su boca la punta de su cola. Todo empieza en el origen, en la Nada donde termina. La Naturaleza es una esfera que está en nuestra mente. El acuerdo de la voluntad del Sujeto con la del Objeto es la Sabiduría. El cadáver de lo antiguo es resucitado por el aliento de lo nuevo.

Don Gregorio, el burgués acomodado, el habitante de la Ciudad que desconoce su origen, el Hombre que representa el ideal griego de dominio y de control sobre las cosas, vive suspendido en la necesidad de pulsar un botón automático. El botón absorbe su vitalidad, lo posee como un demon o un espíritu ajeno a él. Ignorante del sentido de la Justicia, la balanza que equilibra el Sujeto con el Objeto, el corazón con la pluma, se distrae en la velocidad vertiginosa de las imágenes televisivas – apariencia matemática del universo- que se

suceden en la abstracción de los cables numéricos del imperio y del progreso. Don Gregorio desconoce la Palabra y vive como un espectro en el horizonte de los mitos. La máquina- su argucia técnica, el ardid de Ulises- lo termina poseyendo, se rebela contra él y lo absorbe en su estructura. Don Gregorio es una pieza más de la máquina, ya no es el hombre que pulsa el botón, sino el mismo botón pulsado por la misma máquina, por la invención que lo devora y lo asimila, cazador caído en su propia trampa.
El palacio de la Razón está en llamas; el Hombre se resiste a creer en que la máquina no constituye la solución a sus enigmas. Solo mediante la Palabra es posible restituir lo perdido, nombrando de nuevo las cosas, celebrando ininterrumpidamente el Banquete del Origen, el Génesis del Amor y del Tiempo.

LA GENTE

I.- LA TRAGEDIA

El público llena las gradas del coliseo, vistiendo el anfiteatro de ruido y de colectivo fervor. Millones de personas conforman el Espectáculo, donde el sentido –principalmente la vista- detenta un papel preponderante. Un bosque de cabezas juegan a pensar en grupo, a actuar como neuronas de una misma masa cerebral, a confundirse en el oleaje de las algaradas y los aplausos. El pueblo quiere divertirse, olvidar por unos instantes mágicos su individualidad ontológica, sumergirse en los abrazos de sus compañeros, unificar la música en una sola nota. “¡Bravo!” gritan dos hombres de rostro borrado desde las alturas, con una impresión de entusiasmo irreprimible, instintivo, cálido; “¡Hurra!” le hace eco un niño subido sobre los hombros de su padre que lo sostiene como un cartel encima de la multitud vociferante. Un hombre joven que no toca el suelo con sus pies, levitando en la velocidad, reparte a módico precio un cuerno de palomitas de maíz. Una señora lo detiene con el brazo levantado, blandiendo la billetera y señalando su asiento entre sus semejantes. “Olé” exclama un anciano arrojando su boina al aire. “¡Eso es! ¡Ahora! ¡Dobla el capote!” indican cuatro señores de la séptima grada. “¡Hagan el favor de sentarse de nuevo, no me dejan ver!” protesta un señor calvo justo detrás de los que gritan. Resulta imposible utilizar el tiempo pretérito en los verbos, porque todo sucede en el presente. Parece como si el mismo tiempo, como una columna torcida, ya no pudiese soportar el peso de los objetos. En aquel momento, mientras se desarrollaba el Espectáculo, podría estallar el mundo visible como una bomba y nadie se daría cuenta lo más mínimo del cambio de las cosas. Todas las miradas estarían clavadas en el punto de mira del centro del anfiteatro en tanto que el entorno se desvanecería en una lluvia de langostas apocalípticas. El Espectáculo ata las pupilas de la humanidad que lo

presencia a un círculo de fuego que permanece en movimiento constante, hipnotizando la atención, elevando una víctima resplandeciente entre la gente, un sueño que se desnuda sucesivamente como un chorro de agua. El público siempre mira en la misma dirección. En la arena lustral del centro, un hombre y un toro se enfrentan en un combate cuerpo a cuerpo. El hombre contra el animal, el aire contra la tierra. El torero toma el capote donde aparece bordado el símbolo de la vida: rojo deslumbrante, púrpura de fuego que muestra al toro como un abanico desplegado, como el pabellón de una oreja que asimila la música de la multitud. El animal duda, araña el suelo y embiste la parodia volátil del capote, que se eleva por encima de la media luna de sus cuernos burlados, y el movimiento lo desplaza más allá del torero, quien, en arrebato de gloria, saluda a la multitud con la montera en la mano. “¡Olé!” se oye desde todos los puntos del anfiteatro. El torero sonríe, camina ágil por el ruedo como un bailarín, triunfante, sobrecogido por el aplauso. El toro, lejano y cansado, resopla y bufa mirando al suelo indeciso, mientras goterones de saliva resbalan por las comisuras de su boca. “¡Otra! ¡Otra!” pide el público animado por la emoción y la victoria. El torero recoge su capote, lo alisa y, colocándolo debajo del estoque, lo prepara para una nueva acometida. La gente no existe más allá del torero, todos *son* el torero. “¡Dale otra lección!” grita una mujer levantándose en la primera grada. El toro se ha recuperado. Bajando los cuernos y moviendo la cabeza, amenaza al capote que lo enfila impasible, liso y encendido por el entusiasmo. De esta vez, el toro calcula mejor su desbandada y coloca el hocico frente a la mitad simétrica del capote. Se lanza de nuevo como un trueno a su objetivo. Pero de nuevo, el torero, más ágil que él, recoge el capote en el instante preciso en el que el toro lo toca con la punta de los cuernos. “¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!” exclaman miles de bocas al unísono. El torero vuelve a sonreír. Ha sido capaz de engañar por segunda vez al toro utilizando el mismo truco. El animal, jadeante, busca un lugar donde tumbarse para descansar del esfuerzo realizado, pero la arena es inmisericorde; su uniformidad no consiente esperanza. El torero repite el ritual. Se sitúa enfrente del toro y le ofrece de nuevo la falsedad del capote. “¡Eso es! ¡Otra más!” grita la gente enfurecida, nunca saciada con el fin del Espectáculo. En las gradas, hasta los ancianos parecen recuperar por unos instantes el vigor de la juventud. Alzándose sobre los asientos, agitan las manos en el aire y animan al torero quien, seguro de sí mismo, aguarda al toro vencido. Con el brazo extendido agita el capote y lo presenta liso ante el animal exhausto. En un último esfuerzo, el toro se encoleriza y avanza, pero, en ese instante, algo cambia en la plaza. El torero ve, sobrecogido su corazón, un gran reloj sin agujas que se precipita sobre él. Sintiendo un temor que le paraliza los miembros, retrocede ante la imagen del Tiempo, ese leviatán sordo, que camina hacia su encuentro presidido por la marcha funerala de su tic-tac siniestro, donde se recrea todo el horror de la Destrucción, de la Desintegración del espacio. “¡Atrás!” grita la multitud en las gradas. En la arena del anfiteatro ya no están

el toro ni el torero, sino una mancha de sangre que se va extendiendo como un anatema. Las interjecciones de la multitud se enfrentan unas a otras. Todos juntos crean la confusión. “¡Lo ha cogido!” grita un hombre de facciones afiladas y de boca pequeña. En la arena, un largo madero se levanta con un moribundo colgado en él. Las mujeres, haciendo un gesto de repulsión, se cubren la cara con los abanicos. La gente parece haber enloquecido. “¡Mátalo! ¡Mátalo!” exclama un niño que mordisquea un helado medio derretido. “¡Apártense!” clama un grupo de hombres que transportan unas angarillas entre el público. “¡Qué asco!” grita una mujer abrazándose a su marido que mira la arena impertérrito, en un gesto varonil que asocia valentía y piedad. El sector de la última grada sigue gritando acaloradamente. La arena ya no existe. El Espectáculo se resume en un hombre que, sentado sobre una silla, derrama un funesto caudal de lágrimas mientras se cubre el rostro con las manos.

II.- LA FÁBULA

(En la sala de cine, Joaquín y Sara asisten a la proyección de la película “La Máscara de la Revolución”. En la primera escena – la que presencian ahora- un enmascarado en primer plano presenta un escenario en el que se levanta una guillotina y en la que aparece un individuo coronado al que la multitud cerca, arroja su corona al suelo y aproxima a la guillotina, donde el verdugo – el mismo enmascarado- le ordena que introduzca su cabeza por el orificio inferior de la misma. La multitud guarda silencio mientras un tambor militar suena. La cabeza cae a un cesto cortada por la cuchilla y profiere una última palabra: “Memoria”)

SARA: Me parece demasiado siniestra la escena… La guillotina, la cabeza cortada...

JOAQUÍN: Espera, no se puede hablar hasta el final.

SARA: De acuerdo. Esperaré.

(La pantalla se apaga por un instante. Comienza la segunda escena. Aparece una sala de un Parlamento, donde los diputados con peluca se sientan en sus respectivos escaños. Un hombre sube a la tribuna y profiere un discurso sobre la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, columnas de la civilización. “Ningún hombre puede ser privado de sus derechos inherentes, que le pertenecen desde su concepción” recalca. El hemiciclo aplaude. El Presidente de la Cámara, quien se sienta en un lugar preeminente…)

SARA: Esto ya está mejor. Más organizado.

JOAQUÍN: Todavía estamos en la segunda escena. Aún queda más de la mitad por ver.

SARA: Yo me conformaría con que el final fuera este.

JOAQUÍN: Escucha…

(… dirige la mirada hacia el auditorio y pronuncia un nombre desconocido entre los diputados. Todos miran al enigmático representante de la Nación que sube a tribuna. Es el mismo enmascarado de la primera escena. Indica la necesidad de aprobar un texto legal para la Nación que recoja los principios fundamentales que ha mencionado el anterior representante. La unanimidad de los diputados respalda la propuesta. El enmascarado abandona la tribuna. Se levanta la sesión. Después de un lapso intermedio que no aparece representado en escena, se vuelve a reunir el hemiciclo y el enmascarado – ahora presidente de la Cámara- presenta un folleto en el que recoge la Constitución redactada por los miembros del Parlamento. Los diputados votan a mano alzada. El 95% de los presentes aprueba por mayoría la Carta Magna, donde se recogen los derechos de cada individuo independientemente de las circunstancias de su existencia. Todos los presentes juran la Constitución y prometen cumplir y hacer cumplir sus prerrogativas. Se disuelve el Parlamento. Fin de la escena)

JOAQUÍN: ¿Qué te ha parecido? Todo perfecto, a mi juicio.

SARA: Sí. No hay nada que objetar… ¡Qué diferencia con la sangrienta escena del principio.

JOAQUÍN: Tal vez fuese necesaria. Pero aguarda, a ver cómo se desarrolla todo en la última escena.

(La tercera escena se abre en un campo de concentración, con la sombra del edificio en ruinas del Parlamento al fondo. Miles de hombres, mujeres y niños aguardan detrás de un telón de acero a que se pronuncie un juez que está sentado frente a ellos y que los mira desde sus anteojos distantes, mientras garabatea signos en un papel. Un escuadrón de soldados se interpone entre el juez y los ajusticiados. Se escucha la explosión de una bomba al fondo de la escena, entre las montañas. Un niño trata de plantar una flor de hierro en el suelo, modelando en el mismo material, con ayuda de un yunque y de un martillo, unas diminutas raíces. Desde el campo de concentración, los rehenes piden a gritos al juez que dicte su veredicto, pero este no los oye. Mientras tanto, un soldado dispara a otro y le atraviesa el corazón. El soldado herido cae y de su aliento moribundo surge una nube negra que inunda de tinieblas la escena, de modo que no se puede ver ya el campo ni el juez. En primer plano, el enmascarado de las dos escenas anteriores reaparece, se arranca la máscara y descubre una calavera por rostro. “Este es mi reino”

dice, y se introduce en las tinieblas que lo abrazan. La película termina)

SARA: ¡Qué final más desconsolador!

JOAQUÍN: La verdad es que sí. Pero hay algo que no logro comprender… La identidad del enmascarado no ha sido revelada. Detrás de una máscara había otra.

SARA: Tal vez sea ese el sentido de la película. El enmascarado era la revolución, creo yo.

JOAQUÍN: Ilusiones de la pantalla…

(La pareja formada por Joaquín y Sara abandona el patio de butacas. La oscuridad del abandono se extiende por la sala)

III.- EL CHISTE INFINITO

Hubo una época en la que un hombre predicó la Palabra. Esa Palabra abolía el tiempo, la sucesión de los hechos que cambia de forma perpetua la faz de lo existente. Sus contemporáneos no lo creyeron y, para demostrar su hipótesis, lo mataron y exhibieron su cuerpo en el extremo de un poste. “Nunca volverá a la vida” se dijeron, “el tiempo seguirá su curso”. Para conmemorar su victoria sobre la Palabra, celebraron una fiesta como señal del día en el que lo habían sacrificado. “El día del cambio” lo denominaban. Cuando los autores de la muerte del predicador regresaron a la tierra – es decir, murieron- sus descendientes continuaron celebrando la fiesta de la victoria del tiempo. “Nuestros padres instituyeron el sacrificio este día” dijeron, “nosotros lo continuaremos”. Así pues, estrenaron obras teatrales en las que se representaba la muerte del predicador e hicieron fiestas en su honor. Cuando estos celebrantes murieron, la siguiente generación continuó la tradición de la fiesta y de las representaciones, y cuando esta desapareció, la continuó la siguiente, hasta que el tiempo fue destruido en cada generación por la memoria de la Palabra y el predicador resucitó en la persona de cada uno de los celebrantes.

EL TERRITORIO

“Buscamos un hogar en la Tierra” pensaba Alfredo Gracia al bajar del autobús que lo conducía de nuevo a la calle, “En la Tierra gravitan las obras derivadas de nuestros pensamientos. Es un modo de decir que estamos condicionados por nuestro pasado, que estamos inmersos en el tiempo y que regresaremos desde el futuro

otra vez al pasado, que nos recogerá y nos devolverá la vida. No sabemos cuál será la naturaleza de esa vida porque nuestro pasado íntimo lo hemos olvidado, reminiscencia necesaria para ejecutar la acción del tiempo, pero sabemos que todo está destinado a repetirse, porque nuestra lógica –que es a la vez la lógica del universo- así lo exige. El mito, el cuento, la Narración del Tiempo, el avance que es retroceso, la técnica que es ignorancia, ese relato nos condiciona a ser parte de él, a comportarnos como personajes históricos. Pero si supiésemos entender la historia, que no es más que un resultado, y aprendiésemos a deducir de él su causa, el significado de nuestra conciencia, que engloba el significante de lo visible" en ese instante una señora con un sombrero ridículo se cruzó delante de él, "podríamos entenderlo *todo,* absolutamente *todo* a partir de nuestra lógica, que es una mano tendida a la lógica universal. Sé que mi vida es un principio inagotable, como la vida de aquel que puede ser consciente de mi existencia, del que puede leer mi devenir como en un libro abierto. Estoy seguro de que otro hombre interpretará mi vida, y otro hombre interpretará la vida del que me interpreta, y así hasta finalizar en el cuerpo sólido de la Causa. ¿No buscamos un punto firme en el universo en el que apoyarnos, como en un bastón, sosteniendo la fragilidad de nuestra conciencia, que es la masa blanda de nuestro pensamiento? Debemos reconocer que unos en los otros, por medio del artefacto de la sociedad, buscamos una raíz desde la que levantar nuestra conciencia, que es pura imaginación fabricadora del relato, del mito, de la historia. ¿Dónde está esa raíz?. Esa opinión es la que nos diferencia a unos de otros. La opinión, como afirmaba Epícteto, es la controversia. Cada uno busca la raíz en algo distinto. Solo hay dos direcciones, seguir pasivamente la historia o desvelarla a partir de sus símbolos. Entender la vida como una parte o como un todo acabado. La Tierra" siguió pensando mientras veía cómo una mujer conducía un carrito que transportaba a un niño que reía y jugaba "La Tierra. La Tierra empezó siendo este planeta, y terminó extendiéndose al sistema solar, a la galaxia, a la nebulosa, y seguirá extendiéndose a medida que nos vayamos distanciando de nuestros comienzos. La Tierra es el Principio. Solo hay un Principio. La raíz o lo invisible, aquello que no puede sentirse, sino deducirse. El Dios de nuestros padres, el punto final del relato que se identifica con la Causa, reside dentro de nosotros. Solo hay dos caminos para encontrar la raíz o el origen: el externo, o el de las cosas, y el interno, el de los fundamentos. El externo es el que siguen la mayoría de los hombres, es el camino fácil, el de nuestra animalidad, el del mal según la moral, el que nos vincula a lo que vemos como si apreciásemos la realidad detrás de una pantalla, pasivamente, lejos de nosotros. El camino interno, el difícil, el del bien según la moral, el de nuestra Inteligencia, es el que nos introduce en el centro de las cosas, el que nos muestra la fuente y no el río, el que nos explica el Génesis de lo que vemos, atribuyéndolo al motor oculto en nosotros. *Conócete a ti mismo* dice el griego, pero tú eres la suma de lo que ves y de lo que piensas. El oriental, al contrario, parte del entorno antes que de él. El camino recto consiste

en percibir el todo a partir de la nada, en percibir, antes que la presencia, la ausencia de las cosas, en vaciarse de todo contenido para permitir que la Sabiduría, por su propia naturaleza, llene el vacío que nos hemos fabricado", un joven con gafas paseaba a un perro de color pardo que olfateaba la acera de la calle buscando algo. Alfredo interrumpió su argumentación para mirar la calle, que se iba cubriendo de modo paulatino por una capa de luz solar. "El camino de lo externo" continuó " es el tránsito a lo largo del desierto en busca de la Tierra Prometida. El desierto viene a ser la técnica, el control de la Naturaleza, la opresión del botón olímpico de la comodidad y del bienestar. Por esa vía nunca alcanzaremos un oasis, sino espejismos que nos distraerán, haciéndonos imaginar que estamos más cerca de nuestra meta. ¿Qué son sino esos inventos de los que hace gala la ciencia?. La locomotora de vapor, el teléfono, la computadora". Se aproximó hacia un extremo de la calle en la que había un pequeño parque donde levantaban la copa algunos árboles y en cuyo adoquinado dos niñas jugaban a saltar a la comba. "Me imagino un ordenador desenchufado, abandonado en un pantano en el corazón de la Naturaleza, como el residuo de una arquitectura perdida, delirio de la civilización, que ha sido profanado por la vegetación y la fauna. El musgo y los líquenes recubren su superficie, una raíz de mangle atraviesa la pantalla por la mitad, el procesador aloja un hormiguero en su seno, ramas lánguidas de madreselva y de hiedra dividen el teclado y pequeñas ranas croan encima de las teclas muertas. El entorno va destruyendo como un lento explosivo el mausoleo de nuestra vanidad, y la materia celebrada del metal y del plástico se reintegra a la tierra, a la rueda del comienzo. ¡Estéril viaje el de las apariencias!. La forma, acabada onda de agua, regresa a la uniformidad del líquido de la vida. Cada grano de arena, imagen del tiempo, se divide en partículas que son otros tantos granos que forman la extensión del desierto. Un grano de arena multiplicado por el espacio conforma el desierto. La técnica se desintegra en el origen. No alcanzaremos jamás la Tierra Prometida por nuestra vanidad por el camino de lo visible o de lo aparente". Alfredo oyó el ruido entretejido por las bocinas de varios automóviles, que permanecían capturados en un formidable atasco. "Por el contrario, si cerramos la puerta de lo visible, abriremos como un resorte la de lo invisible, el mar de lo Desconocido se desplegará ante nosotros, camino de la posibilidad, y guiados por la cresta de las olas realizaremos el Descubrimiento". Alfredo hizo un esfuerzo por imaginar la llegada de los primeros europeos al Nuevo Mundo. "Las tres carabelas sobre el mar absoluto de la incertidumbre, el tiempo desplegado en su líquida incógnita. Después de varios meses sin avistar tierra, los marineros- los sentidos del hombre introspectivo- se rebelan contra el capitán – la Inteligencia- y desconfían de sus directrices, esperando ocasión para tomar el mando de la nao. El capitán, consciente de la situación, pues se le han terminado al barco las provisiones –las apariencias de lo sensible-, reza a la divinidad –el tiempo- para que una ínfima isla se les presente en su viaje, al menos para calmar la turbación de los marineros. El capitán pone su

esperanza en la divinidad- la Palabra que es el tiempo y el lenguaje- y en su firmeza confía. Así, en tales circunstancias, el vigía, un día de madrugada, anuncia la presencia de la tierra que se abre como la Salvación ante ellos. El capitán da gracias a la divinidad y ordena el desembarco. Pero he aquí que la tierra que pisan está habitada. Hombres y mujeres desnudos, de tez oscura y mirada inocente se les presentan inquietos y temerosos. El capitán los bendice y les entrega sus pertenencias –la experiencia acumulada a lo largo del viaje-. A cambio, los habitantes de la tierra les muestran al capitán y a los marineros objetos nunca vistos por ellos, una Naturaleza deslumbrante y exótica que colma todos sus anhelos. Con desconcertante y alegre sorpresa, el capitán y su tripulación comprueban que la tierra que han descubierto no es una isla, sino un continente – el universo o la absoluta posibilidad del lenguaje que, como un niño recién nacido, los saluda con balbuceos originales- y ellos, en perfecta hermandad con lo que admiran, olvidan pronto el viaje y las amarguras y lágrimas sucesivas del mar y se quedan en el nuevo continente para nombrar todo aquello que surge ante ellos. Este es el auténtico camino del conocimiento, descubrir la tierra en la meditación y el silencio". Un individuo con sombrero que leía un periódico que le tapaba la cara se tropezó con Alfredo y después de haber pedido perdón y de haber recibido dispensa prosiguió su lectura y su paseo. "Si tuviéramos confianza, fe en nuestras posibilidades humanas, todas las montañas se allanarían a nuestro paso. ¿Qué es el hombre ante la magnitud de lo existente? Es su centro, su ombligo y su manantial. Dondequiera que haya un hombre, como yo o como cualquiera, allí está EL HOMBRE, la humanidad intacta, la fuente de la existencia. En efecto, la existencia entera, ese templo cuya clave de bóveda es la misma distancia, nace como un río de la fuente humana, de su mirada providente. Dios es el hombre elevado a la magnitud infinita de la existencia. Su trono reside en nuestro corazón, su voluntad es nuestra esperanza. El universo, en dos mundos dividido (los dos caminos de la vida humana: el de la apariencia y el de la esencia, el suelo y el cielo, el abajo y el arriba) es un albergue para el pensamiento del hombre. La Tierra, la Nación, la Patria son el universo, el territorio, resultado de la Causa que somos, medida exacta del Ser". Alfredo se sentó en un banco de la calle y contempló la precisión atávica de los movimientos de los transeúntes. "Si todos despertásemos al mismo tiempo, y nos apercibiésemos de que la diferencia entre nosotros no existe más que en la apariencia, si entrásemos dentro de nosotros al lugar en donde brota la fuente del amor, la bebida que nos vincula unos a otros como células de ese Dios que somos TODOS, el muro de la Verdad aparente, de la diferencia y del tiempo (incluso el tiempo) se derrumbaría ante nuestros ojos e, inmediatamente detrás, veríamos la Parusía, la mónada perfecta de nuestra imagen. ¡Oh humano, por qué te encierras en un fragmento relativo, en un cuerpecillo que te aísla de tu Palabra, de tu Destino, de tu Patria intensa y viva; por qué no te levantas y echas a andar poniendo en tu corazón una rama de olivo, por qué no hablas como una trompeta y guardas la noche en tu

bolsillo, encendiendo el sol en tu interior para que alumbre tu sangre!”. Se puso de pie y comenzó a caminar contando lis adoquines de la acera “La Nación es un término abstracto, cambia según el hombre avance o esté quieto. ¿Dónde nace el hombre? En ningún lugar concreto. De pronto es arrojado a la existencia, como una piedra lanzada desde el cielo. A medida que crece y se integra en la familia –que es cualquier sociedad que se imagine- se va vistiendo de concepciones, de apariencias, hasta que termina confundiendo la apariencia con la esencia. ¡Guerra a la Diferencia!. Solo librándonos de su argolla podemos caminar unos junto a otros, hasta confundirnos como gotas de agua en un mar omnipotente. Podemos construir a Dios si nos unimos, si conseguimos que las ideas que pensamos se enlacen en una única Idea que sea el universo. Desde el Pensamiento, ahora mismo, podemos abrazarnos y saludarnos; desde el Pensamiento que se expresa por medio de la Palabra”. Alfredo experimentó una inagotable alegría al llegar a esta conclusión. En cada individuo que veía imaginaba una extensión de sí mismo. Muchos pasaban por su lado presurosos y ocupados en sus pensamientos. ¿Pensarían como él? se preguntaba. Apenas se le presentaban un segundo a su mirada, él los apuntaba en la libreta de su memoria. “Oriundos de una misma Patria, los hombres volverán a unificar sus rostros en un solo semblante que los hará eternos como la existencia. El Templo del espacio será restaurado. Me siento enteramente libre, liviano, capaz de ascender como una nube hacia arriba y precipitarme desde allí en forma de lluvia al suelo, en un ciclo que se repita en cascada de luz”. Miró el reloj, recordó que tenía que volver a casa. “Hoy he justificado mi vida; la tarde se agota” se dijo volviendo sobre sus pasos.

EL ESTADO

Ese polígono que está en la base de la Ciudad, que modifica la conducta del sujeto (del hombre, otra denominación posible) hasta el punto de trazarlo artificiosamente como una figura geométrica, es lo que pretendo tratar en la brevedad de este texto.
El Estado constituye una limitación a la extensión del Ser, una adaptación equívoca no libre de culpa o, si se quiere, de ignorancia. Se dice que el Estado es anterior al Hombre, cuna de su nacimiento. Nada más falso.
En el camino de la dominación sobre el entorno, tema ya tratado en otro capítulo de esta novela, el ser humano intenta someter su circunstancia (o la Naturaleza, su concepto) a un interés de control o de superficial conocimiento. Mediante la argucia o la invención, recorta lo que ve, mitificando o matematizando los objetos en un lenguaje exacto en el que cada elemento concuerda con otro previamente elaborado. Este lenguaje nada tiene que ver con la Palabra, la cual, partiendo de la ausencia de verdad o de

elaboración, nombra los objetos desde el desconocimiento, como una intuición o inspiración espontánea y absolutamente libre. Pues bien, el Estado es la consecuencia más notable de esa voluntad de dominación.
En su investigación vanidosa sobre la estructura del átomo, el ser humano calcula (o trata de hacerlo, pues nunca llega al fin de su intención) las infinitas porciones en las que se divide la materia. Esto es lo que se conoce como ciencia o erudición. El Progreso (la ilusión del avance en línea recta que se genera a partir de este modelo de conocimiento) es el resultado de la aspiración científica, y su identidad se resume en el molde social del Estado, el medio a partir del cual se hace efectiva.
Pongamos un ejemplo. Rousseau escribe: *El paso del estado de naturaleza al estado civil produce en el hombre un cambio, al sustituir en su conducta la Justicia al instinto.* El *estado de naturaleza* al que Rousseau se refiere es la intuición, el *estado civil* que nombra más adelante es el Estado al que aquí aludo. El Hombre es un ser inteligente (es decir, consciente) y, por tanto, en ninguna circunstancia puede ser, como Rousseau afirma, meramente instintivo. Además introduce un término pusilánime: *Justicia.* El Estado (o la estructura de dominación sobre la Naturaleza) se apoya en la columna de la Justicia. ¿Qué significa esta expresión? Pues quiere decir, en mis términos, que la dominación de la Naturaleza se sustenta en un intento o ideal de distribución de los recursos, de racionalización o de acopio. La balanza de la Justicia equilibra el Ser con el Deber, cuando el Deber es una categorización que está fuera del Ser, un molde incierto que se aplica indistintamente a las cosas, adaptándolas al interés que representa el Estado.
El Hombre no nace en un Estado. Nace en un entorno que es el resultado de su existencia, una materialización de sí mismo, la matriz o el hueco de la realidad. El ser humano no tiene Estado, es el centro de las cosas, el Principio o el motor del movimiento.
La Palabra, como resultado de la libertad, hace al Hombre fin en sí mismo y no medio o apreciación de un dominio. Conocer por medio de la observación es ignorar. El Estado constituye la muerte del sujeto, su negación por medio de una libertad condicionada.
Vivimos en el Paraíso sin saberlo, pues nada nos impide caminar por cualquier senda. Nacemos en medio de nosotros mismos, en el jardín de la Palabra.
No hay Estado fuera del Ser, ni Justicia fuera de la Palabra. Toda categorización es falaz, toda verdad relativa. Solo hay un término: **realidad.** Y la realidad somos cada uno de nosotros, pues dondequiera que haya un hombre, allí estará el universo.

*

NACIMIENTO DEL SOL

Tardó una larga jornada en deshacerse del mobiliario de la habitación. Empezó por la cama, cuyo cabezal estaba adornado con

las fauces de un león barroco. Suprimirla fue sencillo, pero el resultado se hizo más arduo, porque después de desaparecida, dejó una sombra tras de sí, que hubo de ser borrada con el esfuerzo. Prosiguió con la mesa de noche, complementaria de la cama, eliminada sin residuo. Después, el armario estilo Imperio, con la moda del Siglo de las Luces en su interior, que arrojó por la ventana abierta a título de animal envejecido. Quedó el piano de cola embalsamado en polvo. Sus teclas no habían sido pulsadas nunca. Yacía como un corazón de madera apoyado en la pared, liviano, tétrico. Guardaba las baladas y melodías de la juventud. Antes de escuchar su queja, la Mujer lo eliminó con un gesto. El jilguero que silbaba en la jaula se agitó antes de ser devuelto al éter. La mesa y las sillas de caoba también desaparecieron, y aquellos retratos de sus abuelos que colgaban de la pared, después de ser envueltos en paños de gamuza, fueron enviados al desván. Por último, la máquina de coser, que había ocupado el ocio, no dejó más que una abertura en el aire. La habitación se quedó desnuda por dentro, sin ninguna información u objeto. En el suelo, sentada sobre las piernas, la Mujer lloró lo perdido. Ni tan siquiera había dejado un espejo para mirarse. Sus lágrimas limpiaron su rostro, el rostro de una Virgen, en lo que se había convertido. Estaba encerrada en su habitación. Se levantó y comprobó que la puerta de entrada estaba cerrada por dentro, que la llave (creía recordar) había sido eliminada como el resto del mobiliario por ella misma. Para terminar su obra bajó la persiana y permitió a la oscuridad alojarse cómodamente en la cámara vacía. Después, a través de un suspiro, aguardó. Sin saber cómo, pues no entraba ni una sola limosna de luz, la Virgen vio que la habitación ensanchaba sus paredes hasta perderlas e el horizonte, en un horizonte de azul impoluto y lejano, reflejado en una masa de agua que circulaba bajo sus pies. Oyó la voz de las aguas del mar que la interrogaban: “Si te doy el tiempo, ¿qué me darás tú a cambio?”. La Virgen, sobrecogida por la voz de las aguas, respondió: “Una gota de mi sangre, mi voluntad”. “Hazlo ahora” ordenó la voz del mar. La Virgen perforó la piel de la yema de su pulgar y derramó una mancha cárdena sobre el agua. La voz cesó. Al momento percibió cómo su cuerpo perdía color hasta transfigurarse en la absoluta transparencia. La Virgen caminó sobre las aguas como una imagen invisible, dejando que el paisaje entrase y saliese por su cuerpo, fecundando y redimiendo la carne que ahora era perfecta como la Nada. Su seno se sobrecogió vibrando como la cuerda de una lira tensada por el viento. El éxtasis le hizo cantar y detener por siempre el oleaje del mar. Vio su habitación oscura penetrada por el vigor de la luz. “¿Me conoces por fin?” preguntó la voz del mar. “Sí” respondió la Virgen iluminada. El mar estaba quieto y liso como una lámina de hielo. La canción de la Virgen llenaba el espacio, entreteniéndose en dibujar el universo tembloroso y audaz, sinuoso capricho inquieto. La Virgen notó calor en su seno, y más tarde una insistencia sigilosa, una llama se había instalado en su vientre. Comprendió entonces. La llanura geométrica de su habitación, despojada de los muebles de la memoria, había servido para obrar el

milagro. Estaba encinta. Fuera del estado de las cosas, era la misma sustancia de las cosas. Vio un río de luz salir de dentro de sí, dividiéndose en afluentes que inundaban (o creaban) todos los cuerpos posibles: los planetas que giraban alrededor de ella. Quedó convertida en una lámpara que hacía posible el espacio. En su seno, el Verbo (el hombre o la llama) se despertaba en caricias y se proyectaba en ondas hasta disiparse en la indenominación. La Virgen era el Sol. Inmóvil desde donde estaba, pudo contemplar la forma del espacio, una rosa azul de cuyo centro manaba una fuente de sangre (tal vez la suya propia) que ascendía clásica como una columna hasta el cielo.

*

Apurando un vaso de vino, Agustín leía el folleto publicitario de un automóvil en una terraza flanqueada por dos naranjos en flor. La nieve de azahar caía de las ramas al suelo como una sonata mística. “Un vehículo único, preciso, moderno. Completamente equipado con la más alta tecnología. Ergonómico, confortable, estéticamente perfecto. Combina dinamismo y seguridad”. Radiante de adjetivos, el folleto se deshacía en alabanzas al invento, a su marca comercial, a la ingeniosidad envidiable de quienes lo habían diseñado. Había ingenuidad patente en aquella descripción, que contrastaba, a pesar de los intentos de adecuación de los redactores del folleto, con la diversidad extrema del tapete natural. Siguió leyendo con una sonrisa fresca: “La posición elevada de los asientos permite acceder con más comodidad al volante. El climatizador regula la temperatura que usted desee. En su interior, el modelo asegura una gran espaciosidad. El tapizado de serie es de cuero repujado”.

- ¿Hasta cuándo seguiremos creyendo en utopías?- se preguntó en voz alta, de modo que solo podían escucharlo los pájaros- El Estado, la máquina. El vehículo y el trayecto equívoco hacia las ruinas de la tarde. Laberinto de laberintos. Espejismo de espejismos. Noche oscura de la evolución de las especies. El pez que quiere ser lagarto, el lagarto que quiere ser ave, el ave que quiere ser ratón, el ratón que quiere ser mono, el mono que quiere ser hombre, y el hombre que de nuevo quiere ser pez. Progreso. Degradación cronometrada de las moléculas, vuelta al átomo, para empezar de cero pulsando el botón omnisciente. Del sentido al sinsentido. Camino de la muerte, calavera que lloras en el capitolio de la carretera. Espectáculo del hombre acorralado frente al toro de la Destrucción. Viento canoro que pasas arañando los monumentos de la incuria humana. Revolución. Regreso. Animalidad. Fracaso.

“Con el volante multifunción tendrá todo al alcance de la vista. Es ajustable, permitiendo adoptar una postura cómoda para la conducción. Colóquelo en la posición que más le convenga para su personal manejo. Muchas de las funciones del vehículo se controlan a través de las teclas del volante. Solo tiene que pulsarlas levemente y se iluminarán para un más eficiente manejo”.

Agustín sintió el tacto de una mano sobre su espalda.

- Te he oído mientras leías- le dijo su complementario y amigo Tomás, en tanto él se daba la vuelta para saludarlo- Estás reflexionando, por lo que veo.
- Mira, lee tú también y te divertirás- le aconsejó Agustín extendiéndole el folleto publicitario a su amigo.
- Está bien encuadernado- apuntó este hojeándolo con definida calma. Después, para contentar a su recién visitado amigo, leyó: “Los asientos traseros constituyen una invitación a viajar. Las puertas delanteras y traseras garantizan un fácil acceso al vehículo. Encienda la radio y disfrute de su magnífico sonido estéreo”.
- Es como un billete amoroso escrito a una dama desconocida- observó Tomás frunciendo el entrecejo y arrellanándose en la silla.
- Llevamos el motor de los siglos detrás repitiéndonos a lo largo de las distintas generaciones el mismo programa –explicó Agustín levantando el vaso rubicundo en el aire.
- Los iconos de la pantalla, los modelos de la civilización- prosiguió Tomás- La pantalla, el evangelio de los necios. La apariencia, la Venus que nos deslumbra. Invocamos la declaración de derechos, la división de poderes, y olvidamos el esplendor de la Tierra.
- Nos interesa más la división de las partículas que la suma de los cuerpos- presagió Agustín cruzando las piernas- Tal vez nuestro diálogo reconstruya las ruinas.
- Bienaventurado el que escucha- proclamó Tomás- A él pertenece la Palabra.

Agustín, de un manotazo, arrojó el folleto al suelo. Allí se confundió con los pétalos de azahar, con el estiércol y con la sombra.

EL ORDEN

Tal vez en la vigilia, tal vez en el sueño, un hombre se vio perdido en un mundo deshabitado. Dio unos pasos en el espacio, y descubrió que podía ir adonde quisiera. Ante él se elevaba un horizonte pródigo, encharcado en oro solar, detrás de una montaña subyugante. Recordaba vagamente el tiempo anterior a su llegada –todavía iba ataviado con la túnica o el traje de su partida- pero apenas apreciaba ya su latido, oculto por las bambalinas del presente. “Bien” se dijo, “Dos veces nacido. Busca tu imagen en este mapa de síntesis”. Caminó con los zapatos de la antigüedad por el suelo irregular del mundo, solo como un ermitaño, y a pocos pasos- la única medida posible, su propia huella- se encontró con el mar. Sin saber a qué se podía deber semejante apariencia de realidad, dio un salto y se encontró inmediatamente en la otra orilla. “¿Cómo he hecho esto?” se preguntaba. No lo sabía. Se sentía libre como un

niño arrojado al tiempo, pero con una vida anterior que le permitía juzgar las diqueladas imágenes de la Apariencia. En la otra orilla vio un relieve abrupto, una selva intrincada plagada de animales salvajes que convivían a su alrededor, sin sentirse violentados por su presencia. Felinos de ojos refulgentes paseaban a su alrededor como gatos, jugando los unos con los otros, tumbándose en el suelo y bostezando de placidez y gozo. Ciervos y gacelas correteaban entre los felinos sin despertar su apetito carnívoro, se acercaban al hombre asombrado y venían a lamerle las manos que acariciaban sus hocicos fríos y trémulos. El hombre se acostó encima del musgo de la tierra, taladrado de helechos, y se durmió. Cuando se despertó, no había ningún animal a su alrededor. Se encontraba tumbado sobre un lecho de arena, y el sol de la tarde golpeaba su cara. Se imaginó que había permanecido durmiendo más tiempo del que esperaba, porque su entorno había cambiado considerablemente. Se levantó con cansancio y recorrió con la mirada el desierto. Anduvo, anduvo y anduvo, hasta detenerse ante una visión que le perturbó. Delante de él, en crítica y sobrecogedora audacia, la mitad de una casa de mármol se levantaba sobre la llanura. Era a la vez imponente y terrible el edificio que se presentaba ante sus ojos. El hombre se aproximó para verlo de cerca. Una pared blanca dividía los compartimentos: el baño, los dormitorios, la sala y la cocina, con una escalera de caracol interrumpida en el techo del aire. Las cortinas de los dormitorios, hinchadas y agitadas por el viento, daban una impresión tétrica y siniestra, de soledad previa, demente y distante. El hombre entró en la casa. Tocó las paredes impolutas, hacía poco abandonadas, tocó la mesa de la cocina, con los pedazos de pan dispersos por su superficie brillante, tocó las sábanas blancas de las camas de los dormitorios. “¿Por qué la casa ha sido dividida por la mitad? ¿Dónde están sus habitantes?”. Esto se preguntaba. Pero no lograba presumir ninguna respuesta. Unos pasos más adelante, se encontró con una casa igual a la anterior en cuya íntima estancia habían anidado varias familias de golondrinas. Tuvo la tentación de derramar lágrimas ante aquel abandono. Pero lo disuadió la idea de que se encontraba en un mundo nuevo, desconocido, tal vez imaginado e irrisorio. Siguió caminando. La casa del comienzo se repetía en otras muchas, igualmente divididas por la mitad y desprovistas de inquilinos. Se encontró otra vez con el mar. Dio un salto y volvió a tomar tierra. Esta vez era una isla donde se encontraba. Una pradera se desnudaba ante él exhibiendo una población de liebres y canguros que trazaban el perfil del paisaje. “El mundo se ha vuelto pequeño” pensó el hombre. “Puedo ir de un lugar a otro sin cansarme”. Recorrió la pradera, volvió a toparse con el cuerpo del mar, que más que una muralla, era un puente a su paso, y volvió a saltar a otro continente con el esfuerzo de cambiar de una postura a otra. Nadie se lo explicó, pero él mismo dedujo la visión de las casas amputadas: “Un mundo nuevo es asimétrico” concluyó. “La simetría es una abstracción elaborada por el ocio”. Entonces, recordando la denominación de los continentes en su vida anterior, nombró el mundo que veía. Creyó recorrer la completa extensión del

orbe, y en cualquier lugar vio las mismas casas asimétricas, el mismo mobiliario, el mismo abandono. Después de haber circundado el mundo varias veces, descansó en la cumbre de una montaña que estaba perdida en una cordillera espolvoreada de blanco, donde las águilas describían polígonos en el aire. Contempló la puesta de sol y la llegada súbita de la noche. Se acostó. Se durmió en la oscuridad. Recobró el hilo de su recuerdo al alba, despertándose en medio de la enigmática región de otro paisaje. Era un valle que daba al mar, a un mar cerrado y divino como un velo. Vio frente al agua políglota un objeto difícil de describir. Era un esqueleto humano de unas dimensiones gigantescas. Estaba acostado en la llanura como una muralla derribada. Su sonrisa era descabalada y decididamente real. El hombre se aproximó a su costillar extenso como un navío y se dijo: “He aquí yo mismo. Lo que fui en otro tiempo. Una civilización destruida. Tal vez un sueño”. Caminó a lo largo de aquellos huesos como columnas, de aquellos relieves como foros. Ascendió a lo largo de sus vértebras y llegó a su cráneo basilical y triste, donde una hiedra repartía la esperanza de sus hojas verdes por los occipitales. Subió hasta la cuenca del ojo derecho y allí encontró, cubiertas las tapas de líquenes, un libro con las páginas en blanco. “He aquí la Biblia” dijo el hombre, “el volumen sibilino de la tradición, con las páginas borradas por el tiempo. Hay que volver a escribirlo”. Se hirió en la mano derecha, y arrancando una astilla del trágico relieve del esqueleto, hizo tinta de su sangre y escribió en las hojas del libro símbolos de cálculo a partir del cómputo de las vértebras de aquel despojo del pasado. Pronto los símbolos, simples al inicio, se complicaron con la práctica, y derivaron en fórmulas y teoremas. El hombre tardó un día en redactar la completa trama de su texto. Aquella noche durmió satisfecho, y a la mañana siguiente – como era de esperar- abrió los ojos a un mundo renovado, diferente al que había dejado atrás. Tenía el mismo libro en las manos, pero en lugar del esqueleto, se encontraba en la cima de una estatua construida con diversos metales, cada cuál más refulgente. La estatua estaba en pie. El hombre miró al suelo desde donde se encontraba. Una multitud de hombres y mujeres lo miraban desde el suelo. Saltando desde la cabeza de la estatua, el hombre descendió en presencia de la muchedumbre que lo contemplaba como a un éxtasis. “He multiplicado mi propia persona a partir de los números que he escrito en el libro” se dijo, “Las matemáticas han engendrado el Orden y la Simetría”. La turba lo saludó como se saluda a un héroe, las personas le hablaron en su misma lengua y le invitaron a que les entregase el libro recién redactado. Él se lo ofreció como un regalo. A continuación le señalaron una silla de metal resplandeciente – quizá un trono- y le indicaron que podía sentarse en ella mientras observaba los movimientos de la multitud. Cada cual de los circunstantes comenzó a realizar una actividad delante de él, tomando las páginas del libro como modelo. Construyeron edificios de piedra y barro, divididos en habitaciones y compartimentos, diseñaron máquinas que trabajaban por sí mismas con ayuda de la energía extraída de la Tierra por ellos, allanaron montañas, elevaron

valles, torcieron el cauce de los ríos y redujeron el mundo a un plano ortogonal, a imagen y semejanza de lo que habían leído en el libro. Después le presentaron su obra al hombre sentado. Él les dijo: “Está bien. Habéis inaugurado el Cosmos, el Ciclo y la Historia. Ahora, si podéis, mantened vuestra obra hasta el final, es decir, hasta que perdáis la conciencia del Número y de su Posibilidad”. Los hombres continuaron el ritmo musical de su actividad cotidiana con ahínco. Fabricaron nuevas máquinas que desplazaron a las anteriores, construyeron nuevos edificios y nuevos compartimentos. Los días y las noches se sucedieron como relámpagos, los trabajos se hicieron más arduos, y al fin la multitud terminó caminando sin pisar el suelo de la Tierra, poniendo los pies en las calzadas que su pericia había fabricado. El hombre sentado lo apreciaba todo sin inmutarse, como una esfinge. Veía aquellas locomotoras, aquellos hilos tecnológicos flotando sobre la hierba, como pompas de jabón a punto de estallar. Le parecían extrañas especies animales, juguetes que la observación había compuesto ensamblando unas cifras con otras, hasta encabalgar los fragmentos como piezas, las piezas como sonidos. Cada invento era una premisa para otro invento, el cual concluía como una argumentación (cuerpo organizado de partes) que iniciaba otro silogismo. La vida de los hombres consistía en una elaboración prolija, una munificencia que los separaba de la abundancia caótica de la Tierra. Los números del Libro fueron divinizados y elevados a dogma en un panteón ubicado sobre la cabeza de la Estatua de los Metales, en cuyas proximidades estaba el trono del hombre sentado. A aquella estatua, que revestía un esqueleto de una antigüedad remota, la denominaban los hombres *Verdad.* A sus pies realizaban sacrificios de animales, hecatombes y holocaustos. En su carrera filosófica, los hombres lograron fabricar un mundo virtual- solo compuesto de ardides y artefactos, caprichos e intenciones- donde los actos más espontáneos estaban programados, de forma que la vida terminó por convertirse en algo pasivo, en una mera lectura de fenómenos. Su coexistencia estaba escrita en el Libro que había redactado el hombre sentado, el que descansaba sobre el trono. Todo estaba previsto. Los hombres nacían y morían sincronizadamente, respetando la Ley de las Matemáticas. Pero la previsión, escala débil, terminó por romperse. En una ocasión, el Libro cayó en las fauces implacables del fuego y fue devorado sin remedio. El Orden se tambaleó, los hombres perdieron la referencia del mundo, cayeron exterminados uno a uno por un asesino descomunal y su obra acabó convirtiéndose en un manojo de escombros. La Estatua de los Metales cayó y la lluvia y el viento consiguieron arrancar la armadura de metal que recubría el esqueleto de la Civilización. Solo quedó el despojo descarnado de una ilusión lánguida. Cuando las cosas volvieron a parecerse unas a otras en el espacio, como al principio, el hombre se levantó de su trono y dijo: “Ha terminado el reinado del Orden. El tiempo ha restaurado la Tierra”. Caminando en el epílogo del día, el solitario peregrino volvió a ver las casas asimétricas, los continentes y los océanos.

*

CANCIÓN

La Locura vive en las flores, en el cielo, en el canto de los pájaros. Su voz es dulce como la mañana. Los hombres le pertenecen, y no lo saben. Cuanto pueden aprender está en el relieve de su cuerpo. La Locura es el vestido que se ciñe la Palabra para visitar a los hombres.
La Locura no tiene forma, pero sí materia. Es plástica como el universo. Se dilata y se contrae en cada posible objeto. Es cambiante y lozana, soberbia y humilde. Puede ser una flor o una espada. Funda la Ciudad y la destruye al tercer día, dispersando sus moléculas en la Tierra. Conforma la mente del hombre y avergüenza a la Razón con su lógica divina.
La Locura es el Tiempo, el motor, el corazón del Hombre, el huevo que incuba nuestra esperanza.

EL CONFLICTO

La intrincada parra enreda sus hojas en la tarde, arrojando al suelo una pantalla de sombra. Su tronco se retuerce en la pared y asciende por ella hasta los alambres, donde se desparrama en ramajes y en sarmientos que cubren el patio. La parra es vieja. La corteza del tronco se divide en láminas ásperas, hirsutas como pelos de gato acariciados a contrapelo. Las hojas de la vid son estrelladas y surcadas de nervaduras. Tienen aproximadamente el tamaño de una mano humana. En su superficie tiemblan las gotas de agua como ojos de piedra. Apenas dejan que la luz se abra camino lentamente hasta la sombra. Don Remigio descansa sobre un asiento de granito. A lo lejos puede admirar el alegre despertar de la Primavera, el susurro apagado de la Belleza durmiente que muestra al sol su cabellera florida. Las patatas alzan el tallo con timidez. Los cerezos nevados, mecidos por el viento, tiemblan en la distancia. Los rosales abren sus bocas encendidas para alabar la lámina del cielo. Escarbando en la hojarasca, las gallinas buscan lombrices y escarabajos. La mujer de Don Remigio calceta a su lado, cantando una canción antigua. La pareja escucha las voces de sus tres nietos, Lucas, Isabel y Joaquina, que juegan al escondite en el descampado. “Te toca a ti” gritan los niños, mientras sus risas espantan a las mariposas. En el camino del huerto, donde los fresales maduran su cárdeno néctar, está acostado el perro. De vez en cuando, sacudiendo su cuerpo, espanta a las moscas que corretean por sus fosas nasales. Don Remigio siente que le pesan los párpados, pero cuando está a punto de abandonarse al sueño, una gota de agua que cae sobre su cabeza desvanece su modorra.

- Empieza a llover- dice en voz alta.
- Sí- le responde su mujer abandonando la labor- Hay que avisar a los niños.

“¡Niñooooooos!” grita Don Remigio, “¡venid aquí! ¡está lloviendo!”. “¡A cubierto!” gritan los tres a la vez, cruzando la finca hasta el patio. El perro se levanta y corre a esconderse.

-¿Y las gallinas?- pregunta Don Remigio

- Déjalas- le aconseja su mujer- Ya vendrán solas.

Está cayendo un chaparrón de agua. La lluvia se rebela en agujas que tamborilean en las hojas. El matrimonio y los tres niños se esconden en el porche de la casa, donde el perro ya se sacude agitándose, arrojando la humedad fuera de sí. “Nos vas a mojar, Sultán” protesta Lucas.

- Callad ya- interviene la mujer de Don Remigio, doña Fernanda- Está amainando.

Pasado un cuarto de hora contado por el reloj de pulsera de Don Remigio, la lluvia cede al sol adolescente de la tarde. “Ya podemos jugar otra vez” celebran los niños. “Tened cuidado, no os vayáis a lastimar” aconseja su abuela.

- Parece mentira que la lluvia haya durad tan poco- dice doña Fernanda mirando al cielo azul intercalado de lanudas nubes blancas.
- Estamos en mayo- argumenta don Remigio condescendiente- Es tiempo de cambios bruscos.
- Todos los años pasa igual- deja escapar doña Fernanda con un suspiro- No hay refrán que no se cumpla.

Los objetos regresan a la quietud de antes. Don Remigio infiere que su vida, en parte sufrida y en parte imaginada, ha sido una sucesión de circunstancias como esta. Una repetición *ad eternum* de interrupciones del pensamiento, que pertenece al silencio y a la noche. Solo una interrupción, no una aclaración ni un mensaje. Lluvia. Sol. Niños jugando. Plantas floreciendo. Mujer calcetando. Figuras cinematográficas posando y actuando sin tregua. ¿No es la vida una contradicción? La vigilia desmiente los sueños, que pueden ser más auténticos que sus colores presuntuosos. ¿Dónde reside el Sentido de la Vida, el Significado, la piedra filosofal que persiguen los científicos del mundo?. No puede residir dentro de nosotros, pues entonces no tendríamos necesidad de encontrarla. La vida, siempre incompleta, como un hilo sin ovillo, se sucede, Parca sin rostro, en el espacio inconmensurable de la materia, fuente de mitos, de leyendas y de teorías diversas. Todo viviente *inventa* su vida, la crea de la Nada, no la sigue. Dios está en cada ser humano. En cada hombre se produce el misterio de la Creación. Don Remigio reflexiona sobre la Naturaleza, ese ente elaborado por nuestra abstracción, la suma de lo que percibimos a partir de las cinco entradas sensoriales. Su dialéctica es la oposición, el enfrentamiento mutuo. Lo frío se opone a lo caliente, lo suave a lo áspero, lo seco a lo húmedo, el hombre al animal y, dentro del propio hombre, el alma al cuerpo. Cada elemento, como formuló el griego Heráclito, se divide en dos partes, las

cuales a la vez se dividen en otras dos, y así hasta consumar la indefinición de la materia. Evolución, movimiento, dinamismo. La vida y la muerte, las dos caras de la moneda del símbolo. Fluidez del río hacia el mar. Pero el mar, el término del movimiento, no es otra cosa que un producto de la imaginación, una metáfora, un modo de nombrar la corriente del infinito. Plenitud del espacio. Unas especies mutan en otras, trasponiendo la genética, ampliando la matriz del lenguaje. ¡Silencio!. ¿Qué es el tiempo, la moneda del movimiento, más que indeterminación?. Nuestras teorías se fundan en el asombro del desconocimiento. No sabemos más que hablar. Hablar, emocionarnos con lo que sentimos, percibir el dolor o el conflicto entre nosotros y el entorno, entre la inclemencia del universo y nuestra pasión encendida como una vela en la noche. Sentimos en nuestra espalda el dolor de los latigazos de la impotencia, de la vejez y de la muerte, y no podemos hacer que la vida, con su cortejo de sensaciones quiméricas y vanas, pase de largo ante nosotros, porque es, ante todo, *necesaria.* Necesaria como esta tarde que a don Remigio se le ha concedido, como la mujer que teje a su lado, como los niños que juegan en el jardín ajenos todavía a la experiencia del martirio cotidiano, como el perro que descansa en el camino, amigo del hombre hasta el suplicio. El hombre debe abrazar todo eso, entregarse a la pasión de la vida, volcarse en su existencia hasta el delirio, tomar su persona y avanzar por el sendero que ya recorrieron sus antepasados, pero que siempre es nuevo, como los ojos del que mira. El hombre está obligado a vivir para aprender a amar, para entregarse, no a cada cosa que ve, sino a esa metáfora del mar, al infinito don de la materia. El Conflicto es el Destino que nos hermana con la facultad humana del decir. Este relato está escrito en presente, porque solo el presente es sensible. De él nacen como dos gemelos el pasado y el futuro. Una gota de sudor baja por la frente de don Remigio hasta las áridas mejillas. El sol intensifica su luz impalpable. Evolución de evoluciones. Metamorfosis. El renacuajo adquiere patas, el gusano se vuelve mariposa. El verbo se conjuga hasta formar una frase. Descomposición o deconstrucción de la materia. Dolor de parto por doquier: en el viento, en las ramas de los árboles, en la porosa tiniebla terrestre. La vida pasa como la lluvia, como la tempestad. Y, después, como siempre, la majestad del sol en lo alto nos devuelve al asiento desde el que contemplamos todo: el dolor de ser invulnerables al transcurso. Don Remigio recuerda un antiguo sueño que ha tenido, en el que una gota de sangre fecunda el suelo descifrándolo. Ese sueño es el ejemplar icono de la vida, tal vez el Significado de la Palabra. El amor, la destrucción, la transustanciación. Del conflicto emana la dicha de la armonía. En la sangre que nos arranca el mundo tal vez (o sin duda, por qué no decirlo) está la Salvación, es decir, nuestra esencia como Principio. Los niños siguen jugando en el jardín, la luz del sol se va enrojeciendo, el ocaso está próximo. Doña Fernanda se levanta con la calceta en la mano. El perro también se levanta

bruscamente y ladra a las sombras que ya se acercan. En el corral, las gallinas se han acomodado para dormir.

- Vamos a llamar a los niños- dice doña Fernanda.

Don Remigio y su mujer entran en el huerto y traen de la mano a los pequeños que llegan riendo y palmoteando como si no hubiese pasado ni un minuto de tiempo.

*

LA BODA INTERRUMPIDA

Nos reunimos en el Campo de los Laureles para celebrar la boda entre el primogénito entre los hombres – el Ser- y la primera entre las mujeres –la Palabra-. Oficiamos todos juntos la unión entre alborotos y súplicas, derramando pétalos de rosa al paso del cortejo de los novios. Nosotros –que somos la Humanidad- orábamos al cielo, de donde viene la luz y la lluvia, nuestros progenitores, para que la unión fuera perpetua y próspera. Entre aplausos, presenciábamos el intercambio de las alianzas- que son la sustancia del tiempo rotatorio- y el beso de la comunicación, sagrado vínculo perfecto. Los amantes, al comienzo, se veían en secreto, lejos de nuestros ojos, como palomas incandescentes en la noche. Temían que no aprobásemos su amor desnudo, que siempre resulta falaz entre los hombres, pero en cuanto lo supimos de sus bocas enamoradas, bendecimos el instante en el que habían intercambiado sus consentimientos. Después del reconocimiento como marido y mujer, nos reunimos bajo los sauces exhibiendo nuestras ofrendas sobre la mesa social, y comenzamos a comer todos juntos mientras los novios se hablaban en voz baja. Resulta imposible describir los manjares con los que saciamos nuestras bocas: toda la diversidad de lo posible estaba cifrada en su número ilimitado como el aire. Comimos y bebimos hasta que escuchamos un estrépito de caballos que se acercaban. La explosión del ruido nos llenó de espanto. Parecía como si el bosque entero se derrumbase. Era un ejército de vivientes que portaban armas de fuego y que llevaban la violencia en sus ojos. Se aproximaron adonde nos encontrábamos y se detuvieron para parlamentar. Eran tantos que no podíamos contarlos. Sus cuerpos eran extraños, provistos de pezuñas de caballo y torso de hombre. Se llamaban a sí mismos centauros. Uno de ellos –debía ser su general, el que más tarde se rendiría- se adelantó unos pasos hacia donde nos encontrábamos y nos demandó, simulando cortesía, que le entregásemos a la mujer vestida de blanco. Nosotros tratamos de hacerle entender que no podíamos hacerlo, pues acabábamos de desposarla con el joven que estaba su lado. Sin decir otra cosa, el presunto general levantó su fusil en alto y todo el ejército se abalanzó sobre nosotros. Volcaron la mesa, derramaron por el suelo los manjares y tomaron a la novia contra su voluntad. Al interponerse el marido entre ellos, le dispararon atravesando su pecho y dejándolo

tendido como una sábana en tierra. No pudimos hacer nada contra los conquistadores, quienes raptaron a la desposada y se internaron en la espesura. Nosotros llorábamos lamentándonos del crimen. Quisimos levantar al novio –nuestro hermano- pero su cuerpo estaba ya frío, rígido y ausente. Tardamos en reponernos de lo sucedido. Creímos que la bóveda del cielo había caído, con sus astros, cometas, luminarias y galaxias sobre nosotros. Impotentes ante el mal desencadenado en el huracán de la desdicha, experimentamos lástima de nuestra suerte. No obstante, el frescor de la aurora siempre sucede a la oscuridad tumefacta de la noche. La alegría no nos cabía en nuestros cuerpos cuando vimos llegar a la novia con el vestido todavía manchado de sangre. Le preguntamos qué le había sucedido para regresar, libre y extenuada, hasta nosotros. ¿Había logrado huir de las garras de los conquistadores?. Nos relató, con fervor explícito, cómo el ejército de los centauros la había conducido hasta el mar –el límite de nuestro conocimiento- cómo allí los soldados se habían visto reflejados en la lámina del océano como un solo individuo que llevaba una mujer en los brazos- pues era en realidad uno solo el viviente que nos había atacado y nosotros lo habíamos multiplicado en un ejército debido al temor que nos embargaba- y cómo el individuo raptor le había explicado que su crimen era inútil, pero debía perpetrarlo como un imperativo del instinto que regía sus acciones. El centauro, cuyo nombre era Genio, le confesó su naturaleza animal, mediadora ente el hombre y la Palabra. El centauro era la imagen de la Muerte, la Violencia y el Terror. Había abandonado a la desposada y se había hundido otra vez en el bosque, en busca de otra oportunidad. La Palabra había vuelto a nosotros y todo volvería a restablecerse. Pero entonces nosotros le dijimos, con lágrimas en los ojos, que su reciente marido había muerto, circunstancia que tal vez ignorase. Ella, sonriendo, nos aseguró que la boda solo había sido interrumpida, no anulada. Recordamos en toda ocasión el instante en el que ella se acercó al extremo en el que había caído su difunto esposo. En lugar de un cadáver, yacía en el suelo, envuelto en el traje de boda, un niño recién nacido que nos miraba con el cariño de un hermano.

LA VIRTUD

La semilla estalla en la boca de la Nada. Su muerte es una explosión, una entrega. La materia, abrazada a un centro de energía, se expande en círculos de dimensiones cambiantes, modelando las órbitas concéntricas del universo. Se inaugura el Movimiento, cuya medida equívoca es el tiempo, animal que varía de postura y de forma, y que crea la ilusión visible del espacio. Este, proyectado en los círculos infinitos de la materia, es el Ser o

la Divinidad. De su trascendencia emanan los límites sellados de los objetos, gotas que se desprenden de su fuente. La Divinidad no tiene más límite que aquello que, comunicando su hálito o su tránsito, crea sobre la Nada transparente. Cada vez que crea algo, muere una parte de su todo, de modo que en la expansión está su derrota, pero también su manifestación. Manifestarse es morir o crear. Morir es comunicar o transmitir. La Divinidad, cuando se expande, se glorifica o se ensalza, se refleja o se alegra. Los objetos componen su rostro a partir de los trazos de la Música del Movimiento. Los objetos, a semejanza de la música que los infunde, son pequeños animales que habitan el jardín de la materia, cuyo capricho y variedad es tal que solo puede medirse con la perfección de la Música que los engendra. Los animales pueblan todas las órbitas, devorándose unos a otros y cambiando de forma como instrumentos musicales o como notas de un pentagrama. Los objetos apenas duran en el espacio, pues cuando alcanzan la consumación de una forma, cambian a otra distinta que borra la anterior como un sueño. Por esa causa el universo o el espacio son inestables, inquietos, líquidos. Unas especies derivan en sus contrarias, y los géneros varían y se transforman. La única solidez está en la presencia del cambio, en la variable. Todo lo que emana de la explosión del espacio es muerte, bombardeo y destrucción. En su recorrido, la Divinidad, proyectada en la película de sus diversidades morfológicas, llega al fin temporal del infinito. Allí se detiene acostándose en el sueño, su rostro sonriente. Comienza la vida. La Divinidad, pantalla del espacio, se encierra en los límites esporádicos de un objeto, concentrando la inmensidad de su materia en un pozo nebuloso, en una célula.

La parte fecundada contiene el todo, metáfora imposible a la lógica. Locura, sí, pero también milagro. Esa célula es el hombre. A imagen de la semilla de la que se originó el espacio, la célula humana es esférica e inmortal. Dios y el Hombre se confunden en un límite inexacto que se disuelve en la incertidumbre. La célula crece y adquiere forma animal, se mimetiza con el Jardín de los Objetos, su entorno espacial, membrana en movimiento. La tierra –su circunstancia- lo modela como una pella de barro, enciende sus ojos, asienta sus extremidades, levanta su cabeza y endereza su tronco. Después lo integra en sus variedades animales, como una primicia entre ellas, como su representante y a la vez su dueño, como el esposo de la diversidad. El Hombre recorre el Jardín como una gacela, ignorante de su condición divina, y se encuentra con la relatividad de las cosas, que engendran su pensamiento. Este se eleva como una nube providente por encima del Jardín de la Apariencia, como un ojo al que nada se esconde, como el mismo sol definido en ondas de luz. El pensamiento es omnipotente, su nombre es memoria o palabra. El Hombre es la Metáfora, el límite divino que contradice la infinitud del espacio. Su materia es la semilla de la virtud que, estallando en la Nada, produce el Movimiento como al principio.

*

DEFINICIÓN

Virtud es inocencia
del que se sabe eterno en la
memoria,

medida del tiempo o Palabra.
La Historia se resuelve en
ignorancia,

en una Enciclopedia de hechos vagos
que suceden como sombras de un
teatro,

cuyo argumento es un fantasma
que declama el Ser y el No Ser
como caminos
que terminan en lugares contrarios,
escalas de la evolución del mito.
La virtud es la espada
no del Dominio, del Amor,
que vence –sangre viva-
la oscuridad siniestra, las estatuas
de la Verdad, libro de emblemas,
que se alza, gigante, esfinge
extrema,

en medio de la ardiente
incertidumbre.

Vencer es nacer,
la fuente brota
en el desierto humano de la forma.
La fuente es invisible,
solo se escucha
su canción que nos devuelve al
origen

y al Principio que es también el
Final.

Es ciega la virtud como la noche,
mas su ceguera, cual la del Sol, es
luz

que crea el contorno del objeto
como reflejo de aquel que lo mira.
El Nacimiento, nuestra redención,
es aprender a ver con otros ojos
lo mismo que aparece ante nosotros.
La virtud es el espejo que somos.

*

La piedra se hundió, describiendo varios círculos concéntricos, en las aguas acristaladas del río. “Ven aquí” ordenó Lucía acercándose a donde estaba el niño. El pequeño Luis hizo ademán de querer escapar, infantilmente, de los brazos de su madre. Giró hacia la derecha riéndose, sorprendido de su proeza, y corrió hacia la popa del barco. Un señor de bigote blanco, que estaba mirando por la borda la espuma caracoleante que emergía de la quilla, lo detuvo con afable gesto entregándoselo a su madre. “Gracias” dijo Lucía recibiendo al niño. “Te avisé de que no te escaparas” le reprendió a Luis mientras este bajaba la cabeza avergonzado. “No está bien que tires piedras al río” observó Lucía, “puedes matar a los peces”. Luis, que ya tenía cuatro años, se cruzó de brazos como un condenado. Este ademán hizo sonreír a Lucía. “Ven” le dijo tomándolo en brazos, “vamos a ver el río desde aquí”. Se aproximó a estribor del barco, donde el padre los aguardaba, y los tres juntos vieron el sucederse del paisaje desde el catamarán, como una película o un sueño. El río, corriente zaherida por la dureza flotante del barco, avanzaba con la fuerza de una manada de bisontes. “Mamá” preguntó el niño, “¿qué es aquello?”. “Es un poblado al pie de la montaña” le explicó Lucía. “Un poblado” repitió el niño con la mirada perdida en lontananza. “Allí vive gente” completó el padre. El sol, como una brasa, cayó sobre la superficie bruñida del río y lo encendió hasta la orilla verde. “¡Mamá!” exclamó el niño asustado, “¡el agua está ardiendo!”. El padre y la madre le explicaron: “Es el sol que se refleja en el río”. Pero el pequeño Luis veía algo más que lo que trataban de hacerle creer y, con el asombro del primer hombre cuando había visto el Más Allá, señalaba el río siempre cambiante y sonoro de la vida, que los transportaba como una familia, como una sociedad, como una civilización, a lo largo de su vena llameante como el Leteo o el Aqueronte, hasta la consumación de los tiempos. Tal vez el niño no se equivocaba.

*

PÁGINA EN BLANCO

Usted se encuentra, Lector, al principio de la página que va a comenzar a leer. Es una calle estrecha, al término de la cual puede ver (o presentir) a un individuo que se aproxima a donde está. Es un ser humano con forma de interrogación, con un rostro que representa un paisaje, tal vez el Paraíso. Camine hacia él (ahora lo está haciendo como debe) y sortee la distancia del espacio que se interpone en su senda. No mire a derecha ni a izquierda, pues ambas son perspectivas imposibles, equívocas, falaces, paredes que proyectan su sombra. ¿Puede verme a mí?. Si lo hace, no se encuentra en el camino correcto. Yo soy la calle, el entorno que lo circunda como una mandorla. Usted está en mí, yo soy la lámpara de la Realidad, probablemente una ficción que usted justifica. Por ello es tan importante que siga mis directrices.

Tenga cuidado, aunque la calle es recta, usted puede tropezar en ella (¿lo ve?. Tenga presente lo que le digo desde la lejana certeza de mi consejo). Ahora quédese quieto, respire profundamente y haga un esfuerzo por no pensar en nada. El Personaje, dos veces engendrado (por mí y por usted), se le aproxima paulatinamente. Imagine su paso firme, militar, como un triunfo mesiánico, acompasado por la música de las esferas astrales, que tejen la armonía divina. Mi hijo avanza hacia usted, derribando estatuas de duda y murallas de Verdad, que no son más que una separación o una diferencia entre usted y él. El Personaje se le acerca como una profecía desde el abismo del Desconocido. No lo rechace. Crea en su venida por la calle del Ser. Ya ha llegado a donde usted se encuentra. Tiéndale la mano y salúdelo como a su igual. Se acaban de unir dos mundos. el suyo (el de lo visible) y el del Personaje (el de lo invisible). El una vez engendrado saluda al engendrado dos veces. Yo estoy en ustedes y ustedes están en mí. Juntos, formamos la Trinidad de la Comunicación. Todo lo que sobra es tiempo.

*

LLEGADA A LA LUNA

Entraron, desmedidos, al Palacio de la Musa. Rompieron su puerta sagrada con un ariete explosivo. En el interior –el Olimpo virtual que esperaban, con sus doce fuentes y sus doce ríos- se encontraron con una máscara de fuego que pendía de la pared, a cuyo alrededor giraban las moscas como planetas. Era el antiguo astro que les había dado la vida, el Sol, el Principio. Sobre un pupitre de madera yacía un corazón de plástico arrancado a una víctima, el Primer Motor de la Expedición, el Mito. No podía moverse ni latir, como un ídolo yacente. Lo tomaron en sus manos y dijeron: “Este es el tesoro que buscábamos”. Lo guardaron bajo llave en un cofre de plomo y se dispusieron a partir. Aún así, se detuvieron. El premio a sus investigaciones les pareció insuficiente, nimio, apenas relevante. “¿Es esto todo? ¿Un espejo que refleja la Nada?”. Las revelaciones del Poeta – que era en sí la humanidad: los desvelos de Newton, las iconografías de Kepler, el insomnio de Galileo, las naumaquias de Einstein, y tantos otros relojes que daban la hora con irreal y asidua parsimonia- no eran visibles en la esfera de la Apariencia. Ellos, los representantes del Ideal Griego, se encontraron con una isla desnuda en el espacio. La frustración se adueñó de sus semblantes. “¿Dominar sobre la Nada?” se preguntaron, “¿sobre el espejo de un espejo?”. Recogieron sus armas de metal –imitador bisoño de la luz- y examinaron la superficie del satélite, montaña desde la que se veía el mundo y su soporte aéreo. Las lechosas galaxias, cual manzanas pendientes de una alta rama, los vieron desplazarse

como dioses menores, como simios que se habían asomado a la boca de la caverna.

LA GLORIA

APÓSTROFE AL LECTOR

Sitúese frente a un espejo. Respire hondo. Examínese al hablar. Descríbase. Contemple la imagen que lo interroga desde el otro lado de la línea divisoria del cristal. Comience a narrar una historia que le haya sucedido o que se haya imaginado –tanto la una como la otra no pueden dejar de ser reales- como por ejemplo: “Mi cuerpo echó a andar y se topó con la Ciudad construida, con el Conocimiento elevado hacia los vaporosos límites del Cielo, la Altura que se me presentaba como una escalera por la que yo podría alcanzar las mansiones de la luz, mi identidad perdida”. Puede comprobar que no resulta tan difícil declamar delante de un espejo. Al proseguir, fíjese sobre todas las cosas en el movimiento de sus labios como si constituyese el nimbo de su semblante. Prosiga: “La fundación de la Ciudad era anterior a mi nacimiento. Ese dogma me llenaba de estupefacción. ¿Podía haber algo anterior a mí?. Tenía que ser falso. Desde entonces, dediqué mi vida a desentrañar ese enigma”. Si ha seguido bien mis instrucciones, le habrá tenido que parecer que otro hablaba delante de usted. Ahora haga un esfuerzo por detener la mirada en su boca reflejada, solamente en su boca, y continúe la declamación: “Me dije a mí mismo: el Conocimiento solo existe dentro de ti. Si quieres resolver la cuestión, la pregunta o el problema, deberás regresar adentro de ti, de donde saliste, volver a nacer, rehacerte o resucitarte. Solo así alcanzarás la Gloria, la auténtica vida, más allá de la verdad de lo que ves”. Le habrá tenido que parecer que la boca que usted vio reflejada hablaba por sí misma, sin que usted la impulsase desde el otro lado. ¿No le ha parecido que la línea divisoria de Narciso, entre usted y su imagen, se rompía, y que quien hablaba no era usted, sino el Otro?. La historia que declamaba frente al espejo era usted mismo, y quien hablaba era el Otro, su reflejo. Pues bien, este fenómeno es la Inspiración. Usted es lo que lee o lo que declama. La Musa es la imagen que usted ve del otro lado del espejo.

*

CONCIERTO DE REDENCIÓN

Los paseantes del tiempo ven un promontorio de mármol a la orilla del mar.

Se aproximan a él. Es una tumba.

En su lápida plana está escrito un mensaje ilegible.

Las olas del mar han borrado las letras que Alguien en otra época escribió con el cincel de la Esperanza.

Una cubierta de liquen viste la piedra melodiosamente.

Los paseantes del tiempo, pragmáticos, sentencian: “No hay más que un Final, el resto es humo”.

La lengua del mar, que lame la orilla y la tumba, repite la música de la Concepción, inocente y actual, que disuelve las sílabas de los hablantes.

El mar y la tumba parecen contradecirse, pues mientras uno afirma, la otra niega. Uno es luz para los ojos; la otra, tiniebla que sobrecoge.

Así son el Hombre y la Palabra: dos eternos enemigos que se enfrentan en el Ser.

El Ser, no obstante, es Uno. El Dios cuyos sentidos son la tumba y el mar.

Por ello todas las cosas son lo mismo: el Olvido se deshace en la Memoria; el Hombre es la Palabra.

La tumba no contradice el mar. Lo justifica.

Los paseantes creen que todo mensaje es un epitafio. No saben que la Muerte y la Tumba son imágenes borradas por la lengua azul del mar.

No saben que el Final es el Principio.

*

REVELACIÓN

A mí, la Inteligencia, me ha sido concedido ver la complexión del universo. Yo estoy, como Causa, antes que todos los resultados, antes que todos los efectos. Soy una voluntad, una intención que se desviste de toda forma para estar, implícita Providencia, en cualquier cosa posible, en cualquier variable manifiesta. Mi

nombre es Eternidad, Tiempo o Sustancia. Mi esencia es la transparencia que antecede a la luz. Vivo aleteando como un vínculo entre los dos mundos: el de lo visible y el de lo invisible. El mundo de lo visible se exhibe como un fruto intocable en la más alta rama del mundo invisible. Es intocable porque es una apariencia del mundo invisible, no una realidad en sí misma. El fruto tiene un color encendido, opaco y sereno. En su engaño caen los incautos que se dejan seducir por la figuración inconsistente de su piel brillante y tersa como una alucinación. Para tales necios, la Razón y la Lógica consisten en alargar el brazo hacia el fruto, en avanzar paulatinamente hacia el conocimiento del objeto. Terco pecado, sus afanes se frustran a cada paso que dan, pues el fruto, imagen lóbrega, se distancia proporcionalmente a sus cálculos infinitos. Las máximas que empuñan como armas se vuelven contra ellos. Por el contrario, a los que buscan en su interior la luz o la raíz de lo Aparente les es dado apreciar todas las cosas. Ellos no necesitan salir de sus moradas para comprobar que la Naturaleza –la Musa, Lector, la que te habla- se extiende, uniforme, por su mente cual un tejido sucesivo trabajado con el único hilo de la intención. La Inteligencia, para los necios, es locura; para los sabios, al contrario, redención. La ilusión del fruto se torna en un excremento de duda; la Inteligencia se vierte en una fuente de plenitud. La exaltación de la Inteligencia produce el lenguaje, el interrogativo hábito que origina el movimiento, la esperanza. Vivir es habitar el lenguaje, cuyo término es comienzo. Narraré lo que veo, describiré el Mundo Invisible, del que procedo, con la voluntad que me fue dada:
En medio del espacio- la Contemplación- hay un centro misterioso que se abre como una flor. Sus dimensiones son inapreciables –tan grandes son y tan pequeñas- pero su estructura resulta visible y nítida. Lo rodea un halo de oscuridad sembrado de lámparas lejanas, de estrellas cálidas. Se reproduce en cada extremo del espacio, en cada nota de su música silente. Es el Átomo. Su constitución es irregular –como la voluntad- y perfecta –como el tiempo-. Su descripción alberga en su seno el universo. Es la divinidad, el ojo de la omnipotencia todopoderosa. El eje que lo sostiene es un cuerpo humano con los brazos extendidos, entregado al espacio que lo envuelve en un sudario esférico. El Hombre erguido en la longitud, el Hombre vertical y místico, que se eleva por encima de la horizontalidad del animal antiguo. El Hombre, cuyas extremidades tocan la circunferencia, con la mirada nuclear sosteniendo la corteza que gira a su alrededor. De su boca abierta en plegaria emerge una nube polimorfa preñada de lluvia- la Palabra- que rodea su cuerpo como un nimbo de niebla pálida. De sus ojos profundos brota la luz que esculpe la materia, modelando sus límites o su metáfora. El vacío estancado entre el cuerpo y la nube es la unión entre los dos- el Espíritu o la Intención de relieve proceloso- que se enreda, cordón primario, al ombligo del Hombre. He aquí la Trinidad del Ser, raíz luminosa de la Apariencia, planeta o continente donde se incuba mi canto, la

Inteligencia que penetra los arcanos de la existencia. El Átomo es indestructible como la luz. Presente en cada una de las posiciones del universo, renueva con su gloria el improvisado caudal del espacio, que envejece y se destruye cuando está lejos de su Gracia. De la nube que surge de la boca del Hombre – el Verbo encinto de Posibilidad- se precipita la lluvia aglutinada en un animal líquido, transparente y cambiante, en un viviente de siete cabezas- las siete vibraciones o cuerdas de la armonía- y de torso ondulado por el que navegan las naves del Pensamiento. Es el animal del Agua, el Principio de la Vida, organismo siempre cambiante, que adquiere la forma del recipiente objetivo que lo contiene. Tendido como una hidra en el espacio que lo alberga, crisálida firme, cada una de sus cabezas es renovada cuando la guadaña del movimiento temporal la siega, y continúa en todo su esplendor, modulándose en la música de sus partes, como un violín que se tañe a sí mismo. El Agua se desnuda en metamorfosis sucesivas que mueven los hilos de lo existente: unas veces es un templo rodeado de bocas orantes, otra un árbol cuyas hojas son aves, y las más de las ocasiones, un espejo fiel del rostro del Hombre que bascula en el Átomo. La materia que lo compone es la Forma, la diversidad. El Agua desciende al término del espacio y se asienta como una fuente entre los Cuatro Elementos –las cuatro direcciones de la mirada del Hombre- cuyas fisonomías compone. El Norte semeja un león, el Sur un águila, el Oeste un simio y el Este un buey. Encima de las siete cabezas del Agua, la Quintaesencia, el huevo que incuba la Vida, el Padre de los Números o la Posibilidad, el Cero argumental del Origen, flota como una corona sobre las cabezas del Animal tendido. El espacio que se extiende liso a los pies del Agua estalla en flores desmedidas, cuyos pétalos son lágrimas que se expanden por su manto prolongado y llano, la Tierra, superficie que le sirve de trono. Las flores que prolongan sus detonaciones en la Tierra son gargantas que gritan: “Gloria al Hombre y Gloria a su Palabra, que engendra el Agua de la Vida, fuente de la unidad de lo diverso”. Encima del Animal del Agua, el huevo de la Quintaesencia se rompe al son de las voces, y de él sale un pájaro encendido con las plumas de oro y púrpura –el Tiempo- que alza su vuelo a las regiones aéreas y que describe varios círculos concéntricos alrededor del Agua, hasta descender a su fuente y bañar su cuerpo en ella. Después vuela hacia el este y allí ubica su nido asentándose en el espacio innominado. El nido comienza a crecer hasta duplicar el tamaño del pájaro. Adquiere solidez de muralla flanqueada por torres, protegida por reductos, horadada por puertas preciosas como ojos que miran. En su interior se multiplican las imágenes del Hombre que la contempla desde su posición elevada sobre el Agua asentada encima de la Tierra. Las voces florecientes gritan: “Esta es la Ciudad, el nido del pájaro, la Creación del Hombre, que será derruida y reedificada”. Al ruido de las voces, la Ciudad tiembla sacudida por un embate sísmico. Las murallas se derrumban agrietadas por el temblor. En su

centro se abre una grieta por la que se precipita una estatua de metal con los pies de barro- la figura de la Verdad que campea como un coloso en la encrucijada del foro- y la urbe se divide en dos mitades enfrentadas por la quebrada línea que las separa. Oriente y Occidente pugnan, en una guerra abierta, por apropiarse de la Ciudad, pero terminan proyectando un abismo abierto como una pantalla entre ambos mundos, extremos revolucionarios que se devoran mutuamente, en discordia desencadenada. De nuevo las voces, tejen otro enunciado, canoro como un torrente: “Cayó Babilonia, la Ciudad de la Confusión y el Combate. He aquí la Ciudad definitiva que resucita de ella”. El pájaro se posa sobre las ruinas de la Ciudad Vieja reanimada a partir de su tacto. La luz que emana de la mirada del Hombre se ramifica hasta iluminar cada una de las facetas de las ruinas, dirigiéndolas y vinculándolas unas a otras, cual cemento que las uniera. Se eleva frente al Hombre una red conformada por piedra y luz que resplandece como un astro –es el rostro del Sol, la Ciudad Nueva que luce su gala de joya intacta en el homenaje del espacio-. Las voces gritan: “Feliz tú, Jerusalén, patria del Hombre, voz de la Palabra. Restaura el tiempo, que está sobre ti, y muestra al Hombre su único camino”.
Hasta aquí me fue concedido ver los prodigios de lo invisible. Yo, la Inteligencia, quise subir a la Cruz donde se encontraba el Hombre- mejor dicho, quise identificarme con él hasta confundirme con la luz que manaba de sus ojos- pero la Revelación que me sirvió de escala me lo negó, hasta no haberme unido a ti, Lector de mi página. Tú eres, en sumo grado, mi Revelación.

EL HOMBRE

Oh Noche, último telón o máscara del Ser, Ausencia. Novalis y Juan de la Cruz te cantaron, resumiendo la bóveda de estrellas en una admiración por el Infinito, que es la cúspide de nuestras aspiraciones. Oh Noche, fragua de los sueños que son combinaciones moleculares de la llama del sentido, eres la perfecta materia de la mente. La mente, el antes y el después, la memoria, la orla del manto divino. Eres un útero sellado y decorado con pinturas alegóricas, con fantasmas, con mitos. El Hombre debe desnudarse de ti, gasa materna, para nacer a la Manifestación, al rostro del Ser, a su imagen todopoderosa, Pantocrátor que lo aguarda al otro lado del espejo. Pero antes debe sumergirse en tus aguas líricas pobladas de lotos ardientes, donde él no es él, sino un acorde perdido en la vasta sinfonía del espacio, confundido en el Leviatán de los símbolos. La Noche es impenetrable. Todavía la Palabra es tímida y asustadiza en su seno, apenas semeja un gemido o una súplica, se pierde entre los

ecos de los vivientes como un signo más de los que la Apariencia dibuja en la pantalla cinética de la Naturaleza. Oímos el murmullo de su fuente, pero el temor nos sobrecoge. Un enemigo nos cerca. Una parte de nosotros es nuestro enemigo, el Diablo, la sustancia de nuestra duda que nos coacciona. Dudamos, en la profunda caverna irremediable de la Noche, sobre la consistencia futura de la luz. La Palabra que sale de nuestra boca nos guía, no obstante , apenas le damos crédito a su voz profética y nos abandonamos al llanto y a las lamentaciones. Ante nosotros se exhibe una pantalla donde unas marionetas hablan y saltan movidas por hilos invisibles, cuyos cuerpos son de barro cocido y cuyas bocas profieren disparates que no entendemos. Las marionetas conforman la Comedia de la Historia, pieza que repite sus tablas en la continuidad del tiempo. Ahí están Gilles, Arlequín, Pantalón, Polichinela y Spavento interpretando un ballet presuntuoso que termina donde empieza. El Juicio de la Opinión. Arlequín ocupa una tribuna y actúa como Juez. Gilles es el acusado. Pantalón y Polichinela son los abogados acusador y defensor respectivamente. Spavento es el fiscal. La pantomima se desarrolla del modo siguiente: Pantalón acusa a Gilles de infidelidad a la Ley del Tiempo. Polichinela lo rebate. Spavento redacta un memorial y se lo entrega al Juez. Este se retira a deliberar y regresa para dictar sentencia. El fallo es la pena capital para Gilles. Spavento le coloca una soga alrededor del cuello. Atan la cuerda a un poste y tiran del nudo. Gilles perece ahorcado. Pero cuando regresan a tribuna para redactar la condena y ejecución del acusado, Gilles vuelve a aparecer sobre el asiento. El Juicio comienza otra vez a petición del abogado defensor, que vela por los intereses de su cliente. Gilles vuelve a la horca y acto seguido aparece sobre el asiento... El espectador –nosotros, que hablamos y sentimos- deduce que el Juicio se repite en la rueda astronómica de los acontecimientos temporales. El Juicio no tiene término, por la sencilla causa de que es absurdo, pues no se fundamenta en otra cosa que en apariencias. Los cinco celebrantes del Juicio son los Cinco Sentidos, que se combinan en continuidades indefinidas sobre la pantalla de la Noche. Historia, parodia de nuestro miedo. Eres inconsistente y vana, te resuelves en verdades que se desvanecen como el perfume agitado por el viento. La única comprensión posible de tus tropos es su falta de lógica, su nulidad que es a la vez su sentido. El Significado aguarda al Hombre del otro lado de la Noche, y la fuente de la Palabra hacia allí lo dirige con fidelidad, fe solemne, paloma liberada de las inertes variaciones de la red del tiempo.

*

EL APRENDIZ Y EL SANTO

Retirándose del lujo urbano, un hombre emigró de la Ciudad al campo para practicar la virtud en soledad. En aquel entorno- en

cierto modo un desierto, donde los cables con la civilización estaban cortados- se encontró con las Tres Tentaciones, que trataron de seducirlo sin conseguir victoria alguna sobre él. A la sombra de los árboles meditaba, ayunaba y hacía sus oraciones, procurando abandonarse al sueño el menor tiempo posible, el cual –según decía- era el más taimado de los placeres. Caía el sol y llovía sobre él, como si fuese una roca, y en este complicado ceremonial, fruto de una impávida disciplina, amaneció un día y vio a un hombre frente a él. Tenía la cabellera larga y sucia, llena de hojas secas. Era como una sombra. Tan oscuro era su semblante, maleado por la adversidad, que apenas se le veían los ojos despiertos e inteligentes que lo diferenciaban del animal.
“Quiero ser tu discípulo” le dijo al asceta. Este respondió: “Sígueme”. Los dos anduvieron por sendas desconocidas, en medio de fieras que no se atrevían a tocarlos, bebiendo en fuentes que se abrían, piadosas, a su paso, y comiendo de lo que encontraban, que no era mucho. Las más de las veces pasaban hambre. Pero a medida que los huesos amenazaban con perforar su piel, sentían que levitaban por encima de la tierra como aves en vuelo, con los pensamientos liberados de la cárcel del organismo, metabólico y cíclico como una rueda sin eje. El asceta prosperaba en su impuesta norma, pero el discípulo que lo seguía soportaba difícilmente la continua esclavitud de la carne, y anhelaba concluir con el ejercicio de la virtud. En una ocasión, sin poder soportar por más tiempo el yugo impuesto a las pasiones, que pugnaban por manifestarse, abrió su boca y dejó escapar su odio contenido en forma de palabras contra el asceta y su voluntad ejemplar. Lo insultaba con todos los calificativos posibles. El asceta no interrumpía su discurso, lo dejaba hablar, mientras él, caminando delante, callaba. Prosiguió varios días esta diatriba, hasta que finalmente, cansado y sin ánimo, el discípulo se dejó caer sobre el suelo. Entonces, el asceta, acercándose a él, le dijo: “Hombre Nuevo que has sido hallado en el desierto. Yo te he encontrado y te he educado con lo que he aprendido después de haber huido de la Ciudad y sus fútiles encantos. Tú, en lugar de agradecerme la enseñanza que te di, me insultaste y me llenaste de oprobio. Pero ahora, después de haber expulsado lo malvado que había en ti, tq quedaste vacío y desnudo. Yo, en comparación contigo, soy el Hombre Viejo cargado de iniquidad, pues no me he librado aún de mi aprendizaje. Si te he hecho mi discípulo, ha sido para que llegase este momento en el que tú habías de convertirte en santo. Acepta, Hombre Nuevo, Maestro, a este discípulo que se postra ante ti”.
Y se arrodilló a sus pies.

*

Animal extraordinario, imagen del Hombre. Tú naces en un huevo, como el pájaro, y haces de las aguas tu morada. En ti se condensan todas las especies de la imaginación natural. Tu cola es plana y redondeada, como la del castor; tu cuerpo es dinámico, como una bala. Con las patas delanteras excavas un nido en la Tierra, venciendo la gravedad – o la verdad de lo visible- y te instalas en los infiernos del Origen, donde inauguras el Paraíso de lo Invisible, la Epifanía del Ser. Tus patas traseras son como remos que atraviesan la membrana del agua, el camino del tiempo, la evolución y el movimiento. Tu hocico es plano y córneo, cual un pico que buscase la matriz de la Tierra, la Palabra, la Creación. Vives en madrigueras junto a los lagos, apenas se te ve en la superficie expuesto a los rayos del sol, pues como la Sabiduría, buscas lo secreto y lo oculto. Sobre tu espalda se distribuye un pelaje suave y rojizo, metáfora del fuego, que reproduce todas las formas posibles y sigue conservando su esencia, intacto germen de generación. Anfibio, viviente con dos vidas – una consciente y otra inconsciente, como el Hombre- limpia mi lenguaje de toda mancha de Historia. Hombre, aseméjate al ornitorrinco, imita sus costumbres y reproduce en ti sus formas infinitas, naciendo, como él, de un huevo solitario, de un planeta perdido en el espacio.

*

EL AMOR

El Hombre yace sobre la Tierra. Su cuerpo, oprimido por las tinieblas, se va desintegrando en la materia plácida del universo. Empieza a destruirse por las extremidades, por los sentidos que, expectantes, se nublan por un océano incierto que crece introduciéndose en el contorno de las células, haciendo desaparecer la forma cual una línea que se borrase. El Hombre entrega su pecho, donde un león todavía ruge agonizante, a la Tierra que lo disuelve y lo recibe, a la Tierra, el resultado de las vidas que lo precedieron, la Palabra, la Madre que devuelve el último cuerpo a su seno. El Hombre se derrama como el agua en la solidez física de la Tierra. La Destrucción está llegando a la rosa de su corazón, abierta en mil bocas que cantan, que imploran. ¿Morirá?. Sus manos ya son raíces que exploran la Eternidad del tiempo. Sus ojos se apagan y se desvanecen en lágrimas ciegas que caen, plúmbeas, a la losa del infinito. Ya no respira el alimento del aire. Ya se detiene el órgano de su pulmón en un atardecido silencio. Mas sus pensamientos no se han detenido. Cual águilas veloces, surcan la bóveda que está encima de él, la bóveda de las luces inalcanzables, que jamás ha comprendido su llanto, impermeable a la súplica. Sus pensamientos alcanzan el cielo y, amarrados como bálago a su piedra, se transforman en estrellas que son inciertas pupilas que miran el abismo donde termina su dueño, allá en el fondo, tal vez

en la Nada infernal que aterra. Las estrellas alumbrarán en otras galaxias a otros planetas que se sucederán como gotas de agua en un mar inacabable, de orillas escondidas. Y el Hombre, ¿qué será del Hombre? Sus manos ya no pueden tocar ninguna cosa, pues son arena en la arena. ¡Amor! ¡Amor!. Así se entrega el Hombre al tiempo, que es el movimiento, que es el espacio, pero no morirá. No morirá, pues su Palabra incubará, como el huevo, a su sucesor, que heredará su cuerpo que ya no es, si se mira, más que un cadáver destinado a la resurrección de la memoria.

*

Alfredo Gracia caminó unos pasos por la habitación en la que había muerto su padre. Comprobó que los dos armarios de caoba, la cama con el cabezal de hierro, el espejo y el tocador eran los mismos, y se sentó en la butaca a meditar. ¡Aquella estancia era tan diferente a la del principio, y sin embargo, era la misma!. Hizo un esfuerzo por ser simétrico, por parecer histórico, e intentó ver el ángel que le había hablado un día, cuando él se encontraba en actitud semejante, en espacio semejante. El ángel apareció. Tenía seis alas, como la primera vez que lo vio. Dos de ellas le cubrían los pies y el rostro. Hablaba sobre la Creación, sobre los Símbolos y sobre el Significado, la póstuma revelación. Junto a él, Alfredo vio a su padre con el costado abierto por la herida de la Muerte, que le sonreía desde lejos. Y se imaginó que era él mismo, en sí todos los hombres, y que aquel ya no era solo el cuerpo resucitado de su Precursor, sino el Significado de las cosas, que le hablaba desde el Paraíso del Recuerdo, como una capilla ardiente abierta a la contemplación. El sueño y la vigilia se fundieron en él, quien conocía por fin todas las cosas, y que abrazaba la piel del tiempo desintegrado por el rumor del éxtasis. El relato de la Apariencia besaba su término.
Con este personaje se termina la Narración. El Lector puede ver cómo su imagen se evapora; pero otra imagen, invisible al inicio, más real y más nítida, aparece al otro lado del espejo. Es su propia imagen, figurada en cuentos, en poemas y en revelaciones. Este libro se titula *El Hombre y su Palabra.* Yo, Lector, te he dado el Hombre para que lo conozcas. Ahora tú, Palabra, continúa la obra cuyo principio aquí comienza.

ORENSE.
18-05-2009

-

-